

Boreal Róis III

UNA
FRÍA NOCHE

Y tu

Rosa Alcántara Menéndez

Una fría noche y tú

Boreal Róis III

Rosa Alcántara Menéndez

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2016

Portada © R.A.M.

www.rosamenendez.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

SINOPSIS

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

La tragedia que marca la vida de Jack Drake se ve incrementada por su negativa para aceptar la realidad. Intentará salir a flote con la ayuda de toda su familia, aunque el caprichoso destino volverá a jugar con él sin consideración y con una atractiva escocesa que no se amilana ante los hombres guapos e inestables. Mientras unos sueños se cumplirán; otros, morirán definitivamente. Solo un fantasma saldrá de las sombras e impresionará al mundo, uno renacido con la virulencia de un gélido y solitario huracán.

UNO

Quebec, 26-4-13

Canadá

En el interior de la capilla, la cabecera circular tenía encima una cúpula profusamente decorada con un fresco como los clásicos de Roma, una reja separaba la cripta de la nave, y un retablo en el altar mayor, con una impresionante escultura de Cristo crucificado, dotaban con algo de historia el cementerio Mount Hermon cuando recibió a su última moradora; la contención fue general entre los allegados de Cordelia Hosborn.

Tanto los Drake como sus padres pasaron el trance de la autopsia que había dilatado el funeral una semana. Aquel día primaveral Jack fue el gran ausente, no acudió a despedirla. Seguía desaparecido, sin dar una señal por conocer a su hijo ni asumir el papel que el destino tenía reservado para él. Ningún miembro de su familia entendía esa actitud. Incluso John se atrevió a bloquearle la cuenta corriente del Scotia usando su influencia con Bill Patterns; si no cumplía, no cobraba. Sin embargo, no había surtido efecto, y

los padres de Cora presionaban para hacerse cargo del niño.

Reunidos en el despacho de John mientras sus mujeres despedían a los íntimos que les acompañaron en el funeral, la tensión de Victor Hosborn, de pie; la tristeza de Gabriel, sentado en un sillón; y la preocupación de Sean por los días inciertos que les quedaban por delante aumentaron la inquietud silenciosa que flotaba en la habitación por la huida de Jack. Los ánimos no prometían una conversación sosegada.

—Es un irresponsable. —Victor gruñó—. ¡Es su hijo! ¡Por el amor de Dios!

—Vamos a darle unos días más —dijo John controlando la rabia que le producía escuchar por enésima vez lo mismo—. A Elizabeth y a mí no nos importa cuidarlo hasta que Jack se encuentre en condiciones de hacerlo. Ponte en su situación.

—¿Qué me ponga en su situación?! Es indignante que precisamente tú digas eso, John. Eres padre, ¿te habrías largado desentendiéndote de tu propio hijo? ¡Por Dios! —Victor se acercó amenazante a Sean—. Ahora bien, os diré una cosa, en cuanto lo tenga enfrente se le van a quitar las ganas de abandonar más a su hijo. ¡Lo juro por Dios!

Hosborn parecía consolarse si pronunciaba “Dios”, aunque era cansino

como una grabación intermitente. Sean no se inmutó. Esperó que se calmara y se distanció unos pasos.

—Es un momento duro para todos, Victor —dijo Gabriel casi murmurando. Al oírlo, el hombre desvió la mirada hacia él—. Jack amaba a Cora, tanto que renunció a ella por mí. No lo juzgues por no saber gestionar su dolor. Si para ti es difícil, imagina cómo tiene que estar él. Ha sido un palo muy gordo.

—Puedo entenderlo, Gabe, pero el niño merece su atención.

—Nadie lo niega, simplemente te pedimos que no te precipites sacando conclusiones de Jack.

Gabriel gozaba del respeto de Victor, atendía cuando hablaba.

—¿Son frecuentes las reacciones alérgicas a la anestesia? —preguntó Victor, disimuló la tensión de su gesto con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—No —respondió Sean rotundo. Había hablado con varios especialistas y poco a poco comprendía qué pudo ocurrir en el quirófano pese al montón de incógnitas que debía aclarar antes de formular una acusación contra el equipo médico—. Todos los fármacos directa o indirectamente

relacionados con la anestesia que se administran en el acto quirúrgico como antibióticos, analgésicos, antisépticos, etc. además del material quirúrgico, pueden provocar cuadros de alergia, pero no son frecuentes.

Gabriel suspiró, cansado tras días interminables, y con seriedad preguntó a Sean:

—¿Deberían haberle hecho pruebas con los anestésicos antes de la intervención?

—En circunstancias normales solo se hacen cuando los pacientes ya han tenido una reacción alérgica durante una anestesia anterior. En ella habría sido lo deseable, pero no fue un parto normal, así que mejor no vamos a machacarnos con eso. Prefiero centrarme en la negligencia al no aclarar el tema con ella. Es, muy, muy dudoso que Cora no dijera nada.

—¿Quizá no pudo? —preguntó Victor, cínico, harto de las insinuaciones que oyó sobre su hija. Era inconcebible para él admitir que omitiera esa información—. No me trago que ante la ausencia de Sawyer no lo advirtiera.

—Es complicado saberlo porque el equipo al completo coincide en que Cora estaba consciente y no abrió la boca ni siquiera cuando empezó a desestabilizarse.

—Porque no podría hablar —añadió Gabriel, que tampoco creía en esa omisión. Cora deseaba ser madre, estaba ilusionada con su hijo y la nueva vida que empezaba con Jack, jamás haría algo así; jamás—. Tendría la lengua o la garganta hinchada. ¿La autopsia no dice nada?

—No concluyente. Es el resultado del shock, y debían estar ya tratando de reanimarla.

—Da igual —cortó Victor enfadado—, Sawyer debería haberlo indicado en su ficha. No solo falló el anestesiólogo, están encubriéndose entre ellos. Podían haber estado preparados para tratarla, pero no supieron reaccionar hasta que fue tarde.

—Es muy complicado saberlo, Victor —dijo Sean serio—. De momento vamos a hablar con el Hospital.

—Pide la mayor indemnización que puedas, ese dinero es el futuro de mi nieto.

—Mi nieto no necesita el dinero. —John habló con frialdad—. Con sus padres junto a él tendría suficiente.

—No me he expresado bien, John, daría mi vida porque Cora estuviera con él, pero necesito aclarar que murió por un fallo médico.

—Vamos a aclararlo —dijo Sean, dándole a Victor una palmada suave en el hombro—. No creo que lleguemos a juicio, saben que perjudicaría la imagen del Hospital.

—¿Si no? —preguntó Gabriel—. ¿Yendo a juicio ganaríamos?

—La sanción consistiría en prisión, multa o inhabilitación. Incluso la absolución o sobreseimiento. En el fuero penal, no es impedimento para examinar la responsabilidad civil del médico y la reparación de los daños si fuera absuelto. La indemnización se demandaría en un segundo juicio civil.

—No has contestado. —John miró severo a Sean—. ¿Sí? o ¿no?

—Si el médico es culpable de un delito, sí.

Una de las máximas aprendidas por Sean Drake a lo largo de su carrera profesional había sido no dar falsas esperanzas, más si cabe, en este caso, cuando la implicación emocional era lógica. Concertaría una reunión con el director médico del hospital, solicitaría una segunda opinión sobre la autopsia de Cora y en función de los resultados decidiría.

El ruido constante y ensordecedor taponaba el cerebro de Jack y aliviaba algo el tormento de su pena. Beber fue el complemento perfecto

hasta que agotaba las botellas de whisky y debía salir del motel para reponerlas. Estaba en la provincia de Ontario, a escasos doscientos metros de las cataratas, en Niagara Falls, un enclave turístico ideal si se busca no destacar.

Buscando abastecerse cruzó el Puente Rainbow. La brisa fresca del río le concedió evadirse medio sobrio, contemplando la panorámica de una naturaleza salvaje rodeada de modernidad. No quería volver de su mundo irreal, de la mentira que deseaba vivir con Cora. ¿Podía imaginarse sin ella? ¿Cómo? Pensó en su hijo, pero desechó rápido la idea; no podía verlo; desde el principio solo aumentó la alergia de Cora. Su parte racional intentaba frenar ese pensamiento, si bien, siempre terminaba culpándolo a él por su muerte.

En la caja de un pequeño supermercado pidió tres botellas de Jameson, aunque salió con dos gracias a la limitación que no quiso pasar por alto el dependiente. Jack no supo si estaba haciéndole un favor, no rechistó y volvió a la calle, a sentirse vivo. Siempre le gustó Canadá, disfrutó viviendo en Quebec. Con nostalgia, regresó por el puente. Por primera vez desde hacía una semana se detuvo en mitad del recorrido, inmóvil, observando abstraído y calmado la fuerza violenta y majestuosa de las cataratas. ¿Sería la hora de regresar a casa?

Después de cenar, Claire cogió al bebé en brazos y se sentó en el sofá junto a Elizabeth. El pequeño tenía una pelusa rubia recubriéndole la cabeza y el cuerpo alargado, con un ímpetu nada despreciable aunque pasara la mayor parte del día dormido.

—Es muy bueno —comentó Claire, acariciando las piernas del niño—. ¿Cómo vamos a llamarle? Deberíais decidirlo. Tenéis una semana más para inscribirlo en el Registro.

—A Cora no le gustaba Ethan —dijo Elizabeth—. ¿Recuerdas cuándo comimos con ella en Bruno's?

—Sí —respondió John, pensando que hacía solo dos meses de eso—. Nos dijo que le gustaban Oliver y John.

—John Cordelius Drake.

La voz profunda de Gabriel atrajo un silencio breve.

—Es bonito. —Claire sonrió—. Pero un poco drástico para un bebé—. Mejor, lo llamamos Cordey.

Elizabeth observó a John, que parecía ausente.

—¿Abuelo?

John asintió mirándola, no objetaría nada. Más tarde, Elizabeth llevó a Cordey al dormitorio de ellos, donde tenía la cuna que Sean trajo de Ophie cuando llegaron de Nueva York y se vieron sin nada preparado para cuidarlo. A ninguno le pesaba ocuparse de él, derrochaban ternura tal y como hicieron cuando sus hijos nacieron.

Esa noche, sentada en la cama, Elizabeth estiró las piernas mientras le daba el biberón al niño cuando John se despertó. Los observó con el codo apoyado en el colchón.

—No tiene nada que ver con Jack —comentó distraído, paseando un dedo por la pierna de Cordey—. De buena nos hemos librado.

—Es muy guapo, se parece a los dos. —Elizabeth acarició la carita del niño, entregado a la leche—. No da un ruido, como si no quisiera molestar.

—No digas tonterías. —John percibió la aflicción—. Es un bebé. Es así y ya está. Su padre era un martirio, él habrá salido en eso a su madre.

—Lo sé, pero no dejo de pensar en que nunca la conocerá, me da mucha pena, cariño, muchísima. Estoy muy preocupada por Jack, ¿y si le ha pasado algo?

—Jack estará borracho en cualquier hotel de mala muerte. Ya aparecerá.

—No seas tan duro con él. Estamos suponiendo y quizá estemos equivocados.

—Beth, conozco a nuestros hijos, y te digo que Jack está ahogando las penas en whisky. Tanto Gabe como Sean opinan lo mismo, vamos a darle un par de semanas más, si no aparece iremos a buscarlo.

En el dormitorio de Gabriel, donde acostumbraban a alojarse, Claire salió en camisón del baño y observó al Inquisidor tumbado en la cama. Andaba apático y no sabía disimular, pero siguió con atención sus pasos, abrió el cobertor y la arropó cuando se tendió a su lado.

—¿Estás cansada?

—No —respondió Claire, abrazó su cintura—. ¿Tú estás más tranquilo?

—Algo, al menos Victor no se ha empeñado en llevarse al niño.

—Era absurdo solo plantearlo, cariño. Jack está vivo, es su padre y es

quien va a hacerse cargo de él.

—Ese es el problema, Claire. No sé a qué coño está esperando. He tenido que darle la razón a Victor. No es normal que se largue y haya dejado a su hijo. Joder, no ha sido capaz ni de venir al funeral.

—Es un poco inmaduro por su parte desaparecer, está claro, pero es así. Imagino que con esto no le va a quedar otra que madurar de golpe. Me da mucha pena, cariño, tiene por delante una época complicada.

—Sean dice lo mismo. Espero que entre en razón, pero si no podemos hablar con él es difícil convencerlo, y a cabezón no le gana casi nadie —dijo resignado—. Mi padre quiere que pida el traslado para que viva aquí con ellos.

—Es un adulto, no deberían sobreprotegerlo. Creo que es mejor que viva con su hijo por su cuenta, que los visite o esté cerca no te digo que no, pero debería mantener su independencia. Habláis de él como si fuera un adolescente, y me parece que estáis equivocados. Jack es fuerte, solo necesita asimilar el golpe. Esta huida no tiene nada que ver con lo que pasó cuando dejó Quebec, aquello lo hizo para no enfrentarse contigo, esto es para no enfrentar la verdad.

—Es posible —murmuró, acarició el muslo de Claire y metió la mano

por debajo de la tela de sus braguitas, el calor envió un ramalazo a su cerebro y una pulsación impaciente a su pene—. Ahora prefiero nuestra verdad, cariño.

Esa voz grave a ras de la piel del cuello fue un disparo a la libido de Claire, que ocultaba sus ganas de sexo respetando el estado desanimado de Gabriel. Otra vez llegó la suavidad de los besos, la firmeza del cuerpo masculino cubriendo el suyo, y otra vez volvía la inspiración para amarse sin trabas.

Unos días más tarde, Claire y Gabriel dejaron Quebec. Para todos, más que una despedida fue un breve hasta luego, concretamente hasta mediados de mayo cuando bautizarían a Cordey.

A diario, Claire habló con su abuelo durante esos días, no se fiaba de un espíritu intrépido que acobardaría a alguien más joven. Ya lo había pillado varias veces en el taller, y no sugería nada bueno que Craig hubiera abastecido la nave con nuevas tablas de madera; hasta vio un tronco con la corteza, algo extrañísimo porque no solían venderlos sin limpiar para prevenir los insectos. Entendió que debía encontrarse en buena forma, pero tenía pensado limitarse a no perderlo de vista; aunque para ella era un gran

alivio que Léonore velara con sensatez por él.

Christina McQueen salió rápido del coche en cuanto aparcó frente a la Fromagerie de Yannick, la favorita de Ari, donde tenían los mejores quesos de todo Quebec. La tienda era un rectángulo decorado sobriamente, con dos neveras expositoras alargadas y abarrotadas de quesos bien presentados en bandejas individuales. Eligió una selección para cenar con Ari después de no verla por los turnos que hacía de otros compañeros. Salía guardando la cartera en el bolso cuando tropezó con un cuerpo masculino macizo.

—Hola —saludó Sean, asombrado—. ¿También compras aquí?

—Sí —contestó tras unos segundos para reaccionar—, a Ari y a mí nos encantan los quesos. ¿Cómo estás?

—Tirando —respondió Sean, no tuvo intención de mostrar un gesto apenado que Christina captó—. ¿Y vosotras?

—Muy bien, gracias. —Christina le tocó el brazo—. Siento mucho la muerte de tu cuñada. Y, gracias por recomendarme.

—De nada. ¿Qué te parece mi sobrino?

—Un afortunado. Por lo que me contaron tus padres, es un milagro que esté vivo.

Sean asintió.

—¿Tienes tiempo para un café?

—No mucho —dijo Christina, de inmediato, rectificó—. Pero puedo perder quince minutos. Te espero en la calle.

—No, mejor hago la compra cuando te vayas. —Sean dio la vuelta. Anduvieron hasta una pequeña cafetería, en otro edificio de dos plantas de ladrillo en color claro, y preguntó después de pedir dos cafés con leche—. ¿Qué precauciones deben tomar los pacientes alérgicos antes de someterse a una intervención quirúrgica?

—¿Qué quieres saber realmente?

—Eso, explícame cuál es el procedimiento habitual.

—Es muy importante que informe al anesthesiólogo en la entrevista previa a la operación sobre la existencia, duración y gravedad de su alergia, así como del tratamiento que realiza habitualmente.

—Fue una intervención de urgencia. Le pusieron la epidural para dar a

luz.

—Soy pediatra, Sean, pero la epidural es efectiva, con complicaciones mínimas —explicó Christina, que conocía por encima la trágica muerte de Cordelia Hosborn. También, al pequeño Cordey Drake; uno de sus nuevos pacientes gracias a la recomendación de Sean y Elaine, con quienes mantenía un trato excelente, muy cordial. Al niño lo había reconocido dos veces, estaba saludable y tenía un carácter calmado. De momento los abuelos eran los encargados de traerlo, supuso por el estado anímico que tendría el padre. No sabía nada de Jack Drake, aunque lo compadecía ante su desgracia—. Cada anestesiólogo selecciona el medicamento y la vía de administración. Entiendo que era un experto en el tratamiento del dolor.

—Sí, aunque no lleva mucho tiempo trabajando en el hospital. Es complicado demostrar una mala praxis cuando la autopsia solo ha revelado un aumento de la histamina, que pudo ser natural.

—Perfectamente. Una reacción anafilactoide se produce al liberarse histamina de los mastocitos en respuesta a la administración de ciertas drogas opioides, relajantes musculares, protamina... Esa liberación de histamina es una respuesta que puede ocurrir en la primera exposición y clínicamente es muy diferente en cada individuo. Debieron explicarle bien todos los riesgos.

—Cora había tomado metilprednisolona en dosis bajas para la alergia.

—Es un antiinflamatorio e inmunosupresor, está indicado para tratar las reacciones alérgicas. Me parece adecuado, aunque estando embarazada es peligroso; solo se administra si el beneficio para la madre justifica el riesgo potencial para el feto; es una suerte que Cordey esté sano.

—Fue una negligencia del anesthesiólogo —dijo Sean, parecía no escucharla—. Jack no firmó nada.

—El verdadero consentimiento lo firma el enfermo y el médico responsable. No puede delegarse esa obligación a otra persona.

—La intervención del equipo médico es vital.

—Sí, una reacción anafiláctica durante una anestesia epidural requiere una intervención urgente, pero es difícil reconocer que un paciente está presentando una reacción alérgica bajo anestesia. El riesgo para el anesthesiólogo es la ausencia de diagnóstico.

—Christina, por favor... no lo encubras tú también.

—No es eso, Sean, está claro que requiere experiencia por parte del anesthesiólogo, pero ten en cuenta que las reacciones que se manifiestan durante la cirugía presentan algunas peculiaridades que las diferencian de

otras reacciones adversas medicamentosas. Primero, pudo no notar ni explicar los síntomas del comienzo de una reacción. Segundo, estaría cubierta por sábanas y no resulta tan evidente la aparición de erupciones en la piel. Y, por último, debes tener en cuenta que para conseguir una anestesia el paciente recibe muchos fármacos por vía venosa en un corto espacio de tiempo, y eso facilita una reacción. Algunos medicamentos utilizados en la anestesia, como los relajantes musculares, producen afectación del sistema cardiovascular y los bronquios, lo que confiere mayor gravedad a una reacción alérgica.

—La autopsia habla de colapso vascular.

—Las reacciones severas se caracterizan por una combinación de síntomas cutáneos, cardiovasculares y respiratorios. La mayoría de los medicamentos no son inmunogénicos y precisan formar complejos con una proteína portadora para provocar una respuesta inmunológica. El complejo proteína-droga puede tener múltiples sitios antigénicos para estimular la sensibilización inicial y la subsecuente reacción alérgica.

—Luego dicen que los abogados usamos un lenguaje difícil...

—Cada profesión tiene el suyo —comentó sonriendo—. Además, esta conversación es solo a título informativo, tendrás que hablar con un perito. Estoy informándote porque me caes bien, que conste.

—Gracias, doctora McQueen. —Sean rió, no añadió que era impresionante ni que empezaba a considerarla una amiga, cómodo en su compañía—. Eres muy amable.

—Lo sé, soy encantadora.

—Es cierto —admitió pensativo, recordando la vez que comentó que estaba divorciada—. ¿Cómo está tu hija? ¿Ve a su padre con frecuencia?

—Vaya..., menudo giro en la conversación. —Christina se levantó de la silla, sonreía cuando buscó la cartera en el bolso para pagar la cuenta. Sacó un billete de veinte y se lo entregó al camarero, que cobró los dos cafés—. Tengo que irme, me ha gustado hablar contigo.

—¿Sales con alguien? —preguntó Sean, abriendo la puerta del establecimiento, se apartó y le cedió el paso a Christina. Vio una mirada suspicaz y cayó al instante—. No estoy pensando en tener un lío contigo.

—Qué alivio —exclamó divertida—. No me gustaría tener que mantener una conversación de esa índole con Elaine.

—No se dará el caso. Soy un poco curioso, y cuando te vi en Nueva York me dio la impresión de que estabas resentida.

—¿De verdad? Creo recordar que solo os dije que estoy divorciada,

pero es posible que se me notara el enfado, aquel día acababa de hablar con mi ex. No conseguimos llevarnos medio en condiciones ni por Ari, y me molesta bastante. No llego a comprender a qué viene tanto odio acumulado. Es imposible que hablemos sin acabar discutiendo, es agotador, te lo juro.

—Viví el divorcio de mis padres, y para tu hija no es nada beneficioso veros así.

—Por eso me molesta tanto. Por suerte ahora está más razonable, veremos si cumple con las visitas o las vacaciones.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York, pero es escocés como yo. Tiene que llevarse a Ari un fin de semana al mes, y un mes y medio durante las vacaciones de Navidad y verano, pero desde que nos vinimos aquí solo ha venido dos veces. Me da pena por mi hija, pero él se ha buscado que nos mudásemos.

—¿Es mucha indiscreción si te preguntó por qué?

—Otro día, ¿vale? Tengo que llegar a mi casa antes de las cinco, he tenido guardia y no la veo desde antes de ayer.

—Claro —dijo Sean comprensivo, le besó la mejilla—. Gracias por el café.

DOS

San Juan de Terranova, 6-5-13

Terranova y Labrador, Canadá

Esa mañana, Gabriel se levantó temprano, como siempre. Vestido de forma impecable con un traje oscuro, entró en la cocina antes de que llegasen Eloise y Ethel, puso la cafetera y metió dos rebanadas de pan en el tostador. No había terminado de desayunar cuando *Shu* salió disparada hacia la puerta principal. Sonó el timbre, algo extraño porque las Friars tenían llave.

—Marion... —Gabriel no supo ocultar la sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, siento presentarme sin avisar, pero he intentado hablar varias veces con Claire y me ha sido imposible.

Una vez en el vestíbulo, Marion dejó el coqueto bolso de viaje en un rincón y acompañó a Gabriel a la cocina, donde le sirvió una taza de café. Notó la palidez en una piel que recordaba saludable y preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Necesito hablar con mi sobrina. —Pensativa, Marion echó una cucharita de azúcar en el café y lo removió—. Me he enterado de la muerte de Cora, lo siento mucho. He llamado a Jack, pero tampoco he conseguido hablar con él.

—Ni tú ni nadie, no quiere dar señales de vida.

—Es un trance muy duro, lo sé por experiencia. —Marion bebió un sorbito, sujetando la taza con delicadeza—. ¿A qué hora suele levantarse Claire?

—No tiene horario, es una trasnochadora. Depende si tiene que hacer algo o no.

Dándole conversación, Gabriel esperó a que las Friars llegaran para ir al dormitorio. Admiró la asombrosa capacidad de su mujer para dormir a pierna suelta cuando el mundo llevaba horas funcionando, no parecía incómoda por los demás.

—Cariño, despierta —dijo Gabriel, se sentó en la cama y palmeó cariñoso su brazo—, tenemos visita.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las nueve. Elo y Ethel están en la cocina con Marion.

—¿Marion está aquí? —preguntó Claire, incorporándose—. No me había dicho nada. Qué raro.

—Sí, está un poco misteriosa. Quiere hablar contigo —dijo Gabriel, la besó en los labios y se puso de pie—. Tengo que irme, si no vas a comer aquí, llámame luego.

—No te preocupes, cariño. —Claire se levantó, rodeó el cuello de Gabriel con los brazos y unió sus labios en un contacto algo menos comedido que el beso casto de unos segundos antes—. Voy a ducharme para desayunar con ella.

—Le he ofrecido un café —dijo sonriendo, se apartó y mordaz, agregó —: No creo que esté esperándote. Contigo y tres más como tú, viviríamos al revés.

—Bueno, ya que estás tan servicial, vete a caldear el ambiente a tu banco.

—¿Caldear? —Gabriel, que estaba en la puerta, volvió sobre sus pasos, cogió la mano de Claire y pegó sus cuerpos—. ¿Cómo te gusta? ¿Leves ascuas o un fuego intenso?

Claire rió contenta.

—Contigo me vale cualquiera —comentó satisfecha—, pero como no te vayas ya, ni voy a ver a Marion ni tus súbditos a ti.

—Tengo una relación excelente con todos, no sé por qué piensas que los exploto.

—Por nada...

Gabriel le dio un cachete cariñoso en las nalgas y salió del dormitorio. Sin detenerse, se despidió de Marion. La mujer admiraba abstraída la escalera con *Shu* a su lado. Durante un rato recorrió la planta baja. Nada de lo escuchado sobre la casa se correspondía con el cúmulo de sensaciones que experimentaba. «¿Cuánta belleza conjugada con maestría tenía la cualidad de emocionarla?» No lo recordó. El mobiliario del salón era digno de un anticuario, se notaba a metros de distancia la calidad, no solo de la madera, sino del arte hecho filigranas en los detalles de las decoraciones.

—Hola —saludó Claire en cuanto encontró a Marion en el salón. Llevaba recogido el pelo mojado en un moño, vestida con unos vaqueros y una camiseta roja. Al acercarse, de inmediato la percibió alicaída pese a la pulcritud y elegancia que rezumaba con un traje sastre oscuro y una camisa blanca—. Qué sorpresa ¿Por qué no me has avisado?

—Te he llamado varias veces, pero imagino que con vuestra tragedia no habrás visto las llamadas. Anoche ya no quise retrasarlo más —respondió Marion tras besarla en las mejillas—. Si os viene mal, puedo alojarme en el Sheraton. Discúlpame por ser tan impulsiva.

—No, ¿cómo va a parecernos mal? Tenemos sitio de sobra. ¿Has instalado tus cosas?

—Sí, Eloise me ha acompañado a una de las habitaciones de la primera planta. Tengo que decirte que la casa es una preciosidad. Estoy sin palabras. Jamás había visto algo parecido. El trabajo de tu abuelo es una maravilla.

—Sí, lo es —admitió Claire sonriente—. Vamos a la cocina y me cuentas por qué de repente has tenido el impulso de venir al fin del mundo.

Marion asintió, mostrando una leve sonrisa. En unos minutos, repitió café mientras Claire desayunaba y Ethel trajinaba entrando y saliendo de la despensa. La conversación estaba monopolizada por la muerte de Cora y el abandono de Jack hasta que Marion se armó de valor y dijo:

—Te he nombrado mi heredera.

Claire tardó en reaccionar unos segundos, terminó de engullir el

bocado que tenía en la boca y bebió un sorbo de café para despejársela y ganar algo de tiempo. Ethel abrió los ojos como platos de espaldas a ellas, trataba de mantenerse al margen, pero viendo que iba a serle complicado, conociendo la obstinación de Claire, se dio la vuelta y habló:

—Tengo que salir a comprar algunas cosas, ¿quieres algo?

—No. Llévate a *Shu*, por favor. Gabriel no la ha sacado y está loca por salir —dijo Claire. Cuando Ethel enfiló el vestíbulo seguida por la perra, comentó—. Es un honor, Marion, de verdad, pero no sé si eres consciente de lo que has hecho. En Essex te dije que no era necesario. Vivo aquí, si voy a Londres será como máximo una o dos veces al año... ¿A qué viene la prisa? Eres muy joven para pensar en eso.

—No me queda mucho, Claire.

El rostro de Claire perdió el color.

—¿Qué quieres decir?

—Hace dos semanas me detectaron un carcinoma en el hígado. Es grande, y el pronóstico no es bueno.

—¿No pueden tratarlo?

—Sí, con quimio-embolización para obstruir los vasos que llegan al tumor, pero me han advertido que puede desestabilizarse y acelerar...

Marion no pudo terminar la frase. Claire se levantó emocionada, y durante unos minutos lloraron juntas dándose un abrazo. No oyeron llegar a Alexei con Léonore, que observaron la escena desde la puerta de la cocina.

—Hola, buenos días —saludó Alexei. Marion se limpió rápido el rastro de lágrimas y se acercó para besarlo en la cara igual que a Léonore—. ¿Cómo está?

—He tenido días mejores —respondió Marion. Contempló contenta a la pareja anciana, parecían más vitales que la última vez que se vieron en Londres y sintió un poco de envidia, ya que habría dado algo por compartir la vejez junto a su marido. Uno de los motivos que la llevaban a rechazar cualquier tratamiento era dilatar una estancia con la fecha límite fijada. No quería vivir sus últimos momentos saliendo y entrando de hospitales. No. Se negaba a morir como una decrepita sombra cuando sabía que Richard la esperaba en el paraíso, donde quería llegar tal y como él la recordara—. Sé que no soy santo de su devoción, Alec, pero me gustaría que me llamara de tú, por favor.

—No sé por qué dices eso —comentó Alexei, también percibió qué

algo malo sucedía—. Es sano que cada individuo mantenga su postura. Cuando hablamos me limité a expresar con libertad mi opinión sobre el negocio que hay alrededor del arte.

—¿Estás bien, Marion? —preguntó Léonore.

—No —respondió con una sonrisa, sin intención de ampliarles la información de su enfermedad, precisamente a ellos, con la muerte rondándoles—. Pero no quiero hablar de mí. He echado un vistazo a tus muebles —comentó mirando al anciano—. Sería un honor si me hicieras un tour, es muy difícil tener el placer de admirar lo sublime de manos del creador. He visto miles de obras bellas a lo largo de mi vida y te aseguro que tener el don de conmoverme es ya muy complicado, en cambio desde que he entrado siento la belleza y puedo palparla. Me tienes rendida a tus pies.

—Es un gran halago, Marion —dijo Alexei, tocándole afectuoso el brazo. Supo que estaba muriendo por la emoción en sus ojos oscuros. No vio a la altiva marchante. Frente a él estaba una mujer que aceptaba su destino con dignidad. Sonrió a esas amables palabras. Como artista siempre prevaleció en él conmover a vender, rebelarse a arrodillarse o, simplemente, compartir la parte más libre de su vida soñando sin despertar—. Con mucho gusto te contaré todo lo que quieras saber, y si te apetece también puedes visitar mi taller.

—Por cierto, abuelo, ¿en qué andas metido? Espero que no se te ocurra volver a trabajar.

—No digas tonterías.

Alexei desvió la vista hacia Léonore, con complicidad. Claire no supo interpretar esa mirada, pero estaba segura de que tramaba algo. En cuanto terminó de desayunar, les acompañó a la planta alta. El recorrido de arriba abajo le supuso atender las explicaciones de su abuelo, reconociendo el mérito del esfuerzo y el orgullo Barinov. Boreal Róis no solo fue un sueño para Charles Merritt, la casa abrió las puertas a los sueños de un joven ebanista, creativo, obstinado y agradecido. Esa era la cualidad más sobresaliente de Alexei, en cada palabra recordó a su buen amigo, imperando el buen humor.

Saliendo del despacho de Nueva York, Sean repasó mentalmente la conversación que preveía mantener con el doctor Sawyer y el gabinete jurídico del hospital para llegar a un acuerdo o seguir la vía de la Justicia con una demanda por responsabilidad civil. Con poca o ninguna esperanza, llamó a Jack. Él y Elaine serían los padrinos de Cordey el próximo domingo y era bastante triste afrontarlo para también volver a asumir su ausencia. Empezó a

perder la esperanza tras algunos tonos.

—Hola, Sean.

—¡Jack! —exclamó nervioso—. ¿Dónde estás?

—En mi casa —respondió con voz plana—. Volví anoche.

—Nos has tenido muy preocupados ¿Cómo estás? —Sean se detuvo antes de bajar a la estación de metro. Jack no respondió—. Escúchame, ahora tengo una reunión, pero en cuanto termine iré a verte; procura no esfumarte.

Jack tiró el móvil encima de la cama, entró en el cuarto de baño y se desnudó, sin mirarse ni una sola vez en el espejo, estaba demacrado y olía mal, no era él. Metido en la ducha notó un sabor rancio en la boca. Con el agua martilleando cálida en la espalda, dejó caer la cabeza hacia delante y cerró los ojos. Ahí estaba su puñetera realidad tras quince días en el limbo. El tiempo, otro traidor para activar en ese rato una conciencia enredada. Al terminar observó en el espejo la aflicción de su imagen: en los kilos perdidos de peso, una mirada apagada, unas ojeras violetas y la espesa barba oscura para disimular los pómulos marcados que afilaban sus facciones.

Cuando se vistió en el dormitorio con un pantalón negro de chándal y una sudadera gris, recibió otro puñetazo de realidad al ver en el armario la

ropa de Cora. Buscó bolsas de basura, metió las prendas todo lo rápido que sus manos le permitieron sin que sus ojos se fijaran en ellas, y las sacó al corredor con intención de donarlas, de alejarlas para siempre de su vida.

Luego, tumbado en el sofá, el silencio del apartamento lo engulló; era triste, nada consolador. No pudo apartar los ojos del cuadro enorme que presidía el salón, parecía un océano vertical enfurecido. Se abstraigo en los brochazos anchos de las rectas azules y en las curvas de naranjas fulgurantes. Así era Cora, así la amaba. No salía de un mar de lágrimas cuando entraba en otro, siempre arremolinadas en aguas turquesas bravas y perdidas. Era imposible tener ese cuadro sin recordarla.

Se levantó decidido y buscó un mechero o una caja de cerillas en los cajones de la cocina. Satisfecho, con un mechero negro con el logo del banco guardado en el bolsillo, volvió al sofá. Necesitó subirse en él para descolgar el cuadro. Lo sacó de la guía tratando de sostenerlo equilibrado cuando de pronto sonó el timbre y se desestabilizó. Con cierta pericia, evitó que cayera, lo colocó en el suelo, apoyado en la pared, y fue a abrir la puerta.

Sean no dejó que vacilara, le agarró el cuello y se abrazaron con fuerza. Otra vez sintió Jack que era el pequeño, el mimado de la familia. Pasado un momento, se miraron a los ojos. Sean inclinó la cabeza hacia delante, besó las mejillas de Jack y preguntó:

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—Es duro, Jack, pero hay que sobreponerse. —Sean entró, derecho a la nevera. Sacó varios paquetes abiertos de embutido, con un rastro verde algo sospechoso, y cogió una lata de cerveza. No se planteó ofrecerle una a su hermano. Camino del sofá, miró fijamente el cuadro. Se sentó y preguntó —. ¿Pensabas quemarlo?

Jack inclinó la cabeza y soltó una sonrisa amarga.

—No puedo tenerlo.

—Véndelo, no seas idiota. —Sean bebió y contempló el cuadro, dándole tiempo. Unos minutos después, se cansó—. ¿Por qué no quieres a tu hijo?

—¿Está bien?

—Sí —respondió advirtiendo los remordimientos de Jack—. El domingo tenemos pensando bautizarlo. Elaine y yo vamos a ser los padrinos, pero si no quieres, no pasa nada. Es una decisión que tomamos porque no sabíamos cuándo ibas a volver. Los padres de Cora, bueno, Victor, se empeñó en llevárselo. Mamá no lo ha pasado tampoco bien. Ninguno, Jack.

Ha sido un golpe para todos, no lo olvides.

—Necesito estar solo, Sean. No me veo criando a un bebé. No puedo.

—Tendrás que aprender, pero debes hacerlo. Llevas quince días fuera, es hora de que encuentres tu nuevo rumbo y escondiéndote te garantizo que no vas a encontrarlo.

—De momento, prefiero que se quede con ellos. Van a darle lo que necesita mejor que yo.

—Cordey te necesita a ti —dijo con suavidad—, solo a ti.

—No —dijo rotundo, sin ni siquiera escuchar el nombre del niño. Se levantó, cogió un vaso de la cocina y una botella de whisky. Se sirvió una generosa cantidad y se la tomó de un trago—. No puedo, Sean. No me des la paliza.

—Tranquilo, ese honor va a tenerlo Victor; te tiene ganas —comentó Sean con ironía. Jack no pareció inmutarse, se centró en llenarse el vaso de nuevo—. ¿Piensas volver al trabajo?

—Sí. Empezaré el lunes que viene.

—¿Y piensas dejar de beber?

—No estoy emborrachándome —murmuró—. Dame un respiro. — Jack bebió un sorbo con los ojos cerrados, al abrirlos, miró a Sean y preguntó —: ¿Qué nombre le habéis puesto?

—John Cordelius —respondió, atento a las lentas olas que inundaron los ojos de Jack. Echó el brazo encima de su hombro y lo sostuvo mientras volvía a naufragar. Esas lágrimas brotaron con tanta amargura que Sean solo vio pasar unos crueles minutos hasta que Jack se desahogó y recompuso. Todos sufrían la injusta pérdida de Cora; pero ahí Sean comprendió que el ánimo de Jack necesitaba el tiempo que pedía—. Habla con papá y mamá. No les importa tenerlo, pero deben saber que cuentan contigo hasta que puedas hacerte cargo de él.

—Mañana les llamaré. Me gustan los nombres que habéis elegido.

—Se los puso Gabe —dijo con una sonrisa breve—, pero todos le llamamos Cordey. Es muy bueno, Jack. Mamá está loca con él, parece que le ha dado algo de alegría entre tanta desgracia. No dejes que tus miedos te priven de tu hijo, ni lo culpes de nada, porque sabes que es totalmente injusto.

—¿Habéis hablado con el hospital? —preguntó muy bajo—. Me dijeron que no pudieron reanimarla y que no sabían nada de la alergia.

—De ahí vengo —comentó Sean, aguardó un instante ordenando la

información a compartir con él—. Creo que admitirán un acuerdo. Tienen tres meses para estudiarlo. En la reunión han visto claro que la negligencia por omisión del doctor Sawyer al no advertir de la alergia a la histamina de Cora ocasionó la sucesión de errores que podrían haberse evitado si hubiesen previsto el riesgo antes de la intervención.

—¿Sawyer ha admitido su fallo?

—Sí; aunque ha tratado de echar balones fuera alegando que era un dato que debíais haber dado vosotros. En vista de que ese argumento no se sostenía porque Cora visitó su consulta del hospital varias veces y en ninguno de sus informes lo mencionó, ha solicitado la jubilación para no terminar su carrera profesional inhabilitado.

—De todas maneras, Sean, en el quirófano no supieron reaccionar.

—Contraté a otro médico, un experto en la materia, y tras estudiar toda la documentación ha emitido un informe pericial concretando cuales han sido los errores médicos, fundamentándolos y vinculándolos con la muerte de Cora. Intentaron reanimarla algo tarde, pero el gran error fue desconocer exactamente qué provocó la reacción.

—Cuéntamelo, todo.

—Durante la anestesia epidural Cora recibió un montón de fármacos que liberaron histamina para actuar y provocaron el shock anafiláctico agudo.

—Sean debía hablar con objetividad, sin mentir ni incidir en la verdad. Entendía el afán de su hermano, pero había partes que podía ahorrarse por no borrar la imagen que tendría de ella en el recuerdo—. Ten en cuenta que estaba empezando el parto cuando tuvieron que practicarle una cesárea de urgencia. Gracias a esa decisión el niño está vivo, Jack, pudo haber muerto.

—No recuerdo si me dijeron que le hicieron una cesárea —comentó, tapándose la cara con las manos—. Solo quise correr.

—Escúchame, Jack. El shock se presentó a los tres minutos de inyectarle la anestesia, aunque no se dieron cuenta hasta pasados diez. Para que el niño pudiera vivir realizaron de golpe la cesárea. Y empezaron a cometer errores cuando estaba perdiendo mucha sangre con una cicatriz importante en el abdomen —explicó serio—. Sawyer tiene su responsabilidad, incluso Cora o tú por omitir una información tan importante, pero no vamos por ahí. Nosotros queremos demostrar que, pese a esa gravísima omisión, el equipo médico no supo actuar cómo debía.

—No nos preguntaron nada cuando llegamos. Di por hecho que el historial de Cora era correcto. —Jack resopló—. Joder, Sean, Sawyer la había visto un montón de veces. ¡Joder! —exclamó, levantándose—. ¡Maldito

cabrón! Tuve que amenazar a la compañía de seguros del banco para que pasara consulta allí. Supuestamente es un reputado ginecólogo.

—¿Amenazaste a la aseguradora?

—Sí. —Jack contestó más calmado—. Llamé a Lloyd's y les dije que o Sawyer empezaba en el Monte Sinaí o dejábamos de trabajar con ellos. Fui gilipollas, la habría convencido para ir hubiese estado él o no. Me dio mala espina desde el primer momento...

—No deberías torturarte, no podemos solucionar nada.

—¿Crees que sufrió?

—No —respondió seco. No iba a decirle que en un periodo muy breve de tiempo tuvo un edema laríngeo que le impidió hablar, broncoespasmos, disrritmias cardiacas, taquicardias y el colapso cardiovascular que la mató pese al tratamiento repetido con epinefrina—. Sobreponete, responsabilízate de tu hijo y encara el futuro con valor, Jack; lamentándote no vas a superarlo.

Cuando amaneció el día siguiente, Elizabeth le daba un biberón a su nieto sentada en el sofá viendo la televisión. En las dos semanas que llevaban en Quebec, el niño había ganado casi un kilo de peso, crecía por días y

continuaba siendo un bendito. Absorta en sus pensamientos, bajó de repente de su nube cuando vio a Lilian en el funeral de Rupert Tisch, celebrado el día antes en Nueva York.

—¿Cómo va, cariño? —preguntó John sonriente desde la puerta del salón.

—Muy bien, se lo ha tomado sin rechistar. ¿Has terminado?

—Sí, ve a ducharte. Yo me encargo de él. —John cogió a Cordey en brazos y lo sostuvo derecho cuando escuchó la noticia de la muerte de Tisch. Abrió los ojos de par en par, con un gesto torcido en los labios y dijo—. Vaya..., que poco les ha durado la felicidad.

Elizabeth inclinó la cabeza.

—Era previsible —comentó suficiente—. No parece muy afectada.

—Supongo, pero cuando lo conocimos me dio la impresión de que tenía más cuerda. Tampoco es que me preocupe mucho.

—Pues imagina cuánto me preocupa a mí. Que se preparen los hijos de Tisch para la que se les viene encima con la rubia avariciosa, me dan pena.

—Es su problema. Nosotros tenemos bastantes con los nuestros —

dijo, dando suaves palmaditas en la espalda del bebé. El timbre del teléfono fijo asustó a Cordey, dio un ligero repullo que apenas duró unos segundos. Cariñoso, John habló a su nieto mientras Elizabeth atendía la llamada—. ¿Vamos un ratito al jardín?

—Jack, ¿cómo estás, cariño?

Al escucharla, John se detuvo. Por fin. Se sentó en el sofá acunando a Cordey, avizor a los gestos de su esposa, a las lágrimas que surcaron sus mejillas y a la congoja que percibió en su voz. Claramente, su familia necesitaba mucha atención, sin intromisiones de quien no merecía la más mínima. En aquel preciso instante rogó para que Jack viniera a por el niño; fue su único deseo aunque les supusiera otra clase de angustia no tenerlo cerca; Cordey debía estar con su padre; y Jack debía estar con su hijo; era ley de vida; y así debía cumplirse. En cuanto colgó Elizabeth, comprendió que Jack no estaba por la labor.

—Dice que nos llamará cuando esté bien.

—¿Cuándo esté bien? —repitió enfadado—. ¿Ha vuelto?

—Sí. Sean estuvo ayer con él. Quiere empezar el lunes en el banco. Está destrozado, John.

—¿Va a venir el domingo?

—No lo sé, pero lo dudo. Me da la impresión de que no quiere conocerlo para no verse en la obligación de llevárselo.

—No tiene que verse en nada, Beth, es su padre, es su obligación. ¿Qué habría sido de él si no llegamos a estar nosotros o sus otros abuelos? —preguntó indignado—. Esto tiene que terminar. No quería ir a Nueva York, pero como no se presente al bautizo, te juro que va a escucharme se esconda donde se esconda, me tiene hartó.

—Me dan mucha pena los dos —comentó llorando, se sentó a su lado y acarició la cabeza pelona del bebé—. No te enfades con él. Es un buen hombre, pero se ha visto superado. Vamos a darle de margen hasta el verano. Que vaya viniendo poco a poco, que se hagan el uno al otro. Intentemos que vuelva aquí. No me gustaría que se criase con algún extraño. Jack tendrá que dejarlo para ir a trabajar, aquí podría quedarse con nosotros.

—Ya lo hemos hablado, por mi parte no hay ningún problema, aunque tu hijo no va a querer dejar Nueva York.

—Es cuestión de planteárselo de manera atrayente. —Se limpió la cara con un pañuelo—. Ahora nos necesita, no es como antes —dijo convencida—. Hazme caso, cariño, nuestro plazo tope es el verano.

—Contando con que Jack aparezca por aquí.

—Vendrá. —Sonrió triste—. Tu hijo es igual que tú.

Mientras, en el Boreal, Gabriel regresaba con *Shu* del paseo matutino cuando se sorprendió al encontrar a Claire preparando el desayuno. Parecía haber saltado de la cama hacía unos segundos, pero consiguió alegrarlo ante la perspectiva de pasar juntos un rato a solas antes de irse al banco.

La perra entró en estampida y empezó a beber desesperada.

—Buenos días —saludó Gabriel, besó discreto los labios de Claire—.
Qué sorpresa. ¿A qué debemos este honor?

—Marion se va después de comer y quiero ir con ella al taller.

—¿Tan pronto?

—Tiene que ir a Londres para organizar los temas legales con un abogado.

—¿Cómo la ves? —preguntó, poniendo dos rebanadas de pan en el tostador.

—Regular. Debe ser duro aceptarlo.

—Me lo imagino. —Gabriel le dio un beso en la mejilla al pasar por su lado, se sentó y sirvió el café que acababa de dejar Claire recién hecho encima de la mesa—. Recuerda también que aceptar su herencia va a costarnos un pico. No he visto las casas, pero la de Essex nada más que en impuestos debe salir por varios miles de libras, sin contar con el mantenimiento.

—Lo tengo presente y le he dicho que por mí no tendría que haberlo hecho, pero no quiere oírme.

—Déjame que estudie nuestras opciones —comentó Gabriel mientras Claire se sentaba—. Quizá creando un bien cultural haríamos algo beneficioso y se generarían puestos de trabajo. —Al oírlo, Claire torció los labios—. ¿Cuándo sería la exposición en Nueva York?

—Se inaugurará el 6 de junio. El abuelo va a ayudarme con las fotos nuevas, me apetece mucho contar con él, tiene un montón de ideas buenísimas.

—No lo dudo. Intenta no pegarte las palizas de siempre, por favor.

—Tranquilo, papi, tu hija y yo estamos perfectas.

Gabriel sonrió contento.

—¿Te ha dicho Marion qué piensa hacer con MaiSa?

—Forma parte de la herencia.

—¿Y deberás continuar con ella? —preguntó molesto—. No sé cómo vamos a hacerlo.

—Hablas en plural cuando no estoy contando contigo —comentó a sabiendas de que sin él no haría nada—. Sé perfectamente que tienes suficiente con el banco. Deja de preocuparte, por favor.

—Cariño, vivimos aquí. Si será complicado mantener las casas de Inglaterra, no quiero decirte qué supondría seguir con la galería, en Nueva York.

—No me agobies. Soy la primera que no esperaba esto. Cuando llegue el momento ya veré qué hago.

—Perfecto, pero antes de firmar nada, hazme el favor de leer las cosas bien. No quiero sorpresas ni estar para arriba y para abajo ahora que estoy empezando a desligarme de los viajes. Me gusta nuestra vida, aquí, tranquilos con nuestra hija.

—Y a mí. Pero vuelvo a repetírtelo: deja de agobiarte y no me agobies.

—Muy bien —admitió a regañadientes. Durante unos minutos continuaron desayunando en silencio hasta que sonó el móvil de Gabriel con un nuevo mensaje. Leyó: «*J n NY. Hms hbldo. T llmo luego. S*»—. Menos mal.

—¿Qué ocurre?

—Jack ha vuelto, Sean ha hablado con él, no sé más.

—Era cuestión de tiempo, cariño —dijo Claire, tocando su mano. Pensó en la cita que tenían el domingo en Quebec para el bautizo de Cordey —. ¿A qué hora saldremos el sábado?

—El avión sale a las cinco —respondió y apuró el café. Marion entró en la cocina con ese halo elegante que conseguía con poco arreglo. Gabriel se puso de pie y cogió la chaqueta del traje, colocada en el respaldo de su silla —. Buenos días, ¿cómo has dormido?

—Hola. Muy bien, gracias.

Gabriel se despidió de ella con dos besos en la mejilla y otro menos casto en los labios de su mujer. Salió de la cocina cuando Ethel y Eloise

llegaron con su habitual energía y buen humor.

Durante el trayecto hacia el banco no se quitó de la cabeza el mensaje de Sean y, en cuanto llegó al despacho, tras servirse un café de la máquina, se sentó en la mesa y marcó su número.

—Hola, Gabe —saludó Jack tratando de parecer animado, pese a seguir sin dormir agotado por las pesadillas y sus propios remordimientos—. ¿Cómo estáis?

—Bien, ¿y tú? —Gabriel esperó unos segundos y, al no escuchar respuesta alguna, añadió—: Jack, no es necesario que te diga nada porque para mí Cora también era importante, pero deberías pensar un poco en tu hijo. Él está indefenso y no se merece que lo ignores. Haz bien las cosas, por favor.

—No estoy preparado. Os comprendo, pero todavía no puedo. Solo espero que no me deis la paliza por turnos, ayer fue Sean, hace un rato mamá, y ahora tú. Dadme espacio.

—¿Más? —preguntó sarcástico—. El domingo a las doce lo bautizaremos en Saint Michael, espero verte allí. Es todo cuanto voy a decirte, eres mayorcito para saber qué debes hacer, pero piensa en Cora, ¿crees que le gustaría ver cómo estás actuando?

Oír a Gabriel fue peor que un golpe violento en la cara, lo abofeteó con la verdad sin rodeos. Jack dio por finalizada la conversación tirando el móvil al suelo, recordándose en ese mismo sitio diciéndole a Cora que querría al niño sin importarle cómo fuera. Volvió tan vívido ese día, que escuchó su voz deseando que tuviera los ojos como los de él. Aquel instante efímero fue feliz, pero, como todo con Cordelia Hosborn, pasó a una velocidad vertiginosa. Desde que se conocieron, desde que empezaron a amarse traicionando al hombre que acababa de hablarle sin tapujos; quien había elegido el nombre de su hijo y acertó de pleno porque la conoció y la amó, desde entonces siempre corrió por ella y, en cambio, ni siquiera había tenido el detalle de comprobar si su último deseo se había cumplido.

TRES

Quebec, 12-5-13

Canadá

La Iglesia de Saint Michael estaba rodeada de un extenso césped bien cuidado, con árboles, con bancos, con flores que alegraban la vista y pequeños parterres aromáticos que perfumaban el aire con sutiles fragancias primaverales. En cuanto Elizabeth aparcó el coche, John salió con Cordey en brazos y se dirigió hacia sus dos hijos mayores, elegantemente vestidos con trajes oscuros acompañados de sus mujeres y Ophie.

Ajena a la tristeza de su abuela por la ausencia de Jack, Ophie se arrojó encima de ella mientras parloteaba dicharachera tras besar entusiasmada a su primito. John, rozando la indignación, dejó al niño en brazos de Elaine y apartó a sus hijos para tener algo de intimidad antes de la inminente llegada de los Hosborn, que se aproximaban desde el aparcamiento y junto a ellos serían los únicos en celebrar el bautismo.

—Esto se acaba —siseó John—. El martes iré a Nueva York para

buscarlo. No tengo moral para soportar a Victor y defender lo indefendible.

—Está asustado, papá —dijo Gabriel—. No es otra cosa. Creía que era dolor, pero es miedo.

—Si quieres voy contigo, tengo que ir al despacho y estaré allí hasta el jueves.

Sean no compartió que Jack culpaba al bebé de su desgracia, básicamente porque estaba de acuerdo con Gabriel; era una excusa para camuflar su miedo.

—Me está decepcionando tanto, que solo quiero tenerlo enfrente para cruzarle la cara —comentó John, viendo a Victor concentrado en ellos a pocos metros. Bajó el tono y añadió—. Hoy no es un buen día para mí, por favor, no me dejéis a solas con este energúmeno; no respondo de mis actos. Si Jack me tiene hasta las narices, Victor ha sobrepasado todos los límites, no lo soporto.

—Ya somos tres —sentenció Sean.

—Mamá quiere esperar al verano —dijo Gabriel mirando a John—, pero estoy contigo, Jack se está pasando y está consiguiendo cabrearme mucho. Iré con vosotros a Nueva York. —Falseando una sonrisa, giró la

cabeza y tendió la mano a Victor, mientras, las mujeres dedicaban arrumacos a Cordey—. Hola, ¿cómo estás?

—Hola —saludó seco, estrechó la mano con ellos—. El padre sigue desaparecido por lo que veo ¿no?

—No —respondió Gabriel, mostró una sonrisa muy breve, negando con la cabeza—. No ha podido venir, está enfermo. Pero llama a diario para preguntar por él.

La mueca despectiva de Victor, espoleó a John. Sus hijos percibieron cómo se contenía y trataron de suavizar la tensión.

—Vendrá pronto, Victor —dijo Sean.

—Aceptamos que el niño se quedara con vosotros porque comprendimos que había sido un duro golpe para él, pero esto es inadmisibile. Si vais a criarlo vosotros, queremos compartirlo a partes iguales.

—Hablas de él como si fuese un objeto —dijo John mitigando la rabia —, pero es un niño, mi nieto. —Levantó con arrogancia el mentón, observándolo con el azul helado de aquel Caribe que parecía sacado de los Polos—. Y ni mi hijo, su padre, ni sus tíos ni yo vamos a consentir que comparta contigo más que lo necesario, por una sencilla razón: tú no lo

quieres; solo ves el agravio del qué dirán; siempre te han preocupado solo las apariencias; detestas a Jack y es tu manera de hacerle daño. —John se inclinó sobre él, levemente, lo justo para intimidarlo—. Ahora bien, te advierto que nada de lo que hagas servirá, el tiempo es el aliado de John Cordelius Drake. —pronunció muy despacio el nombre completo de su nieto—, aunque te pese, es Drake y se criará con nosotros.

—No es ni el sitio ni el momento de mantener esta conversación —comentó Victor también camuflando su enfado—, pero no olvides que tenemos derechos y, si su padre no da la cara, vamos a ejercerlos.

—Descuida. —Gabriel tocó el brazo de Victor—. Jack vendrá el próximo fin de semana.

Sin esa certeza, sobrevoló la lealtad entre los Drake. Luego de asistir al bautizo del pequeño, siempre bien arropado por sus abuelas, que no reprimieron unas lágrimas amargas cuando el sacerdote invitó a los padrinos a inculcarle la fe cristiana o cuando recibió el agua bendita y no inmutó un placentero sueñecito, comieron en el jardín de la casa familiar. Tanto los Hosborn como ellos obviaron más sinsabores y pasaron la tarde en una frágil armonía.

Al día siguiente por la mañana, Elizabeth llevó a Cordey a la consulta de la doctora McQueen junto a Claire y Gabriel, que ya habían decidido volar a Nueva York por la noche antes de regresar a Terranova. Cuando Christina les dio paso, Claire llegó a bloquearse durante unos segundos al no esperar que fuese tan atractiva. Aparte de una belleza morena, le pareció simpática y amable en el saludo, hasta que fijó unos ojos oscuros en su marido y dijo:

—Qué sorpresa, Gabriel, verte por aquí.

—No creas —comentó ajeno a las cejas elevadas de su mujer—, muy pronto será habitual para nosotros visitar pediatras.

—¿Estás embarazada?

—Sí —afirmó Claire sonriendo. Gabriel acarició su vientre—, de cuatro meses y medio, aún no se nota mucho.

—No, sí se aprecia —exclamó Christina sonriendo, atenta a la incipiente barriga—, ¿sabéis el sexo? —preguntó cogiendo a Cordey en brazos.

—Sí —afirmó Gabriel—, es una niña.

—Me alegro. —En la camilla, Christina empezó a desnudar al bebé para examinarlo, como hacía desde que nació y haría mensualmente hasta que

cumpliera un año—. A ver si es tan buena como su primo.

—Cordey ha salido a su madre —dijo Elizabeth, atenta a todos los movimientos confiados de la doctora auscultándole el pecho y la espalda—. Mi hijo era un llorón.

—La mía tampoco se quedó atrás —añadió Christina, tumbó al niño y observó sus reflejos en las piernas—, pero crecen tan rápido que ni te enteras. ¿Cómo está el padre?

—Bien —respondió Gabriel—, pronto se lo llevará a Nueva York.

—Vaya..., perderé a uno de mis mejores pacientes.

Aunque Christina supuso que el padre del niño aún no estaba tan bien, no volvió a preguntar por él. Cuando comprobó que Cordey crecía según debía, mantuvieron una charla distendida, nada personal. Se despidieron con una cortesía campechana, cariñosa.

Andando hacia el BMW negro de Gabriel, que solían usar en Quebec, mientras Elizabeth tiraba del carrito del bebé, Claire no pudo reprimir su curiosidad:

—¿De qué la conoces?

—Sean y yo coincidimos con ella en el Monte Sinaí. Me la presentó y hablamos unos minutos. ¿Por qué?

—Por nada.

Gabriel apretó los labios y disimuló una sonrisa.

—Es muy agradable.

—Sí, mucho. Sobre todo, para la vista masculina.

Aceptando unos celos velados de sarcasmo, Gabriel no agregó nada con su madre presente. No era dado a tonteos con mujeres, escarmentó con Cybill; aunque ese carácter posesivo o territorial de su mujer logró llenarlo de una viril arrogancia más que gratificante.

Aquella tarde, después de que Sean, Elaine y Ophie regresaran a su casa, Gabriel y Claire preparaban el equipaje en el dormitorio. Escucharon la voz grave de John canturreando una nana. Sonrieron mirándose, pensando casi lo mismo: ¿sería Jack capaz de cuidar a Cordey como sus abuelos?

—No seáis muy duros con él —dijo Claire.

—No te preocupes, tenemos pensando ir al banco, no habrá víctimas.

—Ya hay una —comentó con tristeza.

—Todo va a solucionarse, cariño. —Gabriel se acercó y la sujetó por la cintura, inclinó la cabeza y besó su frente—. Jack entrará en razón.

—Esperemos —dijo sonriendo sin ganas, acarició la nuca de Gabriel y besó sus labios muy despacio. Más animada, comentó—. Me ha gustado la doctora McQueen, aparte de guapa es cariñosa con los niños, parece buena profesional.

—Sean y Elaine están muy contentos con ella, fueron quienes se la recomendaron a mis padres. Es escocesa.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Sonriendo, preguntó—: ¿Estás celosa?

—No. ¿Debería?

—Por supuesto que no, prefiero a las canadienses medio rusas.

—Y yo a los canadienses inquisidores. ¿Qué más sabes de ella?

—Poco, que tiene una niña y está divorciada —dijo indiferente—. Es amiga de Sean. Creo que antes trabajaba en Nueva York. No lleva aquí mucho tiempo.

—Estaría bien encontrar en San Juan un pediatra de confianza para la niña.

—Ya verás cómo lo encontramos. —Gabriel se apartó y cerró la maleta—. ¿Marion ha vuelto de Londres?

—Sí. He quedado mañana con ella. Iré a verla mientras estáis con Jack.

—¿Ha cambiado de opinión con el tratamiento?

—No, por eso quiero hablar con ella. Me apena que ni siquiera lo intente.

—Es mayorcita, Claire, si ha tomado esa decisión, deberías respetarla.

—Me cuesta —admitió seria—. Es mi último eslabón con Margaret, me da mucha lástima perderla tan pronto.

—Es lógico, no solo porque sea familia, sino porque te ha ayudado mucho. ¿Has pensando que harás cuando muera?

—No. Y no sé si voy a seguir sin ella. Es quien tiene los contactos, quien se encarga de toda la parte comercial. Sola será muy difícil que pueda llevarlo todo para adelante. Dentro de poco no podré dedicarle el mismo

tiempo. Quiero estar con la niña.

—Nunca estarás sola —dijo volviendo a sujetarla, esta vez de la cara—. Yo estaré siempre a tu lado, tienes también a Liosha para echarte una mano con las fotos. Serás la propietaria de una galería con mucha solera, no desistas tan rápido de tu sueño.

—Mi sueño eres tú, nuestra hija y la vida que tenemos —comentó emocionada—. Si puedo hacer una exposición anual, me conformaré. Estoy de acuerdo con mi abuelo, prefiero hacer lo que me gusta bien y a mi ritmo antes que sacar churros y hacer caja. No lo necesito, también eso cuenta.

—Claro que cuenta, pero no olvides que has llegado pisando fuerte, tienes el reconocimiento de críticos y público, has vendido todo lo que has expuesto. Dudo que no haya ningún marchante para ti. Háblalo con Marion, ata bien todos los cabos con ella.

—No me gustaría sacarle el tema, me violenta hacer planes cuando sé que no estará.

—Déjame decirte algo: Marion está preparada para irse. Incluso creo que lo desea. Ella no ha perdido el tiempo, está dejándote todos sus bienes a conciencia, sabiendo qué se hace, libremente. Y seguro que también ha pensado en tu carrera.

Claire rozó con las manos el rostro suave de Gabriel, percibiendo el calor de su piel. Ahí estaba el Inquisidor, como siempre, azuzándola para continuar avanzando. El hombre tranquilo que colmaba su vida, el maravilloso padre de la hija tan deseada que esperaba, el gran compañero que nunca se atrevió a imaginar y apareció como caído del cielo conseguía calmar una inquietud basada en la mala suerte. Para Claire, la fotografía, tenía un antes y un después de Gabriel; una maldición que él extinguió; aunque en cualquier momento podía resucitar.

Tras un día durísimo en el banco, Jack dejó caer la cabeza encima de la mesa del despacho. Agotado de recibir condolencias y harto de mentir sobre su hijo. Llegó a darse asco. Nadie supo que no lo conocía porque no había querido hacerlo. Nadie sospechó que faltó al funeral de Cora porque no tuvo valor y, por supuesto, nadie sabía que el día antes habían bautizado al niño y tampoco estuvo a su lado. Tenía que atreverse, coger el toro por los cuernos; en cambio, cada vez que decidía buscar un billete de avión para ir a verlo, encontraba cualquier excusa para convencerse de que era mejor para él seguir con los abuelos. Esa desconfianza en sí mismo era suficiente para descentrarlo y volver siempre a Cora. En uno de sus momentos malos, de esos que abundaban, pensó en renunciar a él para que sus padres lo

adoptaran. Fue un arrebato absurdo porque jamás aceptarían y porque ni él mismo podía plantárselo en serio. Por la cantidad de ideas absurdas que le cruzaban la mente creyó necesitar ayuda profesional. Pasó gran parte del domingo llorando, fue incapaz de abrir las fotografías que toda su familia le envió en repetidos mensajes, se sentía inestable y perdido entre dolor y remordimientos.

El ruido de unos nudillos golpeando la puerta, aceleró una recomposición tan engañosa como efectiva. Andy Bassler entró con las manos en los bolsillos del pantalón. Las mujeres decían de él que era atractivo. Tenía el pelo castaño, buena planta y mucha labia. Era su subordinado, también un buen compañero, amigo y un canalla fiestero.

—¿Todo bien? —preguntó, sentándose frente a Jack.

—Sí —comentó sonriendo brevemente—, estoy un poco cansado. —Se puso las gafas—. Gracias por el trabajo que habéis hecho.

—Han sido tres semanas que han volado —admitió con un gesto indolente.

—Mañana me pondré al día. Recuerda que tenemos la reunión a las nueve.

—No te preocupes, asistimos todos. ¿Vas a buscar a alguien para su puesto?

—No lo sé, Andy —dijo Jack levantándose, cogió la chaqueta y se la puso—. Mañana lo vemos, por hoy estoy servido.

—Sabes que la apreciaba —dijo Andy, saliendo del despacho—. Era una compañera estupenda.

—Consiguió mucho en poco tiempo —comentó Jack, recordando la enorme sorpresa que le supuso el trabajo de Cora. Por primera vez podía hablar de ella sin venirse abajo—. Nunca había trabajado. Me vi obligado a contratarla por mi hermano.

—Tenía carácter y lo hizo muy bien, incluso trabajando con el capullo de Lumis. —Andy sonrió—. ¿Vas a demandar al hospital?

—Sean cree que llegarán a un acuerdo —suspiró—. Todos nos equivocamos con ella, Andy, yo el primero. ¿Recuerdas la noche que me llamaste para que la recogiera del Heasley? —preguntó serio. Andy asintió—. Siempre fue la maldita alergia.

—No te machaques, Jack. Intenta quedarte con todo lo bueno que vivisteis, te ha dado un hijo que es una parte de ella, es más que suficiente

para mantener vivo su recuerdo con alegría —comentó Andy sensato. Llegaron al vestíbulo, echó el brazo por encima del hombro de Jack y preguntó—. ¿Una copa?

—No, últimamente he bebido demasiado.

—Estás solo, Jack, vamos a tomar algo y te relajas un poco —comentó preocupado. Notó que estaba más delgado, por no contar la pena que veía en sus ojos; le pareció lo más correcto antes de que se encerrase en recuerdos que no le traerían nada positivo—. Es lunes, no vamos a estar hasta las tantas.

Tras varias cervezas en un bar cercano al banco, Jack decidió ir con Andy a un club de TriBeCa, estaba a dos manzanas de su casa. Dejó el coche en su plaza del edificio y fueron andando hasta la puerta. Al entrar, Jack se sintió extraño. Parecía mentira que ese ambiente cargado, la iluminación ausente o la música de fondo ni un año antes formaran una parte esencial en su vida. Creyó sobrar, estar traicionando la memoria de Cora. Sin embargo, aceptó un vaso de whisky y el chupito de tequila que Andy le ofreció.

Acoplados en la barra se limitaban a beber mientras repasaban a las pocas mujeres que había en el interior. Excepto dos que bailaban, las demás

parecían recién salidas de la oficina. Ninguna llamó su atención. No así la de Andy. Diligente se acercó a dos morenas que hablaban en un reservado. Cuando se sentó con ellas, hizo un gesto con la mano para que Jack lo acompañase, aunque recibió una negativa.

Jack fue consciente de que había bebido otra vez de más y se dispuso a sacar la cartera del bolsillo interior de la chaqueta para abonar la cuenta. Recibió un empujón de un tipo corpulento y la cartera acabó en el suelo, abierta y desparramada. El hombre se disculpó y siguió bromeando con el amigo que estaba con él. Jack se agachó para recoger las tarjetas, que se habían esparcido en abanico. Cuando se incorporó, vio acceder a Lilian con otra rubia, a su imagen y semejanza. Mal juró. Pagó al camarero, dándoles adrede la espalda.

La suerte no estuvo de su lado. Al reparar en él, Lilian abrió los ojos como platos, sonrió exagerada y sujetó la mano de su amiga, como inocentes colegialas.

—Jack, qué sorpresa más agradable.

—Hola, Lilian —saludó parco, ni siquiera se molestó en sonreír—. Me iba ya.

—¿Por qué? —preguntó melosa, tocándole el pecho—. Es pronto, la

noche es joven.

—Pues disfrútala.

—Vamos... —Lilian no pensaba darse por vencida—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. —Volvió la cabeza y habló a su amiga—. ¿No te acuerdas de él? Es el hijo pequeño de John.

—No, lo siento —comentó la amiga forzando una sonrisa, tendió la mano a Jack—. Hola, soy Abby.

—Jack Drake —habló serio—. Encantado.

—¿Qué bebías? —preguntó Lilian—. ¿Whisky?

—En serio, Lilian, no insistas. Quiero irme.

—Anda..., una copa con nosotras...

Por no ser borde delante de Abby, pese a advertir que parecía desear estar allí tanto como él, aceptó a regañadientes. Un rato más tarde, la conversación absurda de Lilian y el mutismo de su amiga embotaron su cerebro. Observó la proximidad que Andy había ganado con una de sus acompañantes en el reservado y creyó que no volvería solo a su casa.

Con una maldición rondándole, Abby se levantó para atender una

llamada del móvil, dejando vía libre a las aspiraciones de Lilian. Esas que nunca perturbó aun estando casada con su padre e intuyó en cuanto se quedaron solos.

—¿Entonces? Ahora los dos somos viudos.

—Cora y yo no llegamos a casarnos, pero sí, puedes verlo así.

—Bueno, Jack —dijo con voz sensual, tocándole el brazo. Lilian pensó que estaba borracho y por fin cumpliría uno de sus deseos—. Eres muy joven, guapo, agradable, no debes cerrarte al amor.

—¿Quién te ha dicho que me he cerrado?

—Nadie. —Lilian sonrió—. Es una impresión.

—Pues ahórrate analizarme —comentó harto, viendo la oportunidad de decirle cuatro cosas que por deferencia a Abby se había callado—. Deja de flirtear conmigo porque me asqueas, lo hacías siendo la mujer de mi padre y lo harás siempre.

Impasible, camuflando la rabia que sentía, Lilian comentó:

—Veo que la influencia de mami ha hecho estragos en ti.

—Sí, siempre —afirmó con soberbia—. Es una señora. La mejor

madre que podía haber soñado y la gran referencia de mi vida. Tú fuiste la fulana que intentó acabar con ella. Engañaste a mi padre para que se casara contigo, le robaste cuando no podía defenderse e intentaste volver a engañarlo cuando viste que habías perdido. Si crees que ahora tienes alguna oportunidad conmigo, estás más loca de lo que pensaba.

—No me hace falta tener nada contigo, puedo conseguir lo que quiera.

—Me alegro por ti. —Jack se rió de ella—. ¿Crees que los Tisch van a permitir que te salgas con la tuya? Realmente estás como una puta cabra. ¿Te has visto? —preguntó carcajeándose sin recato ni pudor, sacudió la cabeza—. Eres patética. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y cinco, cincuenta? —Al oírlo, Lilian descompuso el gesto. Jack, que sabía dónde darle, no pensaba moderarse—. Terminarás tal cual te mereces, hecha un esperpento, sola y en la miseria.

—Eso habrá que verlo —habló sin apenas mover los labios.

—Sería preferible que no. —Jack se levantó—. ¿Qué necesidad tenemos de ver la fealdad?

—Eres un hijo de puta.

—¿Pretendes ofenderme? —preguntó inclinando el cuerpo hacia

abajo, con intención de acercarse para que no perdiera ninguna palabra—. Porque tendrás que hacerlo mejor. Te lo he dicho, mi madre no solo parece una señora, sino lo es. Tú pareces lo que eres, una mala puta de altos vuelos.

Lilian levantó la mano para abofetearle la cara, pero a pesar de unos mermados reflejos, Jack sujetó con fuerza su muñeca.

—Suéltame —siseó furiosa—. Eres igual de cabrón que tu padre.

—Sí, y me parezco a él demasiado. ¿Querías un polvo para compararnos? —preguntó con ironía—. Jódete o búscate a otro vejestorio, quién sabe, hasta puedes tener suerte.

De malas formas abrió la mano y la soltó. Dio la vuelta, no vio a Andy y se apresuró a salir del club. Tropezó con Abby en la entrada, se despidió con amabilidad y puso rumbo al apartamento.

Otra vez la maldita soledad se apoderó de su cabeza en cuanto cerró Jack la puerta de su casa. Era temible. Entró en el dormitorio y se desnudó a trompicones, pensando en la conversación con Lilian, en sus padres y en su bebé. Cuando el niño se instaló en sus pensamientos sensibilizados por el alcohol, los ojos se le nublaron con lágrimas. Debía conocerlo ya, no podía

seguir sin esa parte de él y de Cora. Agarró el marco de plata que había en la mesita de noche, con una de las fotografías que les hizo Claire, donde él y Cora reían contentos en la cama, y lo arrojó al suelo. El estruendo no fue nada comparado con los cristales rotos que salieron volando en todas direcciones.

Salió endemoniado del dormitorio, sin intención de recogerlos. En el salón agarró de un manotazo la botella de whisky, se sentó en el sofá y bebió directamente a morro; ya todo valía; perdida la razón ¿qué más daba?; estaba solo.

Amargado recordó la sensación de bienestar que sentía estando allí mismo con ella, cuando soñó con una familia o con rutina o con no sentirse como un delincuente delante de su hermano. Todo se agolpaba para macharlo; todo en su contra cuando fue siempre un afortunado. Consiguió relajarse bebiendo.

Medio adormilado, con fuerzas vagas para mantener los párpados abiertos, recordó la foto que Claire realizó a Cora en la azotea. Esa imagen era tierna. Fue un éxito en la exposición. Vio nítidamente su sonrisa, sus manos protegiendo a su hijo o el abrigo oscuro que vestía, de él; el único consuelo que tuvieron contra el intenso frío. Aquella fotografía debía conservarla, podía hablar con Claire para que hiciera una copia, pero pensó

que nadie excepto su hijo o él mismo tenían derecho a contemplarla pese al precio que alguien hubiera pagado por ella. En aquel estado semionírico, Jack se durmió en el sofá; primero llegaron tinieblas, luego una legión de sombras y, por último, una carrera en picado hacia la oscuridad.

Menos Elizabeth, que prefirió no viajar con su nieto, el resto había aterrizado esa tarde en Nueva York, a las ocho. John quería tener una conversación en privado con Jack y, en vez de ir directamente al ático, fue al apartamento. Cuando ni una hora después apareció contrariado y se encerró en el dormitorio, tanto Sean como Gabriel supieron que su hermano había vuelto a las andadas; y ninguno estaba dispuesto a consentírselo.

En la cama, solo con un pantalón de pijama negro y la vista centrada en la puerta, Gabriel se dio cuenta de que Claire se tumbó a su lado porque el colchón se movió. En un impulso reflejo giró la cabeza. Preocupada al ver otra vez un gesto duro, le acarició el pecho en círculos alrededor de sus diminutos pezones enredados en un vello rizado y oscuro que le cosquilleaba en la yema de los dedos.

—¿Qué ocurre, Gabriel? Cuéntamelo, cariño.

—Me vence la situación, está decepcionándome demasiado. Si cree

que volviendo a la vida que llevaba está haciéndose un favor, es mucho más irresponsable de lo que imaginaba. No puedo saber qué le pasa por la cabeza, solo sé que no es bueno. Y me conozco, no voy a ser capaz de hacerlo razonar.

—Intenta controlarte. Deja que Sean y tu padre hablen con él. A los tres os escuchará. Estoy segura de que va a cambiar, Jack tiene buen corazón, pero se deja aconsejar por el miedo —explicó con suavidad—. No le habléis del niño, dejad que pregunte. Ya verás cómo es incapaz de disimular que está loco por conocerlo.

—Como yo —afirmó, metiendo la mano bajo el camisón de Claire. Tocó la onda caprichosa de su vientre, aumentaba por días e incitaba codiciadas fantasías que casi consiguen su rendición—. Me hace feliz pensar que pronto estará con nosotros.

—Lo sé, cariño; te costó un montón de intentos fallidos —dijo bromista, colocó una pierna entre los sólidos y largos muslos masculinos, con una intención: hacer el amor para olvidar la tristeza. Gabriel entornó un ojo, sonrió y, abriendo bien las palmas de las manos, apresó unas nalgas redondas. Rozaron sus sexos con ligeros toques, abundaron sutiles gemidos. La humedad, el calor y el deseo se encargaron de guiar otra unión envidiable; siempre a más. Claire jadeó, recibiendo cadenciosos embates que siempre

acababan arqueándolos hasta la fragilidad absoluta; aquella sensación era una delicia—. Te amo.

Gabriel levantó la cabeza oculta entre el hombro de Claire y su cabello. Sonrió, acarició con los labios su cuello y ascendió en un trayecto lento hasta la boca, que atrapó con gusto, deteniéndose en aromas con el poder de sosegarle la saturación mental casi igual que amarla y permanecer exhausto sobre su cuerpo.

—Y yo llego a adorarte —susurró al apartarse lo justo. Sostuvo el peso del torso apoyando las manos a los lados de la cabeza de Claire—. No te haces una idea de cuánto significas para mí. Soy un hombre diferente desde que entraste en mi vida; ahora la disfruto, antes solo vivía. Nosotros y nuestra hija —dijo con los ojos radiantes de acuosa y fluida plata. Gabriel besó como una mariposa sus labios—. Os amo.

La penumbra que rodeaba la cama convirtió el dormitorio en un cuadro de grises pinceladas donde había un altar con dos amantes entregados al pecado, a la libertad. Ni la escasez de muebles ni la brisa nocturna que enfriaba la habitación logró evitar que ardieran mecidos entre un placer inmenso y sus esperanzas.

De madrugada, Christina llegó a su casa. Lanzó las llaves en el viejo aparador que tenía en el vestíbulo y se quitó los zapatos, que colocó detrás de la puerta. Trató de no hacer ruido al entrar en la habitación de Ari. Observó a la chica que la cuidaba dormida en el sofá cama y contempló a la niña durante unos segundos, se la veía sorprendentemente inocente: un cabello oscuro esparcido en la almohada, el rostro lleno de pecas divertidas y los brazos aferrados a un peluche. Dominó las ganas de llorar a duras penas, frustrada e impotente por la desfachatez de su exmarido. De nuevo la había llamado aquella noche para cancelar los planes del fin de semana con Ari sin tener en cuenta que ella pretendía pasarlo con una compañera en un hotel de la costa de Maine.

Después de desnudarse y tomar una ducha que aturdió con desgana todos sus músculos, se tendió en la cama para repasar otra excusa y otra justificación para la niña. La indolencia de Graham estaba sobrepasando su límite. Asumir un divorcio imprevisto, esa relación tóxica y, para colmo, el desentendimiento por Ari, que empezaba a minar el cariño de la pequeña hacia él, conseguían alejar cualquier intento por rehacer su vida.

Tenía treinta y nueve recién cumplidos, se sentía joven y ya había pasado la racha penosa de la aceptación de esa nueva soltería provocada por la infidelidad de su marido con cualquier chica que se cruzase en su camino o

en el hospital, donde tenía un enjambre de lindas abejitas siempre dispuestas para complacerlo. Aparte de que estaba cómoda en Quebec y le gustaba su trabajo, necesitaba salir con amigos para despejarse o sencillamente para disfrutar visitando otras ciudades y aprovechar los sitios preciosos que Canadá ofrecía. Pero no, gracias al doctor Graham McCoy esos deseos constantemente se frustraban.

CUATRO

Nueva York, 14-5-13

Estados Unidos

El ruido de la botella de whisky rodando por el suelo de madera despertó a Jack. Movi6 la cabeza, entorn6 molesto los ojos por la claridad brillante y trat6 de incorporarse; aunque necesit6 varios intentos hasta conseguirlo. Sentado en el sof6 se inclin6 hacia delante y se rasc6 el cabello. Bostezando repar6 en que no era normal tanta luz a las siete de la ma1ana. Cay6 en la cuenta y mir6 la hora en el panel del frigor6fico. «Mierda», pens6.

Cuando sali6 del apartamento, vest6a un traje oscuro y no se hab6a afeitado, pero la ducha fr6a termin6 de activarlo para correr y montarse en el coche. Cualquiera otro d6a un retraso no habr6a sido importante; en cambio, precisamente ese, era importante para 6l, ya que el equipo entero del Departamento Comercial esperaba su comparecencia.

Por mucho que intentara acelerar era imposible saltar por encima de un tr6fico denso, lento y estridente. Con dos horas de retraso entr6 Jack en el

edificio, a paso rápido llegó a los ascensores para subir pocos minutos después.

El mostrador de Martha estaba rodeado por un enjambre de personas. Ni la eficiente secretaria lo vio ni Jack se detuvo al pasar lanzado hacia la Sala de Juntas. De camino, topó con Andy; fresco como una rosa.

—¿Has terminado? —preguntó Andy.

Saludó a Jack dándole una palmada en el brazo.

—Acabo de llegar —respondió sorprendido—, me he dormido. Ahora os mandaré un mail.

—¿No estabas en tu despacho?

—No, Andy —respondió serio—. ¿Qué pasa?

—Tienes visita. Hemos creído que por eso no has aparecido.

—¿Quién?

—Quienes, compañero —dijo, apretó los labios, mirándolo con atención—. Tu padre y tus hermanos. Llevan aquí desde las nueve.

—Gracias.

Disimuló el escalofrío que le recorrió la espalda. Aminoró el paso hacia el despacho, pensando en alguna excusa creíble. Pero cuando abrió la puerta, nada ocupó su lento cerebro. Al instante, aceptó Jack el destino: soportar con estoicismo cualquier cosa que le dijeran, probablemente tendrían razón. John se levantó como un resorte, con gesto amenazante se plantó delante y preguntó:

—¿Qué horas son estas de llegar?

Jack comprendió que no peligraba su integridad física.

—He tenido un problema con el coche —mintió seco—. De haber sabido que estabais aquí no habría esperado a la grúa.

—Por supuesto, ya habrías desaparecido —comentó John enfadado.

Gabriel se levantó y se acercó a ellos. Sonrió ligeramente, apreciando el dolor en el rostro de Jack. Se fundieron en un abrazo cariñoso que atrajo lágrimas y recuerdos.

—¿Cómo estás? —preguntó Gabriel.

—Algo mejor. —Jack abrazó también a Sean, que lanzó una mirada reprobatoria a su padre; aunque no se dio por aludido—. ¿Por qué habéis venido los tres?

—¿Nos podéis dejar solos un rato? —preguntó John. Esperó impertérrito mientras Gabriel y Sean salían. Dominó la necesidad de consolarlo, ordenando la sarta de palabras que acudían a su boca—. Voy a decirte una cosa —habló, mirándolo a los ojos—. Te tenía por un hombre, pero estás comportándote como un niño. No me gustaría estar en tu pellejo, debe ser un martirio y comprendo que tengas el ánimo por los suelos, pero no estás solo; no lo has estado nunca. —John hizo una breve pausa y suspiró. Jack permanecía inmóvil—. Entendí que no asistieras al funeral, acepté que no quisieras hablar, pero el domingo me decepcionaste como nunca pensé lo harías. Te dolerá, quizá tendrás una herida durante toda tu vida, pero es tu obligación como padre criar a tu hijo. No puedo permitir que lo ignores, él no se lo merece, ni Cora, ni tu madre ni nadie. Voy a preguntártelo solo una vez, solo una, Jack. ¿Cuándo vas a ver a tu hijo?

Era la puntillita que necesitaba Jack para dejarse de excusas.

—Iré este fin de semana. No sé cuándo podré traérmelo, hasta entonces si mamá y tú estáis de acuerdo me gustaría que se quedara con vosotros.

—¿Vendrías todas las semanas?

—Sí. Tendré que buscarle una guardería, dadme unos meses.

—Hasta el verano. ¿Por qué no piensas seriamente volver a Quebec?
Para todos sería beneficioso.

—¿Otro cambio? —preguntó bajando la cabeza.

—Empieza de cero, sin nada que te la recuerde. A veces es lo mejor.

—Lo había pensado —admitió sin saber que hablaba en voz alta, recordando la sensación que tuvo en el puente Rainbow. John por fin se sintió aliviado, abrazó a Jack y lo sostuvo unos minutos—. Intentaré no decepcionarte más, perdóname.

—Te compadezco, aunque creo que sigues teniendo suerte. Has perdido a tu novia, de repente todo se ha trastocado, pero tienes la mejor de las razones para mirar al futuro con fuerza.

—¿Cómo es?

—Un santo —respondió sonriendo—. Ha debido sacar el carácter de Cora porque solo lloriquea cuando tiene hambre o está incómodo. Hasta en eso has tenido suerte.

—¿Se parece a ella?

—No sabría decirte. Lo único seguro es que tiene nuestros ojos.

La sonrisa suave de Jack, al escuchar que el deseo de Cora se había cumplido, en pocos segundos se convirtió en una sonora carcajada que acabó con otro abrazo cariñoso. Durante unos minutos hablaron del niño. Jack abrió las compuertas de su instinto, de manera natural sin sorprender a John; aunque lo hizo al mencionar a Lilian y el encuentro del club.

—Esa mujer solo trae desgracia —comentó John despectivo—. Si se lo ahorras a mamá, mejor.

—No tenía intención de decirle nada, quería que lo supieras tú.

—Te lo agradezco, pero cuanto menos sepa de ella mejor. Es de lo único que me arrepiento en esta vida.

—Yo no quiero arrepentirme de no ser un buen padre para Cordey.

—Estás a tiempo. —John apretó su hombro—. Todo se aprende y nunca se sabe qué sorpresas os aguardarán, lo único cierto es que debéis estar juntos.

—Vamos a estarlo, papá. Tienes mi palabra.

—Ni te la he pedido ni la quiero —afirmó con seriedad—. Sé que en cuanto lo conozcas no podrás separarte de él.

John tenía esa certeza. Conocía a sus tres hijos, con defectos y virtudes, y Jack no escaparía a su responsabilidad porque no lo sería. Si no volvía a dejarse llevar por el miedo, el pequeño socavaría cualquier barrera entre ellos; nada evitaría una unión imprescindible.

En el Paseo de los Poetas de Central Park, Claire hizo tiempo para volver al ático. El color verde de los olmos que unían sus copas y apenas permitían unos hilos de luz entre las ramas ensombrecían el amplio camino que atravesaban cientos de personas. Contempló a Christian Andersen sentado en un banco pendiente a un pato de bronce, apreciando la contundencia del tamaño gigantesco de las estatuas. Abstraída en la conversación con Marion, anduvo sin ningún temor, pensando en que debía aceptar su voluntad aunque no compartiera la decisión que había tomado. Si nadie nos pedía explicaciones para vivir, debíamos tener el derecho de elegir cómo morir.

Durante metros y metros repasó sus palabras, dándole la razón a Gabriel: Marion había pensado en todo. No solo reunió al personal de MaiSa para presentarla como la nueva propietaria, también le encomió varias carpetas con documentación de las casas, y hasta le mostró el contrato que negociaba para ella con un galerista londinense. No tuvo intención de discutir

ni tampoco de aceptar, aunque quería que Gabriel leyera el contrato como deferencia al papel asumido de guardián de sus intereses y a la insistencia de Marion. El respeto debía ser recíproco y ella había decidido seguir los pasos de Alexei; trabajaría por amor al arte, literalmente.

En cuanto entró en el ático, siguió el sonido jocoso de las voces que provenían de la terraza. Jack estaba sentado entre John y Sean, frente a ellos, en uno de los sillones de lona blanca con los respaldos de mimbre, Gabriel. Los cuatro parecían contentos, bebían cerveza en botellines y se intercambiaban los móviles. Tuvo clarísimo que compartían con Jack fotos de su hijo por la cálida alegría que brillaba en sus ojos, tan agradable como el sol o la sonrisa de Gabriel cuando se levantó para saludarla.

—Hola, cariño. —Gabriel la besó en los labios—. ¿Cómo estaba?

—Peor —respondió desanimada. Soltó la mano de Gabriel y se acercó al sofá. Jack sonrió, se puso de pie y se abrazaron con ternura—. Me alegro mucho de verte.

—Y yo. —Bajó la vista hacia su barriga y comentó—. Te sienta bien el embarazo.

—Es una niña.

—Gabe me lo ha repetido unas doscientas veces.

Claire sonrió y acarició la mejilla rasposa de Jack, feliz al notarlo de vuelta. Empezaron a comer allí mismo, ya que Amelia tenía dispuesta la mesa. Sobre un mantel oscuro de hilo había seis botellines de Heineken y dos botellas de vino tinto. En el centro aguardaba una fuente de cristal con una ensalada de diferentes tipos de lechuga y dos platos de jamón serrano, por la pinta, del proveedor favorito de Gabriel. No faltaron ni el queso ni las aceitunas partidas. Luego, Amelia dejó un carrito con una bandeja de carne en salsa. Estaba cerca, soltaba un olor apetitoso que despertó su hambre lobuna.

Pletórico, en John no quedaba rastro de enfado. Reía con sus hijos sirviendo los platos. Charlaban sobre niños cuando tras unas cuantas frases el pensamiento de Claire optó por aislarla para que se perdiera divagando. Siempre recurría al destino. Disimuló atención mientras Gabriel bromeaba con Jack; recordando que amaron a la misma mujer, que pelearon por ella; que la fortuna de uno fue la desgracia del otro. Pensó en esa misma rueda que girando puso en su camino a Gallagher; un hombre por quien sentía cierto desprecio, pero le brindó la oportunidad de conocer al último pariente vivo de su familia directa: Marion Sabo, la mujer que creyó en ella antes de saber quién era, viuda de su tío Richard, el hermanastro biológico de su padre. La

rueda giraba y unía de nuevo a los Clainston, Sabo, Merrit y los Barinov, pero rondaba esquivo la fortuna para recordarle su maldición. Si a unos no llegó a conocerlos y otros le fueron arrebatados antes de tiempo, a los dos únicos que podía agarrarse para afianzar sus raíces, la muerte, con prisas apremiando por presentarse, tocaba a sus puertas. Si bien, rogaba a sus queridos ángeles por Alexei, porque le durara un tiempo precioso y largo, ganado a pulso contra la adversidad.

Muchas situaciones injustas se agolparon en su mente; en cambio, una patada de su hija y la sonrisa alegre de Gabriel consiguieron hacerla regresar al excelente presente que tenía por vivir con él después de haberlo visto esconderse en la biblioteca para llorar por Cora, con la sola idea de no molestarla, cuando comprendía que de haber sido indemne a ese dolor no lo habría admirado más porque amó al hombre que lloró por la mujer que ocupó algunos años su vida; porque Gabriel fue amigo de Cora y porque supo separar y quedarse con los buenos recuerdos.

Se acarició el vientre tratando de apaciguar a Isabella —como pensaban llamarla— que se activaba cuando comía, y sonrió feliz a Gabriel. Al probar una cucharada de mousse de chocolate, se relamió y vació el cuenco en cuestión de segundos. De repente, vio deslizarse otro cuenco sujeto a la mano del Inquisidor atento. Cuando lo colocó delante de ella, le guiñó un

ojo.

—Claire —dijo Jack—, ¿puedes conseguirme el nombre del comprador de la foto de Cora?, la de la azotea.

—Sí, claro —admitió. Tardó unos segundos en decir—. Sé que aprecias a Marion, ella a ti también. —Miró a John—. Y a ti. —Se limpió los labios con una servilleta a juego con el mantel—. Me ha nombrado su heredera universal, hasta MaiSa será mía. —Jack, al ver las caras serias de su padre y hermanos y la voz queda de su cuñada, presintió el final de la marchante; no parecía remiso. Claire se centró en Jack y, tratando de sonreír, comentó—. No sé qué haré con ella, pero hablaré con el director para que me facilite el nombre.

—¿Sigue siendo Zanelli? —preguntó Jack.

—Sí. De momento tiene contrato hasta el año que viene —dijo Claire sin prestar atención a Gabriel, detractor del italiano desde la exposición que realizó en la galería Obscura con sus compañeros. El hombre de vez en cuando halagó sus fotografías sin haber ni siquiera aceptado trabajar con Marion. Quiso suponer que Biagio Zanelli no era de su agrado por ser bien parecido, con los rasgos masculinos, tez y cabellos oscuros, cuerpo atlético, y un derroche de palabras totalmente inadecuadas para un acérrimo defensor

como él de la discreción canadiense—. Ejerce bien y es un buen relaciones públicas. Entre Marion, la secretaria y él han convertido la galería en un referente, si decido seguir, contaré con ellos.

—Ya veremos.

Gabriel no quiso sonar tajante, pero es lo que consiguió. Había decenas de posibilidades para no tener que mantener ese negocio ni las implicaciones que acarreaba. Tampoco veía la necesidad de exponer su posesión más valiosa ante un depredador. Nunca había cruzado más de dos frases con él, siempre corteses, y, sin embargo, intuía el deseo cuando devoraba a Claire con miradas mal encubiertas de simpatía. Podía ver su interior, tal y como hizo con Gallagher, eran de la misma especie, los diferenciaban la chulería del neoyorquino y la suavidad del italiano; mientras uno era una tormenta, el otro se escondía tras amables arenas movedizas; un paso en falso de Claire y caería en ellas, por supuesto, sin pretenderlo. Y ni de lejos pensó Gabriel permitir que otro tigre disfrazado de cebra la hiriera. Él era su hombre, el protector de su vida, y velaría para que ningún malnacido osara tocarla.

El sonido ligero de unas voces arrancó un ronroneo de Claire. Estaba

abrazada al Inquisidor, cansada pero feliz por amanecer en su casa y en su cama. Besó el perfil de su cara, recorriéndole el costado con suavidad. Empezó a despertarse, igual que su erección. Fue una tentación. La frotó en las manos y bajó la cabeza besando un pecho alterado por una respiración rápida y un vientre terso. Gabriel se incorporó ya en éxtasis; aunque todavía aguantó un galope violento que no acabó hasta derramarse con un gruñido de todo menos discreto.

—Eres un escandaloso —dijo Claire, cayendo sobre su pecho—. Nos han oído, seguro.

—Estoy en mi casa, me da igual —comentó sonriendo, seguía muy cómodo dentro de su refugio—. Y lo dudo, estamos demasiado lejos.

—No pongas en duda la capacidad de las Friars, cariño. —Claire se movió y lo dejó sin calor—. Voy a ducharme, ¿vienes? El agua sí amortigua los sonidos.

“Nunca”. El significado de esa palabra Claire parecía no entenderla. Gabriel no la rechazaba nunca desde que se conocieron y si alguien valoraba el nivel de su autoestima era él. Por eso no comprendía por qué se empeñaba en preguntarle cuando solía saltar y acelerarse para amarla sin el más leve esfuerzo.

Frescos y con los cabellos húmedos, mientras Gabriel se vestía con un traje camel, una camisa celeste y una corbata oscura, Claire se peinaba recogiendo el cabello en una coleta tras ponerse un vestido claro suelto de mangas cortas. Para sorpresa de ambos, las voces que procedían de la cocina no podían ser más familiares.

Sentados en la mesa con el desayuno por delante, Alexei y Léonore hablaban con Ethel y Eloise, que tomaban café apoyadas en la encimera. Al verlos entrar de la mano, ninguno reprimió unas miradas cómplices ni unas sonrisas demasiado alargadas.

—Qué temprano. —Claire besó a los ancianos en las mejillas, a las Friars y se sentó a la mesa, viendo a *Shu* revolotear nerviosa alrededor de Gabriel—. ¿A qué debemos este honor?

—Cariño, son las nueve —dijo Gabriel—. No me da tiempo sacarla. Hoy te toca a ti.

—Como siempre —comentó, sirviendo sus tazas de café, no reparó en la cara asombrada de Ethel, una de las encargadas con Eloise de pasear a la perra cuando su informal amo delegaba en ella—. No pasa nada, ahora la sacaré.

Sin suspicacia, Claire desayunó distraída mientras hablaba o

escuchaba. Estar a poca distancia de Liosha era fascinante, puro magnetismo. No aparentaba sus años si mirabas más allá de la carcasa de su cuerpo. Estaba lúcido, cada una de sus palabras medían con exactitud una inteligencia brillante, un humor divertido y el genio endemoniado del artista por encima del hombre. La imaginación de Alexei Barinov no conocía límites, se alimentaba de fracasos y del amor imperecedero de Léonore, su tesoro máspreciado, el complemento ideal para su vitalidad.

—¿Qué día dijiste empezaba la exposición? —preguntó Alexei.

—El seis —respondió Claire, desvió un instante la vista hacia Léonore—, pero si no podéis venir lo comprenderé. —Sonrió—. Ya tenéis muy vistas las fotos.

—Iremos el sábado —repuso Alexei—, no vamos a perdérsola. —Se levantó con agilidad y salió de la cocina. Al momento entró con una caja cuadrada de un tamaño mediano, envuelta en un papel marrón—. Es un regalo para ti —comentó mirando a Claire—. Solo puedo decirte que es un orgullo ser tu abuelo.

Gabriel dejó en el plato la tostada que había mordido, tan sorprendido como la expresión de su mujer desenvolviendo el papel. Claire se emocionó al levantar el busto de su imagen, hecho en una madera oscura vetada por

infinitos dorados como espigas de trigo surcando la noche.

—Gracias, “*died*”.

—Es preciosa, Liosha —dijo Gabriel cuando pasó los dedos por unos rasgos captados con maestría. En una talla casi blanca, leyó: «*Душа Claire, dead Liosha, 2013*» (“*Dusha Claire, died Liosha, 2013*”). Esa escultura tenía la serenidad altiva que Claire a veces ocultaba y era uno de sus mejores rasgos—. Tiene su esencia.

—Estaba dentro. —Alexei sonrió—, solo la he sacado a la luz.

Léonore lloró silenciosa, recordando las horas que había pasado acompañando al escultor mientras creaba *El alma de Claire*. Era modesto al decir que todo siempre está en el interior de la madera, que él se limitaba a quitar aquellas partes que lo tapaban. Lo había visto modelar en arcilla el rostro, de memoria; diseñar el bosquejo en el tronco viejo y seco que Craig y él seleccionaron en el aserradero; desbastarlo con el volumen que necesitaba; forjarlo para obtener las líneas y curvas definitivas; pulirlo hasta uniformarlo, cuchillar para disimular grietas, lijarlo con esmero dejando una textura cual frágil porcelana o impregnarlo de betún antes de secarlo cuando ya no era solo nogal y se había convertido en una obra de arte.

La doctora McQueen se quitó la bata. Tras colgarla en el perchero que había detrás de la puerta de la consulta del hospital, cogió el bolso y se colocó una chaqueta blanca de hilo, pensando en el fin de semana que tenía por delante, sola en Nueva York para que Ari estuviera dos días mal contados con Graham.

O bien porque fue casual o quizá porque al recordarlo y mal jurar teniéndolo muy presente incitó una conexión telepática, Graham en ese justo instante estaba llamándola por teléfono.

—No puedo entretenerme —dijo Christina borde—, ¿qué quieres?

—Hola, Chris —saludó Graham meloso—. Me alegro mucho de que vengas mañana con Ari. Quería agradecértelo.

—Muy bien —replicó dura—. ¿Algo más?

—Quédate con nosotros. No te vayas a ningún hotel.

—¿Estás tomándome el pelo? —preguntó sin contener la rabia—. ¿Qué ocurre, Graham? ¿Ya no sales con tu amiguita? ¡¿Es eso?! —exclamó—. Porque te diré algo, me tienes harta y no te soporto. Voy a llevar a Ari porque me da pena, pero ni se te ocurra ver nada más. He tenido bastante de ti, ahora solo quiero olvidarte y tener claro a qué atenerme por la niña. Jamás

volveré a esa casa y jamás volveré contigo.

—Daría algo por verte —comentó impasible—. ¿Estás vestida?

—Eres el mayor gilipollas que me he echado a la cara. Procura hacer que Ari este fin de semana se lo pase bien, procúralo, Graham, porque es la última vez que voy a hacer nada más por ti.

—Chris, no seas así, estaba bromeando.

—Te admiro por esa capacidad —dijo con cinismo—, de verdad, me alegro mucho de que puedas tomarte ciertas cosas con humor; pero hablamos de nuestra hija. Incumples las visitas sin avisarme con tiempo, no tienes ninguna constancia para interesarte por ella, y sabes qué es lo peor... —Christina se detuvo, quiso hacerle daño, aunque se retractó—, que dentro de unos años te arrepentirás y será tarde. A mí ya no me queda moral para más excusas, Graham. Eres su padre, actúa cómo dicte tu conciencia, cada uno somos responsables de nuestros actos. Por mi parte se acabó justificarte o facilitarte la vida; tú no tuviste ninguna consideración conmigo; no creo que merezcas ni más esfuerzo ni mi amistad.

—Entiendo que no terminamos bien y que hemos pasado unos meses muy tensos, pero Ari siempre nos unirá. Déjame demostrarte que puedo hacer bien las cosas con ella.

—No lo hagas por mí, quien te necesita es la niña.

—Sí, y podría verla con más frecuencia si no te hubieses ido a Canadá.

—Era una oportunidad muy buena —afirmó severa, cansada de terminar siempre en lo mismo—. No quiero empezar a discutir.

Durante unos segundos Graham rechinó los dientes, controló la malaleche.

—¿A qué hora llegáis?

—A las nueve ¿No has leído el correo que te envié con los datos del vuelo?

—No, lo siento, tengo roto el ordenador.

—¿Y no te sirve el móvil? —preguntó negando con la cabeza.

—No había caído —dijo Graham, sonrió y añadió—: Te prometo que estaré en el aeropuerto. *Oidhche mhath*, Chris.

No fue fácil para Jack terminar aquel viernes el trabajo. Las horas

escasas para conocer a su hijo eran las culpables del estado ansioso que lo perseguía. En cuanto llegó al apartamento preparó el equipaje, se duchó y cenó viendo la televisión sentado en el sofá. Desde que volvió fue la única vez que no sintió la soledad, podían en él un entusiasmo desmedido, parecía como si John Cordelius acabara de nacer. Jack necesitó su tiempo para aceptar una muerte a cambio de una vida, pero ya estaba dispuesto y como Cora habría esperado iba a pelear por su hijo, lo querría y compartiría su vida con él. Esos planes que diluían la tristeza de Jack pasaban por vender el apartamento, los cuadros y todos los muebles, por solicitar el traslado a Quebec y encontrar una vivienda para instalarse con el niño. Aunque concentraran un esfuerzo enorme, compensaban con distracción y esperanza. Abrió el portátil y entró en Internet a varias páginas de inmobiliarias. Un rato después, algo saturado de ver imágenes, fijó los ojos en una casa de madera. Tenía la planta rectangular, una cubierta a dos alturas con tejas negras, y un terreno grande con árboles mal cuidados, una piscina vacía y el jardín más desmenuzado nunca visto; pero, aun así, aquella casa captó su interés. Cumplía con los requisitos que buscaba: dos o tres dormitorios cómodos, dos baños completos, salón con cocina abierta, y un espacio diáfano en la planta alta para una zona de juegos y un despacho. Además, sus padres darían botes de alegría cuando supieran dónde estaba.

Durante el rato que Gabriel llevaba sentado en el salón no pudo dejar de admirar la pieza de arte que Claire colocó encima de la balda intermedia de la estantería, custodiada por insignes escritores y poetas. Bebió un sorbo de brandy y cerró los ojos saboreando un paladar ardiente y dulzón, rodeado de huellas a madera, sutil vainilla y avellanas amargas.

—Qué bien vives —dijo Claire al sentarse junto a él, *Shu* se removió a sus pies—. ¿En qué piensas?

—Ahora mismo en nada. —Gabriel la cogió por la cintura y la sentó en su regazo—. Pero hace un rato —murmuró después de besarle el cuello—, tú eras la estrella de mis pensamientos... —Deslizó los labios por su barbilla y acabó atrapando su boca con sosiego—. Siempre me ha gustado esta habitación, pero desde hoy voy a venerarla: tiene a una diosa.

—Qué sugerente —dijo Claire sonriendo—, una diosa y un Inquisidor...

—¿Ascuas o fuego?

Claire acercó la cabeza a su oído y susurró:

—Ascuas y fuego.

El suave resplandor de la luna entraba por los ventanales del

dormitorio cuando entraron. Claire se desnudó y ayudó a Gabriel con los pantalones, alargando un instante en agónicos segundos. Más tarde, amoldaron sus mustios cuerpos en un firme abrazo y compartieron en voz baja los vaivenes de sus vidas. Entre perenne nostalgia apareció el rostro de Jack y la emoción que le transmitió a Gabriel esa misma mañana durante una breve llamada.

—Estoy muy contento por Jack. No creía que iría tan pronto.

—Debe estar como loco.

—Es capaz de hacer que su hijo berree, pero mientras esté con él, que se las apañe.

—Está haciendo lo correcto. Será bueno para todos. Tus padres están encantados cuidándolo, quiénes mejor que ellos para que Jack pueda estar tranquilo. Ya verás como dentro de nada encuentra a alguien y rehace su vida.

—No lo veo pensándolo.

—Ni tendrá que hacerlo, cariño —dijo Claire, besó sus labios—, las mejores cosas aparecen, sin más. Jack no elegirá, simplemente ocurrirá. Como nos pasó a nosotros.

—Espero que tenga suerte. Ahora va con equipaje.

—¿Y qué? ¿Te habría importado estar conmigo de tener hijos con otro?

—No. —Gabriel colocó un muslo entre los suyos, acarició su espalda y habló moviendo la mano de arriba abajo—, pero me hace muy feliz que solo tengas los míos.

—¿Ves cómo eres un Inquisidor?

—Es ser posesivo —susurró, subiéndose encima—, nunca te quemaría en una hoguera. —Besó las curvas tiernas de sus pechos—. Prefiero arder por ti.

—Me encanta que seas así, y me encanta que seas el único hombre que tendré.

—Como amante tenlo por seguro, pero no descartes que algún día tengamos un hijo.

—Los que quieras, mi amor —susurró—, convénceme.

La cadencia sensual de esa voz prendió el fuego. Luego, movidos por un delirio donde bailaron como llamas, con fuerza, con una potencia que

estalló en sus gargantas, se evaporaron igual que ascuas incandescentes elevadas por salvajes torbellinos. En la paz de aquella noche, donde volvieron a ser las estelas de un cometa, Gabriel soñó con sus hijos, con los tres que quería tener, tras Isabella vendrían los varones y todas las habitaciones de la casa estarían ocupadas por su familia. Después, creyó que estaba en el salón, vio con claridad la cara de Claire tallada en madera mientras alzaba una copa para brindar por ella. De pronto, se concentró en una extraña, no pudo verle el rostro porque una espesa melena negra se lo tapaba cuando acarició la mano de Jack. Su hermano giró la cabeza, sonrió y tocó el abultado vientre de esa mujer. Buscó a Claire con la mirada, pero su silla desamparada motivó que saliera precipitadamente del salón. Se despertó de golpe y echó un vistazo alrededor. Respiró aliviado al abrazarla. Todavía inquieto se amoldó a su espalda para dormirse muchos minutos después. Nunca tenía pesadillas, ni Claire desde hacía meses; sin embargo, desde la muerte de Cora era la segunda vez que se veía acosado por ellas; no quiso imaginar el calvario de Claire durante los años posteriores a su tragedia. Era terrible no poder descansar. Acunando pensamientos, a veces alegres, otras, afligidos, acabó aspirando el olor de su piel para dejar la mente en blanco y que el negro cerrase filas a la oscuridad y a la calma.

CINCO

Nueva York, 18-5-13

Estados Unidos

En cuanto salió Christina con Ari por la puerta de llegadas hizo varias batidas con los ojos sobre las pocas personas que se agolpaban en un extremo del amplio y pulido corredor, hasta comprender que su exmarido no aparecería. Por suerte, la niña estaba acostumbrada a madrugar y no se había quejado por las casi dos horas del trayecto ni del tiempo entre embarcar ni desplazamientos, todo su afán era ver a Graham.

—¿Por qué no esperamos? —preguntó Ari—. Allí hay asientos libres.

Christina pensó que le vendría bien una tregua y, desde luego, no tenía ninguna prisa por llevar a Ari al piso que compartieron. Se giró para coger el asa de la maleta y tropezó con un tipo alto que corría alocado. También tiraba de su propia maleta y con la fuerza de la frenada, derribó la de ella. El hombre la observó con unos ojos azules impactantes, ajustándose unas gafas oscuras de pasta. Era muy atractivo, con rasgos masculino pronunciados,

acrecentados con una desaliñada barba, aunque vestía una americana oscura y ropa sport con apariencia cara.

—¡Cuidado! —exclamó Christina, agachándose para recoger la maleta.

—Lo siento.

Christina bufó detrás de las sombras largas de unas piernas alejándose. Aquel hombre se perdió en la zona de embarque mientras ella misma se daba la bienvenida a Nueva York. «Qué gratos recuerdos», pensó con ironía. Se sentó al lado de Ari con la mirada fija en un reloj digital. Graham no vendría, tenía que hablar con su hija.

Dos horas después, Jack aterrizó en Quebec. Sean estaba esperándolo con Ophie. Inquieta, se lanzó a los brazos de su tío, envuelta en cientos de rizos negros danzarines. No dejaron de moverse de un lado a otro en su cara pilla hasta que se montaron en el coche y Sean la sentó en su silla especial en los asientos traseros. Jack pensó en lo efímero del tiempo; hace nada era un bebé y ya estaba a punto de cumplir dos años.

—¿Has visto al primo?

—*Ci* —respondió mientras Sean abrochaba su cinturón de seguridad
—. Yo *yudo* a la abuela, le doy *bibi*.

—¿Y es bueno? —preguntó Jack interesado, disimulando una sonrisa
tierna.

—*Ci*. *L'abuelo* dice *qu'un* ángel.

—Si lo dice, será cierto.

—¿Tú *ere* un demonio?

—Ophie, cariño —dijo resignado Sean, la miró por el espejo
retrovisor y se llevó el índice a los labios. De pasada, comentó—. ¿Estás
nervioso?

—No —respondió Jack sonriendo. Asumía que sus padres no
guardaran un buen recuerdo de su etapa infante, él ninguno, pero, al parecer,
estaban marcando las creencias de su sobrina—. He tenido suerte con
Cordey, si no, tendrías que pagarle un psicólogo a Ophie.

—No cantes victoria, puede cambiar.

—Hablando de cambios, he visto una casa muy cerca de la tuya; me
gusta. Mañana quiero verla.

—¿Tienes cita con alguna inmobiliaria?

—No. De entrada quiero echarle un vistazo, he visto fotos y me parece que está regular. —Jack hizo una pausa, contento dijo—. Voy a vender el apartamento para comprar algo aquí. Creo que es hora de volver.

Sean desvió la vista un instante, sonrió y se centró en conducir, calmado porque el más testarudo de sus hermanos hubiese tomado una decisión trascendental, inimaginable ni viviendo Cora.

Perdido en el ritmo ordenado del tráfico, Jack apenas notó cuando dejaron atrás la ciudad para entrar en la pacífica urbanización de sus padres. Contempló abstraído las filas de árboles, los jardines verdes extensos y perfectos, y, por fin, apareció la casa; blanca y sobria, limpia como la mente de su hijo. De golpe se le encogió el estómago.

Nada más se detuvo el coche, salió John por la puerta de la casa. Abrazó con firmeza a Jack, pero la figura de Elizabeth con Cordey en brazos le arrebató el momento. Despacio, avanzó Jack hacia ellos, observando el cariño en los ojos de su madre.

—Aquí lo tienes —dijo después de besarle la mejilla, le entregó el

bebé, que dormía plácidamente y solo movió reflejo las piernas al notar los brazos de Jack—. Es un ángel.

Jack sonrió, feliz, sintiendo esos cinco kilos de inocencia.

—Algo he oído —comentó, pasando la mano por una carita sonrosada y tersa. Se vio embargado por demasiadas emociones contradictorias, aunque primara la ternura por cobijarlo. Levantó la mirada y dijo—. Gracias, mamá.

—No las merecen, cariño —dijo triste. John que sostenía a Ophie, colocó la mano en su hombro—. Vamos a echarlo mucho de menos.

—No hables muy alto —comentó Sean. Arrancó a la niña del abuelo—. Dale un besito a la abuela y al tío Jack, mami nos está esperando para ir al centro comercial.

En pocos minutos reinó la calma en la casa. Algo perplejo por la cuna que había al lado de su cama, Jack entró en el salón, todavía no había soltado a Cordey; realmente parecía un bendito que movía sin esfuerzo.

—No sé si es buena idea que duerma conmigo.

—¿Qué te asusta? —Elizabeth dejó la tetera encima de la mesita de madera. Tenía un cristal impoluto y el juego de tres tazas que había sacado para servir un té y unos sándwiches—. Se toma un biberón a las doce y

duerme toda la noche seguida hasta las seis. No es complicado.

—Pero... ¿y si le pasa algo y no sé qué hacer?

—Sabrás qué hacer, no te preocupes. Siempre se sabe qué hacer.

—Míranos —dijo John—, sobrevivimos a tu primer año. Tu hijo es pan comido.

—Gracias por no decirme nada. —Jack sonrió irónico, acarició las piernas desnudas del niño. Vestía una camiseta blanca y un pantalón corto, abombado por el pañal—. Ya que estamos solos, quería daros una noticia. Voy a volver.

Elizabeth durante unos segundos no reaccionó.

—Es una gran noticia, Jack. —John lo observó con un brillo orgulloso en los ojos—. La esperaba.

—Me alegro mucho, cariño —dijo emocionada. No se sentía capaz de separarse de su nieto—. Espero que cuentes con nosotros.

—¿Con quiénes, si no? Tengo un montón de cosas pendientes, pero me gustaría estar instalado en agosto. Así tendríamos tiempo de adaptarnos.

—¿Hasta agosto se quedará con nosotros?

—Vendré los fines de semana, pero sí —dijo Jack, pensando en los meses duros que tenía por delante—. He visto una casa por aquí cerca. Tendré que reformarla, hacer una mudanza. No voy a traerme los muebles, pero entre la ropa y organizarme necesitaré ayuda.

—Sabes que estamos aquí para cuando quieras —comentó John.

—Nunca pensé desentenderme de él, solo necesitaba...

Jack no pudo terminar de expresarse al ver por primera vez a John Cordelius Drake abriendo los ojos. Una turbia cortina de agua salada fluyó por sus mejillas. Tocó el perfil de los pequeños labios, inclinó el cuerpo hacia abajo y le besó la frente.

—Hola, Cordey —susurró mientras John y Elizabeth observaban emocionados. El bebé atrapó el dedo meñique de Jack y succionó mirándolo atentamente—. Soy el cretino de tu padre. Hoy tu madre estaría muy contenta.

Esa noche, después de que Jack se aplicara cuando Elizabeth bañó al niño; aunque no se atrevió a sostenerlo en el agua ni a darle los biberones a lo largo del día, se metió en la cama y programó la alarma para las doce menos

cuarto.

No le costó cerrar los párpados ni dejarse guiar hacia un merecido descanso. Todo parecía encajar. Cuidar a Cordey no era complicado, ni siquiera constante; más bien se trataba de cubrir sus necesidades básicas siguiendo una rutina. Creyó posible adaptarse en poco tiempo, ya que los dos apenas notaron cambios.

Cuando sonó el pitido que avisaba de la próxima toma, Jack abrió los ojos sorprendido. Nada. Ni un leve quejido. Se levantó y salió de la habitación hacia la cocina. Encontró el biberón preparado, gentileza de Elizabeth. Jack pensó que fue por costumbre, no porque desconfiara de su capacidad nocturna para mezclar polvos con agua.

De regreso en el dormitorio, dejó el biberón en la mesita de noche y destapó la sábana blanca que cubría a Cordey. De pronto, ascendió un penetrante olor hasta su nariz, tan hediondo como un arsenal de huevos podridos, le arrugó la cara entera mientras se le filtraba en el cerebro.

—No das un ruido, pero no veas cómo te las gastas.

Bastante habilidoso, Jack le cambió el pañal. Cordey, muy tranquilo durante la sesión de aseo, solo emitió ligeros balbuceos como máximas expresiones de incomodidad. En cuanto terminó, se le planteó una duda:

¿debía dejarlo solo encima de la cama para tirar a la basura el pañal sucio o colocarlo en el centro? Correría peligro si se giraba. Ahorrándose innecesarios riesgos, se dirigió a la cocina con él en brazos.

Una vez sin el succulento regalito, se tendió en la cama y empezó a darle el biberón. Buscó en el rostro regordete de Cordey a Cora; en la boca, en las cejas doradas casi imaginarias o en el fino cabello rubio como paja seca esparcida en el campo; sin embargo, el niño era una gota de agua de él y de su padre; las gemas turquesas de John eclipsarían otra herencia el resto de su vida. Debía verlo crecer para que Cora resurgiera físicamente en él, de momento, solo se advertía el espíritu sereno de ella; el mismo que la llevó a morir confiada y calmaba sus nervios con engañosas palabras.

A los diez minutos, Cordey acabó y Jack lo sostuvo de pie contra el pecho meciéndolo con suavidad. Escuchó un eructo, al instante una traca de ventosidades y otra vez la habitación quedó envuelta por el pestilente aroma.

—Tienes una costumbre muy fea —dijo resignado. Repitió el cambio de pañal y el paseo con él hasta la cocina—. ¿Con la abuela también eres así?

Jack no vio una puerta entreabierta con una espía pendiente a sus andanzas, se encerró en el suyo y colocó con esmero a Cordey en la cuna.

Sonriendo, Elizabeth volvió a la cama y se abrazó al torso de John.

—Será un buen padre.

—Por supuesto —afirmó John contento, acariciando su espalda—, tiene voluntad y es un obseso del control, ya verás cómo en poco tiempo está hecho un padrazo. Sean lo es y de Gabe no te quepa ninguna duda.

—Los tres tienen un buen referente, cariño.

—No lo digas por mí, solo me dejé arrastrar. Por eso compadezco a Jack, yo te tuve a ti y sus hermanos tienen a sus mujeres, pero él está solo y se sentirá aún más solo cuando no pueda compartir las alegrías de su hijo con nadie.

—Eso no lo sabemos —comentó alzando la cabeza, le besó los labios y, cuando se apartó, murmuró—. Cumple treinta y uno el mes que viene, es muy joven. Estará un tiempo mal, pero es necesario para que olvide y pueda rehacer su vida. El tiempo hará su trabajo, cariño, y que haya decidido vivir aquí nos dará la oportunidad de comprobarlo.

—Te ha hecho muy feliz ¿verdad?

—Sí. —Elizabeth sonrió y pasó la mano por el vello del pecho rotundo de John. Percibió una punzada en su sexo, la calidez segura de unas manos posesivas sujetándole las nalgas y un tirón rápido que la colocó

encima de ese cuerpo varonil sin hartura de una buena amazona. En un tono de voz susurrante, preguntó—. ¿Vas a hacerme feliz tú también?

—Siempre, mi amor.

La pasión desmedida de John no se vio acallada con los gemidos de su mujer. Involuntariamente olvidaron a la compañía del dormitorio contiguo, separada por una inservible pared de madera que no amortiguó la acústica rítmica cuando despertaron a Cordey.

Jack entornó los ojos, bostezó y se fijó en la hora; «¡Joder!, la una» «¿No se suponía que la siguiente toma era a las seis?» En cuanto se incorporó, sus oídos captaron una amorosa melodía. Sacó a Cordey de la cuna, lo llevó a la cama e intentó concentrarse en una nana, esperando impaciente a que su padre concluyera la exhibición. Recordó las bromas de Cora cuando los visitaban, la condescendencia llena de más burla durante los días que pasaron en Terranova en la boda o la última vez que compartieron alojamiento cerca de ellos, en el cumpleaños de Gabriel; ahí estuvo hábil eligiendo dormitorio, Sean no se reprimió al machacárselo hasta que logró un cambio para él y Elaine, tan ansiosos como los demás por descansar en silencio. Con ese pensamiento, Jack dejó la grave sutileza de un arrullo mal acompasado pero bien recibido por su hijo, para sostenerlo cuidadoso en el regazo y cerrar agotado los ojos, sin saber que se quedaría dormido con la

misma facilidad que había tenido al solventar airoso su primera noche ejerciendo en el mundo real de la paternidad.

Tras despertarse, Jack dio un brinco creyendo que Cordey todavía estaba en sus brazos. Aliviado, comprobó la eficiencia matutina de su madre y se levantó de prisa para ducharse. En pocos minutos salió del baño fresco como una rosa, vestido con unos vaqueros y una vieja camiseta negra.

En la puerta de la terraza estuvo cegado por el brillo turbador del sol reflejado en el agua de la piscina hasta que descubrió a Elizabeth debajo de la sombrilla, desayunando en la mesa, con el niño a su lado echando un sueñecito en el balancín.

—¿Por qué no me has despertado?

—Porque estabas muy dormido con tu hijo en las piernas.

—Gracias a vosotros. No hay que hacer tanto ruido.

—Lo siento —dijo sonrojada—. ¿Se oyó mucho?

—Mamá, por favor..., sois famosos.

—No digas tonterías. ¿Cómo te fue anoche?

—Muy bien, excepto por un par de cosillas —comentó irónico, sirviéndose una taza de café—, pero no tienen importancia, apestan.

Elizabeth rió.

—Suele ser algo automático, ya le cogerás el truco.

—Supongo... —Jack terminó de remover el azúcar con la cucharilla que dejó en el platito—. ¿Dónde está papá?

—Ha ido al campo de golf con Sean.

—¿Puedes quedarte un rato con Cordey?

En menos de un cuarto de hora, Jack aparcó el Volvo negro de Elizabeth frente a la casa de madera que tenía vista por Internet. La facultad de hablar desapareció de su garganta reseca. Las fotos no le hacían justicia, todo era peor, y las características definidas por el vendedor merecían un respeto; llamaba jardín a tres o cuatro calvas de césped distribuidas por un terreno pedregoso lleno de arbustos destartalados; tejado, a dos vertientes lamentables con una sucesión imprecisa de piezas planas donde crecía alguna especie de hierbajo hidropónico; o porche al despropósito de corredor que rodeaba por completo la planta baja. No pretendió desanimarse y se acercó a

la fachada recubierta con troncos de roble, observando las piedras oscuras del muro de la planta sótano, debajo justo de los tres escalones que había para acceder al porche. Para desengañarse o darle una oportunidad, los subió jugándose incrustar los pies en la mohosa tarima. Las ventanas eran numerosas, cuadradas y grandes, darían claridad a las habitaciones en las dos plantas. Con la nariz pegada a uno de los cristales de la puerta francesa del salón, contempló la lúgubre ausencia de muebles, la chimenea de hierro que había en una de las paredes, el espacio que debió ser la cocina, aunque no quedara más que un fregadero y la sombra grisácea en el sitio de una campana, y, por último, una escalera al fondo, con un ancho cómodo y un estado aceptable.

Volvió al coche y dejó un mensaje en el contestador del agente inmobiliario que en una valla se publicitaba. Para descartarla quería verla por dentro. Sería costoso reformarla y se dilataría más el traslado, en cambio, esa casa le gustaba, tenía potencial para convertirse en el hogar acogedor donde criaría a su hijo.

Circulando de regreso recordó una visita pendiente y giró en la esquina para seguir la indicación hacia el cementerio Mount Hermon. Conforme subía una pequeña colina, el tráfico fue diluyéndose hasta el inmenso campo santo tapizado con un suave manto verde donde despuntaban

árboles, esculturas de ángeles y trolejes de cruces, lápidas y sarcófagos.

En el plano de un actualizado directorio, Jack encontró el paradero que buscaba. Por un sinuoso camino de tierra, sin más compañía que la paz tangible de aquel lugar inundado de silencio, dando un paseo, llegó a la tumba de Cora. Con exquisita suavidad, como si pretendiera no turbar su descanso eterno o por pasar inadvertido, se arrodilló ante la piedra gris con forma de cruz y leyó: «*Cordelia Hosborn/ 26/8/80 - 20/4/13/ Nunca te olvidaremos/ Tus padres e hijo*». Mantuvo la mirada en las letras hasta escuchar unos pasos acercándose, giró la cabeza y vio la furia galopante de Victor cernirse sobre él.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí!

Con un manotazo, Jack esquivó los brazos de Victor y se levantó impulsado por un enfado de proporciones parecidas al suyo. No se fijó en los ojos azules de Angie Hosborn, apagados pero atentos en ellos. La mujer estaba paralizada a una distancia prudente.

—No te atrevas a tocarme —espetó Jack. Se colocó bien las gafas de vista y añadió rabioso—: Estaré donde me dé la gana.

—Eso ya lo has dejado claro. —Victor gruñó y se tiró de la chaqueta hacia abajo—. ¿Has venido a por el niño?

—Déjame en paz.

Jack dio la vuelta, pero Victor le sujetó el brazo.

—No pienso dejar en paz a mi nieto. Dime qué vas a hacer. ¡Tenemos derechos!

—Tendrás lo que a mí me dé la gana —siseó furioso—, cuándo a mí me dé la gana y cómo me dé la gana. ¿Te ha quedado claro, Victor? No vuelvas a exigirme nada en tu puñetera vida.

—Nunca me has gustado, pero esto confirma que no me había equivocado contigo. No sé qué vio Cordelia en ti para arruinar un matrimonio perfecto con tu hermano, jamás lo entenderé, has sido su desgracia.

—Qué poco conociste a tu hija —dijo con una sonrisa amarga—. Te soportaba tanto como tú a mí y, como no te he decepcionado, seguiré su consejo respecto a ti. Verás a mi hijo con cuentagotas. Si quieres más, tendrás que ganártelo. —Jack suavizó el tono, pero no la dureza—. Con mi hijo no voy a admitir ninguna estupidez. Te juro por la memoria de Cora que no volverás a verlo si alguna vez se te ocurre malmeterle en mi contra.

—No estás en una situación tan privilegiada —dijo Victor poco intimidado—. ¿Te recuerdo dónde está tu hijo? No me sería difícil conseguir

la custodia compartida.

Jack sonrió, los ojos como platos y las cejas alzadas.

—Estás loco si crees que te la darían —comentó, sacudiendo ligeramente la cabeza—, pero puedes perder tu tiempo y tu dinero como gustes. Mis padres están echándome una mano mientras ordeno mi vida. No voy a darte explicaciones porque no te debo nada, y si pretendías amenazarme estás cometiendo otro error. —Miró un instante el rostro lloroso de Angie y, murmurando, siguió—. Piensa en tu mujer y, si no es pedirte demasiado, en tu nieto. Por lo demás, tú y yo hemos aclarado nuestras posturas.

—No puedes aparecer después de haberte quitado un mes de en medio dando órdenes; las cosas no funcionan así. Hemos estado yendo todos los domingos a casa de tus padres para estar con el niño, no puedes venir ahora diciéndome que se ha terminado; no es justo.

—En ningún momento he dicho eso. Deberás ganártelo porque mi hijo se relacionará con personas que lo quieran; sean familia o no. Por mi parte podéis verlo cuando queráis mientras esté con mis padres. Y en cuanto me haya mudado, bastará con una llamada de aviso con un poco de antelación.

—Gracias, Jack —musitó Angie. La mujer de apariencia triste se

abrazó a Jack y sollozó durante unos minutos arropada con ternura, sin el rencor que Victor se afanaba en transmitirle. La ilusión, la esperanza y la alegría que su hija había dejado pendientes o el cariño que Cordey no recibiría quebraron de nuevo un corazón tan roto como atormentado en un calvario demasiado dominante para mantenerla estable y cuerda. Cuando se sobrepuso, besó a Jack en la mejilla y se la acarició delicadamente—. Fuiste el amor de su vida.

—Y ella el mío.

Las lágrimas tampoco se alejaron de Jack. El veinte de abril Cora murió, aunque él se despidiera aquella soleada mañana de mayo. En cuanto los Hosborn abandonaron el cementerio, pasó un buen rato perdido en sus recuerdos con ella. Curiosamente, no sintió el dolor que imaginaba; fue más bien nostalgia, parecida a una ligera pena. La imagen de Cora bailó como la bruma enredando sonrisas para dispersarse y confundirse con el trinar de los pájaros, para ir elevándose y desaparecer en el aire.

Con una expresión satisfecha, Sean esperó a que Jack colocara la trolley en la cinta transportadora para salir del aeropuerto. Un hervidero de personas llenas de energía circulaba apresurado para empezar la semana,

algunas no disimulaban el carácter laboral de sus viajes por sus vestimentas formales ni por gestos contrariados hablando con los móviles; en cambio, tirando de la maleta con una mano y con la otra sujetando a una niña morena, parecida a ella, excepto por los ojos celestes, la imagen atractiva de la doctora McQueen indicaba cansancio.

—Menuda coincidencia —dijo sorprendido Sean—. ¿Vais o venís?

—Hola, Sean. —Christina sonrió. Por fin una cara amable. Reparó en el cabello descuidado del abogado, en sus vaqueros viejos, en una camiseta negra que insinuaba una musculatura rotunda y en las deportivas Converse de color negro. En conjunto resultaba una combinación agradable, totalmente certera al proyectar una personalidad sociable y simpática; dos cualidades que tras el encuentro con Graham valoró interesada—. Acabamos de llegar de Nueva York. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—He traído a Jack, su avión sale dentro de poco. ¿Tienes vehículo?

—No, pensaba coger un taxi. ¿Nos llevas?

—Por supuesto —respondió risueño. Aunque no conocía a Ari, sin cortarse, le dijo—: ¿Cómo te lo has pasado?

Ari se encogió de hombros.

—Bien... —respondió cohibida.

—La próxima vez será mejor. —Christina acarició el cabello negro de su hija, recogido en dos trenzas—. No ha podido ser de otra manera, cariño. —Se agachó y la besó en la mejilla. Sacó el móvil del bolso y se lo dio—. Anda, mándale un mensaje a papá para decirle que hemos llegado.

Ari, que dominaba cualquier aparato electrónico como una experta, se adelantó a ellos y empezó a escribir.

—Me temo que la visita a tu ex no ha ido como esperabas.

—Temas bien —comentó Christina, torció una sonrisa—. Empezó mal cuando ni siquiera fue al aeropuerto para recogernos, algo que prometió haría; fue a peor cuando llegamos a su casa y tuvo que marcharse a los cinco minutos porque tenía guardia y lo ha rematado esta mañana al no presentarse para despedir a su hija. Es un capullo miserable y rastrero, si me lo cruzo ahora mismo lo mato, pero me tengo que tragar toda su mierda por la niña —habló enfadada—. Y estoy hasta las mismísimas narices, Sean. Le dije que no volvería a interceder y voy a hacerlo. Ya no hay nada que pueda desengañarme, mi exmarido no quiere ataduras con Ari, pero tiene la desfachatez de llamarme arrastrándose, y ¿sabes para qué? —Christina detuvo a Sean por el brazo—. Para tenerme a su merced, pero, ¿sabes otra

cosa?, se acabó; no volveré a creer en él jamás; Graham para mí ha muerto.

—Comprendo que ahora mismo estés molesta. Por lo que he sacado en claro, habéis ido a pasar el fin de semana con él y no ha sido así.

—Eres muy perspicaz, Sean —dijo cínica. No pretendió ser brusca, pero se había calentado recordando la tremenda decepción de Ari y se la llevaron los demonios—. Discúlpame, no quería ser borde.

—No digas tonterías. —Sean sonrió y le echó la mano por el hombro—. Los amigos están para poder hablar con libertad.

—Gracias. Es un consuelo tener alguien con quien explayarte. Una de las cosas que más me agotan es tener que disimular constantemente con Ari; me repatea el estómago.

—Si aceptas un consejo como abogado, te lo daré —dijo Sean. En cuanto Christina asintió, explicó—. Como sabes lo mío es el Derecho Penal, pero soy un tío listo —sonrió y guiñó un ojo—. Entiendo que tu ex tiene un régimen de visitas, que evidentemente incumple, y no sé si te pasa alguna pensión, eso sería más leña, pero como es él quien no viene para ver a su hija no hagas nada más; hasta aquí, Christina. Cuando Ari te pregunte por él no salgas de que está muy ocupado con su trabajo. Tu exmarido se arrepentirá, va a perderse toda su infancia y no será consciente hasta que Ari crezca, pero

es una decisión que está tomando libremente.

—Pero me da mucha pena, Sean. Dejé Escocia por él para que consiguiera su sueño. Es un gran cardiólogo y se está haciendo de una reputación excelente dentro y fuera del hospital —comentó refiriéndose al Monte Sinaí—. A mí me gustaba ir con frecuencia al pueblo de mis padres, mi consulta en Edimburgo..., pero no me pesó y me fui con él a Nueva York. Empecé de cero, me costó adaptarme a la ciudad, a los horarios, a la casa que compramos en Brooklyn, a todo, pero lo hice y nos fue muy bien... hasta que nació Ari.

—¿Por qué?

—No lo sé, empezamos a distanciarnos. Estuve dos años sin trabajar, me fui varias veces a Escocia con la niña. —Christina tragó despacio y lo observó apenada—. Es probable que le abriera la puerta de la infidelidad.

—No entiendo por qué parece que te culpes. Yo suelo viajar solo con frecuencia y no le soy infiel a Elaine. Vuelvo a repetírtelo, él toma libremente sus decisiones.

—Así empezó —admitió murmurando—. Después ya no era solo cuando no estaba.

—Estás dándome la razón. Aguanta lo que quieras, pero mereces a un hombre que se vuelva loco por ti, que no tenga ningunas ganas de mirar a otra mujer. Perdona que te lo diga, pero tu exmarido es un gilipollas.

Christina rió contenta.

—Tengo que darte la razón. ¿Cómo está tu hermano?

—¿Quién?

—Solo conozco a Gabriel, pero te preguntaba por el padre de Cordey.

—Mucho mejor —dijo sonriente—. Ha pasado el fin de semana con mis padres. —Sean dudó un instante si ampliar la información sobre Jack—. Es la primera vez que ha visto al niño desde que nació; ha sido un bonito encuentro —soltó casual ante la mirada oscura de Christina fija en sus ojos—. No creo que tardes en conocerlo, tiene pensado volver a vivir aquí y dudo que mis padres le permitan cambiar de pediatra.

—No, por Dios —exclamó divertida—. Que nunca lo permitan, me privarían de mi mejor paciente.

—Exacto. Aunque para confirmar la excepción de la regla, ha tenido bastante entretenido a su padre por las noches. Mi hermano no sabe qué le espera.

—Otro más en el selecto club de padres solteros —dijo Christina con un deje sarcástico. Sean pulsó el mando de apertura a distancia y parpadearon las luces de un todoterreno negro aparcado con precisión entre dos líneas blancas, abrió la puerta trasera y ayudó a Ari cuando ocupó el asiento central. Una vez que le aseguró el cinturón, metió los equipajes en el maletero y se sentó tras el volante. Cuando arrancó, la doctora dejó caer una reflexión pesimista en voz alta—. Qué asco de vida.

—Prefiero pensar que no hay mal que por bien no venga.

—Ya, o que no hay mal que cien años dure.

—Es mejor ser optimista, duele menos la cabeza.

—No sé..., te daré otra vez la razón.

—Gracias, eres muy amable. —Sean sonrió—. Ari, ¿te gustaría venir un día a mi casa? Tengo una hija, aunque es algo pequeña para ti, se llama Ophie.

—¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir dos. Si te apetece, hablo con tu madre. —Sean echó una mirada rápida a Christina—. No creo que se niegue.

—No —dijo la doctora—, pero háblalo con Elaine.

—El cumpleaños de Ophie es el treinta de junio, haremos una barbacoa, estáis invitadas.

—Muy bien, aceptamos. —Christina esbozó una sonrisa breve y, al momento, preguntó más seria—. ¿Cómo vas con el acuerdo?

—Estamos esperando una respuesta del hospital. No creo que tarden porque la conclusión del informe del médico perito es inequívoca, pero necesitaban estudiarlo.

—Si se cometió una negligencia habéis hecho lo correcto.

—Se cometió —dijo con aspereza—. Fallaron y han privado a mi sobrino de conocer a su madre.

—Somos humanos, Sean. No es ni la primera ni será la última persona muerta en un quirófano; siempre existen los riesgos.

—Lo sé, la denuncia es para no silenciar un accidente. El médico habitual de Cora fue tan responsable como ella, cometieron una omisión, pero quienes tuvieron su vida en las manos no supieron reaccionar —explicó convencido—. Es una manera de resarcir un daño, por mucho que nadie vaya a devolverle la vida.

—Te entiendo, pero también me pongo en la piel de mis compañeros. No es solo luchar para que ese paciente no muera, es tener que enfrentarte a su familia o, en este caso, a una denuncia que manchará tu expediente profesional para siempre.

—Lo siento por ellos —comentó seco—. He visto a muchos criminales quedar en libertad, a inocentes pudrirse en la cárcel, nada es justo en función del ángulo con que se mire. Para limpiar esa mancha tendrán que mejorar.

—Otros dejan la profesión.

—Entonces es que no la amaban lo suficiente. ¿Cuántos médicos en la Antigüedad perdieron cientos de pacientes y siguieron adelante?. Esos hombres tenían la esperanza de curar y de aprender. Quien abandona hace un favor a indefensos pacientes.

—Tendré que darte otra vez la razón.

La química mareó los pensamientos de Sean con los de Christina. Entraron en el centro de Quebec hablando relajados, tanto como Ari, que aprovechó el trayecto para dormirse. Con la ternura que solía tener con Ophie, Sean cogió a Ari en brazos y la sacó del coche. Antes de dejarla en el suelo, la despertó cariñoso. Medio aturdida, la niña le dio un beso en la

mejilla y sujetó la mano de Christina.

—Gracias por traernos.

—De nada. —Sean besó a Christina en la cara—. Recuerda el cumpleaños de Ophie. Te vendrá bien conocer gente.

—Iremos...

SEIS

Nueva York, 8-6-13

Estados Unidos

Si Alexei Barinov hubiese sabido que al entrar en MaiSa en vez de admirar únicamente la obra de Claire vería en dos estanterías blancas, suspendidas de la pared, la colección íntegra de insectos que año tras año envió a Margaret cuando finalizaba el mueble de turno, podría haber reaccionado de otra manera. Pero no sopesó ni el público jocoso ni a críticos complacientes. Miró las cajitas durante una milésima de segundo y, como un demonio salido de la tundra, explotó arrasándolas con un manotazo violento. El ruido captó la atención de la sala entera y los fragmentos de resina se dispersaron igual que un enjambre de agujas; cayeron desordenados entre coloridas alas de mariposas, libélulas en un último vuelo y escarabajos negros llovidos desde el infierno.

Estupefacta, Léonore se llevó las manos a la boca.

—¡Nadie tiene derecho a verlos! —Atronó la rabia de Alexei.

Decenas de ojos contemplaron la ira del anciano. Zanelli salió corriendo de la sala principal, pero frenó en seco al reconocerlo; por fin aparecía el fantasma. Fijándose por donde pisaba, antes de que pudiera hablarle, una voz grave se le adelantó:

—Liosha —dijo Gabriel—, ¿qué ocurre?

—Esa comadreja ha conseguido engañarme —masculló atento a la expresión tensa de Marion—. Ya es un alma en pena.

Como una sutil advertencia, Claire tocó el codo de Marion para alejarla sin que se inmiscuyera mientras Zanelli dispersaba cortésmente al corrillo congregado alrededor de la catástrofe; aunque ya era tarde; Alexei acababa de suscitar no solo la curiosidad ávida de morbo del público, sino también la de algunos profesionales del mundo artístico que llevaban años escuchando hablar de él.

—“*Died*”, por favor —susurró Claire. Se apartó con Alexei, guiándolo hasta Léonore—. Lo siento, mucho. Intenté que no los expusiera, pero son suyos y puede usarlos donde y como quiera. Es duro para ti, créeme si te digo que te entiendo, pero eran de Margaret, se los regalaste.

—Es parte de la intimidad de dos personas.

—Ya no —dijo enfadada—. Si los hubiese vendido porque necesitara el dinero para comer ¿te habría importado? —preguntó obstinada—. Hazte a la idea de que Marion tiene hambre de arte. Los heredó de su suegra, ni siquiera están en venta, los exhibe de forma permanente y gratuita, no creo que esté violando nada tan sagrado.

Alexei le sostuvo la mirada durante unos segundos, resopló aplacándose y dio la vuelta con intención de no seguir amargándole la noche.

—*Arrête, s'il vous plait* —espetó Léonore con firmeza. Alexei acató la orden, se detuvo y aguardó a tenerla enfrente. Sin amilanarse por la rigidez del ruso, la mujer inclinó la cabeza hacia arriba para mirarlo a los ojos—. Modera tu pudor y mejorarás tus modales. ¿Pensabas abandonarme otra vez por ella?

—No, solo iba a tomar el aire.

—Te acompaño. —Gabriel colocó la mano en su hombro.

En pocos minutos, dos eficientes chicas recogieron los restos de las cajitas. Solo se salvaron algunos insectos.

—*Je suis desolé, Claire.*

—No te disculpes —dijo, tocándole cariñosa el brazo—. Tenía claro

que no iba a sentarle bien, pero ha conseguido sorprenderme.

—Siempre ha sido un *intransigent*, me atrevería a decir *un radical*; no tiene un término medio.

—Ya —comentó cansada. Era el tercer día de la exposición y tanto ajetreo empezó a ser patente en su ánimo—. Voy a seguir dando una vuelta. Cuando vuelva Gabriel dile que me busque.

Un buen rato más tarde, Zanelli y Marion secundaron a Claire cuando charlaba derrochando amabilidad con varios críticos y dos clientes que habían invertido en ella.

—No sabía que Alec Barn y Alexei Barinov eran la misma persona ni que es tu abuelo —comentó mordaz, con un marcado acento latino, uno de los críticos, un hombre bajito de aspecto cuidado—. Sabía que había seguido trabajando después de los años sesenta porque he podido ver dos de sus muebles en la casa de un cliente importante.

—No le gusta exhibir su obra —dijo Claire seria.

—Ni considero esos *suvenires* su obra ni tampoco lo he buscado nunca a él, sabes que lo mío es la pintura —comentó irónico, desvió la vista un instante hacia otro de los hombres, un inglés que trabajaba para una

prestigiosa casa de subastas y agregó—, pero sé de algunos que estarán a partir de hoy locos por comprar su obra.

—Los que tengan piezas de Barinov ya pueden frotarse las manos.

Claire apretó los labios al oír al inglés, pensando en la aversión de su abuelo.

—Dudo que los encuentren —dijo fría.

—Nada es imposible. —Zanelli habló, mirando embelesado a Claire, y sonrió dejando visible la blancura brillante de sus dientes—. Todos tenemos un precio.

—Él no —replicó Marion—. No debería haber expuesto los insectos, pero me parecían demasiado bellos para ocultarlos. —Hizo una pausa y, sobrevolando con su altivez todavía poderosa, miró alternativamente a los buitres antes de hablar rotunda—. Mientras Alexei Barinov viva en MaiSa no se verá ninguna obra suya.

Al girarse Marion para dejar ese grupo, se topó de frente con Gabriel y Alexei que volvían de la calle. Los dos escucharon con nitidez sus palabras. El anciano capaz de asolar enrabiado como Barinov el Temerario también podía ser un gentil caballero como Liosha el Galán, inclinó la cabeza de

manera respetuosa, olvidando el enfado, le ofreció el brazo y se alejó con ella.

Pendiente a las palabras del italiano, Gabriel se situó con naturalidad entre Claire y él. No andaba interesado en la charla, pero por fastidiarlo y no darle un margen mínimo, lo soportaría durante unos minutos.

—Como siempre estás siendo un éxito —comentó Zanelli centrado en Claire. Sonriendo ante una maniobra territorial que cazó al vuelo, con toda su intención, añadió—; no te hace falta su apellido.

—Nunca he pensado usarlo, Biagio —dijo, entrelazó los dedos en la mano de Gabriel—, pero gracias. Además, me he acostumbrado al Drake, me gusta.

—Recuerdo que empezaste con Merritt ¿por qué te lo cambiaste? Suena mejor.

—Porque se lo pedí yo.

De momento, Claire percibió la tensión en la voz de Gabriel.

—Es complaciente advertir otro falso mito —comentó Zanelli—. Dicen que los latinos somos posesivos, pero no es más que un bulo extendido por los anglosajones para engañar a las mujeres.

—¿Disculpe? —inquirió Gabriel, frunciendo la frente—. ¿Insinúa que he engañado a mi mujer?

—No —exclamó Zanelli riendo—, claro que no.

La sonrisa de Gabriel no disimuló un malestar crónico cuando el italiano rondaba. Poco después vio sola a Léonore, se excusó sin soltar la mano de Claire y falseando un sinfín de beneplácitos se distanciaron entre la multitud que a esas horas abarrotaba la galería.

El domingo amaneció para Jack algo temprano, a las seis clavadas. Adormilado, sacó del agua tibia el biberón de leche que previsor había dejado dentro del práctico calentador al baño maría que su madre le colocó en la mesilla de noche y levantó a Cordey de la cuna para aspirar un perfume nauseabundo convertido en todo un clásico.

—Buenos días, pequeñín, es un gustazo despertarse a tu lado.

Jack le cambió el pañal antes de darle la toma aun sabiendo que repetiría el aseo cuando su hijo acabara el biberón, pero era eso o morir por asfixia. Tranquilo y risueño, el niño se dejó hacer. Luego, comfortable en unos brazos seguros, Cordey abrió la boca y succionó hambriento la tetina

para satisfacción de su padre. En esos fines de semana estrechaban sus vínculos y se distraían mutuamente, tanto que a Jack cada vez le costaba más separarse de él. Para las pocas horas que compartían se habían adaptado con soltura, sin ningún esfuerzo. De hecho, sostenerlo después de ese biberón, volver a dormirse juntos y que Elizabeth entrara en el dormitorio para llevárselo eran otros de los momentos que Jack más echaba de menos durante sus solitarios días en Nueva York.

En cuanto asomó Jack recién duchado por la terraza, el aroma a café penetró en su olfato. John desayunaba con Cordey en las rodillas, los dos parecían cómodos. El niño tenía la espalda reclinada en el pecho del abuelo y lo observaba todo con sus mismos ojos grandes y expresivos. Con Jack sentado a la mesa, a Elizabeth la rodeó el turquesa luminoso de unas gemas preciosas, en aquel instante, todas enfocadas en ella.

—¿Hace mucho que se ha despertado? —preguntó Jack.

—Una hora —respondió Elizabeth, colocó una taza delante de su sitio—. ¿Te han dicho cuándo podrás empezar la mudanza?

—Van con retraso, pero supongo que a finales de mes. Intentaré tenerlo todo listo en julio.

—¿Has firmado la venta del apartamento? —preguntó John.

—Todavía no, pero esta semana me han llamado varias veces. Quedaremos el miércoles o el jueves. ¿Cuándo tenéis que ir otra vez a la pediatra?

—El jueves —contestó Elizabeth—. Deberías venir la próxima vez para conocerla, es un encanto, adora a Cordey.

—Sí, me gustaría, entre Sean y vosotros solo oigo maravillas.

—Pues espera a verla —dijo John.

—¿Por qué?

—Por nada... —John le dedicó un guiño simpático a Elizabeth—. Te sorprenderá.

—Siendo médico, lo dudo.

—Cuando la veas me cuentas tu impresión; esperaré ansioso.

—Como quieras —dijo resignado—. He quedado con Sean y Elaine en el Laurier, ¿os venís?

—No —dijo Elizabeth—. Vamos a ir al club. Vete solo con Cordey.

—¿En serio? —preguntó con guasa al percatarse de un intercambio

sospechoso de miradas. Jack supuso que sus padres buscaban intimidad, al menos eso creyó tras dos apacibles noches sin sonidos amatorios—. Son dos días, por Dios.

—¿Te parece poco? —comentó John con ironía. Pensando en algo menos agradable, dijo—. Hoy toca visita.

—Está siendo muy correcto —añadió Elizabeth, recordando la ternura de Victor con el niño—. Y para Angie es un consuelo.

—Para todos, mamá.

La suavidad en el tono de Jack no alejó la tristeza que sintieron los tres por Cora ni por Angie Hosborn. La mujer no superaría nunca la muerte de su hija; sin embargo, la capa grisácea de su apariencia se evaporaba en cuanto tenía a Cordey en los brazos, se llenaba de felicidad y revivía durante aquellos breves periodos de tiempo; tanto Victor como ellos podían verlo y ninguno haría nada por evitarlos; Cordey se criaría sin madre, pero esa carencia la cubriría toda su familia volcada con él.

En la inmensa galería del Centro Comercial Laurier entraba la claridad por una bóveda central a más de veinte metros del suelo, dos filas de robustas

columnas rodeaban una zona diáfana con tiendas de ropa y decoración, había cuatro escaleras mecánicas, también dos ascensores en jaulas de acero y cristal, y tenía un ambiente relajado acorde al lánguido y repetitivo hilo musical. Saliendo de una zapatería con Ophie de la mano, Elaine vio a Christina con Ari.

—Hola —saludó Christina con una sonrisa alegre—, ¿cómo estás?

—Bien, de compras —respondió, se fijó en Ari, que se medio ocultó detrás de las piernas de su madre, y comentó—. Un pajarito me ha dicho que vas a venir al cumple de Ophie.

—Claro que iremos —dijo Christina, acarició la cabeza de Ari, pero no insistió para que se mostrara más sociable. Se agachó y le habló cariñosa a Ophie—. ¿Te gustan las muñecas?

—¡Cí!

Sean, que acababa de comprarse unas botas de montaña, salió de la zapatería con una bolsa en la mano y se acercó a ellas al verlas hablando.

—Hola —dijo sonriente, besó en las mejillas a Christina y repitió a continuación con Ari—. Hola, guapísima. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Ari poco vergonzosa con él.

—¿Qué le pasa a Ophie? —preguntó Sean ante el alboroto de su hija.

—Christina le ha preguntado si le gustan las muñecas —dijo Elaine.

—Error, doctora. —Sean puso la mano en su hombro—. Las odia.

—¡No! —gritó Ophie—. ¡*Cí guztan!*

—Es de mentira —dijo Ari para apaciguar la irritación de Ophie con su padre—, te compraremos una muñeca.

Unos minutos después, sentados en la terraza de uno de los bares mientras las niñas jugaban correteando a la vista, se tomaban unas cervezas.

—¿Cómo va todo? —preguntó Sean.

—Igual —respondió Christina, entendiendo que Elaine estaba al corriente de su vida—. Pocas llamadas y ausencia permanente.

—Es una lástima —dijo Elaine.

—Sí, pero como no soy la responsable, no quiero pensarlo.

—Haces bien —dijo Sean, estiró las piernas—. Recuerda, piensa en positivo y las cosas mejorarán.

—Es más fácil decirlo que vivirlo día a día, pero sé que tienes razón.

—La tiene —dijo Elaine, pensando en Jack, añadió—: De todo se recupera uno. Aunque imagino que para ti, estando aquí sin tu familia, será más complicado. ¿Los ves mucho?

—Suelo llevar a Ari en Navidad y en verano —contestó y bebió un trago atenta a las niñas—. Estoy pocos días porque tengo que volver para trabajar, ella es quien realmente disfruta de esas vacaciones. Las de verano las espera con verdadera locura, allí tiene varios amiguitos de su edad. —Christina sonrió—. Está dos meses seguidos con mis padres, le encanta el pueblo porque hace cosas que ni aquí ni en Nueva York son posibles.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sean.

—Lerwick —respondió contenta—. Es precioso, alejado de todo pero cómodo en aspectos menos mundanos, está en las islas Shetland, no pasa de los ocho mil habitantes; aunque tenemos aeropuerto y ferri, que conste. Me fui a los diecisiete años para estudiar la carrera en Saint Andrews y nunca he vuelto a vivir allí de forma permanente —admitió con nostalgia—, pero siento que es donde tengo mis raíces, me gusta mucho.

—El sitio más aislado que conozco es San Juan de Terranova —comentó Sean—, y debe rondar los doscientos mil habitantes.

—Nunca he ido, pero os aseguro que Lerwick está más aislado. —

Christinaapuró el vaso de cerveza—. Terranova tendrá pocas combinaciones de transporte, pero si algún día conocierais mi pueblo entenderíais por qué lo digo. —Se levantó e hizo un gesto con la cabeza a Ari—. Tenemos que irnos. Nos veremos en el cumple de Ophie.

—Os esperamos —dijo Elaine—. Cuídate, Christina.

En cuanto se alejaron, Ophie saltó a las piernas de Sean.

—¿Por qué se habrá quedado? —preguntó Elaine pensativa—. Si el exmarido está en Nueva York y echa de menos su país, ¿por qué no ha vuelto?

—Tendrá sus motivos. Si lleva fuera veinte años, por mucho que aquello le guste, sabe que no tiene el mismo futuro que en una ciudad más grande.

Elaine entrecerró un ojo, cavilando en un dato que la sorprendió.

—¿Cómo sabes su edad?

—No sé su edad —respondió veloz—. ¿Por qué dices eso?

—Porque acabas de hacer una conjetura sobre el tiempo que lleva fuera. Solo nos ha dicho que se fue de su pueblo a los diecisiete.

—He supuesto veinte años porque no creo que tenga más de treinta y siete o treinta y ocho.

—¿Eres experto en mujeres? —preguntó mordaz—. Christina tiene buen cutis, podría tener cuarenta y cinco sin inmutarse.

—Ni idea, tenga la edad que tenga es muy guapa.

—No voy a preocuparme porque te conozco.

—Gracias por el voto de confianza, sabrás también que ni todas las diosas del Olimpo podrían hacerte sombra.

—Por supuesto —replicó riendo—, igual que conozco tu maravillosa labia de abogado.

Sin controlar adónde debía ir, Jack entró en el centro comercial con Cordey metido en la práctica mochila koala que llevaba colocada en el pecho. Parado delante de una plataforma rotatoria donde se exhibía un coche rojo tipo utilitario, sacó el móvil y llamó a Sean. Tras confirmar que les esperaban en un bar de la planta alta, se dirigió a la escalera mecánica más cercana. No estuvo atento cuando los escalones empezaron a menguar y terminó el trayecto escupido en un brinco, frenado por unas manos femeninas sobre la espalda de Cordey.

—Lo siento —dijo Jack sobresaltado. Contempló a una mujer morena muy llamativa, tanto que enmudeció unos segundos—. No me he dado cuenta, disculpa.

—Tranquilo —dijo atenta a una mirada azul como el mar. De haber visto de frente al bebé, Christina habría podido averiguar la identidad de ese despistado con un rostro que le resultó familiar, pero como no fue así se limitó a restarle importancia al encontronazo—. No pasa nada.

Jack supo por el acento que era extranjera y que no la olvidaría por el impacto de unos ojos negros cautivadores. Tenía un don especial para atrapar momentos y no soltarlos aunque quisiera; y los ojos de esa desconocida le provocaron una sensación tan inesperada como añorada. Siguió los pasos de la mujer por la planta baja mientras andaba hacia el bar, pendiente a la niña pequeña que le dio la mano cuando pasaron delante de la plataforma del coche, pensando en que no se fijó antes en ella obnubilado sin duda por su madre.

Nada más verlo llegar, sonriente, Elaine se levantó para sacar a Cordey de la mochila. En ese preciso instante, sonó el móvil de Jack con una llamada de Claire.

—Hola —saludó Jack, sentándose al lado de Sean después de

palmearle el hombro—, dame una buena noticia.

—Lo he vendido todo —dijo Claire contenta.

—Eso es lo habitual, no es una novedad. ¿Cómo estáis?

—Bien. Nos quedaremos aquí hasta la cena del banco. ¿Vendrás?

—Mis padres llegarán con Cordey el viernes, pero creo que no, dejaré que disfruten ellos, me quedaré con él en mi casa.

—No les des mucho aliento —dijo Claire bromista.

—Será mejor que no entre en detalles.

—Sí, hazme el favor —dijo soltando una risita—. Tenemos comprador para el Janssen. Vas a ganar más del doble en menos de un año.

—Estupendo —comentó pensativo—. ¿Y el nombre del dueño de la foto?

—También. Debes saber que ahora es suya y puede pedirte lo que quiera.

—Lo sé, pero puedo hacerle una oferta irrechazable. Detén la operación del cuadro.

—¿El Janssen por mi foto? —preguntó alucinada—. No sabes lo que haces, Jack. —El valor del cuadro superaba los cuarenta mil dólares e iban a pagar más de sesenta mil; ni de lejos la fotografía que hizo a Cora valía esa cifra—. Te haré una copia, pero no le regales ese cuadro.

—Tranquila, no tengo intención de regalárselo —dijo suficiente. Claire había tenido el mismo entusiasmo que Cora mostró cuando lo vio por primera vez; acababa de encontrar nueva dueña—. Hablaré con él y llegaremos a un acuerdo, seguro.

—¿Cancelamos entonces la venta del Janssen? A Biagio no va a hacerle mucha gracia.

—Lo siento por él, por ti y por la galería, sé que os habéis tomado muchas molestias, pero creo que es la decisión más acertada.

—Si rechazas el dinero por el arte no voy a negártelo, pero si estás haciéndolo para negociar por la foto estoy totalmente en contra.

—Muy bien, sigue así —dijo sin intención de aclararle sus planes—. ¿Cómo llevas el embarazo?

—Engordo por momentos. ¿Y cómo llevas tú la paternidad?

—Perfecta —admitió sonriente, observando a Elaine con Cordey—.

Tengo ganas de sentir que por fin estoy en mi casa con él.

—Falta poco, Jack, muy poco.

—Eso espero. Dale recuerdos a Gabe de mi parte, y de Sean —añadió cuando vio el gesto de su hermano—. Nos vemos en Nueva York. —Jack guardó el móvil y pidió una cerveza al camarero—. ¿Por qué no os venís y pasamos mi cumpleaños en familia?

—Estás desconocido, Drako.

—Es posible. —Jack cogió a Ophie en brazos y empezó a hacerle el caballito con las piernas—. Me encuentro tranquilo, me gusta estar en casa con Cordey, estaré haciéndome mayor.

—Será eso, acabas de entrar en la crisis de los treinta.

—Puedes cachondearte, pero no echo nada de menos salir por la noche.

—Es un paso hacia la rehabilitación, hermanito.

—Eres un capullo.

—*Capulo* —repitió Ophie—. ¿Papi é un *capulo*?

—No le hagas caso al tío Jack, está malito de la cabeza.

—Hazle siempre caso al tío Jack, Ophie.

—No mareéis a la niña, por favor —comentó Elaine, volviendo a la mesa. Por saciar la curiosidad sobre las compras que Jack pretendía hacer con su ayuda para la nueva casa, preguntó—. ¿Tienes idea de qué estilo quieres?

—No —respondió Jack, bebió esquivando un manotazo de Ophie—. Lo que vaya gustándome.

—¿Así? —Sean extendió las manos en el aire—, ¿En abstracto?

—Veo que me has captado.

Sean sonrió cínico, sin pensamiento de acompañarlo en un peregrinaje donde no tendría en cuenta su opinión. En cambio, no se privó de sentirse contento al verlo actuar cómo esperaba, se enorgulleció comprobando el efecto de la responsabilidad en un hombre mal acostumbrado a una vida engañosa sin pautas. También lo admiró por camuflar su dolor con alegría aunque no estuviera recuperado, pese a tener presente el recuerdo de Cora esos pasos indicaban que iba a esforzarse por su hijo. Para él, que todo lo basaba en la familia, fue muy grato ir observando una mejoría deseada y rogada con ahínco.

Por suerte, Gabriel se distanció del sonido de las sirenas que de forma rítmica rompían el silencio de una tarde soleada tumbado en una hamaca de la terraza del ático sin olvidar embadurnarse de bronceador para evitar quemaduras. Claire dejó el teléfono encima de la mesa, abrió la puerta corredera y observó a la marmota derritiéndose a pleno sol con chorreones blancos como ríos resecos en su cara.

—Cariño, te van a quedar marcas —dijo paciente. Se sentó en el filo de la hamaca y le extendió delicadamente la crema mientras él sonreía manteniendo los ojos cerrados. En cuanto terminó, una mano fuerte atrapó su muñeca—. ¿No estabas dormido?

—Es imposible —afirmó abriendo los ojos, tocó el vientre de Claire—. ¿Has hablado con él?

—Sí. Ahora no quiere vender el cuadro. Biagio va a matarme.

Al oírla, hizo una mueca despectiva.

—Trabaja para ti. Si un cliente cancela una operación no es tu responsabilidad, no será la primera vez que le haya pasado.

—Lo sé, pero no es un cliente cualquiera; es mi cuñado, y

oficialmente aún no trabaja para mí.

—Da igual. Sabe con quién trata. No te fíes de él.

—No comprendo esa antipatía, te lo juro, cariño. ¿Qué os pasa?

—Lo de siempre —respondió con voz grave. Se incorporó y recorrió el perfil de sus labios con un dedo—, quiere... —Besó su boca y se apartó unos escasos milímetros—, algo... —Volvió a besarla, con más entusiasmo, durante más tiempo—, mío... —Sonrió vanidoso—, y no voy a tolerarlo.

—Espero que estés bromeando.

—¿Estoy riéndome?

—No digas tonterías, sabes que no podría estar con otro hombre.

—Lo sé, mi amor, no pasará. —Gabriel tocó la silueta de su barriga, tratando de alejar del pensamiento la imagen arrogante del italiano—. He pensando una cosa, a ver qué te parece: ni Elizabeth ni Isabella, Elizabella.

—Suená original, pero me quedo con Isabella.

Gabriel volvió a tumbarse con Claire cobijada entre sus brazos; era agradable estar pegados bajo el templado sol.

—Liosha me comentó anoche que odiaba las exposiciones porque medían el arte.

—En parte tiene razón —dijo Claire—, pero ayer no se exponía nada suyo. Perdió los nervios porque esos insectos eran demasiado importantes para él. Cuando algo te molesta con tanta vehemencia es porque está arraigado con fuerza en tu interior. Él dice que se los enviaba para demostrarle cómo prosperaba, pero creo que tenía más motivos; el básico es que amó a Margaret cincuenta años, sin un amor inmenso es imposible esa constancia.

—O un odio enorme. Creo que estás equivocada, cariño. Siempre amó a Léonore. Tu abuela fue una piedra en el camino que lo desvió de su rumbo, pero nunca le hizo sombra a Léonore. Liosha tiene confianza conmigo, y te aseguro que una de sus frustraciones es no haber disfrutado del sexo con ella cuando fueron jóvenes, en eso es en lo único que Margaret la aventajó.

—¿Te parece poco? —preguntó bromeando—. Se lo llevó de calle, tuvieron un hijo y no se olvidaron, ¿no debió ser inmenso?

—No, Claire, no lo fue. Con Liosha solo puedes suponer que antepuso el arte a todo, excepto a su hijo —comentó serio—. Tu abuela debía ser una buena pieza.

—¿Por qué estás hoy tan pesado con ella?

—Porque anoche comprendí que por un capricho dos personas separaron sus vidas. Por eso no pienso consentir que seas el capricho de nadie, porque a veces un acontecimiento ajeno a nosotros puede modificar el curso de nuestras vidas.

—Estás rarísimo, cariño —dijo Claire, le besó el mentón—. Para relajarte podemos ir de compras. Necesito un vestido para la cena.

—A tu disposición. Pero no deberías dejarlo todo para el último momento.

—¿Qué más da? —preguntó risueña—. Para eso te tengo, eres mi conciencia.

Esa tarde se bajaron de un taxi en la torre Trump, otra mole de acero y cristal oscuro con un vértice temerario que se elevaba como una afilada cuchilla para superar en altura a los edificios de alrededor. Dando un paseo recorrieron cientos de metros, que Claire previó con unas cómodas sandalias planas, hasta que Gabriel eligió entrar en una boutique de señoras donde conocían a Elizabeth y a Cora. En su papel de inquisidor, Gabriel dio la talla

como un experto en moda ante una dependienta complaciente y la resignación de Claire que no puso ni una pega cuando se le antojó un vestido largo en color blanco estampado con flores de lis negras. El diseño era perfecto aunque imposible para una embarazada de cinco meses por los cruces de tela en el cuerpo y en la cintura. Gabriel imaginó cómo lo luciría Claire después de unos insignificantes arreglos y salió encantado por los miles de dólares que acababa de derrochar.

—Estás loco —dijo, sujetándose a su brazo—. Solo voy a ponérmelo una vez.

—¿Y qué? Una vez es suficiente para vértelo —comentó satisfecho—. Es un capricho.

—Pareces tú el embarazado.

—He tenido que pasar por duras pruebas, cariño.

—Y las que te quedan —dijo riendo—. ¿Vamos a tu paraíso?

—¿Dónde creías que íbamos? —preguntó altanero, se detuvo en una parada de taxis y abrió la puerta trasera para que Claire entrara. Segundos después de darle la dirección al taxista, se inclinó sobre ella y comentó—. Una vez la señora está contenta, vamos a complacer al señor.

—Si hablas del señor que conozco, lleva un buen rato complaciéndose a sí mismo; aunque te confesaré que me estás sorprendiendo.

—¿Por qué? —preguntó en un murmullo cariñoso, echado suavemente en su hombro y tocando el vientre prominente—. ¿En serio no te ha gustado el vestido?

—Es precioso, pero me ha extrañado que no hayas querido unos zapatos nuevos, algún cinturón o alguna de tus exclusivas corbatas.

—Esta tarde es para ti —comentó, se puso derecho—. Tengo tiempo de mirar.

—¿Va todo bien en el banco? —preguntó alerta por un inesperado deje resignado. Gabriel no tenía por costumbre compartir su faceta profesional, pero esa estancia iba a durar más de tres semanas y, si bien a diario pasaba por la sede del Scotia, como la sucursal de San Juan quedó a cargo de Robert, creyó que podía estar preocupado—. ¿Estáis cumpliendo vuestros objetivos?

—Sí, todo va perfecto. Es posible que ampliemos la plantilla.

—Me alegro de que al menos un sector prospere en estos tiempos revueltos para la economía mundial.

Disimulando una sonrisa, Gabriel giró despacio la cabeza y la observó atentamente.

—¿Estás tomándome el pelo?

—No, es una alegría sincera.

Claire estalló con una risa divertida, ignorando las miradas de reojo por el retrovisor interior que el taxista no pudo reprimir. El hombre nunca sabría que en algunas cualidades eran dos polos opuestos y solo vio la felicidad de una pareja enamorada esperando un hijo. Esa fue la imagen que guardó de ellos cuando los dejó en Queens para seguir su camino.

SIETE

Quebec, 13-6-13

Canadá

Antes de descolgar el teléfono, Christina suspiró amargada. Para una vez que hacía planes creyendo que Graham cumpliría tras el desastre de Nueva York, para una miserable vez que pagaba por adelantado el hotel con su amiga Jane, debía cancelarlo. Pasó un rato escuchándola con una retahíla tan cierta como molesta y no se inmutó; ya no tenía esperanza para ella, ni vida ni ilusión hasta que Graham decidiera mantener un orden con Ari. Ese mismo que parecía nada prioritario en su escala de valores.

Medio ausente, contempló abrirse la puerta de su consulta en el hospital.

—Hola —saludó Elizabeth Drake, entrando con el carro de Cordey mientras John sujetaba la puerta—. ¿Cómo estás?

Christina se levantó y rodeó la mesa. Tras unos afectuosos apretones

de manos, cogió en brazos a Cordey y lo colocó en la camilla. Como solía, auscultó su pecho y espalda bajo la atenta supervisión de los abuelos.

—Está muy bien —dijo, palpándole el vientre. El bebé la miraba y gimoteaba—. Vaya..., si sabes protestar.

—Sí. —Elizabeth sonrió—, a su padre le reserva lo mejor.

—Algo he oído —comentó Christina, vistiendo con soltura al niño—. ¿Cómo está?

—Bien —respondió John, observándola muy atento, pensando en que sin duda era una de las mujeres más hermosas que había tenido el gusto de conocer, aunque tenía un aire triste en la mirada que apagaba la perfección—. Pronto estará aquí otra vez. Viene los fines de semana.

—Es demasiado ajetreo.

—No por mucho tiempo —dijo Elizabeth—. Ha comprado una casa y está reformándola, en un mes quiere estar instalado en ella. Es un consuelo para nosotros saber que los tendremos cerca. Creo que para un niño esto es más razonable que Nueva York.

—Estoy de acuerdo contigo —reconoció Christina rápido—. Mi principal motivo para dejar Nueva York fueron las distancias, aquí todo está

más a mano. Desde luego no es Edimburgo, pero para quienes estamos acostumbrados a la tranquilidad es preferible.

—Bueno, Jack no está acostumbrado a la vida sosegada —dijo John—, aunque por el niño es la mejor decisión que ha podido tomar. —Sonrió y añadió—: Tiene ganas de conocerte.

Christina dejó a Cordey en brazos de Elizabeth y se sentó en su silla.

—Yo también tengo ganas de conocerlo —comentó amable—, supongo que él me lo traerá cuando esté aquí.

—Sí, aunque estoy un poco preocupada —dijo Elizabeth, tendió a Cordey en el cochecito y continuó—. Entre el cambio de casa, de trabajo y de ciudad no sé si son demasiadas cosas para como es él.

—Por la cuenta que le trae se adaptará —dijo John irónico.

—No destaca por la disciplina ni la relajación —comentó Elizabeth, observó a la doctora y, para suavizar la imagen de Jack, agregó con orgullo—, pero está haciendo lo que puede y parece contento, por algo se empieza.

—Sí —afirmó Christina—, poco a poco irá saliendo.

Elizabeth advirtió cansancio en esa voz con un acento áspero.

—¿Cómo está Ari?

—Muy bien —respondió cambiando un gesto amable por otro forzado, recordando a su exmarido para restar en su efímera alegría. Trató de anular la rabia hacia él para ampliarles una información que emocionaba a Ari—, a primeros de julio se va a Escocia con mis padres y no vuelve hasta septiembre, está contando los días.

—Para los niños las vacaciones son una fiesta —dijo John—. Recuerdo cuando íbamos a Stoneham, no paraban quietos...

Durante unos minutos charlaron sobre sus hijos y compartieron anécdotas divertidas que animaron a la doctora. Les tenía simpatía a los Drake, de los pocos amigos que había hecho desde su llegada, y apreciaba el interés y la amabilidad que tanto ellos como Sean y Elaine solían concederle. Gracias a ese tiempo no pensó en Graham ni en otro fin de semana donde tendría que volver a justificarlo. Se consoló con el matrimonio avenido ignorando que no siempre las cosas funcionaron así entre ellos; en aquel preciso momento, Christina solo admiró la complicidad que trasmitían.

Al cruzar la carretera por el frente del Monte Sinaí para coger un taxi e ir a MaiSa, Gabriel sujetó con firmeza la mano de Claire apremiando el paso.

Nunca se sentía cómodo en un hospital, pero si encima la enferma era la tía de su mujer con un pronóstico irreversible a corto plazo sin ni siquiera intentar ningún tratamiento; algo que Claire no aprobaba; el Inquisidor no llevaba bien haber prolongado la estancia en Nueva York por el cumpleaños de Jack y la fiesta del banco. Para lo primero solo faltaba un día, pero a la segunda todavía le quedaban dos semanas que iban a hacerse eternas.

—No creo que sea necesario ser tan dura con ella —dijo Gabriel después de escucharla por enésima vez. Trató de convencerla cuando él tenía clarísimo que Marion no cambiaría de postura—. Debes admitirlo.

—Me gustaría tener tu frialdad —replicó arisca.

—No es frialdad —comentó, mirándola molesto—, no te equivoques, es respeto.

—No digas tonterías —espetó—. Está obsesionada con que Richard la espera en el Paraíso. ¿En qué paraíso? No hay nada. ¿Entiendes? —dijo enfadada—. Nada, negro, fin; se acabó tu película. Cualquier otra creencia es un acto de fe y, perdóname, cariño, ya tenemos una edad para rollos.

—Da igual. ¿Cuántas veces me has dicho que tu familia vela por ti?

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? —dijo irónico—. Paraíso, reencarnación o Infierno, cada uno es libre de creer en lo que quiera. ¿Por qué tus ángeles son válidos y su paraíso con Richard no? Es una decisión suya; hay que respetarla.

—Muy bien —admitió de malas ganas, reconociendo su argumento—. Pero me molesta.

—Tienes una manera un tanto incierta de admitirlo.

—Lo siento, pero tengo que hacer frente a un montón de cosas que podrían esperar de no ser por esa decisión. Creo que también podrías verlo desde mi punto de vista.

—Te comprendo. Y sabes qué opino sobre MaiSa, deberías venderla.

—No puedo, no me lo repitas más —dijo tensa—. Por ahora tendré que quedármela; así que agradecería comprensión y colaboración, no reproches.

—Siento que te moleste oír la verdad —dijo seco, aunque en ningún momento dejó de sujetar su mano ni de caminar tranquilo—, pero quiero que vivamos sin agobios, cariño, y ese negocio es un quebradero de cabeza a demasiados kilómetros. Mejor vamos a dejarlo porque tienes razón, es precipitar las cosas, pero tu herencia va a complicarnos mucho la vida.

—Espero que no —replicó, parándose—. Escúchame, en MaiSa tenemos personal y si planteamos hacer el museo en la casa de Essex también contaríamos con gente cualificada, irán rodados —comentó en un tono que sugería entusiasmo—. Dudo mucho que tu padre estuviera implicado en todos los proyectos del banco, supongo que con estar informada será suficiente. Vamos a ver cómo van las cosas, siempre podemos ponerlo todo en venta.

—Sí, pero en pocos meses no podrás dedicarle tiempo, eso es lo que me preocupa. Mientras las casas estén cerradas no me importan, el problema lo veo en la galería porque cómo gerente tendrás que firmar y asistir a las inauguraciones, y si no me equivoco son mínimo dos al mes, aparte de eventos o cualquier otra actividad, tendrás que autorizar a Zanelli y sabes cuál es mi opinión al respecto.

—No empieces con la murga de Biagio, por favor —dijo Claire, negó y resopló—. Sin darte cuenta me agobias, y ya deberías tener claro que no tiene ninguna posibilidad.

—No es solo por eso —dijo Gabriel, empezando a andar—, no me fío de su lealtad con la galería ni con Marion. Cuando Liosha perdió los papeles, lo vi hablando con varias personas, y algunas no eran precisamente recomendables.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que está haciendo negocios por su cuenta?

—Es posible, no me gustó nada la mirada que le echó a tu abuelo. Vi con claridad una sorpresa nada halagüeña. Estaba fascinado.

—El delegado de Sotheby's comentó que quien tuviese alguna obra de él tenía un tesoro —dijo Claire, llegando a una parada de taxis. Tras indicarle la dirección al conductor, siguió hablando en un tono bajo—. Es posible que tengas razón, pero no creo que reúnan una cantidad interesante para organizar una subasta.

—No tengo conocimiento de que sea necesario un mínimo, cariño.

Claire lo miró atentamente durante unos segundos, sopesando tener una charla con Alexei para que asumiera las consecuencias de sus actos y se preparase para aceptar esa exposición pública que tanto odiaba.

Pasados varios minutos llegaron al Soho, el taxista detuvo el vehículo en la puerta de la galería, pero Gabriel tardó en reaccionar, igual que Claire. Los dos se concentraron en las figuras de unos hombres conocidos: Biagio Zanelli y Ryan Gallagher. Para Claire no fue una gran sorpresa ya que el profesor tenía muchos contactos en Nueva York; sin embargo, Gabriel vio con suspicacia esa reunión callejera. Estaba desorientado con Gallagher

después del encontronazo de *Shu*, creyó que lo denunciaría, en cambio no había ocurrido. Esperó algún tipo de represalia contra Claire en la escuela; pero tampoco. De forma inesperada, el profesor dejó Terranova a los pocos días de aquello. No fue su intención pensar mal, aunque inevitable ante dos personas que no sugerían confianza y ambas, para más inri, tenían los ojos puestos en Claire.

Mientras desviaban la vista hacia él, sonrieron irónicos.

—Hola, Claire —saludó Zanelli dándole un beso en la mejilla—, no te esperaba hoy por aquí.

—Teníamos tiempo y quería hablar contigo. —Claire miró a Gallagher y habló con amabilidad—. Hola, Ryan, ¿cómo estás?

—Hola, Claire, me alegro de verte —comentó sin hacer amago de ningún contacto físico, contempló el vientre y añadió—, te sienta bien el embarazo, enhorabuena.

—Gracias —dijo Gabriel, colocó la mano en la espalda de Claire—, Biagio, le esperamos en su despacho —sonó cortante, autoritario—. No tarde, por favor.

Guió a Claire por la galería sin muestras de enfado.

—No deberías haberle hablado así —dijo incómoda.

—Trabaja para nosotros —comentó impasible—, venimos expresamente para hablar con él, si tiene que ver a sus amigos, me parece normal, pero no cuando esté en horario laboral —habló suficiente y miró la hora en el reloj de su muñeca—, y está dentro. Así que, cariño, le hablaré cómo considere, y tú deberías hacer lo mismo. Si va a ser el encargado de llevar esto, o me demuestra que es capaz o se va a la puñetera calle.

—Deja las amenazas, por favor —dijo Claire, entró en el despacho y se sentó en una de las sillas confidentes que había frente a la mesa negra de diseño, que era un rectángulo brillante hecho con materiales lisos—. Hemos venido para el balance de la exposición, no vuelvas a la carga, creía que teníamos claras las cosas.

—Perfectamente —dijo soberbio—. Voy a examinar las cuentas de esta exposición, pero pídele también la contabilidad desde el 2008. Ya que me pongo, voy a hacerlo bien.

—¿Qué pretendes? —preguntó siseando.

—Controlar tu patrimonio —respondió sin titubear—. No voy a recordarte cómo llevabas las cuentas de la casa —dijo cínico—. En este negocio se manejan cantidades altas muy golosas. No vamos a dar la cara

ante nada sin saber cómo están en realidad las cuentas, y sin saber hasta qué punto Marion maneja su negocio. Prefiero hacerlo ahora que puedo contar con ella, que no cuando sea tarde. Si te molesta, lo siento. Y si al señor Zanelli le molesta, peor para él.

—¿Qué puede molestarme? —preguntó Zanelli entrando en ese preciso instante. Se sentó tras la mesa, sonrió amable y comentó—. ¿Puede explicármelo, señor Drake?

—Por supuesto —dijo Gabriel, esbozó una sonrisa leve que camuflaba el brillo arrogante de su mirada, dobló la pierna sobre la rodilla y prosiguió—. Necesito las cuentas desde el año 2008 hasta hoy. Claire será la propietaria y queremos saber con exactitud el estado del negocio.

Zanelli no mutó la sonrisa ni la concentración en Gabriel.

—Entiendo bien su inquietud —dijo sosegado, disimuló la aceleración de su pulso—, deme unos días para avisar al gabinete que se encarga de la contabilidad.

—Estaremos hasta el treinta, tiene tiempo. ¿Puedo hacerle una pregunta? —preguntó Gabriel; quería saciar su curiosidad. Zanelli movió la palma de la mano hacia arriba—. ¿De qué conoce a Ryan Gallagher?

—Somos amigos desde hace algunos años. Nos presentó Marion en una exposición de él. Tenía bastante talento, pero prefirió la docencia. — Zanelli torció brevemente los labios—. Ha venido a negociar una exposición con material nuevo.

—¿Para cuándo? —preguntó Gabriel.

—Hasta septiembre sería imposible por fechas, y la decisión final la toma Marion —comentó serio, observó un instante a los dos y, mirando a Claire, dijo—. Tendrás que decidirlo tú.

—No he visto nada suyo, pero si crees que es interesante pásame las fotos.

—*Va bene* —admitió complacido—. ¿Cómo has visto a Marion?

—Regular —respondió Claire aliviada por la actitud correcta del italiano contra la tensión palpable de Gabriel—, sigue obstinada y me temo que ya es incluso tarde.

—Es su voluntad, Claire, *dobbiamo rispettare*.

—Eso mismo le he dicho yo.

Gabriel percibió un matiz cariñoso en las palabras en italiano, pero

dejó a un lado la antipatía que le despertaba Zanelli y se dedicó los siguientes minutos a hacerle un tercer grado sobre el funcionamiento de la galería.

Delante de las dotes de mando de su marido, Claire fue una espectadora de excepción. El loco de los números dictó todos y cada uno de los documentos que esperaba, tal y como hizo cuando se mudó con ella al Boreal para tomar las riendas de su vida; realmente la ordenaba a su medida.

Ansioso; ese era el estado que mejor definía a Jack el viernes por la mañana en el aeropuerto ante la magnífica expectativa de las próximas dos semanas con el niño. Sería su primera vez más de dos míseros días seguidos. Aunque tenía cosas del apartamento por recoger, entre la venta que ya había firmado y la ilusión por ejercer con Cordey sin el apoyo constante de sus padres, exultaba impaciencia atento al tránsito de mucha gente; debían llegar pronto.

—Jack —dijo Elizabeth a su espalda, en cuanto se giró, lo abrazó cariñosa—, hola. Mira qué regalo te traemos.

Cordey, dormido en el carrito, no se inmutó por la caricia en la cara de su padre.

—¿Cómo estás? —preguntó John cuando salían hacia el aparcamiento—. ¿Todo bien en el trabajo?

—Sí, como siempre —respondió con una sonrisa, alejando la añoranza de Cora y pensando en su puesto vacante que de momento no pensaba cubrir—. Por cierto, ya he avisado a James, no asistiré a la fiesta.

—No le molestará a nadie, Jack —dijo Elizabeth—. ¿Estás seguro de que quieres quedarte solo con él estos días?

—Mamá, sí, por favor, deja de preocuparte.

—Es para ahorrarte tener que traérmelo antes de irte al trabajo. Espera a estar en la nueva casa.

—No digas tonterías, es porque no te fías de mí —comentó bromeando, le echó el brazo por el hombro—, y voy a demostrarte que estás muy equivocada. Ya verás la cena que he organizado para mañana yo solito.

—¿Vas a cocinar? —preguntó John con los ojos de par en par.

—Sí —afirmó vanidoso. Al abrir el maletero fue consciente de que el coche era muy práctico siendo dos, pero insuficiente para tres adultos y un bebé—. En Quebec me compraré otro coche. —Metió el carro en el maletero mientras Elizabeth se sentaba delante con el niño. John dudó receloso delante

del asiento trasero, por llamarlo según su definición, y miró molesto a Jack, que compuso una mueca afligida—. Solo será un rato... —dijo contento. John resopló y se subió como pudo. Cuando arrancó, Jack lo miró por el retrovisor—. Antes de que se me olvide, Sean me ha llamado. Ayer el hospital llegó a un acuerdo. Van a indemnizarnos con medio millón de dólares.

—Me alegro mucho —dijo John, dándole una palmada en el hombro—. Cierra páginas para escribir nuevas, mañana cumples treinta y uno, tienes una vida por delante, con esto Nueva York no será una sombra para ti. Invierte ese dinero en algo útil.

—He pensado guardarlo íntegro para Cordey. Le da para una vuelta al mundo.

—Varias, diría yo —comentó John.

En ese tono optimista salieron del JFK con destino al ático. A partir de ese momento empezaba para él la verdadera aventura de la paternidad sin ningún respaldo. El día siguiente, tanto ellos como Gabriel y Claire irían al apartamento posiblemente por última vez. Con la celebración familiar de su cumpleaños cerraba el capítulo que empezó cuando huyó de Quebec enamorado de Cora para dejarse engullir por el ritmo frenético y divertido de

Nueva York. Pronto estaría en Canadá, ¿y dónde mejor que en casa para encontrar el sosiego que necesitaba?

A finales de junio llegó el evento anual del Scotia, los focos iluminaban la suntuosa fachada de piedra del Hotel Plaza entre una llovizna pertinaz que reflejaba el ataque de infinitas gotas brillantes sesgando el anochecer como un borboteo de diamantes sobre el pórtico donde los taxis se detenían.

Conforme llegaban los invitados no tardaban en acceder al gran salón de la planta baja. Decorado con la exquisitez que el establecimiento tenía reconocida, a Claire le impresionó tanto como el año anterior y afianzó la mano en el brazo de Gabriel buscando esa confianza traicionera que solía fallarle en público.

—No deberíamos irnos muy tarde —dijo Claire, preocupada por el cansancio que notaba con más frecuencia y el vuelo del día siguiente a Quebec para asistir al segundo cumpleaños de Ophie, que Gabriel como padrino no quería perderse y donde ella esperaba dar por concluida esa larga ausencia de su casa—. Los tacones son preciosos pero molestos.

—Pero estás radiante, mi amor —dijo poco afectado por un

insignificante escollo. Seguían a John y a Elizabeth, saludando con cortesía —, cuando quieras que nos vayamos, me lo dices.

—Gracias, Torquemada.

—¿Otro apodo?

—No, debió ser algún antepasado lejano.

—Con los Drake tengo bastante, pero si fue alguien importante, aceptado.

—Fue lo más en su época —dijo riendo—. El tío era una fiera. Fíjate hasta qué punto, que el nombre de la orden dominicana, *dominus canis*, procede del latín, o sea, los perros de Dios, supuestamente por el empeño que ponían en la búsqueda de herejes. Tomás de Torquemada era el Inquisidor General del Reino. Hazte una idea de cómo se las gastaba. —Claire vio el ceño fruncido de Gabriel, y aclaró—. Torquemada fue de esa orden y también el confesor de Isabel la Católica. Por si no te suena, la reina que tenía España cuando Colón descubrió América en 1492. —Con guasa le dio una palmada en la mano—. Deberías leer algo de historia intercalada con las matemáticas, por tu bien.

—¿Estás comparándome con él cuando me llamas Inquisidor? —

preguntó asombrado, llegaron a la mesa y retiró la silla de Claire—. Creía que hablabas por el control de los gastos.

—Bueno, eso también se sobreentiende con la palabra. Interpretala en toda su variedad de acepciones.

—¿Son muchas?

Claire sonrió, disimuló al colocarse la servilleta en el regazo e inclinando el cuerpo hacia su curioso marido, le habló susurrando:

—No, pero todas son negativas. Tendrás que esforzarte por desmentirme.

—Siempre doy el cien por cien —murmuró en su oído—, compórtate un ratito y después te enseño hasta dónde puedo esforzarme.

—¿Ves? —Claire entornó los ojos—. Acabas de mejorar bastante mi expectativa. Cenamos y nos vamos antes de que tus padres vuelvan.

—Hecho —afirmó contento, observándolos hablar con amigos—, aprovechemos que hoy están entretenidos.

A medida que pasaban las horas, el cansancio fue haciendo mella en Claire. Hizo una ligera señal con los ojos a Gabriel y sin más se pusieron de

acuerdo para salir de la mano del hotel, coger un taxi e intentar cumplir sus planes en el ático sin competencia desleal o, mejor dicho, ruidosamente apasionada.

Justo a medianoche sonó la alarma de Jack para la toma nocturna del niño. Cuando volvió al dormitorio con el biberón preparado y lo sacó de la cuna de viaje, sintió el impulso de dárselo en la habitación que decoraron para él; no tendría más ocasiones ya que el plazo para la entrega a los nuevos propietarios estaba acordado y pronto la dejaría tan desnuda como la encontró al llegar. En el banco todo lo referente al traslado iba según lo previsto, Andy sería su sustituto; en cambio, la reforma en Quebec no terminaba de satisfacerlo por el retraso de la empresa constructora. Presentía que a pesar del pago sin rechistar de todos los adelantos exigidos no acabarían de acondicionar las habitaciones y la cocina, y le urgía, por eso quería inspeccionar al día siguiente la casa.

—¿Qué te parecen? —preguntó, levantando a Cordey para que eructara—. Creo que nos llevaremos las acuarelas; a mami y a mí nos gustaron nada más verlas. Tu nuevo dormitorio va a quedar perfecto, ¿lo pintamos cómo este? El azul y el blanco están chulos, podemos decirle a la abuela que elija ella las cortinas—. ¿Qué opinas, Cord?

Esa era la manera favorita de Jack para matar el tiempo y la tristeza. Una de cal y otra de arena, un pensamiento nostálgico a cambio de otro esperanzador. Tendido en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, esperó murmurando una nana a que el niño se durmiera. Luego, apagó la luz de la mesita de noche echando de menos la foto que rompió y se tumbó mirando el techo con sombras imperturbables para retardar su sueño.

Mientras, Elizabeth y John se despedían de Bill Patterns y de James Atkins, nuevo presidente del Scotia desde la última junta de inversores convocada tras la dimisión de John. Salieron del salón animados, un camarero trajo el chal de Elizabeth y su amable caballero se lo colocó en los hombros.

Lilian, que después de una noche nefasta con el maduro de turno no esperaba verlos al salir del ascensor, se enfureció en uno de sus ataques sin miramientos y, envenenada como la mala leche que le corría por las venas, exclamó:

—¡Vaya! —Se dirigió ligera hacia ellos—. ¡Qué alegría más grande!
¡Es lo único que me faltaba hoy! ¡Vosotros!

—Haz como si no nos hubieses visto —dijo John, sujetó la mano de

Elizabeth, atento a un rostro demacrado y consumido como el cuerpo, similar a unos alambres que podían desestabilizarse en cualquier momento. Apreció esa negativa a envejecer con elegancia, se veía que prefería pasar hambre o por el quirófano antes que asumir su edad—. Déjanos tranquilos.

—¡Es imposible! ¡Me asqueáis!

—Qué pena —dijo John, encogió los hombros—. Mi más sentido pésame.

—Vete a la mierda, John —habló indignada.

—Contrólate, Lilian —dijo John. Con desprecio, añadió—: Estás borracha.

Crecida por la ginebra que necesitó para acostarse con aquel decrepito viejo, se fijó en Elizabeth y espetó:

—¿Y tú de qué te ríes?!

—No te dirijas a mí, por favor. Me gusta el diálogo y detesto la ordinariez. Cuando sepas hablar y mantenerte en pie, búscame, si no, ignórame como te ha dicho mi marido. Si eres tan amable y dejas de molestarnos, me gustaría volver a mi casa.

—¿Te crees mejor que yo? —preguntó resoplando.

—¿Merece tu pregunta una respuesta? —John recorrió su cuerpo con unos ojos poco halagadores—. Haz el favor de apartarte, rozas lo patético.

Se escuchó una voz distorsionada por un micrófono, procedente del salón.

—¡¿Hoy es la maldita fiesta?! —Lilian miró por encima de los hombros de John—. ¡Vais a saber quién soy!

Elizabeth permaneció inalterable, preparada para otra exhibición de bajeza. En cambio, John se negó a presenciar nada relacionado con ella. Incluyó la cabeza en un gesto que el hombre encargado de la seguridad pilló rápido y tiró de la mano de Elizabeth hacia la puerta al tiempo que escuchaban protestar a Lilian porque le habían impedido el acceso a su propio espectáculo.

—Parece que tu exmujer no sabe tampoco quien eres tú, cariño.

—No —dijo John, abrió la puerta del taxi y le besó la mejilla antes de sentarse a su lado—, y me temo que nunca lo sabrá y me alegro muchísimo de que sea así.

—Y yo —comentó, entrelazando sus dedos. Cuando estuvieron de

camino al ático, Elizabeth susurró—, me alegro de que esté pagando por todo el daño que me hizo.

—A los dos, mi amor. —John levantó su mano y la besó—. Pero me gustaría que no se entrometiera entre nosotros.

—Si hablas por mí —murmuró Elizabeth, se inclinó sobre él—, en cuanto estemos a solas voy a decirte cuánto pienso en ella.

—Gabe y Claire van a estar muy contentos con nosotros.

—Han tenido tiempo de sobra. —Sonriendo, Elizabeth le besó el cuello—. Ahora es nuestro momento.

—¿Sabes por qué me alegro? —preguntó, miró el ceño fruncido de su mujer—. No te has acordado de Jack.

—¿Eso crees? —Elizabeth movió la cabeza—. No he dejado de pensar en ellos, pero tienes razón; voy a darle un voto de confianza.

—Gracias —dijo, le besó la mejilla—, no te equivocaste con él.

—No, ¿y sabes por qué? —preguntó feliz, más enamorada que nunca del hombre que había significado y significaría su vida—. Porque yo sí te conozco, John Drake, y Jack es igual que tú; en lo bueno y en lo malo.

El aludido, Jack, en aquel preciso momento mantenía los ojos bien abiertos tratando de memorizar los últimos meses que vivió en el apartamento con Cora. Fue feliz y juraría que ella también. Trató de recordar a las mujeres que pasaron por aquella casa, pero sus nombres o caras no venían acompañados de sentimientos, la única con ese honor le dejó un regalo capaz de trastocar su vida con ternura. Se preguntó qué le depararía el destino en Canadá, si sería capaz de amar a otra persona con la intensidad que amó a Cora, si sabría educar a su hijo como sus padres lo educaron o si se adaptaría al nuevo puesto de director comercial en la sede del banco con varios compañeros que todavía formaban parte de la plantilla desde que él se instaló en Nueva York. Tenía tantas dudas como ilusiones, y tanto miedo como sueño. Necesitaba dormir antes de que el bebé reclamara la siguiente toma; sin embargo, llevaba horas muertas divagando entre una espesa penumbra que solo atraía problemas.

Se levantó de la cama, comprobó que eran las cuatro de la madrugada y fue al salón. Tras servirse un vaso de whisky, se sentó en el sofá a contemplar la casa. Supuso que mudarse en breve era la causa de su inevitable desasosiego. Gracias a la evasión del alcohol, reclinó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, pensando en ese golpe de suerte que creyó tener

cuando Cora y Gabriel se divorciaron y en la buena estrella que nunca desasistió sus pasos. Medio obnubilado por el agotamiento, sus fatigadas neuronas fueron enredándolo en un profundo sueño reconfortante. Jack se durmió confiado en que ese golpe de suerte tenía nombre propio: John Cordelius, ya que desde la precipitada huida la noche de su nacimiento hasta que regresó, no solo asumió su responsabilidad como padre, sino también una nueva jugada en su destino.

Cuando el sonido del teléfono despertó a Jack, confuso, abrió los ojos por el sitio, preocupado por el silencio y por la claridad radiante que entraba a raudales por las ventanas. Se levantó de un bote y corrió hasta el dormitorio donde Cordey gimoteaba chupándose el pulgar.

—Lo siento, cariño —dijo Jack, se inclinó y lo cogió en brazos, sin inmutarse por el olor. El pequeño se acopló a él con naturalidad—. Debes estar hambriento, ¿qué puedo decirte? Podría inventarme un rollo, pero... ¿sabes, qué? —Sonrió, tocándole la barriguita—. Me he quedado sopa en el sofá, ya me irás conociendo, no soy de sitios fijos. —Tras cambiarle el pañal en un tiempo más que razonable, preguntó cariñoso—. ¿Preparamos el *bibe*? —Sin soltarlo, Jack se las ingenió para hacerle la leche. Se sentó en uno de los taburetes de la cocina, miró la llamada perdida de su madre y le dio tranquilo el biberón—. Hemos quedado a las diez con los abuelos y los tíos,

hoy es el cumple de Ophie. Nos vamos con ellos unos días a Quebec. Dentro de poco, tú y yo estaremos en nuestra nueva casa, ¿y sabes otra cosa? Creo que nos va a ir bien. Los dos solos. ¿Cómo lo ves? ¿Lo intentamos?

Cuando satisfizo Cordey su apetito, se durmió y Jack aprovechó para poner la cafetera mientras se preparaba el desayuno. Luego, no tardó demasiado en ducharse ni en vestirse con unos vaqueros, una camiseta negra y unas deportivas. Recogió toda la ropa de su hijo en la bolsa grande de viaje que trajo Elizabeth, sacó las acuarelas de los marcos y también las metió en esa bolsa, e hizo su propio equipaje. En las tres maletas más grandes que tenía fue guardando trajes, pantalones, jerséis, zapatos... Dejó cuatro trajes y poca ropa sport para los días entre semana que todavía pasaría ahí, pero en un buen rato consiguió dejar el dormitorio en el escaso mobiliario que negoció con los nuevos propietarios. Se deshizo de casi todo, menos del Janssen, almacenado en MaiSa, y del Aston Martin, que un concesionario se encargaría de vender. El Volvo de Cora lo vendió él mismo a través de un portal de Internet, en pocos días, ya que apenas tenía kilómetros y no regateó los diez mil dólares que le ofrecieron en mano. Deseaba empezar la nueva etapa en Quebec sin recuerdos que incitaran su memoria.

En ese regreso, excepto la reforma, todo parecía deslizarse como la seda, como si realmente hubiese escogido el rumbo correcto.

Mirando modelos de coches adaptados a sus nuevas necesidades, de repente, una mirada oscura, rodeada por largas pestañas, invadió su pensamiento con una sensación impactante que lo persiguió durante minutos. No se recreó en la mujer porque no la recordaba, pero sonrió ante una reacción involuntaria casi olvidada. Solo le había ocurrido una vez y fue por unos ojos azules. En cambio, el brillo de aquellos azabaches destelló igual que un copo de nieve bajo una fría noche de invierno.

Disperso con la bella desconocida logró dejar la mente en blanco hasta que la conversación pendiente con el contratista volvió impetuosa a su cabeza. Aparte de la obra, debía no olvidar el tema de la caldera, la valla perimetral en la piscina e insistir en las medidas de seguridad que pretendía poner en cualquier rincón con un mínimo peligro para el niño. Entre unos asuntos más importantes y otros fútiles, Jack se vio obligado a despertar a Cordey para cambiarlo y recoger la cuna antes de que los abuelos apareciesen con prisa por llegar al aeropuerto.

Leyéndole la mente, en cuanto terminó de vestirlo, llamó Elizabeth a la puerta con su inconfundible toque; el mismo desde que tenía uso de razón; dos golpes decididos, una breve pausa y otros dos toques exactamente iguales a los anteriores.

En unos minutos, con la ayuda de John y el taxista metieron el

equipaje en el maletero sin que la abuela dejara a Cordey y sin que ninguno intentase impedirselo. Tanto Jack como John eran consecuentes y sabían del apego que le tenía. Por mucho que con Ophie el contacto asiduo hubiese creado un fuerte vínculo, tener a esa criatura desde que nació bajo su cuidado no era comparable. Para Elizabeth su pequeño ángel tenía algo especial, no sabía definirlo, era un presentimiento o una percepción, y por suerte iba a poder disfrutarlo a diario. Sería el aliciente idóneo para las horas solitarias mientras John jugaba al golf en el club. Con ese regreso también Elizabeth esperó como Jack empezar de nuevo definitivamente en Quebec, donde arraigaron aquellas raíces inalterables al paso del tiempo; su verdadero hogar.

OCHO

Quebec, 30-6-13

Canadá

La casa de Sean y Elaine Drake estaba en Limoilou, un barrio residencial pegado al centro de la ciudad. Después de recorrer con el coche la carretera desierta que circulaba paralela al río San Lorenzo, Christina condujo bordeando el parque *Le Domaine de Maizerets*. A esa hora también poco transitado pese a los caminos que lo atravesaban y muchas personas usaban dando largas caminatas en verano, practicando esquí y snowboard en invierno o durante todo el año por los niños para jugar en plena naturaleza. Enfiló una calle resguardada del sol por dos hileras de árboles y descubrió al instante la casa blanca con la fachada llena de globos de colores.

—¡Vaya! ¡Qué guay! —exclamó Christina cuando aparcó el Mazda sedán gris oscuro, automático, que compró de segunda mano nada más aterrizar en Quebec. Inclino la cabeza hacia arriba para contemplar los tejados negros a diferentes alturas—. ¿Qué te parece?

—Es bonita —comentó Ari andando hacia la puerta. Se escuchaba música y risas, sonidos alegres—. No conozco a nadie, mami.

—Ni yo, pero seguro que en un rato tienes un montón de amigos —dijo Christina, acarició la cara pecosa de Ari, donde brillaban luminosos unos ojos azules tan celestes como el inmenso cielo—. En el pueblo te pasó igual. Cuando uno llega a un sitio nuevo siempre pasa.

—Como ahora en este cole.

—Sí. Igual que yo en el trabajo —dijo sonriendo—. No lo pienses, cielo. Sé cómo eres, ya verás... Toma, dale tú el regalo a Ophie.

Algo reacia, Ari agarró la bolsa. Una desconocida las invitó a atravesar el salón de techos altísimos, con una claraboya que a Christina le pareció asombrosa, y salieron al jardín rectangular rodeado por setos y por un grupito de niños pequeños correteando como un ejército de abejas zumbonas alrededor de los adultos; parecían listos para atacarles mientras charlaban en corrillos sin inmutarse por el estruendo.

La primera reacción de Ari fue quedarse quieta observando, apretó los labios y le dio la mano a Christina, que iba preparada para afrontar una timidez más marcada a raíz del traslado. Entre la ecléctica mezcla que abarrotaba el jardín, Christina vio a Elaine y se dirigió hacia ella, observando

el aspecto juvenil que tenía realizado por una vestimenta informal y la oscura melena bien peinada pero suelta. Sintió una mezcla de envidia y admiración porque jamás explotaba el potencial de su cabello por comodidad, de hecho ese día otra vez prefirió su práctica coleta por no perder el tiempo, tal y como hacía a diario para ir al hospital. Sean salió de la casa, se acercó diligente a Elaine y le habló en el oído.

—Hola —saludó Christina—, llegamos en pleno apogeo.

—Sí —dijo Sean, las besó en la cara como Elaine—. La barbacoa estará lista en una hora, sírvete lo que quieras de beber. ¿Te vienes conmigo, Ari? —preguntó, tendiéndole la mano—. Podemos buscar Ophie.

Christina sonrió cuando Ari cogió la mano de Sean y se fue con él.

—Se nota que le gustan los niños —comentó pensativa.

—Sí —afirmó Elaine contenta—, porque es igual que ellos.

—Me parece un hombre noble —dijo seria—, me cae bien. — Christina advirtió una mirada extraña en Elaine—. No estoy pensando en nada más.

—Por mí no te preocupes. —Elaine rió—. Hace algún tiempo comprobé que las cosas no son eternas y que si algo es para ti, lo será. Puedo

equivocarme, pero siento que Sean y yo estaremos juntos siempre, pero, ya te digo, he vivido muy de cerca relaciones frustradas y reencuentros inesperados... —Sujetó el brazo de Christina y la guió hacia la mesa donde había un montón de botellas con refrescos, vinos y licores—. Mi suerte es que Sean no destaca por guapo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, echándose un vaso de limonada—. Yo lo encuentro muy atractivo.

—Y lo es, pero no llama la atención como Gabe o Jack, de él siempre prevalece su conducta.

—Entiendo lo que quieres decir. A Jack no lo conozco, y sí, Gabriel tiene más peligro.

—No creas, de los tres es el más tranquilo y es por el único que apostaría el cuello. Jamás le será infiel a Claire.

—¿No te fías de tu marido? —preguntó sonriendo.

—Sí, claro, pero al pasar más desapercibido tengo menos riesgos, otra cantar es Jack. Ahora porque no está bien, pero miedo me da cuando se recupere.

—No sé... —Christina encogió los hombros—, ahora tiene al niño.

—Sí, y quiere estar tranquilo con él, pero no me lo imagino.

—Bueno, quien sabe. Es pronto para que rehaga nada, ¿cuánto hace que murió su mujer? ¿Un par de meses?

—Sí. Está muy reciente. ¿Cuánto llevas divorciada?

—Un año, pero viene de tiempo atrás.

—¿No has conocido a nadie?

—Con mi vida es imposible —admitió apática pero sonriendo al ver a Ari integrada con los niños. Vibró el móvil que llevaba en el pantalón vaquero, leyó un escueto mensaje y se le borró de golpe esa leve felicidad—. Mierda. Lo siento, Elaine, tengo que irme. Voy a buscar a Ari.

—¿Por qué?

—El hijo de la compañera que iba a hacerme hoy el turno se ha puesto enfermo y como es domingo no tiene con quien dejarlo. Lo siento mucho, Elaine, de verdad.

—Acabáis de llegar, no te lleves a Ari.

—No creo que quiera quedarse sola —comentó apurada, debía irse y la niña parecía pasarlo bien—, pero se lo preguntaré.

Tras otra sorpresa, Christina se despidió de Elaine y llamó a la chica que solía cuidar a Ari por las noches para que la recogiera ella del cumpleaños.

Salió escopetada por la puerta y coincidió con el resto de los Drake, recién llegados de Nueva York. Elizabeth tenía en brazos a Cordey mientras hablaba con Claire y los hombres estaban rezagados a unos metros, al lado de un BMW y un Volvo oscuros. Saludó de pasada a las mujeres y levantó la mano para corresponder al saludo de John y Gabriel, el otro Drake le daba la espalda, supuso que sería el famoso Jack, pero con tanta prisa ni se planteó detenerse para confirmarlo.

En un momento circuló delante de ellos, volvió a saludarlos y en ese instante fue cuando apreció a un tipo alto, con gafas de sol, vestido con unos vaqueros azules, una camiseta negra y, pese a estar muy delgado, buenos músculos en los brazos. Tenía el cabello castaño alborotado; y una sombra de barba descuidada ocultaba su rostro. Tampoco le pareció despampanante como decía Elaine, aunque también era cierto que tenía pocos datos para valorarlo; quizá tuviera un carisma deslumbrante o, a lo mejor, era una máquina sexual. Christina sonrió sin tener claro el porqué, pero pensar en Jack Drake la puso de buen humor para otro domingo echado por alto con Ari. Y ya no tendrían más oportunidades hasta septiembre, cuando iría al

remoto Lerwick quince días. Allí, con su familia, la serenidad recargaba sus pilas y contribuiría a que olvidase ese año horrible y al causante de la mayor parte de sus problemas. El hombre que esperaba tuviera el detalle de llamar a la niña una vez como mínimo durante las vacaciones. La misma persona que no puso ni un solo impedimento para que estuviera todo el verano en Escocia. Creyó que estaba ocupado con algún nuevo ligue, ya que se había relajado con ella y por descontado con su hija. Sacó positivo algo de sosiego al descansar de los pensamientos rabiosos que invadían su cerebro; porque tenía más que comprobado que cuando Graham la ignoraba vivía en paz.

—¿Dónde va Christina? —preguntó John al entrar, Elaine le besó la mejilla.

—Tenía guardia y le ha fallado la compañera. Ha dejado a su hija.

—¿La morena era la doctora McQueen? —preguntó Jack, mirando a su padre—. Solo he visto una coleta y un culo perfecto.

—Pues cuando le veas la cara, vas a morir —comentó Gabriel sin percatarse de que Claire tenía el radar sintonizado en su frecuencia—. Una de las mujeres más bellas que he visto.

—Y la última que vas a ver —replicó Claire, agarró su mano y sonrió pícara—, lo siento, cariño, pero solo sigo tu ejemplo.

—No es lo mismo —comentó casual, se centró en Jack y continuó—. Yo que tú llevaría personalmente al niño a su consulta. Además, está divorciada, es nueva en la ciudad. Tenéis un montón de cosas en común, hasta la parejita...

—Dentro de mis planes —dijo Jack sonriendo irónico—, justo ahora, mi prioridad es Cordey, no voy a liarme con ninguna divorciada resentida por muy buena que esté; así que déjame en paz y métete en tus cosas.

—Tiene ganas de conocerte —dijo John, echó la mano en su hombro—, le hemos hablado de ti varias veces.

—Joder —masculló—, todavía no me he mudado y ya estáis dándome la paliza. Os lo voy a decir muy claro a los tres —advirtió enfadado, alternó la mirada entre Elaine, John y Gabriel, salvó a Claire y Elizabeth, más comedidas y respetuosas con sus buenos propósitos—, quiero estar solo con mi hijo, no quiero mujeres alrededor, ¿entendido? Espero no tener que repetirlo, porque cuando os ponéis plastas sois insoportables. ¿Por qué le tenéis que hablar a una extraña de mí? Cuando quiera ligarme a una tía me las apañaré solo, como he hecho siempre, ¿a qué viene el coñazo con la doctora?

—Tenemos claro que sabes arreglártelas solo para ligar —dijo John con burla—, no le hemos hablado a Christina de ti para que liguéis, ha sido

en relación con el niño. —Elaine apretó los labios y siguió atenta—. No te ofendas, hombre.

Jack entendió el cachondeo, pero no cedió.

—No estoy ofendido, sino molesto. No sé si creeréis que estoy bien, pero la echo mucho de menos y no soy capaz de imaginarme con otra mujer, por eso me jode que queráis emparejarme con nadie. Me da la impresión de que pensáis que me ayudará a sustituirla y, perdonad que os diga, eso no ocurrirá nunca.

—Siento si te he dado esa impresión —dijo Gabriel muy serio—, no era mi intención. Y nadie sustituirá nunca a Cora, ni lo intentes. Si alguna vez se cruza en tu camino otra mujer, será alguien distinto. Cora forma parte de tu vida, de la de todos, del pasado, y deberás alejarla para ser capaz de vivir el futuro con otra persona. Pero el pasado tienes que dejarlo atrás.

—Vamos a darte tiempo —dijo Elaine, sonriendo, cogió su brazo—. Será mejor que localicemos a la cumpleañera, va a volverse loca.

El jolgorio de los niños despejó el enfado de Jack mientras se tomaba una cerveza acompañando a Sean en la barbacoa. Se preguntó qué opinaría la doctora McQueen sobre él. Quizá pensara que era un mal padre, con motivos sobrados. Y si era así, en cuanto se mudara cambiaría de opinión porque todo

lo relacionado con su hijo —siempre que pudiera— tenía en mente hacerlo en persona, y las visitas al pediatra entraban incuestionables en esas ocupaciones. Con seguridad y algo de tiempo, la doctora olvidaría un comportamiento que él no quería recordar para no remorderse la conciencia. También sería posible que descubriera al hombre seguro camuflado bajo una apariencia alegre, a veces dudosa pero siempre convincente.

Con el bebé en la mochila, Jack salió el día siguiente por el paseo sombreado del río andando hacia su nueva casa. No tardó más que diez minutos. Se sorprendió al encontrar a dos obreros echando escombros en la cuba que había junto al garaje. Ese celo laboral indicaba que la amenaza de incumplir el acuerdo de pago había surtido efecto en el contratista. Entró por el camino de piedra, apreciando que el césped ya tupía por completo la amplia extensión de tierra que rodeaba la casa, un nuevo vallado de madera protegía la piscina, los abetos ayudaban a salvaguardar la intimidad junto al seto de dos metros de altura; una fachada limpia, un tejado tan negro como el antiguo, y el porche cubierto con plásticos, abarrotado por materiales de construcción.

Cuando subió los tres escalones, oyó voces roncadas bromeando como acompañamiento al sonido del martillo y la música que sonaba en la radio

que vio en el suelo del salón, donde tres hombres trabajaban a buen ritmo. Uno, colocaba los muebles altos de la cocina; todos alargados, blancos, con cristales al ácido y la apertura vertical. Otro, sostenía una puerta para dársela y el del martillo apuntalaba de rodillas el rodapié oscuro que circundaba toda la planta. Al advertir su presencia, se detuvieron.

—Buenos días, señor Drake —saludó el hombretón del martillo con un inglés básico dificultado por su acento polaco, se levantó y se acercó con una sonrisa afable. A pesar de que no habían empezado con buen pie, por una baja imprevista justo al comienzo de la obra, confiaba en cumplir el plazo acordado. No pensaba desaprovechar una oportunidad de oro para sacar adelante el negocio; en él tenía invertidos los ahorros de toda una vida y la esperanza de un futuro mejor que en su país. Cuando más necesitaba un golpe de suerte, llegó ese cliente con contactos, algo fundamental para un extranjero desconocido—. ¿Qué le parece?

—Estáis haciendo un buen trabajo —respondió echando un vistazo. El espacio abierto era sorprendentemente acogedor aun con todo por medio. El color plateado del cemento pulido de la barra había sido un acierto, igual que los tonos neutros de las paredes realzaban la madera vieja pero renovada del suelo—. Me gusta cómo está quedando. Tengo previsto hacer el traslado en dos semanas como mucho, ¿estará lista?

—Sí, nosotros terminamos el viernes —afirmó convencido—. Vendrán del ayuntamiento para la inspección municipal. Si no hay ningún contratiempo y aprueban la reforma, podrá instalarse de inmediato.

—Esperemos que no los haya —comentó severo, aunque sería algo improbable porque tenían en regla los permisos para ejecutar la obra. Jack atravesó el salón, abrió la puerta del aseo con ducha que había debajo del primer tramo de la escalera y comprobó el acabado. En el sótano inspeccionó satisfecho el cuarto de la nueva caldera, la zona de lavado, con una encimera ancha y una estantería llena de cubos para almacenaje, y una sala multiusos que podía servir tanto para ver la televisión, trabajar o jugar. Unos minutos más tarde, prestó especial atención a que el dormitorio de Cordey estuviese acondicionado por completo, ya que empezaría a dormir solo cuando se mudaran. Los enchufes tenían protectores y en la escalera, Jaworski, antes de finalizar, debía colocar otro obstáculo disuasorio. Creyó salvaguardar la integridad física del niño con esas medidas pasivas, si bien sabía por su propia experiencia que el peligro podía surgir de forma imprevista y del sitio más inesperado. Regresó al salón, pensando en que necesitaría meses para conseguir el hogar que pretendía; pero ese era el comienzo apropiado. Contento, sin asombrarse por la actitud sosegada del niño en su pecho, iba despierto mirándolo todo con curiosidad, habló a los hombres:

—Señores, está todo perfecto. No sé si volveremos a vernos antes del viernes, si no es así, ha sido un placer trabajar con vosotros, os recomendaré.

—Gracias, señor Drake —dijo el hombre del martillo, ese detalle podía repercutir para bien en su negocio—, el placer ha sido nuestro, no se imagina cuánto.

Jack sonrió, creyendo percibir algo más que no entendió, e inclinó la cabeza dando por finalizada la visita. Salió al jardín por la nueva puerta doble del salón, otro de los cambios acertados. Con este, la planta entera había ganado claridad.

Contento, se detuvo en la esquina izquierda del jardín frente a la piscina cuadrada de tamaño mediano, entre el pasillo de teca que tenía alrededor y la valla baja de madera para evitarle a Cordey accidentes hasta que supiese nadar, y se distrajo durante unos minutos imaginando los baños que se darían juntos ese mismo verano.

Con el ánimo alegre por las buenas sensaciones, Jack paseó de regreso a la casa de sus padres. No escuchó ni un solo pitido estridente ni la cacofonía habitual que soportaba desde TriBeCa al despacho; nada. El río San Lorenzo, la quietud del sosiego dominical, el brillo cálido del sol veraniego y el niño dormido fueron sus referencias para convencerse de que

esa sería su rutina en breve; y le gustó, ciertamente, volvió a enamorarse de su ciudad.

Por un motivo de peso: Claire cumplía veintinueve años aquel viernes doce de julio, la gran mesa del Boreal lucía engalanada con esmero para cuatro comensales. Nadie se ocupó de sus obligaciones o quehaceres, Gabriel no apareció por el banco y ni Alexei ni Léonore parecían eludir nada más importante que acompañarla; tampoco dejaron de asombrarla con unos regalos espléndidos. La mecedora que ya tenía colocada en el cuarto de la niña era otra obra Barinov sin precio, y la escultura de bronce, de Pierre Bouchaud, que Léonore quiso entregarle, fueron dos grandes privilegios para una enamorada del arte como Claire. La escultura no tenía más de quince centímetros de altura; en cambio, la sensualidad y el erotismo de los cuerpos entrelazados de un hombre y una mujer no necesitaban más espacio para arrastrar todas las miradas hasta donde se fundían en la pieza que formaba la base. Ese *Sueño de Amor* también ocupaba ya su lugar en el secretaire de su dormitorio; ¿dónde, si no, podría estar?

En el centro de la mesa había una bandeja con langosta, dos botellas de vino blanco y una de agua con gas, la favorita de Claire, un plato de jamón serrano, otro de queso y algunas delicias de Ethel, una tradición básica en

cualquier celebración de esa casa.

—Enséñamela otra vez —dijo Léonore a Claire, que no tardó en extender el brazo para que admirase el regalo del Inquisidor romántico: una pulsera de platino, con dos colgantes, una “C” y una “D” hechas con un sinfín de diminutos brillantes—. *Est belle.*

—Sí —afirmó risueña—. Igual que vuestros regalos —comentó sincera—. Me gustaría visitar la fundación de Pierre. Podríamos ir en nuestro aniversario. —Claire se animó ante la expectativa de volver a Europa, a uno de esos viajes culturales que tanto disfrutaba con Gabriel—. Supongo que hará buen tiempo en noviembre, *vraie?*

—*Oui* —respondió Léonore—. En el Sur los inviernos son templados, no tiene nada que ver con este clima.

—Ya veremos —dijo Gabriel, sin intención de aventurarse hasta que naciera su hija—, pero es una gran idea, cariño.

—Al final, nos vamos la semana que viene —dijo Alexei, rellenó la copa de Gabriel, intentó servir la de Léonore, pero sacudió la cabeza, y terminó con la suya—, estaremos unos días en París y otros en Puget, organizaos para venir en agosto.

—Imposible —dijo Claire—, entre la galería y lo que surja, hasta pasado el verano no podremos ir a Europa.

—¿Cómo sigue Marion? —preguntó seria Léonore.

—Igual. Ahora está en su casa, pero apenas tiene fuerzas para moverse. Está a base de morfina —comentó apagada—, espero que no sea una larga agonía, debe ser una tortura.

—Estando drogada no creo que esté sufriendo —dijo Gabriel para calmar el dolor de Claire, tocó cariñoso su mano—, no te preocupes, está haciendo lo que quería.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. No me gusta ver sufrir a nadie. — Claire se ahorró añadir que ella ya había sufrido bastante por todos—, pero como verás estoy respetándolo. Incluso no he dicho nada de Londres, que haga lo que quiera.

—Sí, cariño —afirmó Gabriel ante la decisión de Marion de volver a Londres—. Y estoy muy orgulloso de ti.

—Hablando de otra cosa, abuelo, sabes que a raíz de tu desliz en MaiSa hay varias personas interesadas en tu obra, es posible que te lleves alguna sorpresa.

—Si alguno de mis clientes vende un mueble y se subasta —dijo sin que Claire hubiera nombrado al hombre de Sotheby's—, está en su derecho, otra cosa es pagar en una galería para verlo o que esté rodeado por obras de otros artistas para ser medido. Te he dicho muchas veces que eso es lo que no soporto de las exposiciones.

—¿Y si tus muebles estuvieran en un sitio gratuito? Solos.

Alexei observó impertérrito a su nieta.

—No. No sé por qué lo preguntas.

—Por nada, Liosha —dijo Gabriel, sin ánimo para desperdiciar unas horas agradables en una discusión—, ya sabes que Claire sueña con ver tus muebles en un museo, pero eso no ocurrirá. —Gabriel miró serio a su mujer—, ¿Verdad, cariño?

—Sí —dijo asintiendo. Entendió la intención y como no tenían prisa por acondicionar la casa de Essex, ni ganas de escuchar unos argumentos donde estaba en total desacuerdo, esbozó una sonrisa y agregó—: *Dobbiamo rispettare.*

En cuanto terminó Claire la frase en italiano, el Inquisidor se molestó. Enarcó una ceja, cogió la copa de vino y bebió sin apartar la vista de ella.

—¿Has visto algo de Gallagher?

—No —respondió ajena al mal humor que ensombrecía los pensamientos de Gabriel. Se concentró en su abuelo, y preguntó—. ¿Me ayudarías a escoger a los artistas para MaiSa?

—Puedo darte mi opinión —contestó Alexei, que sí percibió raro a Gabriel—, pero no esperes que elija a uno sobre otro.

—Con tu opinión me vale.

—Entonces, sí —admitió contento. Levantó su copa y dijo—. Por ti, Claire. ¡Que tengas una larga vida plagada de amor y felicidad!

Más tarde, Gabriel salió del dormitorio con unos documentos para leerlos tranquilamente en el despacho y se topó con Claire en la escalera.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer unas cosas.

—Es mi cumple, cariño —rezongó mimosa, no intuyó ser la causante del gesto frío que helaba el gris de unos ojos expresivos poco acostumbrados a mentir—, déjalo. Mañana es sábado, tienes tiempo.

—Hoy no he ido al trabajo. Dame media hora.

Gabriel pretendió huir, pero Claire ya había notado el enfado.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Vuelvo en un rato.

—¿He hecho algo que te ha molestado?

Claire sujetó su mano, un escalón por debajo de él.

—No —respondió, a sabiendas de que no se lo creería—, en serio, cariño, déjame un rato.

Gabriel se puso a su nivel, inclinó la cabeza y le besó los labios con ternura. Esa que le inspiraba su inocencia para protegerla de cualquiera con intenciones desconocidas, como las que Zanelli removía en su interior y no quiso que supiera para no discutir por otro motivo.

La tarde pasó calmada gracias a la distancia y al carácter hogareño de los dos, aunque, más motivado que nunca, en cuanto Gabriel olvidó “el agravio italiano” no esperó ni a cenar para una celebración carnal.

Cuando dejó claro hasta qué punto la amaba, se puso los calzoncillos y sentado en el borde de la cama acarició la redondez voluminosa de su vientre, contemplando ensimismado un pelo alborotado, una sonrisa espléndida en sus labios enrojecidos por muchos besos apasionados y los pezones oscuros erguidos, llamándolo a gritos. En cambio, acopió voluntad y se levantó.

No era dado a tareas domésticas, de nunca. Incluso durante su etapa universitaria pagó a medias con el compañero que compartía piso para que una mujer lo limpiara cada dos semanas. Le gustaba tener las cosas ordenadas, la ropa limpia y planchada, pero sin esfuerzo. La mujer duró un mes. Fue bochornoso escucharla no bajarlos de cerdos. Estuvieron dos días con cargo de conciencia, al tercero se les pasó para volver a los mismos hábitos insalubres. Nada que ver con el orden de sus apuntes y libros, para eso era un maniático. Pudo permitirse una asistente cuando empezó a trabajar y, con ella, llegó la renuncia a cualquier tarea doméstica. Solo ahí había fregado a veces su servicio y no lo hizo por afición, más bien por dar el pego a Claire.

—¿Qué quieres cenar?

—¿Te encargas tú?

—Sí, ahora vuelvo.

Buscó en la cocina varios embutidos, quesos, el pan francés y una ensalada, controló a la perfección la bandeja de Claire, al igual que las copas

y el vino, y fue a la alacena para encontrar un indispensable. Recorrió con la mirada varias baldas llenas de botes con legumbres, paquetes de pasta, latas de conserva, leche y, por fin, lo que buscaba: el aceite de oliva español, su favorito. Cortó el pan a rebanadas y, tras rellenar la aceitera, roció cada una con el líquido espeso que solo le traía recuerdos felices de la infancia y de su querida Blanca; siempre la recordaba cuando echaba el aceite en el pan; siempre tendría el honor de haberle abierto la mente a toda clase de sabores para disfrutar con la comida. Colocó todo en la bandeja, cogió un trapo y limpió las migas de la encimera, con tanto ímpetu que tiró la aceitera al suelo. Aunque el ruido fue brusco; no se rompió, solo salieron disparadas unas cuantas gotas. Se agachó y la recogió, pensando en Claire. No solía tener mucha paciencia con él, y eso que limitaba su ayuda a cortar verdura o embutido, no comprendía que no tenía ninguna experiencia en ciertas tareas rutinarias para la mayoría.

Cuando miró el reloj, creyendo que estaría desesperada, confió en que el rastro de su paso por allí —con suerte— se secaría sin dejar huella. Se apresuró en fregar la tabla y los cuchillos del pan, el embutido, el de los quesos y otro para los tomates de la ensalada, y en guardarlos en su sitio. Terminada la hazaña, cogió la bandeja, consciente de que acarreaba copas de delicado y frágil cristal.

Al salir, levantó el codo para apagar la luz y el resbalón fue

automático, notó perfectamente cómo pisó con el pie izquierdo algún resto de aceite. Intentó mantener el equilibrio, pero volcó la bandeja y de pronto todo se redujo a un ruido atronador.

Aquel violento estruendo de cristales estallando sobresaltó a Claire, que botó de la cama, se puso un cómodo camisón blanco y salió corriendo para encontrarse a Gabriel sentado de culo rodeado por el proyecto de cena, observándola con los labios aprisionados. Sobrecogida, no supo si echarse a reír o llorar.

—Ten cuidado —exclamó al verla descalza—, no te acerques.

—¿Te has hecho daño?

—No físico, pero la moral la tengo por los suelos.

—Ya te veo.

Dos sonrisas insinuadas se convirtieron en sonoras carcajadas hasta que Gabriel se levantó y abandonó de puntillas el campo de batalla.

—Pide una pizza mientras recojo.

Claire giró la cabeza y alzó las cejas, dejándole muy visible una mirada tan verde como incrédula.

—Cariño, la intención es lo que cuenta y ya me has dejado claro que lo tuyo son los números.

—Ha sido un accidente, supongo que a ti también te habrá pasado alguna vez.

—Déjame que piense... —dijo Claire, cruzó los brazos, con la barbilla elevada y los labios fruncidos—. No, jamás.

—Habrás tenido suerte.

—O habilidad.

Esa voz suave con tanta suficiencia empezó a molestarle.

—Pide la pizza si quieres cenar, porque yo abandono en cuanto recoja.

—Muy bien, pero te advierto que llegará en media hora, date prisa, si no quieres comértela para desayunar.

Estaba demostrado que uno no podía tener de todo en la vida, y Gabriel carecía de coordinación cuando salía de su medio, que claramente no eran las tareas domésticas ni la cocina. Claire llegó riéndose al dormitorio, recordando el día que Ethel les dejó un pastel de carne en una bandeja de cristal tapado con papel de aluminio. Solo le encomendó calentarlo mientras se duchaba, pero a los cinco minutos apareció en el baño diciéndole nervioso que el microondas iba a explotar de un momento a otro; algo que no ocurrió en cuanto ella retiró el papel de aluminio y le explicó los requisitos mínimos de funcionamiento.

Más tarde, veían una película y comían pizza en el salón.

—No entiendo cómo siendo tan inteligente para unas cosas, para otras eres nulo.

—No te pases.

—No te enfades, pero es cierto.

—Igual que tú con las cuentas —replicó torciendo una sonrisa.

Jack cayó en el sillón, reclinó la espalda y se subió las gafas a la cabeza cerrando los ojos, agotado por la de cosas que había hecho ese sábado; el primero que inauguraba su nueva etapa en Quebec. Podía sentirse orgulloso de la casa, se veía reluciente: el suelo de madera oscura brillante, una cocina parecida a la del apartamento, electrodomésticos de acero y sobriedad, la chimenea de hierro restaurada, que aparte de calidez aportaba un toque rústico, y unos pocos muebles cómodos; el sofá de cuatro plazas; dos sillones orejeros; y una pantalla de televisión enorme para ver otra vez la liga de hockey sobre hielo durante las largas tardes de unos gélidos inviernos.

Escuchó toser a Cordey y se levantó raudo. Una de sus mayores preocupaciones era que el niño se pusiera enfermo y no supiera reaccionar. Entró en el dormitorio contiguo al suyo, el único terminado. Incluso tenía ya las cortinas azules elegidas por su madre que resaltaban entre el pálido beige de las paredes y el blanco de los muebles. La temperatura le pareció agradable cuando se acercó a la cuna, colocada en un rincón al lado del radiador, también había un móvil con varios peluches colgado del techo.

Jack se inclinó en la cuna a la vez que Cordey tosía de nuevo, le tocó la carita y notó el calor anormal de la fiebre. Se agobió buscando un termómetro en el baño hasta que lo encontró y lo introdujo en el oído del niño. Marcó 39 °C. Al sacarlo de la cuna, comprendió por la laxitud de su cuerpo la inapetencia que desde hacía varios días observaron tanto él como Elizabeth.

No lo pensó, debía verlo un médico. Llamó a un taxi, se puso unas deportivas y vistió a Cordey con un pelele fino de manga y pantalones cortos, siguiendo los consejos leídos en los artículos de las revistas para padres que últimamente compraba de manera compulsiva.

En menos de quince minutos entró rápido en el Centro Hospitalario de la Universidad Laval donde tenía la consulta Christina. La corpulenta mujer de admisiones no levantó la cabeza de unos documentos mientras Jack abría la cartera encima del mostrador para sacar su tarjeta sanitaria.

—Disculpe, señora. Necesito que la doctora Christina McQueen vea a mi hijo.

—Un momento, por favor.

La mujer, que mordisqueaba un bolígrafo, ni siquiera lo miró, descolgó el teléfono y siguió sin atenderlo.

—Señora, disculpe. —Jack subió el tono de voz y se ganó una mirada displicente—. ¿Puede avisar a la doctora?

—Señor, cuando haya hecho el parte de su hijo, avisaré al pediatra de guardia.

—¿Y en qué momento ocurrirá eso?

—En cuanto termine con lo que estoy haciendo.

Dicho esto, la señora giró la cabeza y lo ignoró. Cordey gimoteó y aceleró el enfado de su progenitor, ya en un punto difícil de comer.

—Escúcheme atentamente —dijo Jack, dando una palmada seca en el mostrador. La mujer movió la cabeza con brusquedad—. Mi hijo tiene fiebre y tos. Necesita que lo vea su pediatra, la doctora McQueen. Voy a repetírselo otra vez: ¿puede avisarla? Pero ¡ya! —gritó enfurecido—. ¡No cuando a usted le dé la gana! ¡No cuando piadosamente considere! ¡Ahora mismo!

—Como no modere el tono, voy a llamar a seguridad.

—Como no avise a la doctora, despídase de su puesto.

—¿Me está amenazando, señor...?

—Drake. Soy Jack Drake. Dígame su nombre, por favor.

—No será necesario, señor Drake —dijo la mujer conmovida; sabía quién era, y la beneficiosa relación que mantenían el hospital con el Scotia. Con una eficiencia que desmentía el tiempo previo malgastado, confirmó en el ordenador que Christina había acabado el turno hacía unos minutos—. Siento decirle que la doctora ha terminado su guardia. Reconocer al niño sería cosa suya, pero puede intentarlo, su consulta es la 23. Si no estuviera, dígame para avisar al doctor Memfli, que es quien ha empezado el turno de pediatría.

Tras una breve indicación, encontró Jack el pasillo de la consulta. Tocó en la puerta con los nudillos, aguardó un instante, e insistió. Con mala leche y una resignación involuntaria, dio la vuelta.

—¿Me buscaba?

Al escuchar esa voz áspera, Jack se paró y giró rápido el cuerpo. Ahí se quedó atrapado entre un carbón líquido, escarbando en sus ojos, tan impactados como los de él. Todos tenían razón, la doctora era hermosa, y un ángel salvador en ese momento.

—Hola, soy Jack Drake —saludó serio—. ¿Eres Christina?

—Sí —afirmó sin sostenerle la mirada más que unos pocos segundos, no estaba preparada para aquel turquesa estremecedor—. Al fin nos conocemos.

—Sí —dijo con un deseo nulo por mantener una charla cortés—. Cordey tiene fiebre y tos, necesito que lo examines.

—Lo siento, me pillas saliendo. Tendrá que verlo Memfli, es un buen médico, no te preocupes.

—Tú —espetó—, eres su pediatra.

—Sí, y he terminado mi turno de trabajo —comentó a la defensiva, correspondiendo a la tensión que Jack no se molestó en ocultar—. No puedo perder media hora cuando hay disponible otra persona para atenderlo. Buenas noches, Jack Drake.

—¿Te vas tan tranquila dejando tirado a un paciente?!

—Sí —respondió rotunda. Tras todo el día encerrada en el hospital sin parar de atender urgencias reales había perdido otra vez la ocasión de hablar por teléfono con Ari gracias a la diferencia horaria, solo soñaba con llegar a su casa y tomar una ducha caliente; tan solo esas dos cosas y en ese orden;

nada de prepotentes viudos atractivos, por mucho que el niño fuese uno de sus pacientes habituales. Ni su aspecto ni la ligera tos que emitió eran síntomas de gravedad—. La consulta del doctor Memfli es la 12.

Christina no vaciló, dio la vuelta y se quitó de en medio, lo más sensato que podía hacer ante semejante histérico.

—¡No sé de dónde coño se ha sacado mi familia que eres buena médico! —gritó impertinente, ignorando la mirada aterrorizada de una señora mayor que deambulaba por aquel pasillo. Christina movió la cabeza en una sutil negación, sin girarse, prendiendo más la dinamita de Jack—. ¡Esto no va a quedar así, doctora! ¡Tienes los días contados en este hospital!

«Uno, dos, tres, cuatro...». Ese era el bucle mental de Christina cuando abrió la puerta y salió del trabajo aquel sábado armonioso que concluía con un energúmeno inestable lleno de mala leche y mala educación. Si encima, por la conversación de Elaine, podía suponer que tampoco era de fiar, tomaba como opción ni intentar conocerlo. No estaba para tonterías de nadie y menos de alguien tan desconsiderado.

Razonando sus motivos en una especie de remordimiento subconsciente, cruzó la carretera hasta la *Rue Noury*, que atravesó para meterse de lleno en la *Rue Power*, la calle donde vivía, a poco más de cinco

minutos a pie del hospital. Su barrio, Sillery, a esas horas estaba en silencio pese a ser céntrico, tener algunos restaurantes y dos hileras de casas, ordenadas sin ningún criterio unificador, solo que todas eran independientes y tenían un pequeño césped delantero. La suya tenía la fachada oscura y el tejado a dos vertientes, con un espacio amplio plano en el centro; por esa forma, parecía chafada, aunque por altura era como las demás. En esa casa de alquiler estaba consiguiendo un hogar acogedor para las dos, Ari tenía el colegio a pocas manzanas, su trabajo a un paso; para los meses que llevaba en Quebec podía sentirse satisfecha. Entremezclando las buenas vibraciones ante un futuro esperanzador, olvidó al guaperas de ojos penetrantes y se centró en que llegaba a tiempo para realizar su escasa pero ineludible actividad, en su beneficio, buscando un descanso merecido.

NUEVE

Quebec, 4-8-13

Canadá

Un apetecible aroma a hamburguesa a la plancha penetró con fuerza en el olfato de Christina al traspasar con Elaine la puerta del jardín. Se vio incapaz de rechazar esa barbacoa por varios motivos. Uno, porque tenía el domingo libre y no le apeteció quedarse sola. Dos, le caían bien Sean y Elaine. Y tres, quería tener enfrente a Jack Drake para aclararle algo que pareció distorsionar y le había acarreado una desagradable conversación con el jefe de personal. El señor Drake no amenazaba en balde.

Por suerte, ese día solo se escuchaba una canción suave de fondo, y, por desgracia, su entrada captó la atención de Jack y Sean, los únicos asistentes a la comida. Mientras el abogado se acercó a ellas, Jack no se movió del sitio; ni amagó el intento por subirse las gafas de sol ni de dar un paso en su dirección.

—Hola —saludó dando dos besos a Sean—. ¿Cómo estás?

—Bien, Christina, ¿y tú?

—Sola. Ari está en Lerwick con mis padres.

—Tendremos que animarte —comentó sonriente, miró un instante a Jack y añadió—. ¿Conoces a mi hermano?

—Sí —afirmó, apretó los labios en una sonrisa forzada—. Hola, Jack. —A unos metros, Jack inclinó la cabeza y les dio la espalda. Christina intuyó que tanto Sean como Elaine desconocían el gran momento que compartieron. Vio al niño dormido en el cochecito, al lado de la mesa, se aproximó a él y preguntó elevando la voz—. ¿Cómo está Cordey?

—Muy bien, gracias.

Jack no se molestó en girarse mientras volteaba con la pala las hamburguesas. Christina aceptó esa actitud pueril y lo ignoró durante el tiempo que duró la carne al fuego. Luego, sentados en la mesa, fue difícil alejar los ojos de una ternura tangible al verlo darle el biberón a Cordey, o de una sonrisa blanca donde admiró una dentadura perfecta, o de unas manos elegantes que con amabilidad le sirvieron la comida pese a no arrancarle ni una palabra dirigida a ella. Cansados del comportamiento hosco de Jack con Christina, Elaine y Sean no necesitaron palabras para ponerse de acuerdo. En cuanto ella se levantó con la excusa de sacar el postre, Sean la siguió a la

casa.

A Christina no le molestó el silencio de Jack, que comía con la vista clavada en el jardín, pero se le presentó la oportunidad esperada y comentó:

—Siento que no entendieras mi postura, pero las guardias son así. Creo que te has pasado al poner una queja.

Jack giró la cabeza, masticando con la boca cerrada. Tragó y la dejó esperando unos segundos hasta que sació la sed con un buen trago de agua.

—Me da exactamente igual lo que creas. No te costaba perder un momento y no quisiste. Ejercí un derecho como paciente.

—Como tú llegan al día decenas de personas a urgencias, si funcionásemos como quieres, los médicos ni siquiera tendríamos la poca vida que tenemos.

—Haberte hecho peluquera.

—¿Cómo? —preguntó cansándose—. No sé a qué te dedicas ni si te gusta tu profesión, pero cuando te haces médico te garantizo que el ochenta por ciento somos vocacionales. No me parece correcto que por tu intransigencia se ponga en duda mi profesionalidad, no creo que sea justo. Además, amenazar con los trabajos es mezquino. ¿Usas siempre tus

influencias para intimidar?

—Lo que me dé la gana, doctora McQueen —dijo cortante—. Voy a seguir llevando a mi hijo a tu consulta porque no quiero dar a mis padres ninguna explicación, seguiré viniendo a casa de mi hermano cuando me invite, aunque tú también vengas, porque tampoco quiero darle explicaciones. Pero, cuando estemos solos, no me hables y no me mires; no me gustas. Voy a transigirte por ellos, ¿entendido?

—Que te quede clara una cosa, niño —escupió en un murmullo—, no voy a mirarte ni a hablarte porque tampoco me gustas, es más, diría que representas lo peor de tu género, pero no porque me lo ordenes, ¿entendido?

—Estúpida —masculló Jack, cortó un trozo de carne, se lo metió en la boca y volvió a ignorarla. Pocos minutos después, se levantó, sacó al niño del cochecito y lo sentó en sus piernas—. ¿Has dormido bien, cariño?

—¿Sigue tan bueno?

—¿Quieres que vayamos a buscar a Ophie? —preguntó, ignorando adrede a Christina—. Parece que estamos rodeados de sordos.

—O de imbéciles.

—¿Has oído algo, cariño? —preguntó Jack, acariciando la carita de

Cordey—. Creo que ha sido un cuervo, solo he oído un graznido en una lengua incomprensible.

—Gilipollas.

—Otra vez, Cord. ¿Qué idioma hablará? —preguntó, levantándose—. No sé..., será mejor que nos vayamos dentro, no quiero que nos ataque.

Sean se cruzó con Jack al salir de la casa.

—¿Te vas?

—Voy a cambiarle el pañal, y sí, nos vamos ya. Mañana me espera un día complicado en el banco.

—Como quieras —dijo, dándole una palmada en el hombro—. ¿Te cae mal Christina?

—No —contestó evasivo y reinició el paso—. ¿Te ha dado esa impresión?

—No me engañas, Drako, te pasa algo con ella.

—Sí —gruñó, enfrentándose a él con el niño en medio—. Estoy harto de que intentéis metérmela por los ojos. Está muy buena, tiene un pedazo de polvo, pero no me gusta. Eso es lo que me pasa con la doctora.

—Tranquilo... —dijo, percibiendo el acelerón de Jack—, a ella tampoco parece gustarle.

—Mejor, un problema menos.

Cuando llegó Jack por la tarde a su casa, acostó a Cordey en la cuna y se dio una larga ducha. El calor, unos ojos negros que parecían matarlo en cada mirada y un cuerpo femenino para el vicio animaron una inesperada erección. Desde la muerte de Cora no se había acordado del sexo y, por desgracia, esa infame necesidad aparecía de nuevo con la escocesa más exuberante, arisca y chula que podía haber conocido. Se repitió a sí mismo que aquella excitación se la podía provocar el recuerdo de cualquier otra mujer, sin embargo intentó concentrarse en otros rostros, en otros cuerpos, y nada, su pene selectivo solo quería a una persona; la menos propensa y de quien prefería mantenerse alejado, aunque no tuvo reparos en disfrutar con ella de unos fervientes minutos; realmente placenteros mientras fuera una relación platónica limitada a sus manos e imaginación. Luego, inclinó la cabeza entre los brazos, arrepentido, tratando de recordar la última vez que hizo el amor con Cora. Lloró lágrimas aún enrabiadas por su ausencia; más lejana por días; menos dolorosa por momentos. A pesar de la sensación de abandono que martirizaba su cabeza, la imagen de Cora se dispersaba como

niebla. Aunque tratara de mantenerla fresca con las fotografías; el sonido de su voz suave, el olor fresco de su piel o la suavidad de su tacto serían recuerdos imperecederos para él que Cordey jamás reconocería por muchas explicaciones que escuchase. Esa memoria que su hijo guardaría de ella sería su esencia, no la apariencia que reflejaban las fotografías. Con ese pensamiento, sin necesidad de poner la alarma para la siguiente toma, ya no le hacía falta porque solía despertarse y si alguna vez se retrasaba el crío esperaba paciente, Jack se metió desnudo en la cama para dormirse como un bendito en cuestión de minutos.

En el pulcro y vasto césped solo se encontraban los miembros del equipo que lanzaba. El resto de jugadores asistentes al X Premio por Parejas de Quebec Golf observaban alejados a varios metros, protegidos del sol que caía a plomo bajo la sombra de algunos árboles o por los enormes paraguas con el logotipo del club. La doctora McQueen participaba con su amiga Jane Dixon, ginecóloga, compañera del hospital y tan perdida con los hombres como ella tras un divorcio donde había dejado quince años de su vida y mucha ilusión. Jane no aparentaba sus cuarenta y dos primaveras por un cutis sano y una complexión delgada; por un peinado juvenil en una melena rubia despuntada, y por un rostro aniñado que resultaba atractivo pese a no ser una

belleza. No eran especialmente buenas jugando, pero se divertían y formaban un equipo avenida compitiendo en la categoría de *Damas +36-50* (sí, el treinta y seis indicaba la edad mínima). Había otras dos más: *Sénior*, donde participaba John Drake con otro señor de una edad parecida a la de él, y *+19-36*, por supuesto, la de Sean Drake, que aquella mañana de domingo tenía a Jack como pareja.

En cuanto se aproximó Christina para seguir con el turno, Jane permaneció algo retrasada de la línea de tiro mientras nadie se movía ni hablaba respetando la preparación del golpe; aunque Jack olvidó una norma de etiqueta y se apoyó en su *putter* con el gesto rígido, mirándola a punto de desintegrarla. Christina, que no esperaba volver a coincidir con él una semana después de la aclaración de sus posturas, cogió el hierro del 5 y, sin dejar que la interferencia del Viudo mafioso afectara en su habilidad y práctica en el juego, calibró el viento antes de concentrarse en el hoyo y lanzar.

—No sabía que Christina jugaba —comentó John desde la arboleda, atento a los movimientos de la doctora—, tiene estilo.

—Normal —dijo Sean—, es escocesa.

Jack no movió los labios, se conformó con ver a Christina levantar los brazos, golpear la bola y mandarla volando a más de ciento sesenta metros,

cerca de los árboles y de ellos. El sistema de juego era Match Play, por lo que ganaba el hoyo quien lo hiciera en menos golpes que su rival y no era imprescindible acabar de meter la bola en el hoyo, ya que se acumulaban los puntos ganados en hoyos anteriores.

En las horas siguientes, los mejores destacaron por la puntuación. Los Drake lideraban la categoría de caballeros y las doctoras la de damas.

Para no prestar atención a la jugada que Jack iba a realizar, Christina ignoró el siseo de otro jugador, el silencio respetuoso se exigía en otra norma, y se distrajo cuchicheando con Jane. De repente, una bola con una fuerza rabiosa sobrevoló las cabezas del público y cayó a los pies de la escocesa. Jack, que acababa de infringir la norma de cortesía más importante: no golpear la bola sin avisar si esta puede alcanzar a los integrantes del encuentro, además de no estar permitido era una temeridad, con bastante mala leche, se abrió paso entre sus adversarios hasta que encontró al cuervo parlanchín. No apartó los ojos de una camiseta negra de tirantes, donde dos pechos generosos parecían apretados, de unas caderas marcadas en una faldita blanca ni tampoco de unos muslos y pantorrillas torneados con sinuosidad. Pudo apreciar claramente todas las curvas del cuerpo de esa mujer. Al tenerla enfrente no quiso privarse de dejarla en evidencia y, centrado en unos labios sonrosados como fresas maduras, espetó:

—Para ser del país que inventó este juego, no tienes ni idea de las normas de etiqueta.

—¿Tú, sí? —preguntó indiferente al atractivo Drake. Vestía un pantalón azul marino, un jersey de pico en otro tono azul más vivo, un polo blanco, guante rojo de piel en la mano izquierda, y zapatos blancos con solapas de flecos marrones. Tenía el cabello tapado por una gorra oscura con el logo del club en la visera y los ojos ocultos tras unas gafas de sol de pasta negra; un alivio para mantener a raya el trastorno de verlos—. Sigue con el encuentro y no olvides tus propias reglas.

—Mantén la boca cerrada —dijo Jack a poca distancia, cerniéndose sobre ella, mientras la compañera apretaba los labios con los ojos abiertos de par en par, mascando la tensión que circulaba—. Si participas, acatas las normas, si no sabes, vuelve a tu casa.

—Te digo lo mismo —replicó. Durante unos segundos endemoniados, lo observó perpleja. Él, que ni siquiera tuvo la deferencia de despedirse en la barbacoa, el mismo individuo que no había dudado en dejarla sin empleo, ¿él tenía la desfachatez de exigirle un comportamiento correcto? Increíble—. Te harían falta algunas clases de modales, pero no tengo tiempo ni ganas de enseñarte. Aunque no pierdas la esperanza, eres muy joven y puedes aprender con cierta facilidad.

Jack entrecerró los ojos, mirándola con un desprecio que hirió su dignidad, dio la vuelta y se alejó refunfuñando.

—Menudo carácter —dijo Jane, atenta a la figura masculina—, aunque podría perdonarlo.

—Es el padre de un paciente. —Christina suspiró hondo—. Está molesto porque no quise atenderlo fuera del turno de guardia.

—Me he dado cuenta —dijo Jane sonriendo.

—Tengo su teléfono. —Christina se echó al hombro el saco con los palos—. Cuando quieras ver a un cavernícola, dímelo y te lo doy.

—No creo que ese “cavernícola” —dijo haciendo hincapié en la palabra—, como tú le llamas, esté interesado en mí.

—¿Y en mí sí? —preguntó, elevando las cejas—. Jane, por Dios, si se contiene a duras penas.

—Del amor al odio hay un paso, y al contrario también.

—Te aseguro que en este caso no habrá nunca amor. —Christina siguió al grupito que salía de la agradable sombra hacia el *green* sin percatarse de los ojos turquesas que no se separaban de ella. Era una mala

jugada del destino que el primer hombre desde el divorcio que conseguía perturbarla no hubiese acertado con la emoción adecuada, pero la vida era así y aceptaba su suerte—. Pero eso no quita para que ganemos y le demos con el premio en las narices.

—Habrá lo que quieras, Chris —dijo Jane después de mirar de soslayo a Jack—. A ese tío le gustas. No te quita los ojos de encima. Yo que tú aprovecharía la oportunidad, está más que bueno para un rato, tampoco vais a casaros.

—No soy de ratos, Jane. No sé diferenciar el sexo del amor. No lo he hecho nunca y no tengo intención de lanzarme a la vida loca a mi edad.

—No te lances —dijo Jane, con una sonrisa pícaro, agregó—, tírate solo a este. Estás sola, es verano... Deja de pensar como una madre abnegada o como una médico eficiente. Tienes treinta y nueve, eres guapa y estás libre; no seas tonta porque el tiempo va pasando, Chris. Te lo digo por experiencia.

—Parece que tengas ochenta... —Christina sacudió la cabeza, alegre, y susurró—. Tendré que seguir esperando porque a ese no pienso tirármelo.

—Eres muy guapa y muy tonta.

—Gracias, tu representado me ha dedicado adjetivos peores.

Tras escuchar la protesta de un jugador, Christina y Jane cerraron la boca. La mañana avanzó al ritmo que las puntuaciones sumaban, las miradas mataban y el calor abrasaba la garganta de Jack. A solo un golpe de ganar el torneo de caballeros, bebió de una botella de agua y se preparó delante de la bola. Justo en el momento que trazó la trayectoria con el brazo para golpear con un hierro del 9, Christina tosió de forma involuntaria; suficiente para que la bola volara alejada del objetivo pretendido por Jack. Con un murmullo decepcionado como sonido de fondo, Jack dejó a Sean para que acabara la ronda. Saltándose otra de las normas de etiqueta que tanto valoraba en los demás, pasó a la velocidad del rayo por delante del resto de jugadores, sin saludar ni agradecerles la compañía.

Minutos después, concluyeron con unos aplausos y unos saludos tal y como se preveía; las doctoras ganaron en Damas; John y James Atkins en Sénior; y en menores de treinta y seis, Sean y el Viudo educado.

Divertidas por el éxito, Christina y Jane recibieron el trofeo y respondieron amables a las felicitaciones de casi todos los participantes. En el jardín que había a unos metros del salón social colocaron una carpa blanca con una veintena de mesas redondas, elegantemente dispuestas para la comida posterior a la entrega de premios. Con ganas de pasarlo bien, se

sentaron rodeadas por varios socios.

—Es todo un honor que hayas elegido nuestro club —dijo el señor que tenía Christina a la derecha.

—Gracias, llevaba mucho tiempo sin jugar —comentó Christina al anciano que no dejaba de intentar ser agradable. En la mesa sin *Drakes*, empezó a saturarse de conversaciones absurdas, pero fue diplomática—. Pueden sentirse orgullosos, tienen unas instalaciones estupendas, es uno de los mejores donde he jugado.

—Cuando quieras puedo acompañarte.

Christina sonrió sin despegar los labios, pensando en que si con hombres más jóvenes y atractivos no se planteaba nada, con él hasta tuvo su gracia dedicarle unos minutos. Ese hombre simpático arrancó risas en los comensales de la mesa, dispersó problemas y alejó el tiempo hasta que cayó la tarde y observó a Jack levantarse, hablar con John y salir al momento de la carpa.

Sin obligaciones, Christina y Jane se tomaron unas copas de champán y charlaron animadas; aunque la emoción de la escocesa, algo alcoholizada, descendió de manera estrepitosa desde que Jack no estaba allí. No se entendía. Solo sentía animadversión por él; sin embargo, echaba de menos su

presencia. «¿Por qué?», se preguntó insistente. Era recíproco, él se lo había dicho con las palabras exactas: «No me gustas». ¿Estaba entrando en esa fase inestable de la vida donde mezclaba fantasía con realidad? ¿Sería porque se acercaba a los cuarenta y necesitaba sentirse deseada por alguien joven como él? Si todo ese embrollo mental era porque se repelían, no vislumbró a imaginar qué sería de ella en el otro extremo. Ese del que se alejaría a toda costa para sobrevivir a un carisma masculino potente que podía arrastrarla a un lugar desconocido y, hasta entonces, jamás explorado más allá de un sexo aburrido nada recurrente para motivarla.

Un par de días después, en una de las tiendas del Centro Comercial Laurier, Jack buscaba toallas en una estantería vertical con varias filas alineadas por gamas de colores mientras Elaine daba una vuelta echando un vistazo entre juegos de sábanas, mantelerías y ropa de hogar.

—Hola, qué sorpresa —dijo Christina alegre, sin ver a Jack a unos metros de ellas en el pasillo de atrás. Besó a Elaine en la cara y preguntó—, ¿comprando para la casa?

—No, estoy ayudando a Jack.

—Ah... —Christina mutó el gesto de forma automática—. Bueno, te

dejo. —habló rápido, desvió los ojos hacia las toallas beige que llevaba en la mano y comentó—. Tengo un poco de prisa. ¿Todo bien?

—Sí. A ver si quedamos otro día.

—Ellie —dijo Jack. Al salir de su pasillo, se bloqueó ante la bella escocesa. Esa tarde vestía unos shorts cortos rojos, una camiseta rayada en franjas blancas y azules y unas cómodas deportivas de lona—, hola, doctora.

—Hasta luego, Elaine.

Christina ignoró a Jack siguiendo sus precisas instrucciones y pospuso la compra innecesaria que pensaba realizar. Abandonó las toallas encima de un expositor con muestras de tela para cortinas y salió a paso ligero de la tienda.

—¿Por qué os caéis mal? —preguntó Elaine molesta, no le gustaba ni entendía ese trato beligerante cuando por separado los dos eran sociables—. Es un coñazo estar cerca de vosotros.

—No me gusta —dijo frío, vio las toallas repudiadas y las cogió; eran lo que estaba buscando, con ese rizo grueso mullido y suave que no había conseguido encontrar por sí solo. Con indiferencia, añadió—: Es mutuo, ya lo estás viendo, así que no sufras.

—Me parece muy bien, pero es una lata; podrías esforzarte un poco, cuando quieres eres un encanto.

—Tú lo has dicho, cuando quiero —habló yendo hacia la caja para pagar—, y con ella no quiero.

—Si es por lo que pasó la noche que fuiste con Cordey a urgencias, no tienes razón y deberías saberlo. Imagina que pasara en el banco, ¿no podríais cerrar? —preguntó irónica—. Eres mayorcito para comportarte como un adolescente.

—¿Me comporto como un adolescente porque paso de una tía que a vosotros os cae de puta madre? —Jack negaba con la cabeza mientras sacaba la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros. Tras darle la Visa a la cajera, volvió a la conversación—. Lo siento, cuñadita, pero es lo que hay.

—No estaría tan segura —masculló.

—Te he oído —dijo Jack, agarró la bolsa con la compra y salió del establecimiento delante de Elaine—. No voy a repetírtelo, no me gusta la doctora, piensa lo que te dé la gana.

—Desde luego... —Risueña, se sujetó a su brazo y tiró de él hacia la cafetería—. Invítame a una cerveza, me la merezco. —Cuando se sentaron y

saciaron algo la sed, Elaine no se cortó y preguntó—. ¿Has estado con alguien estos meses?

—No —respondió rotundo—. Sabes quién es mi prioridad —sonó seco—, ¿a qué viene esa preocupación, Ellie?

—A nada. No quiero inmiscuirme en tu vida, Jack, pero me parece que tus remordimientos con Cordey no te permiten sobreponerte. Hay una vida aparte de cuidarlo.

—Lo sé, pero ahora quiero disfrutar de él, de mi soledad y de mi nueva casa, no me apetece entrar en la dinámica de amoldarme a nadie. Al menos, no de momento.

—Mientras sea así, me parece bien —admitió con una breve sonrisa, pensando en algo que intuía se le escapaba. En voz alta, dejó salir un pensamiento—. Christina se va en septiembre a Escocia.

—Joder, Elaine —espetó Jack—, gracias por no darme ni una puñetera tregua. ¿Cómo coño tengo que decírtelo? —preguntó enfadado. En ese instante de euforia no se percató de que Christina estaba en la entrada de la cafetería—. ¡No me gusta la maldita doctora!, ¡la detesto! ¡¿Te ha quedado claro?

Elaine no apartó los ojos de Christina, parecía a punto de llorar, inmóvil. Jack giró rápido la cabeza y frunció los labios también cohibido por la tristeza que le inspiró un carbón apagado. La doctora reaccionó y, moderando el desprecio, elevó la barbilla para enfilear la escalera mecánica. Cuanto más se alejaba, mayor era su indignación. Intentaría llegar al hospital y, como poco, con el turno de doce horas que tenía por delante mantendría la cabeza ocupada para olvidar a Jack Drake. Se sentía vulnerable con él, era la segunda vez que se venía abajo incapaz de enfrentarlo y no podía consentir que alguien a quien apenas conocía, por un absurdo capricho, se colará constantemente en la vida vacía pero ordenada que tantos sacrificios estaba costándole conseguir.

Abochornada por unas palabras hirientes que encima temía no habían sido sinceras, Elaine esperó que Jack abonara en la barra las cervezas.

—Deberías pedirle disculpas —dijo Elaine cuando salían—. Qué vergüenza, Jack.

—Lo siento —comentó consciente de la metedura de pata—, dentro de unos días tiene que ver a Cordey, hablaré con ella.

—Hazlo, por favor. Entiendo que no te guste, en serio, pero eso no quita para ser correcto y elegante, y no lo has sido.

—Lo sé —afirmó, batió las mandíbulas, tenso—, no he sido muy correcto desde que la conocí.

—¿Muy? —preguntó, alzando una ceja irónica, se agarró a su brazo y sonrió—. Eres un borde con ella. No sé si es una nueva modalidad para ligar.

—No empieces... —Jack negó resignado y anduvo en silencio hasta la plaza del aparcamiento subterráneo donde había aparcado el BMW de Gabriel, suyo hasta que comprara uno nuevo—. Intentaré ser más amable.

—Qué detalle, Jack Drake —exclamó burlona.

El móvil de Jack sonó mientras maniobraba, pisó el freno y respondió:

—Hola, mamá, estamos saliendo.

—Te llamo para que no lleves a Elaine a su casa. Sean y Ophie están aquí y van a cenar con nosotros, quédate tú también.

—De acuerdo. Nos vemos en un rato.

Así era la nueva rutina de Jack en Quebec. Estaba bien arropado por su familia, no echaba de menos el ajetreo de Nueva York y en el banco desarrollaba el mismo trabajo con un equipo bien cualificado. Su vida giraba en torno a Cordey y al hogar estable que quería edificar para él. Aunque

Elaine y otros pudieran pensar que actuaba con celo por las semanas que no supo afrontar cuando Cora murió, no era solo por eso. Habían pasado cuatro meses y pese a la irreprimible tristeza que siempre buscaba la noche para desvelarlo, creía estar superándolo. Esta etapa significaba para él cambiar, madurar como hombre, ofrecerle a Cordey la versión cariñosa de su carácter, asentarse, asumiendo el destino sin interferencias femeninas y, por descontado, sin caer en viejos errores que podían repercutir de manera negativa en los dos.

Después de acostar aquella noche al niño, entró Jack en su habitación, que era muy grande y cuadrada, con dos puertas de balcón, una cama de dos metros por dos, vestida con una colcha fina de color mostaza, y dos mesitas a los lados.

Pretendió dormirse temprano; sin embargo, por primera vez desde que se mudó no descansaba. A duras penas conseguía cerrar los ojos cuando de improviso llegaban palabras espetadas en un instante de ofuscación. Observaba tumbado boca arriba las sombras fijas que la luz tenue de la luna filtraba y desplegaba en el techo a través de las cortinas. Enfadado consigo mismo, sin saber si sería capaz de mirarla a la cara para excusarse, trató de descubrir por qué no era capaz de dispersar la imagen perpleja de Christina de su mente ni la humillación que percibió en sus preciosos ojos. No era su

estilo agraviar a nadie cuando los dos ya habían mostrado sus cartas; aunque se preguntara la razón de esas desmesuradas reacciones si ella no le afectaba. «¿Estaba loco?» «¿O esa animadversión realmente ocultaba algo?» Ni de lejos quiso aceptar una respuesta afirmativa. No podía admitir que la doctora era la única mujer que conseguía irritarlo, tal y como le sucedió cuando conoció a Cora. Recordó los desplantes o la mala leche con la que se hablaban y se asustó muchísimo. Aquel odio pasó en cuestión de segundos a la mayor pasión que jamás había sentido, la que se metió en su corazón y no fue capaz de alejar ni con la distancia, el tiempo ni las decenas de mujeres que buscó para olvidarla. Con la escocesa volvía a sentir el mismo cosquilleo en el estómago, si bien, presintiendo que podía hundirse de forma definitiva, debía sacar provecho de la experiencia manteniéndose al margen porque emocionalmente no estaba preparado para iniciar ninguna relación de ese calibre; al menos, eso creía.

A poca distancia de una de sus propiedades recién heredadas, en Kensington, el ruido del tráfico aisló a Claire dentro del taxi camino del Cementerio Kensal Green. Marion Sabo había muerto el día anterior, un 15 de agosto de 2013, y con ella desaparecía otra persona que conoció por un tiempo demasiado breve también perseguida por la maldición del exiguo o

nulo linaje de los Clainston, los Sabo, Merritt —y por qué no, Barinov— dejándola como única descendiente.

Despidiendo a Marion cerraba un capítulo y abría la puerta a un vasto patrimonio indeseado proclive a ocasionarle acaloradas discusiones con Gabriel. Aunque compartían la idea de no precipitarse y desde que salieron de Terranova eran asuntos secundarios.

En la elegante y pálida capilla del cementerio, con austeras columnas dóricas y ocho filas de bancos, escucharon misa por su descanso eterno antes de acompañar los restos a la cripta de los Sabo. Claire tuvo una sensación similar cuando enterró a su madre y se repitió la misma pregunta: «¿Conocer con antelación la muerte suavizaba el dolor?». Igualmente, tampoco supo responderla.

Luego, el silencio entre los caminos de grava confinados en verdes prados con pétreas lápidas, grandes y pequeñas, ajadas por la intemperie, guió la comitiva fúnebre hasta la calle de los tristes panteones salpicados de flores marchitas. Al acceder a una pretenciosa antesala hacia un más allá discutible pero anhelado por muchos (como Marion) Gabriel sujetó la mano de Claire, miró a Zanelli y giró la cabeza para ignorar una sonrisa que buscó amabilidad y encontró desdén. La cripta tenía una pequeña cúpula y un frontal con los relieves de varios pasajes bíblicos esculpidos en piedra gris;

era lúgubre, tanto como las lágrimas de Claire delante por primera y última vez de los restos de su abuela biológica. Se le erizó el vello ante la frialdad del mármol negro de los nichos de Margaret, Sigmund o las cenizas de Richard Sabo.

—Mi amor —susurró Gabriel en su oído—, vámonos, no seas más cabezona, por favor.

—Sí, estoy cansada.

Gabriel sonrió y tocó cariñoso su brazo. Comprendía perfectamente ese agotamiento tras las horas posteriores a la noticia del fallecimiento, el vuelo de madrugada o el tiempo que llevaban de velatorio en la casa de Kensington. Claire era voluntariosa como el Inquisidor protector con ella, y estaba más que justificada la despedida cuando le quedaban dos meses de embarazo.

—Claire, pasado mañana me voy a Florencia y deberíamos hablar —dijo Zanelli en cuanto salieron de la cripta—. No volveré a Nueva York hasta septiembre.

—Pásate después por la casa de Marion.

—Mejor —interrumpió Gabriel severo—, venga mañana sobre las

diez.

—Es verdad —dijo Claire dándose cuenta de que debía descansar—, te espero a las diez. Tenemos varios temas pendientes.

Biagio Zanelli forzó una sonrisa sin desviar los ojos hacia Gabriel, inclinó breve la cabeza y se giró apresurando el paso tras un molesto murmullo de guijarros. En cambio, ellos anduvieron sosegadamente por el camino de los panteones hasta salir al paseo de tierra clara con hileras de estirados cipreses y espesos árboles que resguardaban del intenso sol, esculturas de ángeles, mausoleos que mostraban la plasticidad del mármol blanco, cruces en pedestales y bancos de granito con algunas personas mayores sentadas. Todo en aquella mañana era decadente y nostálgico, incluido el canto de los pájaros que empezó a confundirse con el ruidoso tráfico de *Kensal Road*, donde se subieron a un taxi para cruzar el canal y regresar a una casa que volvía a atraer polémica.

—¿Estás segura de que quieres venderla? —preguntó Gabriel.

—Sí. —Claire dejó de observar por la ventanilla esa zona residencial clásica de Londres. Ningún edificio sobrepasaba los quince metros de altura y las elegantes fachadas de los nuevos respetaban los elementos y materiales de las antiguas. Antes de besarle la mejilla, respondió—. Muy segura, cariño. —

Sin ganas de comentarle nada del ruin hallazgo hecho por Alexei cuando la ayudó a decidirse en las fotografías que el italiano le envió de Ryan Gallagher, continuó hablando—. Para dos veces al año que vendremos no merece la pena mantenerla —explicó sensata. Sobre la venta del piso que también había heredado ninguno objetó nada, pero esa casa fue un hogar para Marion y Richard Sabo. En ella, las implicaciones sentimentales podían confundirse. Si bien, Claire no quería ataduras innecesarias cuando sentía que esas propiedades no formaban parte de su legado; Boreal Róis ocupaba ese privilegio siendo la única casa que realmente consideraba de ella. Ni siquiera la mansión de Essex, que Marion brindó en su testamento para que no pudiese venderla, entraba en tan alta estima aunque soñara con convertirla en el marco perfecto para resarcir la terrible injusticia que su bisabuelo cometió con un joven ebanista lleno de ilusiones y genialidad. Claire estaba rendida ante el poderío de Alexei. No podía evitar sentirse orgullosa de llevar su sangre, incluso a veces creía que mucho antes de conocer la historia de su familia, inconscientemente, sabía que una parte de ella era rusa. Sujetó la mano de Gabriel entre la suya y entrelazó sus dedos—. No necesitamos lastres, cariño. Además, si reformáramos la de Essex para la colección de Liosha —comentó atenta a unas balas plateadas que mostraban escepticismo—, podríamos hacer una parte privada, no accesible al público.

—Nos meteríamos en un lío de los gordos...

—Tu especialidad —replicó risueña—, Torquemada.

Gabriel meneó la cabeza entornando los ojos, ignoraba que su mujer conocía esa expresión. Estaba a punto de claudicar.

—Vamos a ir tranquilos, cariño —dijo serio. Claire amplió una sonrisa, el Inquisidor no fallaba. Por ahorrarle quebraderos, añadió—: Déjame a mí, hablaré con Larson, supongo que le interesará el proyecto.

—¿Aquí?

—Trabaja en cualquier parte del mundo. Si se encargó de nuestra casa, no creo que rechace esta. A Daniel le gustan los retos, y me da que podría hacer algo interesante.

—Si no termino muy tarde con Biagio, podríamos ir mañana a verla.

—¿Quieres que vea con él la contabilidad? —preguntó sonriendo. No pretendía inmiscuirse; sin embargo ninguno se engañaba y tenían claro en qué parcelas brillaban, y que su mujer y los números tenían una relación nula era incuestionable, tan cierto como que el día tenía veinticuatro horas o que estaba ansioso por ver la cara del italiano cuando supiera las interesantes cifras que por arte de magia se habían esfumado de MaiSa. Disimuló y agregó complaciente—. Tú mandas. —Le besó el cuello y siguieron callados

hasta que el taxista detuvo el coche en la esquina de *Argyll Road*, delante del número 18. La casa tenía un sótano con un ventanuco al nivel del suelo, donde había una terraza, un viejo olivo dando la bienvenida y unos rosales flanqueando un pequeño zaguán con arcos; por encima, tres plantas y una buhardilla; la fachada, de color arena, con varias ventanas alargadas bien alineadas y la carpintería de madera blanca; y como protección una verja negra alrededor de la esquina, con un ejército de combativas espadas y una puerta con manilla sin cerradura para evitar la contienda. En cuanto Gabriel cedió el paso a Claire, cariñoso, dijo—. Ahora a descansar.

Frente al espejo del vestíbulo, Christina se echó un último vistazo esperando a Jane. Esa noche de viernes le apeteció explotar su feminidad con un entallado vestido rojo, unas sandalias negras de tacón alto, y la melena suelta, que flotaba ondulada por su espalda y ocultaba los aros grandes de las orejas. Se acercó bastante para observar bien sus ojos, más profundos y misteriosos con la sombra oscura y la máscara en las pestañas, y los labios rojo fresa. Ante la falta de costumbre, se sintió rara, como si estuviera viendo a otra persona. A punto de eliminarse el carmín, resistió la tentación y agarró el bolso de mano; por mucho que lo deseara era absurdo pretender pasar siempre desapercibida.

Salió a la calle sin pensarlo más, aunque rogaba impaciente por la puntualidad de Jane para no dar pie a malos entendidos entre el vecindario. Observando los contados coches que circulaban, escuchando sus plegarias, apareció el Porsche blanco con la capota bajada.

—Chris, estás divina —dijo Jane cuando se sentó a su lado—. Voy a tener que pasarme toda la noche quitándote de encima a los tíos.

—No digas tonterías —comentó, abrochándose el cinturón—. Tú también estás muy guapa. —Christina solo le vio un vestido blanco que destacaba el bronceado de su piel, el cabello rubio peinado con la informalidad de siempre y un maquillaje impecable para amplificar su belleza—. ¿Adónde vas a llevarme?

—Había pensando en Chez Maurice, hoy hacen la Fiebre Disco. Será divertido.

—Perfecto, la noche es joven —admitió de buen grado—. Me encanta bailar.

—Pues vas a hartarte. Solo he ido otro viernes, pero no veas el ambientazo.

Tal y como Jane predijo, el club debía estar hasta la bandera por la

cantidad de gente que esperaba en la puerta cuando pasaron por delante para buscar aparcamiento. Ninguna reparó en cuatro hombres enchaquetados que en ese momento accedían al interior. Uno de ellos, Jack.

Cuando estaba en la barra con sus compañeros decidió no prolongar mucho la velada pese a arriesgarse a escuchar el reproche de sus padres durante horas. No querían entender que ya no se sentía cómodo en ese tipo de sitios, que era feliz en su casa con Cordey y que no tenía intención de retomar sus correrías ni sus escauceos con las féminas. Esa noche había transigido porque era el cumpleaños de uno de sus nuevos compañeros y porque John estaba presente en el banco cuando le invitaron, si no, estaría tumbado en el sofá tomándose un whisky viendo una película después de haber acostado a su hijo; ahí era donde quería estar, en uno de sus momentos gloriosos de los fines de semana.

Por esa falta de ganas para integrarse, a los pocos minutos se quedó solo en un rincón de la barra, tratando de distraerse con las decenas de personas que bailaban música de los años 80 como Sean solía hacer en las celebraciones familiares. Recordando a su hermano y la famosa película de Travolta, sonrió. A él, aunque había visto de niño un montón de veces *Fiebre del sábado noche* para que Sean perfeccionara su imitación hasta clavarla, le quedaba bastante lejana, tanto que ni siquiera había nacido cuando la

estrenaron.

Gracias a la oscuridad y al sitio estratégico que tenía, se rió a gusto viendo a la gente. De pronto cambió el gesto risueño por el de sorpresa al ver entrar a Christina con Jane. No había pasado todavía una semana desde el torneo de golf y menos desde su salida de tono en el centro comercial. Quería disculparse, pero ahí no se vio con moral para lidiar con la doctora, bastante tenía con pensar en ella a diario sintiendo que traicionaba a Cora. Incluso así, debía admitir que Christina conseguía aturdirlo para que no despegara los ojos de su cuerpo. Rezumaba sensualidad, distinción, mucho carácter y era una tentación complicada de ignorar. Exactamente igual debieron pensar el resto de hombres que empezaron a revolotear alrededor de ella. Si ya estaba interesado en la pista de baile, en cuanto Christina se lanzó sin rastro de timidez no fue capaz de mirar hacia otra parte. Apuró de un trago el whisky, pidió otro y retomó la contemplación. Christina sonreía ladeando la cabeza, moviendo su melena larga al ritmo de *Stayin' Alive* de los Bee Gees mientras atraía moscardones que molestaban a Jack por momentos. La vio hablando con un tipo alto, no pasaría de los treinta, darle la mano y gesticular divertida a su amiga cuando la dejaron acompañada por otro hombre, algo más maduro.

Medio oculto por la cantidad de gente que clamaban la atención de los

camareros, Jack la vio brindar y aceptar un chupito, luego otro. Pensando en que como siguiera así ella misma iba a servirse en bandeja al tipo, Jack dejó su guarida y anduvo despacio hasta ellos manteniendo una fachada casual.

—Doctora McQueen, qué sorpresa.

Christina giró la cabeza tan rápido que se hizo daño en el cuello. Pero sí; era él y estaba hablándole. «¿A qué venía esa sonrisa cínica? ¿Debía saludarlo o seguir sus órdenes?» Al no estar solos, derrochó modales cuando habló:

—Hola, Jack. —Muy seria, disimuló la turbación que sentía a escasos centímetros de él. «¿Qué le sucedía con ese hombre? Si tanto la detestaba ¿por qué no la había ignorado?» Como prefirió dejar de martirizarse, trató de abreviar el encuentro de manera civilizada—. Si me disculpas, tengo que ir al servicio.

—Por supuesto. —Jack inclinó ligeramente la cabeza y mostró una línea rígida en los labios.

Al pasar por su lado, cuando el tipo que la acompañaba no pudo verla, Christina frunció la boca en un mohín contrariado. Jack sacó la punta de la lengua de manera inconsciente, imaginando una escena erótica, y se centró en el movimiento de sus caderas andando diligente para alejarse. La esperó

durante un rato, pero en vista de que no volvió a aparecer, optó por regresar a su casa.

No supo que Christina rodeó el interior del club, habló con Jane y se inventó una excusa; un malestar repentino en el estómago, casi real; aunque no motivado por nada físico, más bien por el guaperas innombrable que la sacaba de sus casillas; cogió un taxi que la llevó de vuelta a la *Rue Power* en menos de diez minutos y se dejó caer en el sofá abatida.

Entre ideas confusas, otras lujuriosas y mucha contradicción consiguió dormirse allí mismo; ayudó la buena cantidad de whisky que bebió. En aquel momento solo pensó en que estaba sin Ari, que el día siguiente libraba y que necesitaba quitarse de la cabeza a Jack. Objetivo que cumplió para descanso de un cerebro poco acostumbrado a un evidente rechazo.

Jack se tumbó en la cama y no contuvo la dureza de su miembro, que se elevó con alegría recordando la boca de Christina. Ante su ausencia para realizar las fantasías libidinosas que lo bombardearon durante el trayecto en coche, se conformaría con agilizar su mano; toda una experta en satisfacerlo. Y aquella noche veraniega todavía más y mejor al recordar un rojo electrificante, tanto que se excitó en cuestión de segundos. La doctora estaba

consiguiendo que se traicionara a sí mismo y olvidara una sarta de buenos propósitos planeados sensatamente. Con la visión de su sueño todo quedaba anulado por la fuerza y una violenta descarga apasionada, similar a la que deseaba dispararle a ella en el cuerpo, con furia, como una catarata despeñada a gran altura. Tanta agresividad estalló en un grito feroz. Luego, se durmió y volvió a tenerla a su disposición en un tórrido sueño.

DIEZ

Londres, 17-8-13

Reino Unido

A Claire le encantaba Londres desde que un año atrás Gabriel se la descubrió. La ciudad tenía muchos alicientes para extravagantes como ella aunque esa mañana no pudiera disfrutarlos por el encierro voluntario con Zanelli en el despacho que Marion tenía en la casa de Kensington para tratar algunos temas delicados y para darle una noticia que no esperaba tuviera una acogida benévola. Mientras hablaban con admiración de Marion, Claire pensaba en Gabriel, que, aun protestando, había tenido la consideración de dejarlos a solas supuestamente para agilizar con alguna inmobiliaria las ventas de esa casa y el piso, pero se temía que tuviese la oreja pegada a la pared controlando al italiano. Cuando la conversación llegó a un punto muerto, se decidió Claire a hablar sin tapujos:

—He estado viendo con mi abuelo el material que me mandaste de Ryan —dijo, captando la atención oscura de Biagio—, y estoy de acuerdo

contigo en varios puntos: es nuevo, fresco y tiene fuerza, transmite muy bien el caos y la rabia. —Claire sonrió con cinismo, a diferencia de la satisfacción que sugería la cara relajada de Zanelli—. Pero toda su nueva obra tiene un pequeño inconveniente... —dijo sin apartar la vista de una mirada sorprendida, casi idéntica a la de ella cuando Alexei dudó de que Gallagher la hubiese creado. El instinto de un gran artista no falló. Ni una sola de las fotografías de Gallagher eran suyas; todas habían sido copiadas, y todas salieron de sus compañeros de la escuela de arte; sin dudas. Para convencerlo con imágenes donde podía observarse la teoría de Alexei, buscó en el portátil la web de la escuela, pulsó en la pestaña de los proyectos de su clase del curso 2012-2013 y lo giró en la mesa—. No sé en qué estaba pensando Ryan, pero esto es un fraude, además de una bajeza sin nombre. Supongo que pensaría engañaros a ti y a Marion.

Biagio Zanelli guardó silencio durante unos segundos, enfadado; aunque poco sorprendido. Después de muchos años entre artistas sabía que el robo de ideas o el plagio descarado eran más habituales de lo que la inmensa mayoría podía imaginar.

—Hablaré con él —dijo rígido—, está claro que no vamos a exponerle nada.

—Por supuesto, y también que tengo que ponerlo en conocimiento de

los afectados.

—No te precipites, *cara* —comentó Zanelli en un tono grave—, es complicado demostrar ciertas similitudes.

—Me extraña que tú digas eso —dijo Claire incómoda—, los dos sabemos cómo analizar una obra artística y los dos cómo distinguir la impronta de quien la haya hecho. Mi abuelo se dio cuenta de que no eran de Ryan porque no la encontró. No me parece responsable por nuestra parte hacer la vista gorda solo porque seáis amigos. Fue mi profesor y está intentando aprovecharse del arte de sus alumnos. Entenderé que no quieras pronunciarte, pero MaiSa tiene la obligación de denunciarlo. ¿Te haces una idea de lo que podría haber sucedido si organizamos su exposición y esto se hace público? ¿Dónde quedaría nuestro prestigio?

—Dirás el de Marion —comentó cínico.

—Ahora es el mío —dijo lento y rotundo—. Y estando yo al frente, no toleraré nada que atente contra ningún artista. La inspiración, la creatividad, los sueños y la capacidad de plasmarlos en cualquier soporte son para mí, y puedo poner la mano en el fuego también por mi familia, demasiado valiosos.

—Claire hizo una breve pausa mientras Zanelli asentía, continuó con la conversación para ir zanjando asuntos con antelación suficiente—. Tengo

intención de cerrar a final de año para venderla.

—¿Qué? —preguntó Zanelli, apretó la frente, creyendo haberla entendido mal—. ¿MaiSa?

—Sí. Ni quiero ni voy a tratar de seguir con ella. Mi vida está en Terranova, no esperaba la herencia de Marion y solo me he comprometido a no vender la casa de Essex. Del resto, me ha dejado libre albedrío.

—Mi contrato termina en diciembre.

—Lo sé —afirmó seria—. Y tenemos que aclarar algunas cosas. — Claire abrió una carpeta de su disco duro: “*MiS black*”. Ahí leyó el informe detallado del Inquisidor, con partes en rojo y otras en negrita. Cuando levantó la vista, se centró en Biagio, que esperó sin variar un milímetro su gesto a la defensiva—. Hemos encontrado varias ventas cuyos importes nunca entraron en la cuenta de la galería.

—Querrás decir que tu marido ha encontrado —comentó distante—. No me traga, *cara*. Hará cualquier cosa para quitarme de en medio.

—No me llames *cara*, por favor. Y sí, tienes razón, a Gabriel no le gustas, pero eso no tiene nada que ver con las cuentas de MaiSa. Eras tú el responsable y es a ti a quien estoy pidiendo explicaciones ya que Marion no

puede hacerlo, aunque me parece que también lo desconocía.

—¿Piensas que he estafado a Marion?

—No —respondió contundente—. Quiero que me digas por qué el dinero de esas ventas no está en la cuenta de la galería y quiero que me digas dónde está.

—Así a bote pronto no sabría decirte, déjame que haga memoria.

—Biagio, quizá creas que soy idiota, pero no soporto a los embusteros —dijo Claire harta de una actitud que rozaba la chulería, se levantó y apoyó las manos en la mesa—. Intenta recordar muy bien qué pasó con ese dinero —siseó mirándolo a los ojos. Zanelli incorporó el cuerpo y sus cabezas quedaron a poca distancia. Pese a la tensión, Claire no se amilanó—. Tienes de plazo hasta diciembre, hasta entonces te quedas sin sueldo. Y si para entonces sigues sin saber dónde está te demandaré ante la Justicia. Si has estado engañando a mi tía, por suerte para ti, ha muerto sin saberlo, apreciándote, pero nosotros no vamos a tolerarlo.

—Es una lástima, *cara* —murmuró, acarició con el dedo índice el rostro de Claire, que se convirtió en frío mármol, acercó los labios a los suyos —, por ti toleraría muchas cosas.

Claire bajó un segundo los párpados cuando se oyeron unos pasos rápidos.

—¡Apártese de mi mujer! —exclamó Gabriel entrando como una pandemia. No dudó en agarrar a Zanelli con brusquedad por el hombro para guiarlo hasta la puerta—. ¡No vuelva a acercarse a ella!

—No saque conclusiones equivocadas —dijo el italiano poco afectado por ese arranque de celos—, estábamos hablando de la galería.

—Para hablar no hace falta estar tan cerca. —Gabriel no dejó de sujetarlo hasta que abrió la puerta de la calle y lo condujo a pasar por delante—. Le quedan cuatro meses de contrato, intente terminar con elegancia o sabrá quién soy.

—Ya sé quién es —comentó, pegándose un tirón de las solapas de la chaqueta de lino que vestía—, un afortunado.

—Qué casualidad, su amigo me dijo lo mismo.

Zanelli torció una sonrisa prieta, tanto como sus puños; pero debía contenerse para no arrancarle de cuajo la superioridad a Gabriel. Básicamente por una premisa fundamental: en ese momento, era superior. Con la noticia del cese de la galería tendría que buscarse otro empleo y, desde luego, cuánto

mejores fuesen sus referencias más posibilidades tendría de encontrar algo en breve. No era tonto y sin ingresos hasta diciembre se veía obligado a tragar por dónde Drake quisiera mientras urdía alguna idea para devolver un dinero que ya daba por olvidado.

—¿Estabas escuchando? —preguntó Claire cuando entró Gabriel de nuevo en el despacho.

—Algo parecido —respondió yendo a su encuentro, le tendió la mano—. ¿Por qué estaba tan cerca de ti?

—Porque pretendía asustarme —comentó sin rastro de temor, elevó la cabeza y besó la mandíbula tensa de Gabriel—, pero no lo ha conseguido. — Claire sonrió contenta por haberse superado y unió sus labios en un roce tan apasionado que la abultada barriga se clavó en el torso masculino, encajada a la perfección para permitirles un contacto ardiente. Acelerada, Claire despegó la cara del Inquisidor—. Tenía intención de ir a Essex ahora, pero vamos a tener que retrasarlo.

Gabriel movió las manos por sus caderas, meciendo sus cuerpos.

—Siempre a tu disposición, cariño —ronroneó sin otra idea en la mente que enterrarse en ella, se inclinó y atrapó su boca con voracidad, aunque se frenó para no arder allí mismo—. Vamos arriba, te has buscado

una buena demostración.

La doctora McQueen recostó la espalda en el sillón de la consulta en cuanto salió con sus padres el niño que acababa de examinar. Suspiró con la mirada clavada en la ventana, pensando en el verano que se iba sigiloso sin nada más reseñable que una soledad voluntaria más cómoda por momentos. Ordenó los bolígrafos y papeles que tenía en la mesa, se tocó el pecho y respiró hondo, preparándose para recibir al último paciente de esa tarde de viernes, una semana después del encuentro en Chez Maurice, diez días tras las palabras del Laurier, doce del pelotazo frustrado en el torneo y veinte desde la barbacoa en casa de Sean; con exactitud todos los encuentros con él estaban registrados en su cabeza, casi con la misma precisión que el cincel de un escultor dejaba su huella en la piedra de forma indeleble. Era una gran ventaja en su profesión tener esa retentiva, en cambio, suponía un lastre para perdonar cualquier afrenta; incluso las motivadas por un enfado puntual. Para ella ahí quedaban; bien hundidas en su recuerdo.

La puerta se abrió despacio, tanto como los párpados de Christina viendo a Jack Drake andando hacia su mesa. No pestañeó al tenerlo a escasos centímetros. Tragó inmóvil y se fijó en Cordey, colocado en una mochila en su pecho. De repente, la imagen de aquel desconocido que chocó con ella en

las escaleras mecánicas se reveló para iluminar su cabeza; al parecer ese hombre tenía habilidad para los enfrentamientos; algo que ella evitaba y evitaría a toda costa.

—Hola, doctora ¿cómo estás?

—Tumba a Cordey en la camilla, por favor.

Jack traía el loable propósito de disculparse, pero la actitud de Christina no invitaba a exhibiciones de cortesía. Obediente, se quitó la mochila y sujetó al niño en brazos.

—¿Así está bien? —preguntó Jack, echándole una mirada burlona a la pediatra. Optó por seguir hablando—. Se ha dormido por el camino, es muy tranquilo.

Christina se colgó el estetoscopio en el cuello.

—Sí —respondió pendiente al bebé tendido y adormilado—. Apártate —ordenó seria. Lo desnudó con mucha delicadeza, sabiendo que Jack estaba detrás, podía sentir su calor en la espalda. Se inclinó sobre el niño y le habló bajito—. Estás muy guapo. —Christina templó el metal del aparato entre las manos antes de ponerlo en su pecho. Ese detalle dibujó una sonrisa sincera en Jack que ella no vio, más preocupada por el bebé; su verdadera motivación

para ignorar al padre y ejercer con profesionalidad—. Vamos a ver cómo estás, gordito.

—Espero que no se note la diferencia entre los cuidados de mis padres y los míos.

Jack creía que el bebé con él estaba perfecto; sin embargo, ante ella, una ligera duda se le coló en el pensamiento. No obtuvo una respuesta que mitigara su inquietud. Sin embargo, contempló abstraído las manos cuidadas de Christina mientras reconocía a Cordey, con unos dedos finos sin esmalte de uñas ni anillos que captaran la atención; parecían suaves; elegantes con naturalidad. Otro detalle más a tener en cuenta. Aparte de una silueta femenina, que podía acaparar con inclinarse un poco; o una coleta larga, con un olor fresco tan penetrante como sus ganas por abrazarla para acariciar las sensaciones imaginarias que lo persiguieron durante la semana. No podía quitársela de la cabeza con unos sueños eróticos, liosos, húmedos y satisfactorios, realmente placenteros.

Unos minutos después, Christina vistió a Cordey con práctica, le besó la cabeza cuando lo sostuvo en brazos y, sonriendo, lo achuchó cariñosa. El pequeño rió babeando y se acurrucó mimoso en ella.

—Eres un granujilla encantador —dijo jugando con Cordey sin ser

consciente de los ojos observadores de Jack, sentado en una silla—. Anda, vete con tu padre para que pueda anotar lo grande que estás. —Christina cambió el gesto al dárselo a Jack, que en ese instante apretó los labios disimulando una sonrisa, y se sentó en la mesa frente a él, molesta por su relajación cuando ella rozaba el histerismo. Tecleó los nuevos valores en las tablas de seguimiento y para concluir de manera formal comentó—. Está muy bien, un pelín por encima de la media en cuanto al peso, aunque por la altura y la dentición está en su edad.

—Estupendo. —Jack sonrió y acarició la carita del niño, al levantar la vista, añadió—. Quería pedirte disculpas —habló bajito. Christina no lo miró a los ojos, parecía más interesada en contemplar el blanco de su camiseta—. ¿No vas a decirme nada? —preguntó al percatarse de que seguía una de las normas que le exigió: «No me mires». Le hicieron gracia unos morritos enfurruñados—. ¿Quieres cenar con nosotros?

La boca de Christina desapareció en su cara, parecía un titán conteniendo la fuerza suficiente para mantenerla cerrada. Ese hombre era un grano en el culo, la reseña negativa de un verano tranquilo; su primer verano en Canadá. ¿No debería guardar un grato recuerdo? Esperó paciente a que Jack se cansara; algo que ocurrió a los pocos minutos, cuando se levantó y volvió a hablar para despedirse. Por educación y porque era como se

comportaba con todos sus pacientes, Christina se puso de pie y lo acompañó a la puerta.

—Muchas gracias, Christina —dijo Jack inclinándose levemente, a una distancia tan escasa que percibió con claridad el movimiento reflejo de la mujer. «¿Creería que iba a besarla?», pensó fijándose en el rubor de un bello rostro femenino, que hubiese besado de estar más seguro de la aceptación. Mantuvo las formas y comentó—. Nos vemos, doctora.

Salió cerrando de forma calmada, podía hasta decirse que elegante. «¡Stop!» se gritó a sí misma volviendo a la mesa. «¿El Viudo borde era elegante?» «¿Desde cuándo?» Christina se dejó caer en la silla, echó la cabeza en los brazos y se alejó de la realidad, pensando en las palabras de Jane: «¿Sería posible que la desesperación consiguiera hacerle ver virtudes en un hombre que hasta ayer solo tenía defectos?» Se temió que sí. «¿O quizá nunca fueron sus defectos los que incitaron esa animadversión, sino la frustración?» En claro, solo sacó que Jack la perturbaba y que deseaba empezar con la rutina de septiembre tras las vacaciones en Lerwick para no martirizarse más.

Pasado un rato llegó su hora de salida y volvieron más preguntas, más dudas. «¿Por qué quería cenar con ella?» Se daba por *satisfecha* con la disculpa. ¿Sería que para él ese límite entre el odio y el amor era también casi

invisible?

Aún calentaba el sol en la calle, iluminando de tibieza anaranjada la languidez de un mes donde se palpaba el bajón de ciudadanos en el tráfico o en los comercios. Christina se dirigió al semáforo para cruzar a su barrio. Un BMW oscuro se detuvo delante de ella, descendió la ventanilla del conductor y vio la cara burlona de Jack.

—Sube —dijo sonriendo—, te llevo a tu casa.

Christina no se inmutó, esperó un minuto infernal, rezando para que aquel maldito demonio de ojos como turquesas saliese de su vista. Era guapo y era muy consciente de su atractivo, parecía divertido abusando de él.

Tan diligente como el muñeco verde, atravesó la carretera. Jack se concentró en su cuerpo sin ganas de irse; no estorbaba a nadie y sentía curiosidad por saber dónde vivía la obediente escocesa. Con tranquilidad siguió unos metros hasta que la vio doblar la esquina de la *Rue Noury* para entrar en Power. Sonrió porque en esa calle no había acera para peatones, el espacio estaba ocupado por los jardines cuidados de las casas unifamiliares y por los accesos a los garajes que todas tenían adosados en los laterales.

A menos de 10 kilómetros por hora, Jack siguió de cerca a Christina. Sabía de su presencia, ya que varias veces se había girado. Enfiló un caminito de longitud breve y se metió dentro de una casa de madera oscura, con una forma aplanada en el tejado un tanto extraña. Jack permaneció unos segundos parado enfrente, esperando a que la doctora le echase un vistazo a través de alguna ventana. Cuando obtuvo su premio también se llevó de regalo un dedo corazón elevado con obscenidad. Soltó una carcajada y pisó con suavidad el acelerador. La doctora McQueen era rencorosa y sabía ponerlo en órbita. Justo con ese pensamiento cachondo, Jack tuvo un súbito recuerdo de Cora; le recorrió la espalda un impulso eléctrico, parecía una sutil advertencia. ¿Podía Cora reprocharle que se sintiera atraído por otra mujer? ¿O era su subconsciente que temía sufrir otra pérdida? Con sus propias inquietudes, Jack condujo distraído pasando por el centro de la ciudad hasta cruzar el puente del río San Carlos, no muy caudaloso en esa época del año donde los días se sosegaban anaranjados como las hojas de los árboles, que podían interpretarse plagadas de romanticismo y nostalgia, como los recuerdos al recorrer su urbanización, entrañables y amargos; o como todo en su vida, algo positivo contra el pesimismo y el dolor.

En menos de veinte minutos metió el coche en el garaje, cogió a Cordey en brazos, despierto mirándolo con un brillo alegre en los ojos, y preguntó sonriéndole:

—Gordito, ¿nos damos un baño en la piscina?

Le había gustado el tono cariñoso que Christina dejó entrever en ese adjetivo, notó con claridad que los niños eran su motivación y asumió avergonzado los repetidos errores que no paró de cometer con ella desde la noche que la conoció. Siendo honesto consigo mismo, su propia inseguridad propició aquel despropósito que no revistió gravedad para el niño, porque en dos días volvió a la normalidad, ni tampoco debió poner en caliente la reclamación para que la despidieran quedando como un canalla.

Se metió en el agua con Cordey en brazos, templada tras muchas horas de sol. Lo paseó por la superficie mientras veía el gracioso alborozo infantil en una boca abierta donde empezaban a asomar dos dientes, gorgojos irreprimibles, una confianza absoluta en él y una mirada de incomprensión cuando terminó la improvisada clase de natación y lo secó con una toalla antes de tumbarse y sostenerlo en su pecho.

Durante el rato que estuvieron en el jardín, Jack sopesó hacer méritos para reparar la mala impresión de sus modales con la doctora. No quiso engañarse, echaba de menos sentir a una mujer entre sus brazos y la escocesa era perfecta, al menos no perdía nada por intentarlo. En cuanto otra vez se advirtió divagando con ella, no se lo permitió por ese extraño sentimiento de traición a Cora que no lograba borrar de su pensamiento. Con el niño

dormido encima, llegó la melancolía de los últimos minutos que pasó con Cora; la entrada en el hospital, los nervios, y la despedida veloz antes de que desapareciera para siempre de su vista. Jamás, jamás ninguno pensó que sería el final; ni en mil años habría imaginado que ese día su amor iba a abandonarlo sin pretenderlo. Rodeado de intimidad y ternura, de nuevo lloró por ella y por su hijo. Era duro asimilar que tendría que ser un padre y una madre para él, que no podría fallarle porque entonces lo dejaría totalmente solo e indefenso. Acarició el cuerpo regordete de Cordey, y empezó a canturrearle una nana, suave como la serenidad que sentía a su lado. Al menos, esos ratos con él conseguían ir cicatrizando la herida abierta en su corazón, despacio y sin prisas.

En Inglaterra, dejaron atrás el cementerio que había antes del desvío de la carretera comarcal asolados por la cruda realidad. La casa campestre era muy bonita, perfecta para las ideas de Claire con el museo de Alexei, y un despropósito. A pesar de todas las advertencias, Gabriel nunca imaginó un deterioro tan acusado en la vivienda. Acondicionarla iba a suponerles otro esfuerzo, que no dudó en delegar en Daniel Larson. Si su confianza en el arquitecto ganó enteros con la reforma del Boreal, ahí solo lo vio a él como posibilidad de éxito.

—¿Sigues conmocionado?

—Peor, cariño. Tu abuela era un poco hortera ¿no?

—No sé, ecléctica, quizá.

—Suenan mejor, pero para mí es lo mismo.

—No es ni parecido, pero entiendo cómo te sientes, porque me pasó lo mismo cuando vine con Marion. Supongo que mi abuela en vez de valorar el arte en el conjunto de la casa solo se fijaba en el individual de cada obra. Es otra forma de ver las cosas.

—Me gusta más nuestra casa, esto es una feria.

—Pues en esta feria hay varias obras maestras. El Matisse y el Monet nos los llevamos —comentó sin vacilar, pensando en los trámites para sacarlos de Inglaterra. Habían sido un hallazgo inesperado y, aunque no eran representativos de ninguno, no deseaba exponerlos a algún robo mientras la casa estuviera medio abandonada—. No sé cómo no los vi cuando vine por primera vez...

—¿Porque son minúsculos? —dijo irónico, sonrió y preguntó—.
¿Estás contenta?

—Sí —respondió decidida, pensó en algo menos agradable y dijo—. Virginia se ha quedado de piedra —comentó al recordar la reacción de la profesora Rodhein cuando le contó el plagio de Gallagher. Claire siempre había creído que se sentía atraída por él, en cambio en aquella conversación telefónica descubrió que se había equivocado por completo. Virginia Rodhein controlaba a su compañero, no se fiaba de la cantidad de trabajos que pedía a los alumnos. Algo que Claire colocó en ese rompecabezas recordando cómo Gallagher nunca tenía bastante de ellos. Miró a Gabriel cuando ya salían del pueblo para volver a Londres, sin vislumbrar hablar del norteamericano; ese tema no entraba en sus planes—. ¿Dónde vas a llevarme a cenar?

—Estoy a tus órdenes, pero si quieres podemos ir al español, es el mejor.

—Quiero —dijo inclinando la cabeza en su hombro—. Y quiero volver a casa.

—En tres días, mi amor —dijo cariñoso, levantó su mano y la besó—. Ya no nos moveremos hasta que nazca la niña.

En la propiedad de Quebec de John y Elizabeth, tras la comida dominical celebrada en el vasto jardín que la rodeaba, Jack se tumbó en una

hamaca junto a Sean bajo la gran sombrilla de lona blanca, tratando de mitigar el calor en bañador y con sendos *gin-tonics* en las manos. Contemplaban a John jugar en la piscina con Ophie mientras, a unos metros, Elaine tomaba el sol como un lagarto inmutable, Cordey dormía en la antigua habitación de su padre y Elizabeth había desaparecido en la casa, seguramente por no perderlo de vista.

—¿Tienes intención de organizar otra barbacoa? —preguntó Jack interesado pero reservándose información para no escucharlo.

—De momento, no. Haz algo tú.

—No tengo amigos aquí.

—Llama a tus compañeros del instituto, alguno se habrá quedado.

—Paso —dijo indiferente, no iba por ahí la compañía que quería ver tras dos días donde solo pensaba en una persona—. ¿Sabes algo de la doctora?

—No —respondió pendiente a un doble mortal hacia atrás de Ophie—. ¡Papá! ¡A ver si podemos tener el domingo en paz! —Miró a Jack y comentó—. Entre la niña, que está como un cencerro, y el abuelo, no ganamos para accidentes.

A Jack esa información le sobró, era un hecho.

—El viernes llevé a Cordey a su consulta y no me habló.

—Te lo has buscado.

—La invité a cenar —comentó atento a la cara de sorpresa de Sean—.

No me contestó, no quiere hablarme. Tampoco puedo molestarle, a fin de cuentas, es lo que le pedí.

—¿Y ahora quieres salir con ella? —preguntó con sarcasmo, bebió la refrescante bebida y continuó—. ¿O solo estás frito por mojar?

—No voy a salir con ella. Quería que cenásemos para disculparme. — Jack también dio un buen trago a su vaso largo, húmedo por el hielo, y comentó—. Y sí, es posible que me la tire. Está muy buena.

—Me cae bien. No está teniendo una vida fácil.

—¿Por el exmarido?

—Sí, debe ser un gilipollas de mucho cuidado. Pero también porque se siente sola —dijo pensativo—. Un día nos habló de su pueblo en Escocia y me dio mucha pena. Si no se va, será porque le gusta demasiado su profesión. Intenta no dejarla muy jodida.

—Haré lo que pueda... —comentó, sintiéndose como un criminal indigno ante esas palabras. No solo había sido desconsiderado, sino también un machista borde con quien pensaba masturbándose a diario. Y no era su intención dejar ese recuerdo en nadie—. Supongo que un polvo nos vendrá bien a los dos, no busco más. La semana pasada me la encontré en Chez Maurice y parecía tener bastante superado al ex.

—No te fíes de las apariencias —dijo irónico—, y si sale y se divierte está en su derecho, tiene tipo y cara para que no le falten hombres.

—Por supuesto, Drako —comentó torciendo una sonrisa—. No estoy criticándola.

—Ni eres quién ni el más adecuado para hablar del tema.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó ofendido—. ¿Te jode que piense en tirármela?

—¿Eres imbécil o qué? —siseó Sean—. Me da igual lo que haga y lo que pienses hacer tú, pero, desde mi punto de vista, eres un capullo. ¿Por qué en vez de plantearte tirártela como si fuera un objeto no piensas en conocerla?

—Porque paso de salir con nadie y porque no quiero tías a mi

alrededor de manera permanente.

Sean sacudió la cabeza y soltó un bufido corto.

—¿Ah, no? —preguntó despectivo— ¿Vas a estar el resto de tu vida solo?

—Puede, ahora mismo no me planteo otra cosa.

—¿Ves cómo eres un capullo?

—Como vuelvas a insultarme, me largo.

—Sabes dónde está la puerta —comentó impasible—. Haz lo que te dé la gana, pero yo que tú, si tuviera la posibilidad de estar con una mujer como Christina, desde luego no pensaría de antemano que es para un rato, me centraría en rehacer mi vida.

—No puedo —dijo Jack serio.

—Si andas obsesionado con ella a lo mejor estás más preparado de lo que tú mismo imaginas.

—¿De dónde coño te sacas que estoy obsesionado?

Sean elevó las cejas y torció una sonrisa.

—Nos conocemos. ¿Te crees que me chupo el dedo con tanta preguntita? Estás colado por ella. Otra cosa es que no quieras reconocerlo porque pienses que estás traicionando a Cora, pero a mí no me engañas.

Escuchándolo, Jack entornó los ojos. No iba a darle la razón para que no se engriera más. Haciéndose el dormido, durante un buen rato trató de olvidar las palabras de Sean. Por mucho que lo intentó, no hubo forma; resonaban para que actuase. El primer paso era suyo, el del acercamiento para el cese de la hostilidad.

—Tengo que irme —dijo Jack al incorporarse. Vio claro que debía provocar que ocurriera algo, así saldría de dudas—, nos vemos.

Ajeno a la sonrisa satisfecha de Sean, que era un maestro incitándolo, se levantó Jack de la hamaca y entró acelerado en la casa buscando a su madre para pedirle un favor. No tardó en convencerla más que unos pocos minutos.

A su vez, en la *Fromagerie* de Yannick encontró Christina sus quesos. Eligió pequeñas porciones de varios, curioseando indecisa a lo largo del expositor. Una vez en la calle, se montó en el coche con la firme intención de darse un baño burbujeante y prepararse una cena a base de delicatessen y un

buen vino tinto. En cambio, al llegar a casa y ver en su pedacito de carretera el BMW negro aparcado con el demonio apoyado en el capó, se le vino el mundo a los pies. «¿Por qué?» «¿Por qué tenía que torturarla?»

Antes de que se bajara del coche, Jack corrió para abrirle galante la puerta, sin apartar unos ojos burlones de los suyos.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó casual. Jack sonrió, pero no logró arrancarle ni una palabra. Christina le dio la espalda y se encaminó a la entrada de la casa. Cansándose de ese silencio, viendo que lo dejaba en la calle, perdió la paciencia—. ¡Joder! Estoy intentando comportarme contigo. ¡Mírame al menos!

Al escucharlo irritado, Christina disfrutó de la venganza. Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró, cerciorándose bien de no pillarle ningún miembro al cerrarla de malos modos tras de sí. Cuando llevaba la compra a la cocina después de colgar el bolso en el perchero, Jack aporreó la madera con ganas de hacerse notar. Sin paciencia, Christina soltó la bolsa en la encimera de granito, rezando para que la olvidase. No fue así. El ruido de los golpes llamaría la atención de los vecinos si seguía.

Fuera de control, atravesó el corto pasillo que separaba la cocina del vestíbulo y abrió otra vez, de golpe. A lo bestia se topó con el engreimiento

de una sonrisa pletórica y con la desfachatez de unos ojos turquesas mirándole sin disimulo los pechos.

—Largo —siseó con el corazón acelerado. Jack apretó las mandíbulas sin atreverse a levantar la vista, espoleando la indignación que brilló belicosa en cuanto Christina gritó—. ¡¿No me oyes?! ¡No quiero verte! ¡No quiero hablarte! ¡¿Entendido?!

«Menudo cabreo». El pensamiento golpeó a Jack; no tanto como su boca furiosa escupiendo con desprecio. Ese genio consiguió empalmarlo. Sin que Christina notase un movimiento, acortó la distancia que los separaba y le sujetó la cabeza con fuerza.

—Cállate de una puñetera vez —ordenó brusco. Sostuvo la cara de Christina con seguridad, buscó su boca y la besó en un tanteo indeciso que pasó a agresivo, veloz y demasiado húmedo en un abrir y cerrar de ojos. El calor se fundió en su cuerpo y envió toda la sangre a un pene sólido que quería colarse en ella como fuera. Cuando Jack se separó, le sujetó los antebrazos. Resollando, habló—. Invítame a entrar.

—No —dijo con una sonrisa seductora, relamiendo el sabor a ginebra que le había dejado el beso fogoso, directo a hacerle ansiar un sexo ocasional que en ese instante la tenía medio obnubilada—. ¿Crees que puedes aparecer,

besarme y meterte en mi cama después de cómo me has tratado?

—Sí —afirmó con chulería en la voz y lujuria brillando enturbiada en aguas turquesas. Agarró firmemente el rostro de Christina y le acarició los labios en una fusión que estalló en sus bocas como un baile giratorio de derviches otomanos entre dos lenguas extasiadas y la potencia que deseaban. Jack la empujó hacia el interior de la casa y cerró la puerta de una patada—. Siento todo lo que te dije —murmuró—, perdí los estribos.

—Pareces tener facilidad para desbocarte —comentó mordaz. Sonriendo, Jack invadió su espacio y mientras paseaba una mano por su cuello le frotaba un pezón con la otra. Christina le acarició la nuca, sedosa como el aliento que respiró al unir de nuevo sus labios. Deseaba acostarse con él. No era ajeno a ese tipo de encuentros por la naturalidad con que estaba actuando, y para ella era una ocasión perfecta por muchas razones; las más importantes, los años de sequía, dos en concreto, y porque sería el segundo hombre con el que tendría sexo—. Puedes decepcionarte.

Jack le subió la camiseta, ansioso por verle los pechos. Sonrió cuando desabrochó el sujetador y los tuvo delante.

—¿Eso piensas? —Inclinó la cabeza y le lamió los pezones con la punta de la lengua—. No tienes ni idea, doctora.

Poco después, las dos fieras con hambre acumulada se compenetraron y el choque de fuerzas fue inevitable. Christina se columpió en el cuerpo de Jack, que embestía sin descanso ni demasiada brusquedad. Incluso tuvo el detalle de amortiguar con una mano su cabeza para evitarle algún golpe contra la puerta de la calle. El aire se condensaba con suspiros y la ingravidez sostenía las piernas de Christina rodeando la cintura de Jack cuando afianzó los pies en el suelo para arremeter golpeando rítmico con las caderas. El sudor resbalaba entre ellos a la misma velocidad que llegó el delirio y la tensión absoluta. Si fue poco comedido al soltar un jadeo prolongado ensordecedor, Christina tampoco se quedó atrás hasta saciarse; los mordiscos en sus hombros mostraban una entrega apasionada.

—¿Estás bien? —preguntó Jack, sujetando su culo en las manos.

—Sí —afirmó mareada. Agarró los brazos de Jack y bajó la cabeza, apoyándola en su torso—. Estoy un poco aturdida.

—¿Me dejas que te prepare la cena? —preguntó con una sonrisa, inspirado por un abrazo que le pareció buscaba un consuelo diferente, como si quisiera sentirse querida. No le importó mantenerla pegada a él unos minutos, le impactó esa vulnerabilidad—. Tengo la noche libre.

—¿Vas a quedarte? —preguntó en un murmullo, levantó la cabeza

para mirarlo a los ojos y quedar cegada por un brillo cautivador—. Creía que esto había sido un polvo casual.

—Llámalo como quieras —dijo tratando de sonar indiferente—. Tengo hambre y mi hijo está con mis padres. Tú estás sola y necesito reponerme para repetir hasta que nos hartemos.

—Me has convencido. —Christina sonrió pícaro—. He traído quesos y en la cocina debe haber vino. Estás en tu casa, voy a vestirme.

Recogió del suelo su ropa, disimuladamente observó a Jack quitarse hábil el preservativo —que sintió pero no vio cómo se colocó más preocupada desnudándose— y subió al dormitorio. Después de refrescarse con una ducha rápida, no se molestó en buscar ningún modelito sugerente ni en secarse el cabello. Cuando se puso un vestido blanco largo de tirantes, se peinó un moño y regresó a la planta baja, donde sonaba a un volumen agradable uno de sus CD de Julie Fowlis que Jack había debido encontrar sin buscar mucho.

—¿Te gusta la música folk escocesa?

—Estoy descubriéndola —respondió Jack sonriendo. Se había vestido y tenía la mesa puesta con los quesos, tostadas y, en vez del vino, dos cervezas—. Vamos a comer algo.

La apremió con una ligera reverencia al pasar por delante, para retener unos segundos el olor fresco a jabón que aspiró en su pelo mojado, y se sentó en un maltrecho sillón. Christina usó el sofá, protegido de indeseadas manchas por una tela azul oscuro.

Aunque el silencio se impuso mientras Jack masticaba un pedazo de tostada con queso azul, no apartaba los ojos de la boca de Christina.

—Si no dejas de mirarme —dijo risueña—, no voy a poder comer.

—Eres un bombón —comentó moviendo la cabeza despacio.

—Mira —exclamó divertida—, me han llamado muchas cosas, pero nunca bombón.

—No me lo creo —dijo riendo—, te habrán dicho de todo; es imposible no mirarte.

—No exageres. Tú debes estar acostumbrado.

—Es diferente, soy un tío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada. Sentía curiosidad por saber dónde veía él esa diferencia—. Da igual de qué sexo sea uno.

—De eso nada —dijo convencido—. A ti los tíos te dirán guarradas

subidas de tono cada dos por tres, yo solo soporto miradas descaradas. Las mujeres, a no ser que vayáis en grupo, que entonces tenéis peligro porque perdéis la vergüenza, soléis ser menos agresivas con las palabras.

—No sé... —comentó dudosa, masticó atenta al hombre simpático que alejaba la distorsión hecha por su mente resentida desde la noche que se presentó en urgencias—, a mí, ser atractiva no me ha beneficiado con el sexo opuesto, al contrario. Creo que os intimido, y a las mujeres no suelo caerles bien hasta que me conocen. Es un poco contradictorio, pero es como lo siento.

—Vamos, Christina —comentó sonriendo—, no irás a decirme que no ligas. Te vi el otro día...

—No iba a decírtelo. —Christina habló con un deje cínico, para dispersar confusión añadió—: Aunque no me haya comido una rosca desde mucho antes de divorciarme, pienses lo que pienses. El otro día, en cuanto salí del servicio, me vine a casa. —Al oírla, Jack abrió los ojos de par en par—. Solo te contaba mi experiencia. También depende del nivel de autoestima de cada uno y de la coquetería. En mi caso, sé cuáles son mis cualidades y mis defectos; y la imagen, si no me preocupaba a los veinte, rondando los cuarenta imagínate qué nivel ocupa en mis inquietudes.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y nueve, ¿y..., tú?

—Treinta y uno —respondió sin darle importancia a ocho años que no le preocupaban—. ¿Piensas quedarte?

—No lo sé... —Christina encogió los hombros, no tenía la certeza de que no le afectara la edad. Ella dejó bien patente la diferencia en uno de los insultos que le dedicó. Como no quiso volver a esos días nefastos ni disimular indiferencia, siguió con la respuesta pese a tampoco tenerla clara—. A mi hija le gusta esto más que Nueva York y para mí es una gran oportunidad, pero nunca se sabe. Me gustan las ciudades pequeñas, aunque para serte sincera esta no me mata. Si pudiera establecerme en mi pueblo, no me importaría, pero es medio imposible.

—¿Por qué? Sean me ha comentado que le gustaría conocerlo.

—Y te lo recomiendo, es precioso. Pero una cosa es estar unos días y otra completamente diferente vivir allí. —Christina mordió con apetito un trozo de queso Cheddar y esperó a tragar para seguir hablando—. En mi pueblo solo hay un pequeño centro de salud, puedes suponer que no tendría fácil ganarme la vida.

—Podrías intentar volver yendo primero a Edimburgo.

—Sí, pero estuve casi dos años de baja cuando nació la niña y me hacen falta unos años en el extranjero para volver con la posibilidad de elegir. ¿Y tú? ¿Tienes intención de quedarte definitivamente aquí?

—Creo que sí, acabo de llegar. Para Cordey es mejor y yo me adapto con facilidad. Nueva York me gustaba mucho, pero ahora siento que necesito calma, supongo que tenerlo me hace ver las cosas de otra manera.

Christina no quiso obviar su tragedia y le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Tengo mis momentos. —Jack la miró de frente, no quería mentir ni dar o darse esperanza—. Fue un golpe —habló y tragó despacio—, me dejó perdido. —Se detuvo y bajó la vista, concentrado en sus manos—. No me enorgullezco de haber dejado a Cordey con mis padres, fui un capullo insensible, pero es cómo lo hice y lo asumo.

—Imaginé que estarías pasándolo mal —dijo esbozando una sonrisa ligera—, es comprensible. No es mi intención hablar de ese tema si no quieres.

—No me has molestado. —Jack terminó de comer y se limpió la boca

con una servilleta—. Pero por hoy está bien. ¿Cuándo vuelve tu hija? La conocí en el cumpleaños de Ophie, es muy guapa, se parece a ti.

—Gracias, aunque no ha sacado mis ojos —dijo contenta, con un mohín en los labios. Dejó en un lado del plato un trocito de tostada que no pensaba comerse y se levantó para despejar la pequeña mesa de madera. Jack le sujetó las caderas y, tirando con precisión, la sentó en sus piernas. Christina rió al caer, también rodeó su cuello con los brazos—. ¿Qué haces?

—Seguir donde lo habíamos dejado —dijo inclinando la cabeza en su cuello—. Me gusta el jabón que usas. —Jack besó su piel, esa vez con calma—. ¿Vamos a tu dormitorio?

Una sonrisa blanca y una llama brillando deseosa en el carbón más refulgente jamás contemplado por Jack admitían la sugerencia. Subieron por la escalera de la mano, directos a una cama donde Christina por primera vez metía a un hombre. En ella, cayeron embrujados en un sexo tan frenético como pausado o tan rítmico como tierno.

Durante aquel tiempo, con la habitación iluminada por una sinuosa penumbra y el sonido envolvente de la música celta, no se privaron en descubrir su atractivo mientras la brisa deslizaba las ligeras cortinas blancas por el suelo. Jack se adueñó con naturalidad de un cuerpo femenino

voluptuoso y cálido igual que un viejo conocido; no tuvo la sensación de estar con una extraña. Y para Christina, que no se apartó del impetuoso a ratos y considerado otros, nunca fue el frío amante esperado de un polvo casual, o varios.

Abrazados les venció un plácido sueño, sereno como el latido de sus corazones y suave como la cadencia de sus manos perdiendo presión al desenlazarse para romper el encantamiento de una noche perfecta; la primera noche juntos, solos, y posiblemente la última.

ONCE

Quebec, 28-8-13

Canadá

El restaurante Wellington estaba frente a una pequeña iglesia en el viejo Quebec, en la *Rue Des Jardins*, donde una rotonda ordenaba el tráfico en la calzada y dos estrechas aceras corrían paralelas a las fachadas de los antiguos edificios. Ese miércoles tenía una buena clientela y había sido el elegido por los compañeros de Jack para comer con varios ejecutivos de Nueva York y Toronto después de la reunión que concluía tres días pesados, llenos de charlas eternas y poco descanso.

En una hora, con el estómago atiborrado de carne, Jack pudo entonarse con el whisky para alejar el recuerdo de un domingo glorioso, que terminó al amanecer con una parada rápida en su casa antes de ir al trabajo. No desentonaba en su grupo. Las risotadas y las bromas empezaron a sucederse. Se aflojó el nudo de la corbata, llevaba un buen rato sin chaqueta, y se remangó la camisa celeste. Animado, contaba un chiste a dos

compañeros cuando de pronto perdió el hilo, bloqueado ante la guapa doctora.

Christina acababa de entrar, tenía la cabeza girada hacia Jane, y al verlo frenó en seco sin saber cómo actuar tras una noche inolvidable, una despedida inexistente y tres días sin señales de continuidad.

Jack estuvo rápido. Se levantó sonriendo ligeramente y se acercó mirándola con descaro. Estaba muy buena, se repetía recorriendo un tipazo seductor con unas sandalias negras de tacón, unos vaqueros ajustados a sus piernas largas y un jersey blanco insinuando unos pechos que atraieron un sabor demasiado agradable para no intentar probarlos de nuevo.

—Hola, qué sorpresa —saludó Jack, inclinó la cabeza y besó a Christina en las mejillas—, me alegro de verte.

—Hola, lo mismo digo. —Christina sonrió más relajada. Había pensando mucho en él, pero no quería hacerse ilusiones para demostrarse que podía mantener relaciones casuales sin compromisos. Así y todo, tenerlo a su lado, con la cara libre de barba, tan guapo, con una presencia varonil estilosa, merecía arriesgar un poquito para meterse en la boca del lobo. Intentando descifrar sus ojos dilatados, Christina advirtió de refilón a su amiga y comentó—. Creo que no os conocéis. Jack, ella es Jane Dixon, una

compañera del hospital y una buena amiga.

—Encantado —dijo Jack, le tendió la mano—, te vi en el torneo, juegas bien.

—Gracias, tú también. —Jane sonrió breve, cortada porque sabía que Christina estaba en una nube por él y llevaba deprimida desde el lunes—. ¿Estás en aquella mesa? —preguntó mirando el rincón que ocupaban los ruidosos compañeros de Jack. Como asintió risueño, intentó ayudar a la tímida escocesa y se centró en ella—. Chris, no voy a poder quedarme, empiezo el turno en un rato —dijo componiendo una mueca de disgusto, miró alrededor—, van a tardar en atendernos.

—Por Christina no te preocupes —dijo Jack complaciente—. He terminado, si tienes que irte, no dejaré que se quede sola.

—Gracias, Jack —dijo la doctora McQueen, incómoda—, pero es mejor que busquemos otro sitio menos abarrotado. —Christina había esperado una llamada o un ligero interés y no quiso sentirse fácil. Presentía que ese hombre podía controlarla y, pese a desearlo, su carácter independiente luchaba para mantenerla a salvo; intuía un peligro de magnitud inmensa con implicaciones demasiado valiosas para los dos, a una edad donde no buscaba más que a un buen compañero para vivir tranquila, y donde

él jamás encajaría por tantos motivos razonables como dudosos. Podía ser la desconfianza ante su juventud o los recuerdos de otra mujer que con el niño siempre tendría presente o por el temor de su imagen apuesta; todos eran válidos. Sin ganas de dejarlo, se obligó a sonreír para disimular una serenidad nula y comentar—. Ya nos veremos. Cuídate.

Christina miró a Jane y dio la vuelta con intención de salir rápido.

—Espera. —Jack le sujetó la mano, Christina se giró y lo observó seria—. Cena conmigo esta noche, en mi casa —dijo susurrando, inclinó la cabeza y le besó los labios en una caricia breve—. Di que sí, Chris.

Sonrió, oyéndolo meloso; era un embaucador.

—¿Estás sin Cordey?

—Sí, pero tengo que ir a buscarlo, aunque no sé si mi madre se fiará hoy de mí.

—¿Y yo debería?

Jack la agarró por las caderas, sonriendo alegre, y se acercó para hablarle en el oído:

—Eres la única que necesito que se fie de mí.

—Dame la dirección —dijo decidida, sacó el móvil y anotó la calle en cuanto se la dictó—. Deja de beber para que puedas prepararme algo delicioso. —Christina esbozó una sonrisa pícaro y le besó la mejilla—. Llegaré a las ocho.

Antes de que saliesen por la puerta, Jack había regresado a la mesa. Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y se despidió de sus compañeros, pensando en que para sorprenderla por el paladar tendría que hacer trampas ya que cocinar no era su fuerte ni a base de espabilar experimentado con resultados dispares; con predominio de los negativos.

Camino de su casa, aparte de despejarse, Jack paró en un restaurante marroquí que aún no había probado, pese a sentirse tentado cada vez que pasaba por la puerta, y compró la cena. No creyó oportuno arriesgarse si pretendía quedar como un señor, y claramente ese era su objetivo.

En unos minutos recogió a Cordey sin que Elizabeth sospechara nada. Gracias a la habilidad adquirida en incontables interrogatorios maternos, esquivó preguntas sobre un buen humor evidente y se marchó en el coche de Gabriel, pensando en las cosas que quería hacer antes de la imprevista cita; hecha en un impulso excitado por el alcohol y, en ese instante, pasándole

factura con unos nervios aterradores.

Cubierto solo con unos calzoncillos negros, Jack vestía en el dormitorio infantil a Cordey con un pijama de algodón después del baño que se dieron juntos; algo que solía hacer por las noches para ahorrarse terminar baldado al sostenerlo en su bañerita. Con esa solución podía controlar el alboroto desplegado por el niño en cuanto se metía en el agua sin que peligrara su integridad física. Básicamente a Jack se le escurría de las manos, mantenía intacta la espalda y, sobre todo, porque le gustaba ese rato relajado con él.

—Escúchame, Cord, estamos esperando a Christina, así que pórtate bien y haz ahora todas tus cositas. Querrás dar una buena impresión, ¿no?

Jack lo dejó tumbado boca arriba en la cama, se puso unos vaqueros y una camiseta blanca y entró en el cuarto de baño para peinarse el cabello mojado hacia atrás. No se planteó apurarse el afeitado ni otras contemplaciones o se le echaría el tiempo encima.

Ni media hora más tarde, tras darle la papilla de cereales con frutas a Cordey, ya tenía la cena y el pan en el horno cuando sonó el timbre.

Christina sonrió ligeramente al verlo, oliendo un aroma penetrante a cordero, hierbas aromáticas y otro más dulzón, creyó que era pan de pasas o ciruelas.

—Hola —saludó dándole un beso casto en la mejilla—. He traído una botella de vino.

—No hacía falta —comentó sonriente, invitándola a entrar haciendo un gesto cortés con la mano. Cogió la botella y repasó fugazmente un sencillo vestido negro y unas bailarinas rojas—, ponte cómoda.

—Parece que te has esmerado —comentó Christina cuando colgó el bolso en el perchero del vestíbulo. Tampoco se privó al recorrer con una mirada lenta su cuerpo, deteniéndose unos segundos en sus pies descalzos. Satisfecha por las vistas y por ese olor apetecible, habló risueña—. Eres una caja de sorpresas.

—Podría marcarme un farol, pero no me serviría, me pillarías rápido.

—Me alegro de que seas sincero —dijo contenta—, hay cosas que no pueden ocultarse mucho tiempo. —Entraron en el salón, donde Cordey estaba en su balancín frente a la televisión, con dibujos animados sin el volumen, y Christina se dirigió a él. No reparó mucho en el amplio espacio rústico por la madera oscura del suelo formando espigas y la chimenea de hierro forjado, en

el techo alto y las paredes claras, con pocos cuadros abstractos, ni siquiera en el cemento pulido de la barra que separaba la cocina del salón—. Hola, gordito. —Se agachó, le desabrochó el arnés de seguridad y lo levantó en brazos dedicándole carantoñas sin ver a Jack con los ojos clavados en ella—, qué bien hueles, ¿papi te ha bañado?

—Sí —respondió Jack acercándose, acarició la cabeza rubiales del niño, que sugería la genética materna, y sonrió al hablar—. Cuando estamos solos aprovecho y me baño con él, no me gusta perderlo de vista.

—¿No decías que tu madre no iba a dejarte traértelo?

—Sí, pero no estaba tan mal y no se ha enterado de que he bebido. Prefiero que duerma aquí. ¿Te importa?

—¿Que el niño esté en su casa? —preguntó incrédula—, por favor, Jack, no digas tonterías. No sé lo que opinarán las demás, desde luego a mí no me molesta, al contrario, me gusta.

—¿Por qué dices las demás? —Jack volvió a la cocina—. Eres la única.

—Bueno, de momento —comentó sin mirarlo, pendiente del bebé. Se sentó en un sillón orejero nuevo y confortable, con el tapizado en tonos tierra

—, supongo que cuando estés recuperado... —Christina dejó la frase en el aire, por él y por ella misma, porque tampoco se planteaba otra cosa que disfrutar del presente, al menos hasta que volviera Ari—. No sé, Jack, para mí no es lo mismo porque nunca le fui infiel a Graham y tú has sido el segundo hombre con el que me he acostado, pero entiendo que para ti será cuestión de tiempo.

—¿Qué será cuestión de tiempo, doctora sabionda? —preguntó al ponerse unos guantes de cocina para sacar la bandeja del horno—. Tengo intención de estar tranquilo con mi hijo. No voy a vivir como si fuese un soltero sin responsabilidades. —Colocó la bandeja en la encimera y se quitó los guantes—. Me molesta que pienses así de mí.

—Lo siento, no quería ofenderte. Es la impresión que tengo.

—Pues es una mierda de impresión, Chris —comentó camuflando su enfado. Al escucharlo, ella esbozó una ligera sonrisa; parecía contenta si usaba su diminutivo—, me gustas, estamos conociéndonos, vamos a dejar que las cosas fluyan.

—Si lo hacemos como dices, ya no sería un polvo casual —comentó centrada en Cordey—. Tú y yo no estamos solos, Jack. Mi hija vuelve en unos días y no voy a permitir que haya más cambios en su vida si esto no va a

ninguna parte; no puedo.

—Ni yo, Chris —dijo Jack serio, llenó dos copas de vino tinto y le dio una. Se sentó en el sofá y acarició la cara del niño—. No ha conocido a su madre y te juro que no tenía intención de empezar nada con ninguna mujer —dijo sosegado, mirándola a los ojos, perdiendo la voz al tiempo que las turquesas brillaban húmedas. Quiso sincerarse sin molestarla—. No voy a prometerte amor porque te mentiría y no quiero, pero ni tu hija ni el mío van a sufrir por nosotros. Puede que nos enamoremos y puede que no, pero me gustaría intentarlo.

—¿Quieres que salgamos? —preguntó, levantando la vista hacia él.

—Sí —afirmó sonriendo, contento siguiendo los consejos del sensato de su hermano—. Más bien iremos cambiando de casa, pero sí, doctora, quiero que salgamos, conocerte, ver de qué somos capaces juntos.

—Vuelves a sorprenderme —comentó, tratando de parecer casual, aunque realmente estaba pletórica por esa inesperada declaración de intenciones—, pero también me gustaría salir contigo cuando podamos.

—¿Qué te parece, Cord? —preguntó con una sutil caricia en la pierna de Christina, que tragó nerviosa y se mojó los labios—. Pensaba esperar a cenar —murmuró Jack cerca de su boca, con el niño entre los dos—, pero

voy a tener que besarte. —Jack tardó en cumplir esa amenaza lo que Christina en sonreír. Más sosegado de lo que hubiera querido, saboreó los recovecos de una boca que incitaba a no parar, sin embargo, se apartó—, estoy impaciente por volver a hacer el amor contigo.

—¿Creía que follamos como locos? —dijo riendo.

—Doctora, por favor, cuida tu lenguaje con niños delante —reprendió, dándole a su hijo un beso en la cabeza—, y no hicimos eso. —Jack se levantó, la miró sonriendo y, con un ojo entornado, dijo—, bueno, sí lo hicimos. —Cogió dos platos y empezó a servir la cena—. También hicimos el amor, al menos yo hice el amor contigo.

Christina lo siguió y se sentó con Cordey en uno de los taburetes de la barra. Acariciando distraída la superficie lisa plateada, contempló cómo colocaba con precisión la misma distribución en los platos, el cordero en los extremos y las porciones de ensalada con los bollos de pan humeante en cada lado, sugería una obsesión por el perfeccionismo que se apreciaba también en el orden y la limpieza general.

—¿Tienes ayuda? —preguntó curiosa.

—¿En la casa? —Se detuvo para mirarla. Christina afirmó en silencio—. Sí, viene una mujer tres veces a la semana. ¿Por?

—Porque está todo perfecto. Me preguntaba cómo lo hacías. A mí me cuesta mucho mantener las cosas ordenadas con Ari. Imagino que cuando Cordey sea más mayor te pasará igual.

—Supongo —dijo, quitándoselo medio adormilado de los brazos—, voy a llevarlo a su dormitorio, tardo nada.

Para Christina, harta de reprocharle a Graham su falta de interés por Ari, observarlo voluntarioso con un bebé muy pequeño, colmándolo de atenciones y ternura, fue un impacto para el que no estaba preparada. Así no podía protegerse de él. Con esa actitud, anteponiendo el bienestar de su hijo a todo, entró por la vía directa en su corazón. Todo el instinto paternal que escaseaba en el maduro doctor Graham McCoy al joven viudo le exudaba por los poros sin complejos ni machismo.

Durante la cena, que se alargó varias horas, tuvieron claro que algo estaba cambiando o como poco tenía otro cariz más profundo; aquel tiempo fue tan rápido como precioso. Aparte de belleza, Jack admiró a una luchadora con alma de aventurera; y Christina llegó a embelesarse escuchándolo hablar de su familia, el trabajo y Nueva York, siempre con el detalle de no mencionar a su mujer.

Luego, rezumaron energía en la habitación de Jack, con una fuerza

arrolladora que no cesó de unirlos, separarlos y volver a pegarlos hasta un mundo distante e imaginario solo apto para unos amantes empezando a descubrir la adicción provocada por el enamoramiento. Antes de que el sueño la venciera, Christina pensó que debía regresar a casa, en cambio, recorría con una mano perezosa el ensortijado vello oscuro de un pecho fornido, suficiente para tentarla a no levantarse; aunque pesó más la responsabilidad que el impulso de seguir seducida por la pasión y la calma.

—Tengo que irme —susurró Christina. Jack la miró medio abstraído, sin mover sus piernas de entre las de ella—. Empiezo a las ocho, estaré muerta si no me voy ya.

—Quédate —murmuró, recorriendo su cuello con la nariz. Acabó levantando la vista, sonriendo—, no me apetece dormir solo.

—No seas malo... —Christina le acarició la cara, le besó los labios y despegó sus cuerpos sin ganas de estar quince días en Lerwick a pesar de llevar meses esperando regresar—. En serio, debo irme.

—Está bien —admitió por no presionarla más. Él mismo se asombró al necesitarla como no imaginaba, impensable unas semanas atrás—. Te acompaño abajo.

En cuanto Christina se vistió, Jack dejó la cama y se puso los bóxers

negros que tenía tirados en el suelo.

Alumbrados por la luna llena para extender la magia de una calurosa noche romántica, se despidieron en la puerta con un largo beso muy sosegado.

De nuevo solo, Jack se acostó disperso en el olor de Christina impregnado en las sábanas y en la almohada y aspiró llenándose de él, hasta creyó ser feliz por primera vez en meses. Christina había llegado en tromba, lo tenía cautivado, y estaba encontrando el hueco para entrar en su vida con sencillez, para ayudar a que cicatrizara su herida y por qué no para formar otra familia. La perenne querencia por estar solo y sus dudas por el niño se diluían con ella como alegres burbujas de agua contra el viento. Christina prodigó dulzura con Cordey, se le notaba un instinto maternal conmovedor que animó esos pensamientos esperanzadores. «Qué diferente podría ser el futuro del niño si contara con el amor de una buena madre a su lado». «¿Estaría dispuesta a criarlo con él sintiéndolo propio?» Con las mismas, pensó en la hija de Christina. «¿Podría corresponderle?» «¿Qué diría su exmarido?» Entre barruntos tardó horas en conciliar el sueño hasta agotarse y conseguirlo casi al amanecer.

Tras pasar en el despacho la mañana siguiente a base de café y esquivando a su equipo, sin la cabeza centrada en los proyectos pendientes, Jack salió al mediodía para recoger a Cordey de casa de los abuelos con unas ganas locas de echarse una siesta que compensara la falta de descanso.

Tuvo suerte. Engañó a Elizabeth al rechazar una complaciente invitación para comer con ellos, alegó que le dolía la cabeza, y voló hacia su casa. También, gracias al carácter de Cordey pudo cumplir su plan nada más llegar. Los dos, una vez que Jack se cambió el traje que vestía por un bañador, se tumbaron en el sofá grande del salón. Cordey en la parte interior, protegido por el cuerpo de su padre para impedir cualquier aterrizaje en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, arrullados por el agradable y alegre trinar de los pajarillos que visitaban el jardín, se durmieron sincronizados; Jack arrastrado por el agotamiento y Cordey siguiendo su pauta habitual tras la comida.

Desde la oscuridad a la luz de la conciencia pasaron seis horas. Jack se despertó a base de tirones en el pelo, sin llantos impacientes; Cordey prefería la acción al ruido. Espabilándose, Jack se incorporó.

—Lo siento, cariño, estaba derrotado. ¿Tienes hambre? —preguntó levantándose en la penumbra del anochecer, lo cogió en brazos para apestar y subió al dormitorio infantil. Un poco más lento que de costumbre, lo aseó y

otra vez bajaron al salón, donde comprobó en el móvil que eran las nueve y que tenía varias llamadas perdidas de Christina y una sucesión de mensajes cada media hora. Empezaban a las cinco: «*Hola, ¿nos vemos luego?*». «*Salgo a las ocho*». «*¿Llevo la cena?*». «*¿Te gusta la comida italiana?*». «*Si no puedes, no pasa nada*». «*¿Estás ocupado? No quiero molestarte*». «*Me gustaría veros antes de irme*». «*Adiós, Jack. Besos*». Mal jurando, marcó el número de la doctora, pero no obtuvo respuesta—. Me parece que Christina se ha enfadado, Cord. ¿Vamos a buscarla?

Antes de que terminara Jack de vestirse, sonó el timbre. Se asomó por la ventana y vio a Christina esperando en el porche, parecía intranquila mirando alrededor. Bajó corriendo con Cordey en brazos y abrió la puerta.

—Hola, Christina, acabamos de despertarnos.

—Hola —saludó aliviada al comprender que no la rehuía. Sonrió echándole un vistazo de abajo arriba: pies descalzos, vaqueros gastados, un torso desnudo que invitaba a recorrerlo con manos entusiastas, desaliño en la cara con la barba un poco crecida y el cabello alborotado, y esos ojos donde se percibía que ciertamente no estaba mintiendo—. Me he preocupado bastante —comentó entrando, le dio un beso en los labios y dejó una bolsa con comida en el suelo—. No sabía qué pensar. —Christina acarició la cabeza del niño y le faltó tiempo para quitárselo a Jack de los brazos—.

¿Cómo está mi gordito?

—Tu gordito tenía más sueño que yo, se ha saltado la merienda sin rechistar, no me ha dado tiempo ni de bañarlo.

—Si quieres, organiza tú la cena y lo hago yo.

—¿No te importa? Te advierto que es una culebra en el agua.

Un rato después, cuando tuvo Jack preparada la papilla, la mesa puesta y la lasaña de uno de los mejores italianos de la ciudad se calentaba en el horno, subió al cuarto de baño de su dormitorio, oyendo el chapoteo del agua y la voz de Christina mimando a su hijo. Sin hacer ruido, a través de la puerta entornada, la observó sentada en la bañera. Tenía bien sujeto el cuerpo de Cordey y le echaba agua con delicadeza en la espalda mientras le hablaba en escocés. No entendió nada, pero tampoco hacía falta; se percibía el cariño.

—Se te da mucho mejor que a mí —dijo Jack entrando, se apoyó en la encimera del lavabo—. Se nota que te gustan los niños.

—No creo que se te dé mal —comentó sonriendo, desvió un segundo la vista hacia él y de inmediato siguió atenta al niño, pasándole una esponja con jabón por las piernas—, por lo poco que he visto te las apañas muy bien.

—Intento esforzarme, lo bueno es que no se queja.

—Los niños solo quieren amor, se acostumbran a casi todo.

Jack asintió, pensativo.

—Cuando murió su madre fui un cabrón con él.

—No te machaques, Jack, no va a tenértelo en cuenta. Lo importante es que supiste rectificar. No sé cómo habría reaccionado yo en tu situación.

—Christina enjuagó con el grifo de la ducha a Cordey, agarró la toalla con capucha que Jack estaba tendiéndole, y lo sacó de la bañerita—. ¿Llevabais mucho casados?

—No —contestó, sonrió breve viendo al niño a sus anchas en el regazo de Christina, que lo secaba con golpecitos suaves. Jack añadió—. No pasamos juntos ni un año.

Christina disimuló su desconcierto y enhebró varias ideas tan rápido como recordó la fecha del nacimiento y la posible concepción, concluyendo que quizá el embarazo les pilló desprevenidos.

—¿Os casasteis por él?

—No.

Jack salió del baño para traerle un pañal y un pijama limpio, también

para eludir más preguntas que, en ese momento, no tenía ganas de responder.

Más tarde, cuando Cordey ya dormía y cenaban tranquilos en el salón, Christina dijo:

—No sé por qué había pensado que llevabais juntos más tiempo.

—Nos conocíamos desde hacía unos años, pero hasta que ella no se trasladó a Nueva York no empezamos a salir. Se quedó embarazada muy pronto.

—Lo he supuesto. —Sonrió con tibieza, centrada en la expresión ausente de Jack—. No pretendo molestarte, no es mi intención.

—Trato de pensar poco —dijo en un tono resignado—. La quise mucho, fue mi primer amor y también una ruina por muchos motivos... — Jack se levantó con su plato y lo dejó en el fregadero—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Como quieras —respondió casual, cavilando en que todavía la amaba y en el gran escollo para que algún día sintiera lo mismo por ella, aunque por otro lado comprendía que cuatro meses no eran suficientes para un duelo. Por no torturarse con algo que escapaba de su control, optó por advertirle el viaje al pueblo y comentó—. Mañana me voy a Lerwick para

recoger a Ari, os voy a echar de menos.

—Nosotros más —dijo sonriendo—. ¿Cuántos días vas a estar?

—Quince. Salgo a las once.

Christina lo imitó, dejando el plato en el fregadero, y se sentó en el sofá mientras Jack servía dos vasos con whisky.

—Estaré en el aeropuerto a las diez —dijo Jack, dándole un vaso.

—No es necesario que vengas, puedo apañármelas sola.

Al sentarse a su lado, la besó en la mejilla.

—Quiero despedir a mi chica como Dios manda.

En esas palabras, Christina notó interés, obstinación y una frescura cariñosa que no esperaba y la descolocó.

—No tengo edad para ser la chica de nadie, pero me gusta que consideres que lo soy.

—Tienes la edad que tienes, muchas mujeres más jóvenes que tú matarían por tu físico —comentó firme, creyendo que los ocho años de diferencia entre ellos le pesaban y le hacían sentir inseguridad. Bebió un

trago y aclaró—. No me importa tu edad, Christina, y espero que a ti tampoco te importe la mía porque entonces tendríamos un problema y no me gustaría. —Jack recordó los enfados con Cora por otro tipo de prejuicios que no iba a mencionar—. Estamos empezando una relación, te he dicho que no era la intención que tenía porque es la pura verdad, pero aquí estamos; me gustas y sé que te gusto; los dos tenemos responsabilidades y los dos somos adultos, independientemente de los años que tengamos. A mí me da igual, pero quiero aclarar el tema. ¿A ti te afecta mi edad?

Christina lo miró a los ojos y negó despacio con una sonrisa abriéndose paso en su cara.

—Nada —comentó acercando los labios a los de él para unirlos en un beso donde admitía no solo ser “su chica”, sino también que era un hombre con todas las palabras, mucho más maduro que otros con bastantes más años en las espaldas. Tras separarse con el sabor del whisky en la boca, bebió y sonrió complacida—. Tenemos los mismos gustos.

—Sí —admitió con un brillo perverso en los ojos, se las ingenió para subirla en sus piernas sin apenas esfuerzo, rodeó su cintura con los brazos y repartió varios besos cortos en sus labios, calentándose a una velocidad de vértigo; la prueba contundente se removía inquieta bajo las nalgas de Christina—. ¿Sabes qué otra cosa tenemos en común? —preguntó en un tono

lleno de matices sexuales. Viendo una leve negación y un nerviosismo marcado al tragar saliva despacio, despilfarró vanidad y respondió—. Que encajamos a la perfección.

Con la maleta facturada, contemplando la pantalla digital que anunciaba las llegadas y salidas de los vuelos, Christina esperaba a Jack sentada en un banco. Pese a su insistencia para que no fuera, se mostró inflexible.

Agobiada por la hora, estaba a punto de claudicar cuando apareció Jack corriendo y tropezó con un señor, atrayendo a su memoria otra imagen similar en Nueva York. Se preguntó si aquel desconocido fue él. ¿Sería posible? ¿Podría ser que el destino los hubiese estado cruzando antes de hacerlos colapsar?

Christina sonrió y se levantó yendo a su encuentro. Jack le sujetó la cara entre las manos y la besó en la boca.

—Siento el retraso, no he podido salir antes.

—No tenías por qué haber venido, no era necesario.

—Quería venir. —Jack le agarró la mano para guiarla hacia una

cristalera donde podía verse el tránsito de los aviones en la pista. Se apoyó en una columna con un cartel de publicidad que invitaba al romanticismo. Era de una colonia italiana, anunciada por una pareja en una pequeña barca, los dos con bañadores blancos y unos cuerpos bronceados, recién salidos de un chapuzón en alguna cala solitaria del Mediterráneo. Cuando Jack creyó estar aislado de miradas curiosas, atrapó los labios de Christina con la pasión desmedida que lo tenía trastornado—. Vamos a echarle de menos.

—Y yo a vosotros —comentó, tocándole la nuca—. No me gustan las despedidas, Jack. —Christina dejó caer la cabeza en su pecho y se abrazó a su cintura; plena al abarcarlo sintiéndolo cálido y cariñoso. Siempre era protector, percibía cómo trataba de cobijarla, y le encantaba esa sensación—. Alguna vez podríais veniros con nosotras. Te gustará Escocia.

—Ya lo organizaremos —dijo complaciente—, tenemos tiempo cuando vuelvas.

—Sí, además... —Christina sonrió seductora—, me has prometido llevarme a esquiar, no lo he olvidado.

—Ni yo, doctora —dijo riendo, recordando una conversación de la noche anterior. Se animaron para ir con los niños cuando pudieran—. Si das el visto bueno, reservo en Le Manoir, te gustará.

—Perfecto —afirmó contenta, le besó rápido los labios—, luego te confirmo que fines de semana tengo libre. —Christina unió otra vez sus bocas prolongando la caricia—. Me voy, cuida a mi gordito y cuídate mucho.

—Y tú —dijo Jack tristón—, vuelve pronto, Chris.

—Quince días pasan volando.

Por no quedarse con el sabor agridulce de la despedida, Christina no lo pensó más y se alejó acelerada hacia la zona de embarque. Jack se quitó las gafas de vista y se frotó los ojos, sin distinguir más que bultos borrosos de un lado para otro.

—¿Jack? ¿Eres tú? —preguntó Sofía, se plantó delante mientras él se colocaba las gafas. Al momento lo abrazó con entusiasmo—. ¡Qué alegría!

—Hola —saludó sorprendido, gratamente. La azafata estaba preciosa. Terminaron muy bien su relación casual pese al enfado de Cora. Aquel que le costó varios días castigado en soledad—. ¿Ahora haces escala aquí?

—Sí —respondió, sujetándose a su brazo. Volvieron a caminar con un rumbo indeterminado—. Ahora trabajo en *Air Canada*. Tengo un piso con dos compañeras en Montreal, aunque ya sabes que paro poco. ¿Cómo estás? No nos veíamos desde hace un año.

—Bien, ahora vivo aquí.

—¿Sigues con aquella chica?

Jack se detuvo y, sonriendo levemente, sacudió la cabeza.

Tras unos minutos, Sofía, que había preguntado por interesarse, escuchó los acontecimientos más importantes de los últimos meses en su vida. Tardó un poco en asimilar el dolor de ese hombre divertido que creía feliz y en cambio estaba viviendo un drama. Amparada por la intimidad compartida, Sofía acarició el rostro de Jack y le besó los labios en un contacto animoso que no pretendió otra cosa; aunque Christina presenció de lejos la escena y lo interpretó tal cual fue.

Del mismo modo que la escocesa se había sentido pletórica haciendo planes con él, de pronto se vio rodeada por el recelo de la desconfianza. Compadeciéndose, traspasó el arco de seguridad con la imagen de la azafata abrazando y besando a “su chico”, con el recuerdo de su exmarido y aquellas infidelidades que empezaron con los viajes a Escocia y acabaron con su matrimonio. A Jack no podía exigirle más que su palabra. Esa que salió libremente de sus labios y parecía sin intención de cumplir. «¡Joder! ¡Podía haber esperado a que estuviera volando!»

Christina dejó el Jean-Lesage de Quebec con un humor que rayó el

subsuelo. ¿Se podía ser más desgraciada? Después de años amargada en su matrimonio con Graham, dedicada a su profesión e hija en cuerpo y alma, había ido a enamorarse de un hombre que desde el principio apuntó maneras y no precisamente buenas. Tenía tan claro como el agua que se enamoró de él cuando la besó por primera vez. En cambio, no sabía qué sentía Jack por ella. De igual forma era atento, considerado o bromista como inexpresivo para hablar de sentimientos. Si bien, ¿qué podía esperar si no llevaban juntos ni una semana? Eso sí, para ella había sido maravillosa; un sueño; un castillo de naipes derrumbado en una fría tormenta invernal.

Esconder la cabeza en el pueblo durante varios días fue la terapia de Christina para admitir que Jack le vendió humo con la única intención de acostarse con ella. Molesta por un cinismo que siempre venía con Graham como comparsa, reunió el valor necesario para enviarle un mensaje que esperaba conseguiría relajarlo. Eso deseó; que dejara de llamarla o de saturarla con mensajes y correos electrónicos.

Aquella soleada mañana, mientras Ari estaba con sus amiguitos, Christina paseó hasta el viejo puerto donde la actividad era todavía entretenida por la temporada alta.

Después de cuatro siglos el aire ajado por el salitre y la humedad daban carácter al gris pétreo que cubría la zona y las casas con los cimientos en el mar. Vio un ferri mediano, los pequeños botes de los pescadores y los veleros que salían a navegar desde el nuevo Club Náutico, pensando en que su pueblo trataba de alentar el atractivo turístico a pesar de la lejanía y la limitada oferta hotelera.

Distraída por ese ambiente estival, atravesó calles adoquinadas de regreso a la casa de sus padres. En la puerta del antiguo y céntrico pub que había en la plaza, el punto de encuentro favorito de muchos vecinos, se topó con un amigo de la infancia que la invitó a una pinta de cerveza. Angus Lamark, así se llamaba el hombre, estudió Farmacia en Londres y desde hacía unos años había sustituido a su padre en el negocio familiar. Era un tipo agradable, no guapo ni deslumbrante pero con el cuerpo recio y alto; el cabello plateado, las facciones marcadas por ángulos bien definidos para endurecerle el rostro; unos ojos verdes que hablaban por sí solos; y tenía un carácter alegre con facilidad para divertirla.

—Cuando vi a la niña con tu madre di por perdida la esperanza de que vinieras este año —comentó Angus antes de recibir una palmada afectuosamente ruda en la espalda de un hombre corpulento que acababa de entrar. Era la desventaja de ser el único y popular farmacéutico. Pero no se

inmutó más que un segundo para saludarlo también y volvió a centrarse en Christina—. ¿Cómo van las cosas con Graham?

—Regular —respondió con confianza—. Le cuesta mantener el régimen de visitas.

—No sé qué viste en él —dijo negando ligeramente—, siempre fue un gilipollas.

—Vaya, gracias —comentó sonriendo—, podías habérmelo dicho cuando te lo presenté... allá por 1998.

—No habría servido de nada. —Angus rió y habló sin filtrar sus palabras ya que no necesitaba medirse—. Estabas muy colada por él.

—Parece que no sé estar con nadie sin caer como una pardilla.

—¿Tienes novio a la vista? —preguntó sonriente, apuró de un solo trago más de la mitad de su jarra y pidió otra—. Qué de estupideces hablo. Has tenido a quien se te ha antojado desde que eras una adolescente.

—No te pases. Tú sí que has hecho lo que te ha dado la gana. ¿A quién estás viendo ahora? ¿Alguna nueva divorciada o viuda para tu harén?

—Me distraigo —dijo irónico—. No me has contestado, ¿tienes novio

o no?

—Qué más te da —respondió riéndose de él—, sabes que nosotros estamos condenados a no estar juntos.

—Vaya mierda, Chris. —Angus habló con una mueca disgustada. Para quien no lo conociera podría parecer realmente afectado; en cambio, exageraba. Su amiga tenía razón, nunca se habían sentido atraídos—. Tendremos que seguir como amigos un tiempo.

—Sí, no tenemos más remedio que ser amigos, Angus, qué asco.

El teléfono de Christina sonó con una escala de notas ascendentes. Leyó un mensaje: «*Me alegro. Gracias por el detalle. JD*». Durante unos segundos examinó esas escuetas palabras. Si Jack aparte de cortesía e ironía pretendió mostrarle su enfado, en vez de eso esclareció una idea constante desde que salió de Canadá: no involucrarse en nada serio con él. Debía intentar una relación basada en el sexo; aunque fuese tarde podía protegerse si separaba a Ari y mantenía con él los encuentros en secreto. Nada de confraternizar en plan familias felices como Jack pretendía.

Cuando salieron a la plazoleta, donde había un monolito circular de piedra de poco más de un metro de altura que servía de base para una farola de forja, vio a Ari jugando con los hijos de otro vecino. No necesitó insistirle

mucho y acompañadas por Angus anduvieron de vuelta hacia las afueras, charlando de todo un poco hasta que él llegó primero a su destino y se despidieron con unos besos cariñosos más un choque de manos con la niña. Ese calor de la amistad sincera —que retomaban en el punto exacto donde la dejaban año tras año— logró mitigar ligeramente la amarga decepción del aeropuerto revivida por Christina en su pensamiento de forma inconsciente cada dos por tres.

En el jardín de la casa familiar de los Drake, después de jugar un buen rato con Ophie en la piscina, Jack acababa de tumbarse al sol mientras su madre estaba en la cocina dándole la merienda a Cordey.

John se acercó hablando con Elaine, dejó una botella de vino blanco en una cubitera bajo la sombrilla y, obviando el plácido sueño de Sean o la momentánea paz de Jack, preguntó en un tono alto:

—¿Queréis vino?

—Ponme una copa —respondió Jack, incorporándose.

Sean murmuró algo, pero giró la cabeza y ninguno le prestó atención.

—¿Estás bien? —preguntó Elaine, se sentó en la mesa y cruzó las

piernas—. Pareces apático.

—Estoy cansado —comentó Jack con un gesto torcido en los labios, aunque conocía a su cuñada y tenía pinta de sondeo inminente abusivo. Para evadir el tema “doctora impasible”, preguntó—. ¿Cuándo vamos a ir otra vez de compras?

—Eres un tostón, me ha caído el gordo contigo. Deberías buscar otra compañía o empezar a elegir tú solito.

—Haberte ido de vacaciones...

—No tengo la suerte de otros —comentó distraída—. Como Christina, que ahora tiene a un sustituto. Ha debido irse a Escocia, nos comentó que quería recoger a su hija. No me había acordado hasta que llamé hace unos días para pedirle cita.

—¿Ophie está enferma? —preguntó Jack asombrado. En ese momento la niña hablaba con Sophie, la osita de peluche que le regaló su padrino cuando cumplió un año y atrajo a su memoria a otra Sofía. En vista del interés de Christina, que había tardado cinco largos días en comunicarse, sopesó llamar a la azafata para recordar viejos tiempos, aunque lo desechó de inmediato—. No lo parece.

—Está bien, es porque le toca la vacuna —dijo Elaine observando a la niña—, pero puede esperar. —Tomó un sorbo de vino antes de preguntar—. ¿Has mejorado algo con ella?

—Un poco. —Jack sonrió y entornó los ojos, pensando en si desvelarle o no hasta dónde habían progresado, optó por una verdad a medias—. Ya puedo soportarla.

—Creía que eras más listo —dijo John cínico—, a una mujer como esa se le aguantan muchas cosas.

—Depende —comentó serio, intentó no sonar resentido al añadir—, si juegas para divertirte o buscas algo más.

—Perdona que te lo diga... —John soltó una risa—, Christina es también inteligente, no sé qué más puedes buscar.

—En ella, nada —replicó seco, terminó de un trago el vino y se levantó—. Voy dentro a ver qué le queda a mamá con el niño.

—Por cierto, ¿con quién cenaste el otro día? —preguntó John casual.

—Con una amiga.

Jack quiso irse deprisa, pero la voz de Elaine lo detuvo.

—Venga ya, ¿has invitado a cenar a una mujer y no me lo has dicho?

—Elaine desvió la mirada hacia John y se guaseó—. ¿Qué hacemos con él?

—Dejadme en paz —dijo Jack mostrando una sonrisa cínica—. Entreteneos con otra cosa.

—¿Por qué? —preguntó Elaine poco afectada viéndolo nervioso—. ¿Qué nos ocultas?

—Me largo a mi casa. Sois unos cotillas.

Cuando Jack desapareció en el interior de la casa, Sean se incorporó y dijo sonriendo:

—Está liado con Christina.

Las caras de Elaine y John encajaron la noticia de maneras opuestas. Mientras una abrió los ojos de par en par casi igual que la boca, el otro apretó los labios insinuando un evidente orgullo.

—Sabía que estaba loco por ella —dijo John convencido, satisfecho, agregó—: Ese es mi hijo.

—¿Estás seguro, cariño?

—Ellie, ¿crees que Jack invitaría a una mujer a algo sin sexo de por

medio?

Jack, que salía con Cordey en brazos, se detuvo a unos metros. Tenía intención de despedirse, pero se enfadó al escuchar a Sean y dio la vuelta, recordando aquellas “demás mujeres” que Christina mencionó.

Condujo los escasos cinco minutos que duraba el trayecto en coche tratando de analizar ese cambio brusco de actitud sin encontrarle explicación. Podía entender a su familia por el bagaje acumulado en Nueva York, pero fue incapaz de saber a qué se debía la indiferencia de la doctora cuando habían hablado hasta la saciedad de la relación estable que los dos querían mantener. Por supuesto, no se le ocurrió pensar que la azafata lo besó en un lugar público y ni en sueños imaginaba que “su chica” lo presenciara.

Una vez en su casa, la llamada de Claire suavizó su malestar a cambio de una información esperada. En cuanto colgó, compró por Internet un billete de avión para Nueva York con ida y vuelta el jueves siguiente. Por fin había encontrado al comprador de la fotografía de Cora y si como Claire le había dicho estaba dispuesto a vendérsela solo sería cuestión de llegar a un acuerdo económico. La imagen romántica de Cora embarazada en la azotea del apartamento tenía un espacio reservado en la habitación de su hijo. Quizá no fuese la mejor manera para él de encarar el futuro al verla constantemente; sin embargo, John Cordelius se criaría con ella por testigo.

No pensó en Christina, o mejor expresado, no le importó su opinión. En ese momento, cualquier atisbo de esperanza en su incipiente relación quedó anulado. Tampoco entraba en sus planes convivir con otra mujer y en su casa tenía potestad para decidir cómo la decoraba. Ni de lejos se planteó otra cosa. Cora deseó ser madre a toda costa, por encima de su propia vida, y ni el dinero ni nadie podrían evitar que el niño creciera viéndola todos los días.

DOCE

Quebec, 20-9-13

Canadá

Jack se conocía, sabía cuando estaba a punto de estallar, y ver a Christina en el pasillo del hospital a los cinco días de su regreso, después de eludir cualquier comunicación con él, saludándolo con su mejor sonrisa y dos besos efusivos en la cara, no solo volvió a alterarlo por su belleza, sino que también prendió su mala leche al no encontrar ni el desprecio ni la pasividad esperada.

—¿Cómo estás? —preguntó Christina, andando por el pasillo. Trató de ignorar una imagen cautivadora con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata en tonos azules—. ¿Todo bien?

—Déjate de tonterías —dijo Jack. Cogió a Christina del brazo, la llevó hasta la consulta y cerró de un portazo. Desde el centro de la aséptica habitación espetó indignado—: ¡¿A qué estás jugando?!

—¿Se puede saber a qué vienen estos modales? —preguntó molesta por ese enfado desmedido—. Estamos en mi trabajo. O bajas el tono o te vas.

—Creía que teníamos claro los dos qué queríamos —dijo Jack, se llevó una mano al cabello—, pero he debido equivocarme.

—Sí, debe ser eso, Jack —comentó yendo hacia la mesa—. Íbamos a dejar que las cosas fluyeran ¿no? —habló con una sonrisa cínica—, pero nada de ataduras ni compromisos.

—¿Qué me he perdido? —espetó harto—. No pareces la misma mujer que despedí en el aeropuerto. ¿Qué ha pasado?

—Nada. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—¿Así? —Jack apoyó las manos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante—. ¿Quieres que follemos pidiendo cita?

—Da igual lo que quiera —dijo sonriendo—, de todas maneras tendría que conformarme.

—¡Joder, Chris! ¿Puedes hablarme claro?, por favor. No tengo la cabeza para pensar más. —Jack intentó tranquilizarse—. Por favor, cuéntame qué ha pasado para que estés así.

Christina sonrió con amargura, meneando despacio la cabeza.

—Siéntate —dijo seria. Jack la observó un instante y se dejó caer en

una de las dos sillas que había frente a la mesa. Christina buscó las palabras adecuadas para no iniciar una discusión y acabar con elegancia—. Verás, Jack... —Al oírla, ladeó levemente la cabeza y cruzó las piernas por las rodillas—, no estoy jugando y si tenemos una conversación, donde entiendo que los dos queremos seguir viéndonos, a la menor oportunidad no me lanzo en brazos de otra persona; no me van las relaciones abiertas, lo siento.

—¿Y a mí sí? —preguntó apretando la frente—. ¿De dónde te has sacado eso? Te dije que quiero estar tranquilo, ¿a qué viene esta desconfianza? Joder, que nos hemos visto dos veces...

La mirada letal de Christina dejó a Jack todavía más confuso.

—Por eso, será mejor que lo dejemos aquí.

—Te juro que vas a volverme loco —dijo medio abatido. Se levantó con intención de salir; sin embargo, su carácter se lo impidió. Se giró y bramó iracundo—. ¡¿Qué coño te pasa?! ¡¿Estás como un puto cencerro?! ¡¿Es eso?! ¡¿He ido a tirarme a la loca del hospital?!

—¡Largo! —Christina se puso de pie casi botando—. ¡Ahora me has cabreado de verdad! —Rodeó la mesa para encararse con él—. ¿Te atreves a venir exigiendo nada? ¡Tú! ¡Otro capullo embustero que he tenido el placer de conocer! ¡Lárgate ahora mismo de aquí! —exclamó roja de rabia—. ¡No

quiero volver a verte más!

Jack no se movió ni pestañeó. «O estaba como una chota o en una dimensión diferente». Eso sí, tenía el poder de hacer que su sangre circulara a toda pastilla para terminar en su miembro. La doctora se crecía enfadada, sus pechos se movían acelerados y su boca gruñía el inglés de una manera tan erótica que necesitó sentirla dentro de él. No vaciló al sujetarle firmemente la cara. La besó fuerte, apretándola contra su cuerpo pese a que ella no quería devolverle el beso.

—Estás como una cabra —dijo Jack sonriendo pegado a sus labios. Movié las caderas para frotarse impetuoso—, pero me gustas.

—Suéltame —siseó tratando de zafarse. No consiguió más que un milímetro de distancia—. Tú estás más loco que yo. Al menos mantengo mi palabra.

—Chris, por favor... —rogó sin variar la sujeción de sus manos—. Te he echado de menos, no entiendo por qué estás cabreada —dijo frustrado—. Háblame claro, joder. No supongas que te entiendo, porque te juro que estoy totalmente perdido.

—Pregúntale a la azafata de *Air Canada*. Seguro que encuentras pronto dónde ir.

Jack entrecerró un ojo.

—¿Todo esto es por...? —Alucinado, soltó una carcajada—. Me viste con Sofía... y has sacado tus propias conclusiones.

—No tengo ni idea de cómo se llama, pero sí, te vi besándola en el aeropuerto.

—Pero no fue un beso romántico —dijo contento, comprendiendo sus celos—, siempre me besa así, a mí y a todos los tíos que conoce.

—Pues no me gusta y no tengo intención de admitirlo.

—Por fin eres clara —comentó, le besó los labios muy despacio, enredando sus lenguas en otro de esos tangos sensuales que los dos sabían bailar entregados. Jack se apartó y, sonriente, murmuró—. Esto ha sido un beso, Chris —ronroneó—, y solo te los doy a ti. Y solo quiero que me los des a mí. —Jack le dio un piquito—. Ya que estamos siendo sinceros, me gustaría que entendieras una cosa: si he sido el segundo hombre con quien has hecho el amor, para mí, eres la segunda mujer con quien lo he hecho. Ni Sofía ni ninguna de las mujeres que han pasado por mi vida fueron nada comparadas con Cora y te garantizo que fue a la única que he amado.

—Perdóname, he sido un poco estúpida —dijo susurrante, bajó la

vista y añadió—: Se me cayó el alma a los pies cuando os vi. —Lo miró con lágrimas en los ojos—. He pasado unas vacaciones insostenibles por tu culpa.

—Lo siento mucho. —Jack le besó la frente con esa ternura que brotaba natural, ignorando el efecto demoledor que tenía en ella. Para despejar cualquier duda, explicó—. Mantuvimos una relación, por llamarla de alguna manera, sin más implicaciones que acostarnos cuando ella iba a Nueva York por su trabajo. Nos encontramos por casualidad —comentó tranquilo, se sentó en la silla con Christina en el regazo—. Yo tampoco he estado bien. Sabes que me gustas mucho y creía que estabas pasando de mí.

—No estás acostumbrado, ¿no?

—No —respondió risueño, siendo sincero. Volvió a besarla en los labios. El tanteo suave y prolongado prendió un fuego vertiginoso que incendiaba su cuerpo; aunque no tenía intención de quemarse allí y apartó la cabeza—. Vente esta noche a cenar con Ari. Me gustaría mucho.

—Tengo que ir a recogerla al colegio. Salgo en quince minutos. Si quieres, ven conmigo y después vamos a por Cordey.

—Acepto, doctora, me has convencido. ¿Dices que tenemos quince minutos?

—No. —Christina anduvo lista y se levantó como un fuelle—. Será mejor que mantengamos las distancias. No puedo arriesgarme a otra amonestación del jefe de personal —comentó con ironía—. Nunca se sabe cuándo puede llegar el padre borde de algún paciente.

—¿Llegan muchos? —preguntó disimulando una sonrisa.

—No, contigo tengo la lista completa.

—Me alegro. —Jack se acomodó en la silla, se quitó las gafas sonriendo y empezó a limpiarlas distraído—. Quiero ser el único en esa lista.

—Sí, con honores...

Sentado tras el volante del BMW, esperó Jack a que Christina entrara en el colegio para buscar a Ari. Había empezado a llover con fuerza y la puerta estaba concurrida de personas sujetando paraguas. Se intuía el otoño en los días más cortos, con una luz gris anunciando poco sol, humedad o, como esa tarde, tormenta; aunque a nadie parecía importarles en exceso; tenían por delante muchas nevadas. Sería entonces la época del enclaustramiento hogareño, cuando solo se vería en las calles a la gente que no tenía otro remedio que salir.

Corriendo con la niña de la mano, Christina llegó hasta el coche. Cuando Ari se sentó en el asiento trasero, Jack se giró y habló simpático.

—Hola, Ari —saludó contemplando a la pequeña morena, con unas pecas graciosas en la nariz y mejillas—, ¿cómo estás?

—Hola —dijo tímida, recordó a ese nuevo amigo de su madre y sonrió dejando apreciar dos filas perfectas de pequeños dientes blancos—, tú eres el tío de Ophie, el papá de su primito.

—Sí —afirmó contento, le guiñó un ojo a Christina y siguió atento a Ari—. ¿Te gustaría verlo?

—¡Sí! —gritó alocada—. ¡Mami, *porfi!*

—Tranquila, cariño —dijo sorprendida—, vamos a casa de sus abuelos para recogerlo y cenar juntos.

—¿En serio? —preguntó con los ojos celestes desorbitados, parecía emocionada por hacer algo diferente.

—Sí —afirmó Christina. No había querido interferir observándola más abierta, pero tampoco podía darle demasiada cancha porque Jack tuviera mano con los niños. En un tono amable pero severo, agregó—. Tienes que portarte muy bien, ¿de acuerdo?

—¡Sí!, ¡Sí!

Jack apretó los labios por no reír y Christina no supo cómo interpretar ese entusiasmo. De todos modos, también estaba feliz. De hecho, tan eufórica como su hija. Gracias a la conversación del hospital volvía la esperanza para ella y con el buen recibimiento por parte de Ari salvaba un obstáculo importantísimo.

Las dos aguardaron en el coche cuando llegaron a casa de los Drake y Jack corrió unos pocos metros bajo la lluvia hasta entrar. Distráida observando la solidez blanca y contemporánea de la fachada, Christina pensó en el trajín diario de Jack y en el apoyo incondicional de sus padres sin pretender sentir nostalgia por los suyos aunque fue inevitable; echaba de menos a su reducida familia a pesar de la relación a veces difícil con su madre. La mujer no terminaba de asimilar su divorcio de Graham y no perdía ocasión para insistirle en que diera marcha atrás. Esa obcecación solía acarrear agrias discusiones entre ellas hasta que mediaba su padre y calmaba los ánimos con manga ancha pero siempre de parte de la doctora.

Elizabeth salió al porche para despedirlos, sonrió a Christina y la saludó levantando la mano. Con el paso apresurado, Jack resguardó a Cordey en su pecho. Tras abrir la puerta trasera del vehículo contraria a la de Ari y colocarlo bien seguro en su sillita. Cuando estuvieron listos, arrancó mientras

Christina saludaba con mimos al bebé y la niña lo contemplaba extasiada.

—Hola, gordito —dijo en un tono cantarín. Su expresión se enterneció como cada vez que lo veía. Acariciándole la tersa carita sonrosada, admiró unos rasgos dulces, los llamativos ojos azules y el cabello muy rubio con unos mechones largos ensortijados en las puntas—, estás cada día más guapo.

—Hola, Cordey —saludó Ari dándole tironcitos de las manos.

Durante unos minutos escucharon Jack y Christina a Ari hablarle como si fuese un muñeco, compartiendo sonrisas y cómplices miradas.

—Ari, ¿te gustan los bebés? —preguntó Jack.

—Sí —afirmó sacudiendo la cabeza varias veces, mirándolo a los ojos por el espejo interior del vehículo—. ¿Me dejarás cogerlo en brazos?

—Sí, pero ten mucho cuidado porque es muy pequeño.

—¿Dónde está su mamá?

—En el cielo. —Jack sonrió, esperaba la pregunta—. Ahora es un ángel.

—¿En serio? Yo también quiero ser un ángel.

—Ari, cariño —cortó Christina—. Vigila a Cordey mientras llegamos.

—Déjala —dijo Jack en voz baja—, es normal que pregunte.

—Sí, pero no todo de golpe —susurró—. Ya irás conociéndola, no tiene fin, como le dé por algo no se cansa. Intenta no consentirla mucho, por favor.

—Es la primera vez que viene a mi casa, no pretendas que te la eduque en un rato.

—No quiero que hagas tal cosa —replicó cortante.

Jack frunció las cejas, extrañado por el tono.

—No he querido molestarte, estaba bromeando.

—Discúlpame tú. Me pone más nerviosa cuando se vuelve loca que cuando no quiere relacionarse. Es un poco impulsiva.

—¿A quién habrá salido, doctora? —Jack le acarició la mano, animándola a relajarse—. No te preocupes. —Le dio un beso en la mejilla y susurró en su oído—. Es una niña preciosa, como tú.

Una vez cómodos en su casa, Jack vertía la papilla en el cuenco con la leche templada y la mezclaba para convertirla en un perfecto puré fino sin grumos y observaba con satisfacción cada pocos segundos a Christina sentada en el sofá con Cordey en brazos y a Ari, que iba y venía de la cocina jugando con los muñecos del niño o canturreando inquieta, aunque ni mucho menos con el nivel de Ophie.

—¿Te ayudo? —preguntó Christina cuando Jack dejó el cuenco en la mesita de madera que había frente al sofá. Cordey gritó contento y Ari, diligente, se arrodilló delante y le ofreció una cuchara—. Cariño, espera un poco. —Christina evitó ese arranque solidario—. Ahora quema.

—Le sopló —afirmó decidida.

—Claro que sí, Ari —dijo Jack sonriendo—, dale de comer y yo preparo nuestra cena, pero hazle caso a tu madre.

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Ari arrugando la cara.

—¿Te gusta el puré de patatas y el pollo empanado?

Christina sonrió, pensando en que había elegido un menú sin riesgos y agradeció el detalle y su amabilidad cada vez que Ari se acercaba. Siempre tenía un gesto cariñoso para ella. Podía engañarse, creer que ese hombre

estaba fingiendo para conquistarla; pero no lo percibió así. Consciente de que no estaba acostumbrado a más de unas ligeras tareas domésticas, apreció el esfuerzo que hacía por su hija y volvió a ver al padre solícito, a un compañero divertido y a un buen cocinero en potencia.

Luego, cenaban hablando del colegio y las vacaciones sentados en la barra de la cocina, después de que Christina acostara a Cordey bajo la supervisión de Ari. La niña no vaciló al acompañarla ni al buscar los artículos de aseo, bien ordenados en cestos de mimbre dentro de una estantería baja, aunque se distrajo con la cantidad de peluches que había repartidos en un rincón del dormitorio y con una alfombra piano, fascinante para una loca de la música como ella.

—Está todo muy bueno, Jack —comentó Christina, miró a Ari—. ¿A que sí?

—Sí —afirmó moviendo la cabeza—. Nunca había visto a un papá cocinar.

—¿No? —preguntó Jack despreocupado, aun notando el cambio sutil de la doctora—. A mí no me gusta mucho, pero estoy aprendiendo. Si te apetece, mañana nos podemos atrever a hacer galletas o un bizcocho.

Christina apretó las cejas.

—No inventes —murmuró atenta a Jack.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó Ari conteniendo la respiración, miró alternativamente a su madre, que negó con la cabeza, y a Jack, que afirmaba sonriendo—. Mami, *porfi*, di que sí, *porfi*.

En ese preciso instante, compartió Jack con Christina la opinión sobre Ari.

—Al lado de la habitación de Cordey hay otra —dijo Jack retando a Christina. Para camelarse a la niña con descaro, añadió—: serías la primera persona en estrenarla.

—¿Y mami?

Christina entrecerró un ojo, dejándole el privilegio de salir solo de aquel jardín.

—Como mi cama es muy grande, si recoge la cocina, la dejaré que duerma conmigo.

—¿Y si no? —preguntó Ari preocupada—. Mami nunca friega los platos por la noche.

Escuchando la espontaneidad de la niña, Jack giró la cabeza para

enfocar los ojos en la escocesa perezosa.

—Pues tendrá que dormir en el sofá.

—No —exclamó Ari—. ¿No tienes lavavajillas?

—Ari, déjalo —dijo Christina, en parte contenta por la buena sintonía entre ellos y también con reservas por una naturalidad tan agradable como inquietante. Apenas se conocían, pero sus vidas encajaban al milímetro, y necesitaba ir despacio para creer que esa sensación de felicidad podía ser una constante con él y con Cordey—. Ya veremos si nos quedamos o volvemos a casa.

—Pero, mami, quiero quedarme —dijo lastimera—, Jack nos ha invitado.

—Hazle caso a tu madre, Ari —comentó Jack suave, aunque pensaba hablar con ella cuando estuvieran solos—, termina de cenar.

Christina agradeció ese apoyo. Cogió la botella de vino, rellenó las copas y levantó la suya.

—Por nosotros —dijo brindando con la copa de Jack, que volvió a sonreír sin el rastro molesto que había percibido en sus ojos unos segundos antes.

Mientras bebían, Ari los observó intrigada, si bien guardó un cauteloso silencio. Quería dormir en aquella casa, nueva y moderna, con más diversión que en la de ellas y donde su madre parecía sonreír con más facilidad, había un montón de juguetes y no estarían solas.

Cuando un rato más tarde Christina cumplía con la tarea en la cocina, Ari se adormiló en el sofá y se reclinó en el regazo de Jack, que relajado veía la televisión.

—Chris, voy a llevarla al dormitorio —dijo Jack, cogiendo en brazos a la niña—. ¿La dejo solo con la camiseta?

—Sí —respondió esbozando una sonrisa, salió de la cocina y acarició la cabeza de Ari, apoyada en el hombro de Jack—. He terminado, te acompaño.

Juntos acostaron a Ari. Bien coordinados, Christina la desnudó y Jack hizo la cama con un cálido edredón. Salieron sigilosos al pasillo, Jack sujetó la mano de Christina y abrió la puerta de la habitación de su hijo para cerciorarse de que estaba bien. Durante un corto tiempo contemplaron al bebé, pero bastó para que Jack se dispersara en los recuerdos y una lágrima lenta e incontenible recorriera su mejilla.

—Es tan pequeño... —susurró.

Ni siquiera pudo Jack terminar de hablar, salió rápido y se encerró en el cuarto de baño de su dormitorio. Lloró apoyado en el lavabo, frente al reflejo de su rostro en el espejo. Se vio descompuesto por el bajón de una melancolía traicionera. La misma que contrarrestaba su incipiente estabilidad mental gracias al traslado y a las emociones que sentía con Christina, resurgidas de un letargo tan necesario como indeseado.

La doctora regresó al salón y se sentó en uno de los sillones. Intentó abstraerse con la vista clavada en la chimenea de hierro; sin embargo, incluso entendiendo y respetando ese dolor, también se hundió en reflexiones pesimistas al verlo afectado, convencida de que nunca sería correspondida con el mismo amor que compartió con su mujer.

Pasado un buen rato consideró que Jack había tenido suficiente intimidad, apagó todas las luces y subió al dormitorio, donde escuchó correr el agua en la ducha. Sentada en la cama, el único sitio disponible dentro de un espacio considerable todavía sin más muebles que dos mesillas de noche a cada lado, se mantuvo atenta a los sonidos o, en aquel momento, al silencio que convirtió el latido de su corazón en un potente retumbar.

No tardó en abrirse la puerta del baño. Jack salió con una toalla alrededor de las caderas. Una de las beige con el rizo grueso que ella eligió en el centro comercial y no llegó a comprar. Sonrió breve, sin hacer ningún

ademán por levantarse.

—¿Estás mejor?

—Sí —respondió Jack avergonzado, no solía expresar sus sentimientos delante de nadie con facilidad—. Discúlpame, he fastidiado la noche.

—¿Por qué? —preguntó al levantarse—. Es normal que la eches de menos. —Delante de él, sonrió despacio, pero no de alegría, sino por compasión. Le acarició la cara, algo áspera a esas horas, y habló con ternura—. No te preocupes por mí, y a Ari la tienes en el bolsillo. Gracias por hacerla un poquito más feliz, me ha gustado mucho verla con Cordey y contigo, no esperaba que reaccionara así de bien.

—Es muy simpática —dijo Jack, sosteniéndola por las caderas—, me gusta. —Inclinó la cabeza y besó sosegado su cuello—. Igual que tú. —Le rozó pausado la barbilla con los labios hasta unir sus bocas en una suave caricia. Poco a poco relajaron sus mentes para seguir adelante sin el fantasma de Cora. Ese que se presentaba sin avisar pero no debía condicionarlo, y con mayor motivo si Christina estaba con él—. No he querido recordarla, estoy muy a gusto con las dos aquí.

—Tranquilo, no espero nada.

—¿No? —preguntó volviendo a sonreír alegre, pensando en que la había invitado para pasar un buen rato. Recordó las palabras de Sean y se sintió miserable, no solo porque había acertado, también porque era una mujer espléndida que trataba de animarlo sin recurrir al sexo—. ¿Te apetece tomar una copa abajo?

—Como quieras —admitió con un beso casto en la mejilla.

Mirándola suspicaz, movió la cabeza en una sutil negación.

—No te hagas ninguna composición extraña. Tengo asumido que Cora forma parte de mi pasado y quiero que tengamos una oportunidad; una, Chris, por mí, por ti y por nuestros hijos. He sido un egoísta toda mi vida, hasta Cora. Con ella me vi formando una familia y no pudo ser. Es pronto para nosotros, pero he aprendido muchas cosas a raíz de su muerte y dos son básicas: mi hijo está por encima de todo y nunca volveré a las relaciones puntuales con mujeres. No quiero esa vida, Chris.

—Estoy aquí a pesar de mis dudas o mis miedos —dijo sin atreverse a añadir todos los sentimientos que le inspiraba—, y también quiero intentarlo. Será complicado, pero no voy a quedarme con las ganas. He visto claras muchas cosas, para otras no tengo explicaciones —comentó, refiriéndose a los encuentros casuales e inexplicables antes de conocerse que seguramente

Jack desconocía y para ella eran señales de algo inmenso por encima de la razón—, y ya no voy a luchar para resistirme. Si tú y yo funcionamos como pareja lo aceptaré y si no puede ser por alguna razón también lo aceptaré. Pero siempre hablando solo de nosotros y nuestros hijos, con formalidad, sin jugar con ellos.

—Jamás, Christina —dijo serio—, por mi parte no me planteo estar picando de flor en flor, eso ya lo he vivido durante demasiado tiempo. Solo espero que no decidas regresar a tu país.

—No lo sé, Jack —comentó tragando despacio—, es el primer día que estamos los cuatro juntos, vamos a ir tranquilos. No me pidas ahora mismo una promesa que no puedo hacer.

—De acuerdo —dijo mirándola cariñoso—, haré que olvides Escocia.

—Eso es imposible. —Christina sonrió con picardía y besó sus labios—, pero inténtalo, quién sabe...

A Jack se le olvidó el whisky con el cuerpo de Christina pegado al de él y dejó de pensar para amarla. Los besos y caricias, junto a otros sabores más adictivos, los envolvieron para llenar la penumbra de sensuales sombras. Aquellas que se movieron con libertad sobre la cama como salidas de un encierro indeseado, locas por entrelazarse y gritar que todo tenía color cuando

no se miraba con los ojos, que la luz blanca no existía más allá de una percepción irreal y que ese deseo impredecible podía iluminar sus vidas de nuevo.

Tanto Jack como Christina se enredaron en una ilusión fantástica donde sucumbieron al embrujo de un sexo pausado. Se amaron con embates profundos llenos de ternura y sintieron el acople ideal de sus cuerpos, igual que la esperanza de un futuro juntos.

Con una sonrisa y tumbado boca arriba, Jack respiraba agitado mirando el techo mientras pensaba en que nunca había hecho el amor con tanta dulzura. Podía engañarse y achacarlo a que la doctora sosegaba sus arrebatos más agresivos, en cambio no sería ni justo ni convincente. Tenía temperamento para aplacarlo, sensualidad para convertirlo en un esclavo de su cuerpo, una inteligencia curiosa fuera de dudas y encima era la mujer más hermosa que había contemplado. ¿Estaba enamorándose de ella o no hacía falta porque ya se había enamorado? Así como Cora fue un ciclón en su vida, Christina soplaba una brisa constante, a veces arisca y ardiente otras, pero siempre siguiendo un patrón para dirigirlo hacia la estabilidad que quería.

—¿Qué te pasa? —preguntó Christina, pasándole los dedos por la barba—. Ha estado muy bien.

Jack giró el cuerpo para quedar encarado con ella y sonrió.

—¿Te ha gustado? —preguntó acariciando sus pezones, levantó la vista—. Dame unos minutos para repetir.

—No hace falta —dijo algo confusa—, es mejor que nos durmamos. —Pensó que se veía obligado a satisfacerla cuando iba sobrada con muy poco después de tantísimos años sin catar el buen sexo con un hombre—. Ari se levanta muy temprano incluso los sábados y los domingos.

—Como Cord —afirmó antes de sacar la punta de la lengua y empezar a jugar con ella por sus pechos. De repente se abrió la puerta del dormitorio. Ari ladeó la cabeza y encogió la nariz. Jack se separó bruscamente, la miró y sonrió. Christina quiso fundirse con el edredón y desaparecer—. Hola, Ari —saludó Jack simpático—. ¿No puedes dormir?

—Sí, pero me estoy haciendo pipí y no sé dónde está la luz del baño.

Christina se incorporó y esbozó una sonrisa incómoda.

—Ahora voy, cariño. Espérame fuera. —Christina salió de la cama dos segundos después de que la niña cerrase la puerta. Buscó en el suelo las bragas y la camiseta y se las puso rápido—. Menudo marrón, lo siento.

—No te disculpes —comentó poco afectado por la interrupción,

seguía cómodo y desnudo cobijado en la cama. Con un guiño, añadió antes de que dejara el dormitorio—. Te espero.

El sonido estridente de la alarma de Jack concluyó una noche especial. Bostezó girando la cabeza para contemplar un instante a Christina, recordando que se quedó dormido sin cumplir su palabra. Le besó el hombro y abandonó la cama para empezar otro día donde todavía no se vislumbraba claridad suficiente.

Tras una revitalizante ducha, se vistió con unos vaqueros y un jersey negro y recogió la ropa del suelo. Colocó las prendas de Christina a los pies de la cama y las suyas las hizo una pelota para llevarlas a la lavadora.

Entró en la habitación de Cordey, que estaba despierto, y lo alzó en brazos.

—Hola, cariño, buenos días —saludó sonriente. Ya no percibía putrefactos olores acostumbrado al mismo recibimiento diario—, voy a ponerte limpito para desayunar, ¿qué dices?

Enfrascado cambiándole el pañal, no advirtió a Ari en la puerta.

—Buenos días —dijo la niña, mirándolo interesada—, ¿puedo verte?

—Por supuesto, Ari —respondió contento—, pásame las toallitas —dijo casual. Ari las localizó en un periquete, se las dio y se quedó inmóvil observando. Al notar sus ganas por ayudarlo, preguntó sonriendo—. ¿Te atreves tú?

—¿En serio?

Jack asintió y Ari se emocionó. No fue un gran trabajo hecho a la perfección, pero pasaron un rato hablando, bromeando y mimando a Cordey; se divirtieron juntos.

Luego, desde la cocina, tras darle el biberón al niño y sentarlo en el balancín que tenía en el salón, Jack, con el desayuno casi listo, apoyó las manos en la barra sin quitarle los ojos de encima a Ari. Estaba de rodillas al lado de Cordey, hablándole como si pudiese entenderla, cariñosa y siempre pendiente a todos sus movimientos. Los dos se gustaban, no había más que ver cómo su hijo trataba de llamar la atención de Ari y cómo ella correspondía.

—Tendrás que pedirle a Papá Noel algún muñeco para que puedas cuidarlo.

—Ya tengo —dijo con su graciosa vocecilla de pito—, pero no es igual.

—Bueno, pero para practicar están bien.

—Me gusta más Cordey. Le pediré un hermanito.

—Perfecto —admitió rápido—, pero no sé si mami querrá.

—¿Por qué? —preguntó inocente—. Yo quiero tener un hermanito.

—No sé, Ari, háblalo con ella —comentó evasivo—, de todas maneras quedan tres meses para la Navidad, tienes tiempo de pensar bien tu regalo.

—¿Qué estabas haciéndole anoche?

—¿A quién? —preguntó disimulando una sonrisa, sacó las tazas del café y las colocó en la barra—. ¿A tu madre?

—Sí, cuando fui a buscarla para ir al baño.

—No sé qué estaba haciendo —comentó con un leve encogimiento de hombros—, pero seguro que era algo bueno.

—*Madainn mhath* —dijo Christina recién duchada entrando en el salón. Vestía la misma ropa del día anterior: un pantalón y una camiseta negros. Ari se levantó y la abrazó risueña—. Buenos días, cielo. ¿Has dormido bien?

—Sí. Y he ayudado a Jack, hemos cambiado juntos a Cordey.

—Me alegro. —Christina miró a Jack y preguntó—. ¿Se ha portado bien?

—Sí —respondió inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Eso era escocés?

—Sí. —Fue hasta el balancín, cogió al niño en brazos y le besó las mejillas—. *Madainn mhath* a ti también, gordito.

Cordey abrió la boca emitiendo una risa alegre al sentir las manos que le hacían carantoñas en la barriga.

—Tiene más suerte que yo —comentó Jack, sirviendo el café. Había sentado a Ari en uno de los taburetes y ya tenía por delante un tazón de leche con cereales—. Qué vamos a hacerle...

Christina dejó al niño en su sitio y volvió a besarlo, aunque esa vez no apartó los ojos del padre. Al instante, a sabiendas de la ávida espectadora que tenían, se acercó a Jack sonriendo y le besó los labios sin lengua ni duración, en otro roce tierno.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor —susurró, se inclinó en su oído y siguió—, gracias por estar aquí con Ari.

—De nada —dijo sonriendo agradecida, se sentó entre Ari y él y agregó—. Tengo que pasar por casa para cambiarme y traerle algo de ropa. De haber sabido que nos quedaríamos a dormir habría venido preparada.

—Te prefiero impulsiva, pero si quieres cuando desayunemos vamos. Quedaos hasta mañana, todo el fin de semana.

—No sé, Jack, tengo cosas que hacer. Entro mañana por la noche de guardia, tengo que avisar a la chica que se queda con Ari...

—No voy a insistir —dijo murmurando, consciente de los ojos y oídos curiosos de Ari—, aunque creo que son excusas.

—Quiero estar contigo —susurró—, y voy a decirte lo mismo que me dijiste anoche, no te hagas ninguna composición extraña porque los dos tenemos obligaciones.

—No me lo recuerdes —comentó resignado. Con todo lo que tenía en la cabeza olvidó que los Hosborn no habían visto a Cordey en casa de sus padres y era posible que quisieran “ejercer sus derechos” esa misma tarde o la siguiente—. Seguramente los abuelos de Cordey vendrán hoy o mañana.

—¿Los padres de tu mujer?

—Sí —respondió, pensando en contarle algunos detalles cuando Ari no estuviera presente—, suelen ir a casa de mis padres, pero no sé por qué razón esta semana no han ido.

—No creo que les guste verme aquí.

—Me da exactamente igual —replicó despectivo—. Decidimos nosotros.

Pasado un rato, Ari se sentó en el sofá a ver dibujos animados mientras ellos terminaban de desayunar. Christina había notado la tensión que Jack intentó enmascarar bromeando con Ari y preguntó:

—¿No te llevas bien con tus suegros?

—No son mis suegros porque nunca lo han sido —habló sin enfado—, Cora era la mujer de mi hermano Gabriel cuando la conocí. —Jack continuó sin inmutarse por la expresión sorprendida de Christina—. Se divorciaron el año pasado y... ella y yo...

Jack necesitó bastantes minutos para contarle su historia, deteniéndose a veces en unos recuerdos buenos, en otros regulares y en los peores: la pelea con Gabriel y la inesperada muerte de Cora.

Sin conocerla, sumida en el sentimentalismo de esa trágica desgracia, Christina lloró acompañando al hombre que la amó y ella amaba.

—Esto es muy complicado para mí, Jack —dijo, limpiándose las lágrimas, quería ser franca pero temía su reacción—. Creo que me he enamorado de ti. —Sonrió triste—. Lo siento mucho.

No pudo seguir hablando al sentirse tonta, se levantó y subió la escalera de prisa para no explicarle abochornada unos sentimientos con los que no contaba en tan poco tiempo. En un estado confuso llegó al dormitorio para desahogarse, aunque Jack entró detrás y no le permitió ni sentarse en la cama. Firmemente la abrazó. Trató de darle consuelo, aunque provocó más caudal atormentado en la inmensa oscuridad de sus ojos.

—No sientas quererme —murmuró Jack—. Creo en los flechazos. Sé que te vi por primera vez en el Laurier, tropecé contigo en la escalera mecánica. No pude quitarme tus ojos de la cabeza hasta que discutimos en el hospital. ¿Sabes por qué? —preguntó, le besó la frente—, porque ese día dejé de buscarlos.

—Esa no fue la primera vez que nos vimos... —Christina levantó la cabeza, mirando unas turquesas donde se mezclaban los verdes con azules para iluminar de alegría un mar tropical. Le contó el encontronazo del mes de

mayo en el aeropuerto de Nueva York y Jack reconoció contento que la suerte otra vez le sonreía de cara. Se besaron calmados, abrumados por la conexión fascinadora de las coincidencias. Ya sin rastro de aflicción, Christina sonrió y dijo—. Teníamos que conocernos, estaba escrito.

—¿Crees en esas cosas?

—Hasta hace muy poco no me lo había planteado, pero tú dirás qué opciones tenemos.

—Si es nuestro destino, no vamos a contradecirlo —dijo Jack, le dio un suave beso en la boca—. ¿Verdad, doctora?

La risa de Ari los guió de vuelta al salón con las manos unidas. Fue un gesto para proclamar cómo se sentían y cómo pensaban iniciar un recorrido diferente donde la experiencia y la madurez asumían relevancia. Los dos sabían que necesitaban paciencia; aunque esa virtud era una desconocida para Jack y escaseara en Christina. Sobre todo, cuando más tarde Graham llamó para hablar con Ari, que le narró con pelos y señales dónde y con quién estaban, y tuvo la desfachatez de reprochárselo a Christina.

Durante la conversación, Jack permaneció sin pronunciarse al verla irritada, empezando a acusar bastante hostilidad por el médico. El mismo que anunció una visita en octubre de varios días y pretendía alojarse con ellas.

Ante ese nuevo escollo, no quiso mantener la boca cerrada.

—Me da igual que en Nueva York te quedaras en su casa, también fue tuya —dijo fregando las tazas del desayuno mientras Christina estaba apoyada en la encimera—. Como viene para estar con su hija, que se quede con ella, pero tú te vienes conmigo.

Christina sonrió al percibir sus celos.

—Tiene novia —comentó despreocupada.

—¿Y qué? —preguntó beligerante, irónico dijo—. Por lo que me has contado es un buen elemento.

—Sí —afirmó con un suspiro—, pero dejemos de hablar de él. ¿Reservaste en Stoneham?

—Sí, pero no esperes nieve.

—No lo haré —comentó, abrazándolo por detrás—, con estar juntos me conformo.

A Jack el calor femenino consiguió reconfortarlo, si bien no llegó a disipar del todo la duda que le rondaba sobre los sentimientos de ella hacia su exmarido; creyendo que veinte años juntos no podían borrarse en uno aunque

quisiera olvidarlo con él. Dudaba que el eminente cardiólogo hubiese salido por completo de su corazón; al fin y al cabo, era el padre de Ari; y esa unión no tenía caducidad; Graham McCoy siempre estaría en sus vidas. Y, si seguían fluyendo como deseaban también sería una constante para ellos. Quedaba comprobar si beneficiosa o nefasta. Y él optaba por la segunda opción porque la actitud del médico no animaba a esperar una relación cordial.

TRECE

San Juan de Terranova, 23-9-13

Terranova y Labrador, Canadá

Con la vitalidad que solía desplegar la doctora Julia Mills saludó esa mañana de manera afectuosa a Claire y a Gabriel cuando entraron en la consulta para la última revisión antes del parto. Pese a la apariencia informal que mantenía Julia, con el cabello muy corto esa vez teñido en un rubio platino que Gabriel detestaba y en ella parecía natural, una ristra de pendientes en la oreja y la ropa más estrafalaria que nadie pudiera vestir en plenitud de sus facultades, ambos confiaban en su profesionalidad. Terminada la exploración les confirmó que la niña estaba preparada para nacer en cualquier momento.

A Gabriel se le agolparon todos los temores en la garganta con un nudo opresor para impedirle vocalizar ninguna palabra cuando conducía el Bronco a paso de tortuga regresando al Boreal, sin advertir que Claire también andaba con su preocupación rozando el pánico.

—Si tú estás así, imagínate cómo estoy yo.

—Perdóname, cariño, pero creía que tendrías contracciones —dijo Gabriel, suspiró agobiado—, no sé... Tal y como lo ha pintado Julia no voy a ser capaz de irme al banco y dejarte sola. Si al menos estuvieran aquí Liosha y Léonore estaría más tranquilo.

Claire lo observó incrédula.

—Tienen previsto volver el diez —comentó sin entender qué garantías le daban su abuelo y su novia octogenarios—. Pero tú no puedes faltar al trabajo por mí. Tendremos que confiar en que no estaré sola. Ethel y Elo no creo que tampoco me dejen.

—Prefiero ser yo quien esté contigo —comentó serio.

—¿Piensas en Cora?

Gabriel volvió a suspirar y asintió despacio.

—Mucho. Incluso he pensado que des a luz en Quebec. Me da más confianza.

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. El Saint Clare's Mercy está equipado perfectamente y lo tenemos aquí al lado, Julia me atenderá. No podemos dejar que eso nos condicione.

—Lo sé, cariño, pero en este momento me condiciona.

—Vamos a ser positivos —comentó cuando circulaban por la calle del Sheraton. Parados en un semáforo, Claire vio a Cybill hablando con un hombre. Andaban hacia el hotel, los dos llevaban maletines y vestían ropas muy formales que sugerían una relación laboral. No había vuelto a verla desde febrero, alejándola por completo de su recuerdo—. ¿Otra vez está esa por aquí?

—¿Quién? —preguntó confuso, miró en la dirección que Claire indicó con un gesto torcido y dijo despreocupado—. Ni idea, hace meses que no la veía. Espero que no te dé por ella.

—¿Disculpa? —preguntó cínica—. Yo no tengo ningún problema con ella, es más bien ella quien tiene una fijación contigo.

—No tiene nada conmigo, la última vez que hablamos le dejé las cosas claras.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó mordaz.

—No sé... antes de casarnos. Coincidimos un día por la mañana, iba con *Shu* y hablamos un rato.

—¿Ya no va por el banco a buscarte?

—No —respondió paciente, sin ganas de una discusión—. Te agradecería que dejaras el tema porque sabes que entre nosotros no hay nada y porque me satura que no te fíes de mí cuando no te doy motivos para que estés celosa.

—No quieres enterarte, o bien porque no te da la gana o porque quieres quitarle importancia para que no me enfade, pero nunca he dudado de ti, sino de ella.

—Para que ocurriera algo yo tendría que querer —dijo irónico—. ¿O estás suponiendo que soy tan imbécil que ni siquiera puedo decidir por mí mismo?

—No, pero vuestro cerebro funciona diferente al nuestro.

—Claire, déjalo. —Gabriel habló seco—. Ahora mismo tengo algo mucho más preocupante de lo que ocuparme que de una persona con quien me acosté una noche, antes de conocerte, no lo olvides —comentó severo—. Sabes perfectamente que aborrezco las generalidades; ni todos los hombres somos iguales ni todas las mujeres tampoco.

—No te enfades —comentó conciliadora—, es que la he visto y me ha tocado la moral; no la soporto.

—Muy bien, puedo comprenderte, me pasa igual con el italiano o con el capullo americano, pero no me gusta que me compares con nadie.

—No lo hago —dijo cariñosa, le besó la mejilla—, perdóname.

—Hecho —replicó rápido sonriendo, vio un hueco para aparcar en el lateral de la catedral y empezó a maniobrar—. Hablando de Gallagher, ¿has leído el artículo que han publicado hoy en *The Telegram*?

—Sí, qué pena. —Claire abrió la puerta del todoterreno, se quedó con las piernas colgando y una mano bajo el vientre, incapaz de bajar sola. El Inquisidor era muy atento, siempre, y no tardó nada en sujetarle la mano para darle seguridad—. Gracias, cariño, estoy torpona.

—Mejor, a punto de parir —comentó con un besito en los labios, entrelazó una mano con la suya y anduvieron hasta la puerta de la casa, donde *Shu* los esperaba ladrando y correteando al otro lado del seto—. Está histérica.

—Ya somos tres.

Al momento, entraron para recibir el aroma inconfundible de la comida de Ethel, la maestra en cocina española, y el afecto del animal, que con poco más de un año se había convertido en una belleza. Tenía el pelo

suave en todos los tonos canela posibles, una vitalidad desbordante, un carácter afable y protector con todos los miembros de su entorno y desde hacía meses obedecía de inmediato. *Shu* los tenía enamorados, e incluso parecía entender que pronto la familia aumentaría, ya que a veces cuando Gabriel estaba en el sofá abandonaba sus pies para apoyar la cabeza con mucho tiento en la barriga de Claire. Después de saludarla, siguieron el rastro de un cocido madrileño hasta la cocina.

Encontraron a Ethel trajinando en el fregadero y a Eloise planchando allí mismo siguiendo una costumbre bien arraigada e inamovible.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó Ethel.

—De eso quería hablaros —dijo Gabriel, se sentó en la mesa y acarició la cabeza de *Shu*—. Puede nacer en cualquier momento, así que a partir de ahora mismo estamos en alerta, todos.

Cautivada por el olor, Claire se acercó a los fogones, levantó la tapa de la olla y aspiró con ganas, pensando: «¡Qué delicia!». El gesto no pasó desapercibido para Ethel, que sonrió contenta y también supervisó el guiso.

—Pero no os paséis, por favor —dijo Claire en un tono seco—. Cuando llegue, que estemos listos pero sin agobiar.

—Descuida —dijo Eloise, desenchufó la plancha y la guardó en el cuarto de lavado. Desde el interior, habló alzando la voz—. En su habitación te he dejado los juegos de sábanas para la cuna, ya están planchados. Con eso, creo que terminamos.

—Empezamos —rectificó su hermana—. Estoy loca por tener un bebé en esta casa —dijo risueña, dando por finalizada la preparación de la comida. Se puso un abrigo oscuro de paño fino, quitó alguna pelusa imaginaria y se lo abrochó. Eloise, dado que tenía más reservas de grasa en su cuerpo orondo, se anudó al cuello un pañuelo como toda protección contra el frío que todavía era un frescor tolerable y recogió la tabla de planchar. Mirando a Claire, comentó—. Hace un rato ha telefoneado Liosha, quería hablar contigo.

—Ahora lo llamaré —dijo Claire. Cuando las Friars salieron, se sentó en la mesa y cogió un trozo del queso recién cortado por Gabriel—. No entiendo por qué no me llama al móvil. Espero que estén bien, no me fío nada de él.

—Es mayor, cariño. No te preocupes demasiado, Léonore lo tiene atado en corto —habló sosegado, más interesado en el maridaje del tinto con el queso—. ¿Qué te ha parecido el artículo?

—La información, perfecta; el hecho, una vergüenza. No me extraña

que haya desaparecido —negó levemente, recordando la extraña huida de Gallagher a un paradero desconocido—. Pero lo importante es que se ha hecho público y todo el mundo lo sabe, aunque solo haya incurrido en una sanción.

—Veremos si paga o no. Desde luego no va a poder seguir como fotógrafo, y dudo que siga en la enseñanza, al menos aquí, y cuando se corra la voz... no sabría decirte.

—Aparte de lo triste que es pretender ser un artista a costa de otros, a veces no llego a comprender a las personas, te lo juro.

—Que se joda. Tenemos un montón de temas pendientes para compadecernos de él —dijo despectivo, bebió impasible y añadió—: A ver si cuando vuelva Léonore podemos organizar una reunión con Daniel para ir diseñando la reforma de Essex. ¿Has hablado con Zanelli?

—Sí, por correo electrónico. De entrada todo va bien. Quería que asistiera a la inauguración de Janssen, pero le he dicho que no —comentó antes de que Gabriel saltara como un resorte—. Volveré a MaiSa en diciembre para mi última exposición allí. No ha objetado nada, aunque me imagino que no le habrá hecho ninguna gracia.

—Que se joda —repitió en un tono plano—. Es un sinvergüenza, lleva

dándonos largas desde agosto. Qué casualidad que solo los documentos de esas obras sean los que ha traspapelado. Yo sí que no entiendo cómo Marion confiaba en él. Pero te prometo que no va a enterarse de la venta hasta que la firmemos y te aseguro que será antes de Navidad —dijo convencido. Desde que decidieron no seguir con la galería, por medio de Léonore y los contactos que tenía en el mundillo artístico, no tardaron más que unos días en recibir varias ofertas, que estaba estudiando—. Tenemos que sentarnos tranquilamente a ver cual prefieres, aunque son bastante parecidas.

—Luego, mi amor —dijo cansada. Sintió una contracción, la primera, y encorvó el cuerpo hacia delante—. Dios...

De repente, el Inquisidor flaqueó. Se agachó a su lado.

—¿Ya? —preguntó sin disimular sus nervios.

Claire no pudo responder hasta pasados unos largos segundos.

—No lo sé, pero lo dudo, deben repetirse cada pocos minutos —habló concentrada en los ojos inmóviles de Gabriel en ella, no parecía con intención ni de moverlos ni de mover el cuerpo. Con ironía, comentó—. ¿Vas a esperar ahí la siguiente?

—Sí —afirmó sin otra cosa en el pensamiento—. El tiempo que haga

falta.

Claire se rió de él.

—No seas tonto, cariño, esto es un aviso. Tu hija es tan impaciente como tú.

—Eso no me ayuda —dijo Gabriel, se arrodilló cómodo y dejó caer suavemente la cabeza en el regazo de Claire. Acariciando su vientre habló con ternura—. Os quiero mucho a las dos.

—Y nosotras —dijo, peinándole el cabello, otra vez algo largo—. Todo va a ir bien, mi amor. Nuestra hija está velada por un montón de ángeles, no pueden fallarnos.

Gabriel no preguntó quiénes eran porque conocía la identidad de todos y cada uno de ellos. Rogó para que escucharan a su nieta, su hija y su sobrina. Necesitaban todo el apoyo que pudieran recibir, viniera de donde viniera por evitar otra tragedia. Aquella fe los animó a continuar con una rutina sosegada, como mínimo hasta el día en que Isabella Drake decidiera aparecer.

La inesperada primera tormenta de nieve arreciaba en Stoneham tras horas descargando en las montañas aquel sábado por la noche. Las ráfagas de

viento salpicaban los cristales de la suite de Le Manoir du Lac donde Jack y Christina llevaban encerrados con sus hijos desde que llegaron el día anterior. Gracias al espacio acogedor, con suelos y paredes de madera, pese al aislamiento, ni los niños ni ellos se aburririeron. Pasaban el tiempo jugando o charlando como una familia consolidada.

De nuevo el tiempo traicionaba a Jack con prisas. Ya la primera vez que hizo el amor con Christina reconoció en ella a la mujer de sus sueños y con la buena sintonía entre sus hijos no se planteaba otra cosa más que avanzar en su relación, que se desarrollaba a una velocidad apabullante. Para él solo podía significar que debía encauzarla hacia una convivencia permanente; aunque tal y como lo pensaba desechara la idea creyendo que sería demasiado pronto plantárselo a Christina e incluso porque no entraba en sus planes a corto plazo y así se mantenía fiel a sí mismo.

Después de cenar en el restaurante, Jack se encargó de acostar a los niños. En la amplia suite había un salón con chimenea; dos habitaciones, una era la que compartían los niños; y un baño muy grande, con una bañera que Christina admiró embobada pero aún no había probado por no encontrar el momento.

Se detuvo unos segundos al salir contemplando el rostro de Christina iluminado por la ardiente luz de la chimenea. Estaba sentada delante, en el

suelo, sobre una alfombra grande de lana, con las piernas estiradas y la mirada ausente obnubilada en las llamas. Sonrió pensando en la paz que sentía con ella. Esa sensación no tenía nada en común con la pasión irracional que vivió con Cora. Ahí, en la penumbra, admiró a la doctora por darle el equilibrio que buscaba, por amarlo desde que se conocieron y, sobre todo, porque había tenido la valentía de decírselo cuando él no había pasado de un tibio “me gustas”. En aquella noche fría, Jack decidió afrontar que la mujer que había entrado en su vida de manera imprevista con la sutileza de la brisa también lo enamoraba con golpes intangibles y certeros.

Se sirvió en un vaso dos dedos de whisky de una licorera bien surtida por el hotel y se sentó a su lado sin que Christina dejara de sonreír, parecía contenta.

—¿Se han dormido? —preguntó Christina.

—Sí —afirmó, la besó en la mejilla y echó el cuerpo hacia atrás, buscando una postura más cómoda. Se tumbó apoyado en los codos, bebió un sorbo del vaso y se quedó abstraído durante unos minutos en el baile vivo de las llamas—. ¿Qué te parece esto? ¿Era cómo lo habías imaginado?

—Sí. Es precioso, Jack —respondió echando una mirada rápida al hombre más atractivo que conocía. Vestía una camiseta blanca y un pantalón

negro, y tenía la cara cubierta por una barba ligera. A pesar de su hermetismo para expresarse, sentía que podía aspirar a su amor; algún día, despacito, aunque le partiera el corazón. Era incapaz de exigirle nada porque había asumido un conformismo a base de desengaños con su exmarido. Cualquier detalle cariñoso por parte de Jack se colaba en lo más profundo de un alma que nadie intuía atormentada cuando era como se sentía. Ese presente se había convertido en menos tiempo del que jamás imaginó en un motor tan potente para ella que mitigaba la carencia de declaraciones románticas. Con Jack prevalecían los hechos, una actitud protectora y un sexo maravilloso también recién descubierto. Christina se calentó con un pensamiento lascivo, quería gritar que con él era libre y que gracias a él no se avergonzaba de ser explícita; algo impensable con Graham, que fue un conservador con ella respecto a su sexualidad. Recorrió con la mano el pecho de Jack y lo miró con un brillo perverso en los ojos—. ¿No tienes calor?

—Un poco —respondió con voz grave, le mordió suavemente el lóbulo de la oreja—. Veamos que oculta este jersey tan grueso —dijo sucumbiendo de inmediato. Jack metió una mano por debajo del jersey y lo levantó hasta el ombligo. Sonrió y dejó el vaso en el suelo para seducirla—. Ummm —ronroneó tras inclinar la cabeza sobre el estómago de Christina y empezar a besarlo. De forma automática, el cuerpo femenino se fue arqueando para facilitarle el acceso. Jack le subió los brazos, tiró de la tela

hacia arriba y, atento al deseo que percibía en los leves suspiros de la doctora, se lo sacó por la cabeza—. Estás muy buena —susurró besándole un pecho mientras sus manos le desabrochaban el sujetador. Ver aquellos senos a escasos centímetros de sus labios, empalmó a Jack de una manera violenta, llegó a dolerle. Pausadamente terminó de desnudarla. Se levantó sin apartar la vista de ella, que tragó despacio, expectante, y cogió una de las mantas de la cama—. Mejor prevenir, cariño.

Al escucharlo, Christina no controló la humedad que inundó sus bonitos ojos oscuros, que Jack acarició con los de él cuando le tendió la manta.

—Gracias —dijo aguantando el llanto sensiblero que no pretendía tener en aquel momento—, estás en todo.

Jack sonrió breve, se quitó la camiseta y los pantalones, dejándole ver el esplendor varonil de un cuerpo bien formado, con una musculatura firme sin exagerar. Volvió a sentarse, se cobijó bajo la cálida manta con Christina y le acarició la cara.

Pendiente a la tristeza que interpretó en su mirada, preguntó en un murmullo:

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Christina acercó los labios a los suyos sin ganas de hablar para no incomodarlo con unos sentimientos que la desbordaban y lo besó en un tanteo indeciso—. Hazme el amor.

—Voy a hacerlo, cariño.

—Por favor, Jack —rogó otra vez enturbiada por la ternura, aunque no pudo reprimir una lágrima—, no hables.

—Dime por qué estás así.

Christina negó con la cabeza.

—No, solo quiero sentirte.

—Chris, si lloras, no puedo hacerlo.

—Lo siento, no estoy triste —dijo esbozando una sonrisa—, de verdad. No sabes lo feliz que soy cuando creo que me amas.

Jack entendió esa resignación de aceptar lo que él quisiera darle y volvió a sentirse un miserable por no reconocerle que con ella era el hombre que quería ser. La observó atentamente, sopesando la implicación de hablarle con franqueza, pero prefirió reservarse unas palabras definitivas para cumplir sus deseos, ya que no quería aventurarse cuando no estaba seguro de que esa

extraña felicidad fuese solo por él y Graham no estuviese implicado.

Sin embargo, mientras amaba su cuerpo fue incapaz de aislarse. Jack cumplió con ternura siendo generoso, pero Christina se dio cuenta, creyéndose responsable por limitarse a recibir sin ofrecer mucho a cambio.

—Voy al baño —dijo Christina cuando Jack se separó de ella, se colocó la camiseta y añadió—: quiero acostarme, estoy cansada.

—Te espero en la cama —dijo serio.

Jack se sentó y durante unos minutos agachó la cabeza masajeándose las sienes. Oyó abrirse la puerta del baño y se levantó. Dejó la chimenea encendida, todavía con un fuego alegre para caldear el salón y llenarlo de romanticismo pese a la tensión que flotaba en el ambiente. Christina se puso un pijama de dos piezas sin ver a Jack con el ceño apretado abriendo el cobertor para acostarse.

Se tumbó de lado junto a él, mirándolo.

—Buenas noches —dijo Christina, trató de sonar normal. Le besó los labios y sonrió—, que descanses.

—Y una mierda voy a descansar.

Jack sonó muy borde.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó, entrecerrando los ojos. Pensó que estaba enfadado por el sexo y dijo—. Siento no ser más lanzada.

—¿De qué estás hablando?

—No sé... —respondió ruborizada—, me ha dado la impresión de que esta vez no te ha gustado.

—¿A ti sí? —preguntó irónico.

—Sí.

Jack le sujetó la barbilla, manteniendo los ojos fijos en los de ella.

—Te conformas con nada y me jode. Ha sido una mierda de polvo —dijo intentando suavizar las palabras con el tono—, pero he sido yo el culpable porque no he podido quitarme de la cabeza tus lágrimas. —Jack acarició su cara, cerró los párpados unos segundos y siguió—. Dices que eres feliz, en cambio hace un rato estabas triste.

—No era por ti —mintió para terminar la charla y no hablarle de nada relacionado con emociones ni el pasado, abrazó su cintura y se amoldó a su silueta—, duérmete, tenemos que levantarnos pronto.

—No me engañas, Chris, pero si no quieres contármelo no voy a insistir más —habló maldiciendo mentalmente a Graham. No se conocían pero llegaba a aborrecerlo—. Buenas noches, cariño.

Con un beso suave en los labios, Jack respetó un silencio que lo confundía y malinterpretaba. Durante horas no concilió el sueño, pensando en que algo se le escapaba con su exmarido. Las veces que Christina había hablado con él por teléfono cuando estaban juntos acabaron en discusiones llenas de reproches. Esa inquina podía ocultar razones que no se atrevía a imaginar y coartaban el impulso de gritar la importancia de su amor para él.

El día siguiente amaneció soleado pero gélido. En cuanto Ari tocó diana, Christina se levantó y fue al otro dormitorio, donde Cordey balbuceaba en la cuna entretenido con el peluche de una vaquita.

Cogió en brazos al niño y sonrió con la misma alegría que reflejaba él con su babosa risa.

—*Madainn mhath*, gordito. ¿Has dormido bien con Ari?

—Sí, mami —respondió Ari, se acercó medio desnuda—, huele muy mal.

—Porque es pequeño y todavía no sabe controlarse —dijo colocando encima de la cama la ropa de su hija—. Ve vistiéndote y yo lo cambio.

Mientras aseaba al bebé, Ari se ponía la ropa de abrigo. Cuando terminó, se sentó en la cama con él, jugueteando distraída.

—Mami, ¿Jack y tú sois novios?

—Sí, cariño —respondió confiada—. Vigílalo un momento.

No dio pie a más charla al salir para vestirse. Eligió unos prácticos vaqueros, un jersey blanco de lana y unas botas planas de color negro. Aprovechó también y preparó el biberón con cereales de Cordey, gracias a que Jack había traído un calentador, y volvió en unos minutos. Ari cumplió la orden al pie de la letra, seguía a su lado sentada como un indio hablándole.

Christina le hizo dos trenzas a Ari y se recogió el cabello en su clásica coleta por no perder tiempo, esperando que se templara el biberón. Tras probar la temperatura en su muñeca, embargada por un instinto maternal marcado, en el que no quería reparar mucho para no deprimirse, admiró la voracidad del niño cuando se lo tomó entero sin pestañear.

—No me extraña que crezcas tan rápido... —dijo contenta, sonrió a su hija y preguntó—. ¿A que es muy bueno?

—Sí —afirmó convencida, no pasaron ni dos segundos cuando habló de nuevo—. Mami, ¿Jack será mi nuevo papi?

—No —exclamó rotunda—, ¿por qué dices eso? Tú tienes un papá que te quiere mucho —dijo con ánimo de alejar de esa mente inquieta cualquier duda sobre Graham por mucho que no se mereciera el amor incondicional de su hija. Christina no consideraba correcto quitarle su papel, prefería dejarle el honor al tiempo, la distancia y su ausencia. Ignorando que Jack estaba observándolos desde la puerta, Christina se levantó de la cama y siguió hablando—. Papi va a venir dentro de unos días para estar contigo, ya verás qué bien os lo pasáis.

—Tengo muchas ganas de verlo.

—Él también, cariño —dijo con dulzura, se inclinó y la besó en la cara—. Vamos a desayunar y luego damos una vuelta hasta el lago.

—¿Y Jack?

—Está durmiendo —respondió casual, ajena al cinismo que atravesaba la mente del aludido, duchándose en ese preciso instante para despejarse. Cuando Christina vio la cama vacía, elevando la voz, dijo—. Jack, te esperamos en el restaurante.

A Christina no le pesaron los ocho kilos de ternura colgados en el pecho cuando escogió con Ari el desayuno en las numerosas islas del comedor. La diversidad de alimentos fríos y calientes era enorme, animaba a servirse un poco de todos, entraban por los ojos y el olfato. Ninguna se privó de llegar a la mesa que les indicó un camarero con los platos llenos de miniraciones. El hombre tuvo la amabilidad de proporcionarles una trona y de acompañar a una diligente Ari a que buscase un zumo también para Cordey. Sin duda, la niña estaba encantada ejerciendo de hermana mayor.

Desayunaban hablando de la próxima visita de Graham cuando una señora pasó a pocos metros de la mesa. Parecía rondar los setenta y tenía una imagen frágil que no se correspondió con la decisión de sus pasos al acercarse a ellos.

—*¡Ma mère!* —exclamó la señora sonriendo enfocada en Cordey—. *Quel bébé si mignon, et plus beaux yeux.* —Empezó a mimarlo efusiva, pero notó la atención de la niña y le habló para equilibrar—. *Vous avez un très beau frère, il semble que vous.*

Ari observó el despliegue de exageración apretando una sonrillisa tímida, comprendiendo bien el idioma gracias al curso pasado.

—*Merci* —dijo Christina antes de que Ari añadiera información innecesaria para la señora. Pese al escaso conocimiento que tenía del francés, entendió el halago al rostro y los ojos del bebé, que habló del parecido físico de los niños y hasta supuso que serían hermanos. Algo inconcebible para ella, ya que eran opuestos aunque sus ojos fuesen azules; los tonos eran completamente diferentes, como sus cabellos y facciones. Si Ari era llamativa por el contraste tan marcado entre su tez y los ojos heredados de Graham; Cordey atraía miradas por su dulzura dorada y el brillo cegador de las turquesas de su padre. Como no estaba segura de haber comprendido bien el francés, fue prudente y comentó en inglés—. Es muy amable, muchísimas gracias.

—Me encantan los bebés —admitió dicharachera en un inglés perfecto que corroboraba la percepción de Christina sobre la procedencia de Quebec de la señora, donde mayoritariamente había francófonos mientras en el resto de Canadá el inglés también era lengua oficial. Al instante, dijo—, bueno, me voy, encantada de conocerla.

No se había alejado la mujer ni dos metros, cuando Ari preguntó:

—Mami, ¿si Jack y tú os casáis, Cordey será mi hermano?

—Cariño —dijo sin advertir otra vez a Jack, que se aproximaba a la

mesa con una bandeja servida con su desayuno—, si nos casáramos claro que sería tu hermano, pero eso no va a ocurrir. Es mejor que pienses que es un amiguito, aunque ya sabes que a los amigos hay que quererlos como si fueran tus hermanos.

—Hola —saludó Jack amable, disimulando delante de la niña las ganas que tenía de aclarar esa incertidumbre que Christina mencionó. El matrimonio no entraba en sus planes inmediatos, pero tampoco lo descartaba. Creía que reconociéndole sus sentimientos al menos despejaría dudas. Tras besar a Cordey en la cabeza, se sentó a la mesa y habló a Ari—. ¿Cómo se ha portado tu amiguito?

Christina dejó despacio la taza de café en el plato, observándolo seria, consciente de las palabras que parecía haber escuchado.

—Muy bien —habló risueña, inocente—. Una señora acaba de decir que es mi hermano y que nos parecemos.

—¿En serio? —preguntó abriendo los ojos en plan cómico—. Pues mira qué bien. ¿Tú crees que os parecéis?

Ari encogió los hombros.

—Pensaba que ibas a tardar más —comentó Christina—, me gustaría

ir a dar un paseo por el lago.

—Estará congelado, pero es una buena idea. —Jack sonrió con un ojo entornado—, me parece perfecta, cariño.

Christina lo miró unos segundos concentrada en un color potente y magnético para atraparla. «¿Qué pretendía?» Se preguntó preocupada por un comportamiento errático desde que se acostaron la noche anterior. Para continuar desayunando, ignoró cómo pudo esos ojos, esa imagen segura donde se distinguía mucha arrogancia. Cada uno estuvo pendiente de su hijo, hablaron del porqué ellos no tenían el francés como lengua materna, aludiendo a las raíces inglesas de John, y evitaron cualquier tema incómodo delante de Ari. Fueron amigables y muy condescendientes con los niños hasta que salieron del hotel.

La intensa fragancia de los pinos impregnaba el sendero que atravesaba el campo de golf, cubierto con un manto blanco donde se veían los banderines de los hoyos ondeando por el viento helado. Jack cargaba con Cordey en la mochila, embutido en un mono rojo térmico, y rodeó con el brazo el hombro de Christina. Aprovechó la ausencia temporal de Ari, que correteaba delante de ellos, para preguntar:

—¿Estás preocupada por tu exmarido?

—¿Por la visita? —preguntó. Jack asintió, y respondió—. No. Ya le he dicho que se quedará en mi casa solo con Ari y no ha puesto pegas. ¿Estás tú preocupado por él? ¿Por eso estás tan raro?

—¿Estoy raro? ¿Por qué?

—Por nada.

Jack se detuvo y la sujetó por los antebrazos.

—Siempre es por nada, Chris, pero sé que me ocultas algo.

—¿De qué hablas? —preguntó molesta. «¡Encima!» Christina estaba empezando a enfadarse. De los dos había sido la única en admitir que se había enamorado de él desde el primer beso, en cambio, ¿era ella quién ocultaba algo?. «Increíble pero cierto». Trató de ser comedida cuando dijo—. No sé qué historia tienes en tu cabeza, pero no intentes echarme las culpas de algo que provocas tú.

—¿Cómo? —preguntó frunciendo la frente—. ¿Qué hago para que llores cuando vamos a hacer el amor? Te juro que no te entiendo.

Christina bajo la cabeza, negando y sonriendo con amargura.

—¿De verdad no te das cuenta? —preguntó a punto de llorar—.

Contigo me siento amada, aunque no seas capaz de decírmelo. No creo equivocarme, Jack. Es por tu ternura. Anoche no esperaba que me llamaras *cariño*, no sé si a tu mujer también la llamabas así, no me importa, me haces sentir bien. —Christina se limpió las lágrimas—. Fue por eso.

—A Cora no solía llamarla *cariño* —dijo al comprender que debía ser claro—. Tú a mí también me haces sentir bien. Contigo soy feliz, y por si no te lo he dicho, te amo.

El cuerpo paralizado de Christina fue incapaz de articular una palabra. Jack sonrió inclinando la cabeza sobre la suya para besarla en los labios. Envolvieron sus lenguas acompasadas en danzas suaves, sosegadas como la relajación que sentían al dar un paso adelante demasiado trascendental para los dos, y absolutamente necesario para calmar los temores de Christina ante la visita de Graham. Esa que deseaba por su hija pero temía por Jack. Esperaba con afán que no se conocieran. Eran dos fuerzas de la naturaleza antagónicas aunque equilibradas en poder. Si el volcán escocés rugía expulsando lava, el huracán canadiense podía soplar y llover para extinguirlo; en definitiva, cuánto más lejos se mantuvieran el uno del otro mucho mejor.

CATORCE

Quebec, 6-10-13

Canadá

El aroma a sándalo que desprendían los troncos al quemarse en la chimenea provenía de las barritas que Jack de vez en cuando echaba dentro para cautivar el olfato de Christina. Reclinó la cabeza en el sofá y cerró los ojos, tratando de no pensar en Ari ni en Graham. En pocos minutos, entró Jack en el salón después de acostar a Cordey, apagó la luz y terminó de embelesar la calidez de otra noche romántica.

—¿Te apetece una copa? Voy a ponerme un vaso de whisky.

—Sí, por favor —ronroneó entreabriendo los ojos—. Qué paz.

—¿La echas de menos?

—Sabes que sí —respondió observándolo, llevaba puesto un pantalón negro de pijama y una camiseta negra—, pero ayer estaba contenta, y si hoy no han llamado es que todo ha debido ir bien.

—No creo que tu exmarido sea un inútil.

—No lo es —dijo Christina con una sonrisa irónica. Había visto a Graham poco más de un cuarto de hora cuando llegó el jueves por la tarde y hablaron lo justo. Desde entonces estaba con Jack, ejerciendo como pareja de forma natural durante el tiempo que habían convivido; no demasiado por las dos guardias seguidas—, tampoco es nada del otro mundo, se defiende.

—Ten. —Jack le dio el vaso y se sentó estirando las piernas en el sofá. Al estar medio tumbado, colocó a Christina junto a él. Bebieron y pasaron unos minutos abstraídos en el penetrante sabor de la bebida escocesa, hasta que preguntó—. ¿Cuál es tu sitio especial?

Christina se relamió los labios y habló con un brillo soñador en la mirada.

—La playa de Quendale Bay en invierno. —Sonrió y volvió a beber—. Está al sur de la isla. Me encantaba ir cuando era adolescente —soltó una risa ingenua—, tardaba casi tres horas en llegar con la bici, pero el esfuerzo merecía la pena. Imagínate una bahía rodeada por una colina no muy alta, la playa es estrecha pero alargada y curva, no tendrá más de cuarenta metros. En verano es muy bonita por la arena blanca y fina, además no es muy profunda y el agua suele tener una temperatura bastante agradable, aunque para mí

realmente ese sitio es especial cuando en invierno la nieve lo cubre todo. Incluso el color del agua es más transparente. Solo ves los blancos ondulantes en las olas y las colinas entre los azules fríos del cielo y el mar. Podía sentarme en una roca y pasar las horas muertas contemplando aquel paisaje; rozaba lo místico —contó con nostalgia, sonrió alegre—, hasta que llegaba mi padre preocupado para recogerme. Es un santo. Subía la bici a la baca y durante el trayecto de regreso se dedicaba a darme consejos para sobrellevar mejor a mi madre —explicó, compuso una mueca divertida—, o para que no me liara con hombres hasta terminar mis estudios. Si alguna vez lo conoces, estoy segura de que os llevaréis bien.

—Seguro. ¿Y con tu madre? —preguntó curioso—. ¿Crees que le gustaré?

—Eso garantizado, otra cosa es que le gustes para mí. —Christina le dio un beso en el mentón—, pero nunca sigo sus consejos.

—¿Graham es de allí también?

—No, es de Edimburgo. Nos conocimos en Saint Andrews. Cuando empecé la carrera él era el ayudante de mi profesor de Biología. Es unos años mayor que yo —comentó seria y agregó irónica—. Tampoco es que hiciera caso de los consejos de mi padre.

—No creo que siempre todo fuera malo.

—No, claro que no. Pero el agobio de los últimos años está consiguiendo que olvide los buenos recuerdos, Jack. Es muy triste haber pasado tanto tiempo con alguien para acabar odiándolo.

—No creo que lo odies —murmuró, acarició su cabello largo y suave—, supongo que necesitáis la distancia y un poco de comprensión por parte de los dos.

—Puede ser —admitió cómoda, con la cabeza apoyada en el pecho de Jack. Escuchaba a la perfección el ritmo calmado de su corazón—, aunque ahora me gustaría saciar otra necesidad...

Metió la mano por debajo de la camiseta de Jack y acarició unos abdominales calientes y sólidos.

—¿Cuál, doctora? —preguntó introduciendo una mano dentro de la entrepierna femenina. Buscó colarse entre las braguitas y tocó despacio, paseando los dedos arriba y abajo—. Me pones malo cuando estás así —dijo Jack, impregnándose del deseo líquido de su chica; una ansiosa descarada tocándole el pene—. Bájame el pantalón, cariño. —Si no se liberaba no podría continuar soportando esa presión sólida. Christina se levantó, se quitó la parte de abajo del pijama y tiró del de Jack, que ya tenía las caderas algo

levantadas para agilizar el momento—. Acércate.

La chaqueta que cubría en parte a Christina, ocultaba su sexo; en cambio, su penetrante olor llegó a Jack antes que ella.

—¿Qué quieres?

Jack levantó despacio la vista, con una mirada cargada de sensualidad, y le sujetó las caderas.

—Esto —susurró.

Christina al oírlo se estremeció y apretó las piernas, sintiendo una punzada en el clítoris tan intensa que se contoneó nerviosa. Jack no le quitó los ojos de encima, loco por hundirse en ella. Cuando la doctora vio cómo se mojaba los labios, sonrosados, un poquito voluptuosos y apetecibles; cómo abrió la boca, donde relucía una dentadura blanca ordenada y limpia; y cómo sacó la lengua para dejarle clara su intención, perdió cualquier atisbo de timidez; en ese preciso instante supo que dentro de poco volvería a ser el águila que sobrevolaba las costas abruptas de su amada isla. Las mismas que soñaba plagadas de verdes pastos y curvas suaves que solo el enfurecido Mar del Norte se atrevía a visitar, o donde el hielo todo lo convertía en desierto blanco durante aquellos largos y fríos inviernos. Con Jack como el viento que azotaba sus alas sin calcular riesgos, con embates violentos sin medida ni

tregua, ardía, se elevaba y era capaz de liberarse gritando su nombre, entrecortado, envuelto en jadeos, suspiros, gemidos y muchos besos.

Saciados y desmoronados en el sofá, se recorrían las nalgas tumbados de lado, ninguno conseguía estarse quieto. Esa pausada calma agitaba de nuevo la brisa del deseo.

—Cariño —murmuró Christina apoderándose suavemente de unos testículos calientes por detrás—, no sé qué me pasa...

—Yo sí. —Jack le lamió el lóbulo de la oreja mientras le metía mano —, quieres más.

A eso de las ocho y media, bajo la tenue gris iluminación de otra mañana plomiza, terminó Jack de darle el biberón a Cordey. Tras asearlo y ponerle un pijama enterizo de algodón, lo dejó en el balancín, delante de la televisión apagada, adormilado con el estómago lleno. Entre semana nunca lo llevaba vestido con otra ropa a casa de los abuelos; de eso se encargaba su madre con el amplio repertorio que tenía en el armario de su antigua habitación; esa que ya le pertenecía con honores y todos denominaban como “el dormitorio de Cordey”.

Se encontraba preparando el desayuno mientras Christina se duchaba cuando fijó la vista en la puerta francesa que comunicaba el salón con el porche, concentrado en el tipo alto que aparcó frente a la casa un vehículo de gama alta oscuro con una pegatina de rent-a-car. Entró diligente en su camino. Era un hombre corpulento, moreno, con la madurez reflejada en miles de canas diluidas en un cabello espeso y corto. Llevaba un traje oscuro y un abrigo largo negro. El desconocido no lo era tanto para Jack. Sin duda, el doctor Graham McCoy estaba llamando a su puerta.

En silencio, en cuanto abrió Jack, se miraron de arriba abajo. Ninguno era como habían imaginado. Durante unos segundos, Graham desafió a Jack con un brillo burlón en la fría palidez de sus ojos. Se sorprendió por la juventud de su sustituto. Frente a frente, los quince años que le sacaba fueron un revulsivo para la intención conciliadora que traía. Y verlo en ropa interior, vestido con unos bóxers y una camiseta negra, dando por sentado que era el hombre que se acostaba con su exmujer, todavía pulsó con más agresividad en un instinto territorial reacio a abandonarlo.

—Hola —saludó seco el escocés—, estoy buscando a Christina McQueen.

—Hola, supongo que eres Graham —dijo Jack, tendiéndole la mano, aunque percibía hostilidad pretendió ser correcto—. Soy Jack Drake,

encantado.

—¿Está aquí? —preguntó, respondiendo con un apretón fuerte.

—Sí, no creo que tarde en bajar —comentó Jack. De pronto, el llanto feroz de Cordey, lo alarmó—. Disculpa, pasa dentro, tengo que ir a ver a mi hijo. —Jack no esperó y salió rápido hacia el salón. El niño había tirado un juguete al suelo y por cogerlo volcó el balancín. En cuanto le dio la vuelta, le quitó el arnés y lo examinó preocupado. Con el sosiego que mostraba habitualmente Cordey, ese llanto indicaba un dolor intenso—. No te veo nada, cariño —comentó en un tono dulce, lo alzó en brazos y lo acunó en su pecho—. Ya está... shhh...

—¿Puedo echarle un vistazo?

Graham, que lo siguió al interior de la vivienda, no ignoró su vocación.

—Sí, claro.

Jack sostuvo a Cordey delante del médico. Vio precisión al palparle la cabeza y moverle los bracitos y piernas. El pequeño apaciguó el volumen de la voz y el flujo de unas lágrimas desconsoladas.

—Está bien —dijo Graham, convencido de no era otra cosa que miedo

—, es un cagueta.

—Lo dudo. —Jack disimuló la patada invisible que acababa de recibir y sonrió porque agradecía que lo hubiese examinado; sin embargo, no podía estar más en desacuerdo con el adjetivo usado para describirlo. Su marcada protección paternal salió a flote al hablar—. No creo que ningún bebé sin tener cumplido los seis meses sea valiente.

—¿No? —preguntó cínico, miró otra vez al niño y añadió—: Parece más mayor, le había echado ocho.

Durante unos segundos los dos se midieron en otro denso silencio.

—Cariño, he terminado —dijo Christina, bajando la escalera. No contaba con la presencia de Graham, de haberlo hecho no habría aparecido solo con una toalla alrededor del cuerpo. Se quedó inmóvil entre la cocina y el salón, observando el desprecio en su mirada. Armada con el aplomo que le sugería tener a Jack en la misma habitación, comentó esbozando una ligera sonrisa—. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—*Madainn mhath, Chris* —saludó Graham—. *Ciamar a tha thu?*

—Bien, gracias —respondió seria, sin intención de preguntarle a él cómo estaba ni de hablar en escocés para excluir a Jack—. ¿Para qué has

venido? Te dije que me dejaras las llaves en la ventana.

—Quería verte antes de irme —comentó enfadado por el ánimo que intuía en ella. No quiso aclararle que Ari le había dado sobrada información de Jack—. Tenemos que hablar.

—¿Ari ha estado bien estos días?

—Sí, muy bien, acabo de dejarla en el colegio —respondió con una sonrisa forzada y breve. Miró a Jack y preguntó—. ¿Te importaría dejarnos solos cinco minutos?

—Graham —dijo Christina cortante—, es su casa.

—No pasa nada, cariño —comentó Jack impasible. La actitud del médico olía a discusión y no quiso entrometerse en algo que no creyó le incumbiera—. Voy a subir a ducharme. ¿Te importa quedarte con él?

—No —respondió extendiendo los brazos a Cordey, al sujetarlo le besó la carita y le habló cariñosa—. Hola, gordito, buenos días.

En cuanto Jack se marchó con elegancia, pese a su indumentaria, Graham echó un vistazo al cuerpo de Christina y torció la boca.

—Es un poco joven para ti ¿no?

—No más que tu novia para ti —replicó—. ¿De qué quieres hablar?

—Voy a casarme —dijo serio.

—Enhorabuena.

—Mi novia está embarazada.

—Pues mi doble enhorabuena —sonrió irónica—. ¿Algo más?

—No creo que pueda quedarme con Ari en unos meses.

Apretando los dientes, Christina entrecerró un ojo y meneó la cabeza.

—Es una lástima, Graham. Te arrepentirás cuando la pierdas.

—No me presiones más ¿de acuerdo?

—¿Yo te presiono? Eres un padre horroroso, pero la pobre te adora.

Como siempre, entraron en un bucle repetitivo y monótono. Los minutos pasaban para incrementar reproches y nervios. Ni Christina comprendía el propósito de Graham, cuando parecía estar rehaciendo su vida con otra, ni él una indiferencia que lograba sacarlo de sus casillas.

—Somos adultos, Graham, eres inteligente —dijo cansada—. No sé en qué piensas. Cada vez que tienes a alguien te olvidas de tu hija.

—Eso no es verdad. Estoy aquí ¿no?

—¿Después de cuánto tiempo?

—¡No haberte venido! —explotó. Estaba hasta las narices de la distancia que Christina había interpuesto entre ellos cuando sabía que por su trabajo le complicaba ver a su hija—. Si te hubieses quedado en Nueva York las cosas serían diferentes para mí.

Jack, que se duchó acelerado, escuchó el grito de Graham y todavía corrió más para vestirse.

—¿Estás seguro de eso? —Christina habló cínica—. ¿Te recuerdo cuánto tiempo pasabas fuera de casa mientras estuvimos casados? ¿A quién quieres engañar? ¡Me estás hablando a mí! ¿Entiendes? ¡A mí! ¡A la gilipollas que te ha soportado un montón de años! —gritó indignada—. Si no quieres ver a tu hija, allá tú, pero no me cuentes rollos. No soporto tus mentiras. Las he odiado siempre, y ahora ya no tengo por qué aguantarlas.

—¿Mis mentiras?! —ladró el médico a muy pocos centímetros de Christina, con el cuerpo ligeramente inclinado sobre el suyo—. ¿Cómo te atreves? ¡Te largabas durante meses! ¡Soy un hombre! ¿Qué esperabas?

—¿Respeto? —preguntó Jack entrando. Llevaba un traje oscuro, con

la chaqueta ceñida al torso y el pantalón impecable. Se acercó conteniendo una mala leche peligrosa y habló con tal serenidad que él mismo se sorprendió—. Ahora vas a hacerme el favor de apartarte de mi novia y de mi hijo. Fuera de mi casa.

Jack tiró suavemente del codo de Christina.

—Mi, mi, mi —dijo Graham con chulería. Le dio una breve distancia a Christina, que sujetaba nerviosa al niño, pero no se amilanó cuando quedó enfrente a Jack. Era más grande y tenía la ventaja de la experiencia, en cambio no se sintió superior. La mirada y la actitud serena de Jack transmitían una carga tan elevada de testosterona como la suya—. Eres demasiado posesivo para tu edad. ¿Tu novia? —preguntó riéndose—. Yo la vi primero —siseó despectivo—. Era virgen cuando nos conocimos, ¿lo sabías?

—¡Graham! —gritó Christina—. Déjanos tranquilos, ¿qué quieres? ¡Vas a casarte con otra! ¡Olvídame! ¡Y lárgate de una vez! ¡Ya!

Christina perdió los nervios. Sujetó el brazo de su exmarido para incitarlo a salir del salón, pero no calibró que llevaba al niño ni que Graham no quería ponérselo fácil a Jack. De repente, el escocés se giró bruscamente y ella sintió un empujón violento que la desequilibró para que tambaleara. En un abrir y cerrar de ojos, solo se escuchó el llanto de Cordey, otra vez muy

asustado, y los insultos de Jack. Como una mala bestia le asestó un puñetazo en la mandíbula a Graham. Impresionada por la agresividad de Jack, que tenía apoyado a Graham contra la pared, agarrado por la pechera del abrigo, con el puño derecho a solo unos milímetros de su cara, Christina volvió a gritar:

—¡Basta! ¡Jack, cariño! ¡Déjalo!

—¡Fuera! —espetó Jack dándole empujones. Graham levantó la barbilla y se zafó de sus manos cuando abrió la puerta y lo lanzó fuera como una ligera carga—. Si vuelves a levantarle la voz a Christina te juro que no me limitaré a un puñetazo. Preocúpate un poco más de tu hija, en vez de dar por culo con tonterías.

—Procura mantenerte al margen entre Ari y yo.

—Jódete —espetó Jack, pensando en que ese rencor podía venir por los comentarios que la niña le habría hecho sobre las actividades que solían hacer, nada especiales pero divertidas para encelarlo—. Eres su padre, pero quien está a diario con ella soy yo.

—No cantes victoria, chaval —comentó sarcástico—, te queda mucho recorrido y nunca se sabe cuánta duración tendrá el viaje. ¿Desde cuándo salís? ¿Hace uno o dos meses? —preguntó riendo—. Adiós, Drake, ya nos

veremos. —Graham observó a Christina, serio y dijo—. *Tha gaol agam ort. Tioraidh, Chris.*

—*Thalla's cagainn bruis.* —Christina espetó un “piérdete” como réplica a la declaración de amor de Graham con despedida incluida. Cuando se distanció, murmuró algo mucho más grosero, “cabrón” para ser exactos—. *Toll-toine.*

—¿Qué le has dicho? —preguntó Jack, cogió a Cordey en brazos y volvió a la cocina. El bebé seguía lloriqueando, pero al sentirse protegido por su padre, se resguardó mimoso en su pecho—. Ya está, cariño —dijo acariciándole la espalda, sirvió el café e insistió con Christina—. ¿Vas a decírmelo o no?

—Da igual, Jack. Era una palabrota —dijo empezando a sentir el bajón de la adrenalina—. Desayuna, voy a vestirme.

—Como quieras.

La admisión de Jack no llegó alta y clara, más bien baja y murmurada. El pasado de Christina interfería desde que se conocieron, en cambio, en ese momento parecía haber cimentado una barrera infranqueable con palabras. En el sigilo de una tranquilidad engañosa, Jack comió disperso en las partes que no entendió de la conversación. Sintió la rabia del médico cuando aludió a la

virginidad de Christina, como advirtiéndole que ciertas cosas jamás se olvidaban. ¿Fue su percepción o realmente le inquietaba pensar que Christina nunca lo amaría como a Graham? ¿Sería porque, a pesar de todo, el rencor de Christina albergaba aún amor por él? Si la respuesta era afirmativa, lo reconocería porque había aprendido durante el tiempo que estaban juntos a captarla sin equivocarse, hasta entonces siempre sabía si era condescendiente o sincera, sobre todo, en la intimidad del dormitorio, cuando hacían el amor y recibía la misma pasión que le entregaba. Mientras se amaban ni Graham ni Cora estaban con ellos. Jack tenía clarísimo que Christina no pensaba en nadie que no fuese él; así y todo, necesitó verla bajar la escalera para fijarse en sus ojos, en ellos descubriría siempre la verdad.

Dentro del comedor de los Drake, el sábado siguiente, se respiraba alegría conmemorando el primer aniversario de la segunda boda del matrimonio. Excepto Gabriel y Claire, por un motivo obvio, todos se reunieron para acompañarlos. Sean y Elaine con Ophie, que comía bajo la supervisión materna, y Jack con Cordey, Christina y Ari, que también comía pero sin necesitar ayuda. John tenía sobre las piernas al niño, y Elizabeth todavía no se había sentado en la mesa dando instrucciones al servicio con constantes viajes a la cocina. El móvil de Jack empezó a oscilar nervioso

entre los platos con un nuevo mensaje. Christina solo necesitó mirar de reojo para leer: «*Estoy aquí 2 días. Bishop 28. Ven. S*» Jack no dudó y respondió: «*No iré. Hablamos. J*»

—¿Te parece bien? —preguntó cariñoso en el oído de la doctora.

—Sí.

Christina sonrió alegre. Jack se colaba con elegancia un poco más profundo en su corazón conforme se conocían. No podía negar que se sentía pletórica. No solo era un hombre educado, inteligente y divertido, sino también un caballero. Hasta la fecha no lo había visto mirar a otra mujer en su presencia, cuando era muy consciente de que estaba en plenitud de sus facultades físicas y despertaba una admiración difícil de eludir.

Luego, tras la comida, el parto inminente de Claire acaparó la charla sin que Jack —ajeno a la curiosa observación de sus padres— descuidara las preguntas de Ari, que estaba sentada en uno de los sillones con él, aburrida porque Ophie descabezaba un sueño.

—¿Vas a corregirme las sumas?

—¿Las has terminado todas?

—Sí —respondió Ari—, esta mañana.

—Cuando lleguemos a casa las miro.

—Vale. ¿Y me podré bañar con Cord?

—Tendrás que portarte bien, pero creo que sí.

—¿Pasáis siempre los fines de semana juntos? —preguntó Elizabeth.

Christina dejó de hablar con Sean y Elaine, y respondió:

—Sí, si no tengo que trabajar. Últimamente intento doblar algún turno entre semana para librar hoy y los domingos.

—¿Por qué lo preguntas, mamá?

—Por nada, cariño. —Elizabeth sonrió a Jack, sopesando una idea, aunque decidió reservársela—, porque te veo muy compenetrado con Ari.

—Somos amigos, ¿verdad?

Jack hizo cosquillas a la niña.

—Sí —respondió Ari cimbreado en sus brazos—, y Cord es como mi hermano. Una señora nos dijo que nos parecíamos. ¿A que sí, mami?

—Sí, loca —dijo Christina sonriendo.

—Estuvimos hace poco en Stoneham —comentó Jack—. Ahora tiene que estar bestial ¿Por qué no vamos todos? —preguntó animado, miró a su padre, que asintió con un gesto alegre—. ¿Os acordáis cuándo nos llevabais a esquiar?

—Cómo olvidarlo —dijo Elizabeth, rió negando con la cabeza. Se levantó y dejó a Cordey en los brazos de John. Al momento volvió con un marco de plata en la mano; una de sus más preciadas pertenencias. Esa foto llevaba con ella desde que John la hizo, estuvo diez años en Nueva York y recobró allí el lugar honorífico que para ellos merecía. Se la tendió a Christina y comentó—. Ahí, Jack tenía cinco años, Sean ocho y Gabe diez. Se pasaron el día tirados en la nieve... —Elizabeth observó a John—. Qué divertidos eran siempre aquellos fines de semana.

—Sí, claro. Pues menuda bronca nos echaste —reprochó Sean, viéndose en el suelo formando una estrella con sus hermanos, con aquellos monos amarillo canario tan discretos que les compraron para evitar que se perdieran—. Joder, Jack ¿te acuerdas de esos trajes?

—Bastante mejor que tú, seguro. Me tocó aprovechar el tuyo y el de Gabe.

—Te compensaban con equipación nueva todos los años —dijo Sean

irónico—, no te quejes...

—Era una reflexión, Drako.

—Yo que tú pensaría en otras cosas —comentó John, sonrió a Christina—. ¿Esa casa dónde vives es alquilada?

—Sí. No sé aún cuánto tiempo estaré en este hospital.

—Mucho, cariño —dijo Jack risueño—, dalo por hecho.

Sean entornó un ojo, pensando en que la idea de volver a amenazar a otro hospital podía estar rondando la mente egoísta de su hermano. Por otro lado, deseaba seguir viéndolo feliz, poco inquieto ante el próximo nacimiento de su sobrina cuando creían que estaría histérico. Esa relajación motivó que se arrancara a secundar la opinión de su madre; ninguno sabía interpretar sus miradas como él.

—¿Habéis pensado vivir juntos? —preguntó en plan vía directa, atento a Jack—. En tu casa, está claro.

—No creo que sea un tema para debatir en asamblea, Sean —dijo Jack arisco—. ¿Cómo van los despachos?

—Bien —respondió sin molestarse, aunque la mirada fija de Christina

en Jack indicaba que ese tono brusco podía haberla herido. Por relajar una tensión incómoda, Sean habló sonriendo—. Terranova te encantará. Y ya verás Boreal Róis, es una maravilla.

—Eso he oído —dijo Christina, pensando en el nombre de la casa. Podía ser gaélico irlandés o escocés, con diferentes significados. Mientras en una lengua “Boreal se construyó”, en la otra sería “Rosas boreales”. O también, podía ser solo la unión de dos palabras aisladas. Trataría de saciar su curiosidad preguntándole a Claire cuando la viese en Terranova a principios de noviembre. Estaba invitada a la celebración de su aniversario de boda y, si todo iba como esperaban, al bautizo de Isabella—. Tengo muchas ganas de ir.

—Te gustará, cariño.

En cuanto habló Jack sin rastro de ironía, con la naturalidad que tanto admiraba, olvidó el resquemor que atraía dudas a una nueva situación deseada pese a tratar de eludirla para no decepcionarse.

Antes de que Jack dejara la casa familiar, en complot con Sean, John lo apremió a una reunión rápida aludiendo a un tema profesional para no levantar sospechas en Christina.

Sorprendido, atravesó Jack el pasillo hasta la puerta del fondo. Al entrar en el despacho donde tenían lugar las conversaciones relevantes, las

que revestían la misma sobriedad que la decoración de aquel espacio lleno de madera oscura, al verlo delante del ventanal hablando en un murmullo con Sean, preguntó:

—¿Desde cuándo formas parte de la plantilla?

—Desde que eres un capullo con suerte —respondió Sean.

El abogado intercambió una mirada socarrona con su padre.

—Siéntate y escucha —dijo John severo. Jack no se inmutó, cruzó los brazos e inclinó la cabeza—. Esa mujer te quiere y adora a Cordey ¿Te haces una idea de la suerte que has tenido?

—¿De qué coño va esto? —preguntó asombrado—. ¿Por qué no os metéis en vuestras vidas? —se centró en Sean—. ¿A qué ha venido preguntarme si pensamos vivir juntos delante de todos?

—Para empezar estás con tu familia —respondió John—, y para continuar, Sean te lo ha preguntado porque es absurdo que compartáis casa solo los fines de semana. Tienes una edad y ella también, dos niños pequeños... Por suerte, el nuestro no se entera de nada, pero la niña sí. ¿No es más razonable que viváis juntos? ¿Te lo has planteado?

—¿Para esto es la reunión? ¿Para darme la paliza?

—Como no te calles, al final, vas a llevártela —dijo John mientras Sean apretaba los labios disimulando una sonrisa y Jack perdía la paciencia—. ¿Puedes explicarnos cuáles son tus planes con ellas?

—De momento seguir así, llevamos solo dos meses ¿No creéis que es un poco pronto para plantearle una convivencia?

—No —respondieron coordinados los dos.

—Joder... —dijo Jack, quitándose las gafas, se despeinó frustrado—. ¿En serio?

—Jack —habló John—, tu vida ha ido demasiado rápida desde que Cora y Gabe se divorciaron. No tuviste ningún reparo en convivir con ella prácticamente desde que os reencontrasteis, sin embargo, ahora, cuando sería más que recomendable no solo para ti, también para Cordey y Ari, parece que no quieras. Me molesta bastante porque me da la impresión de que no estás viendo lo mismo que nosotros.

—¿Y qué es? —preguntó incómodo.

—Que la necesitas —contestó John, sonrió apenado—, no es lo mismo estar solo que tener el apoyo de una mujer a tu lado. Ya no solo por Cordey, por ti. No puedo imaginarme haberos criado sin mamá —dijo,

echando el brazo por el hombro de Jack—. Cuando Cordey vaya creciendo te irán llegando un montón de cosas, muchas, Jack. Haznos caso y no te lo pienses.

—No depende solo de mí, papá. Christina nunca me ha dicho nada y parece feliz tal y como estamos, no sé si querrá, y si se lo planteo y lo rechaza hará mella en nosotros.

Sean resopló harto de esa obcecación.

—Si estoy llamándote imbécil hasta que me jubile, es probable que no llegue a decirte lo imbécil que eres.

Al escucharlo, John inclinó la cabeza apelando a la moderación, pese a que Sean sonreía desafiando la mirada asesina de Jack.

—Gilipollas... —murmuró dando por terminada la charla.

En cuanto salió, Sean soltó una carcajada.

—No te enfades —dijo, palmeando la espalda de John—. Tu hijo pequeño es como tú, hay que daros patadas en el culo para que reaccionéis.

Aquella noche, mientras Jack llevaba un buen rato dormido, tumbada

boca arriba en la cama, Christina no conciliaba el sueño. No podía quitarse de la mente la pregunta de Sean. Ahogada en un confuso mar de penumbras, oyó el débil gimoteo de Cordey. Se levantó y se anudó una bata a la cintura yendo hacia su dormitorio.

—Hola, gordito ¿qué te pasa? —preguntó con ternura, lo cogió en brazos y se perfumó de gloria—, vaya... estás incómodo ¿verdad? —No tardó en cambiarlo, en doblar perfectamente el pañal sucio y en acunarlo meciéndolo con suavidad delante de la ventana—. Está lloviendo, cariño —dijo sonriendo ante el aguacero que emborronaba la visibilidad del jardín como una pintura puntillista hecha a trazos veloces sobre un fondo negro. Respiró paz y empezó a tararear una nana escocesa, muy popular—: *Dreams to sell, fine dreams to sell, Angus is comin' wi' dreams to sell. Hush now my bairn, sleep without fear. Angus will bring you a dream, my dear...*

El sonido sensual de esa voz guió a Jack hasta la habitación del niño. Se detuvo en el pasillo, disfrutando de una bella vista que deseaba fuera permanente en su vida. «*Can ye' no' hush your weepin' oh. All the wee lambs are sleepin' oh. Birdies are nestlin', nestlin' together*».

Jack rodeó la cintura de Christina por detrás, aunque no dejó de cantar para Cordey. «*Dream Angus is hirplin' through the heather. Dreams to sell, fine dreams to sell, Angus is here wi' dreams to sell*».

—Eres una madre estupenda.

—Es un dulce —dijo atenta a la carita sonrosada de Cordey, dormido—, acuéstalo tú.

Jack metió a su hijo en la cuna, donde cada día se veía más grande, y cogió la mano de Christina.

—¿Por qué te has levantado? —preguntó Jack al meterse de nuevo en la cama.

—Nuestro gordito no quería dormir con el culito sucio.

—Me gusta cuando dices nuestro —admitió, metiendo los pulgares en el pijama de Christina para bajárselo. Tocó con manos abiertas posesivas las nalgas femeninas y, apretándolas, la subió de espaldas a él. No dudó en bajarse los bóxers para restregarse con ella—. Y aún me gusta más tu culito. Estás muy buena, cariño.

—Tú despiertas más pasiones que yo, me temo.

—¿Te temes? —preguntó antes de arrasar con la boca su cuello, rozó sus pezones con los pulgares y habló en su oído—. Espero que no estés celosa, y de temer algo... —Jack buscó y encontró certero el eje de su placer, sabiéndose el motor y marcando el *tempo*—. Mañana no tenemos que

madrugar así que voy a esforzarme para que veas cuánto me gustas. Si tu envoltorio es perfecto, tu sabor es alucinante, me tienes drogado.

—Y tú a mí, cariño. Te amo.

—Vente a vivir aquí con Ari —susurró.

—No hablemos ahora de eso —dijo resollando, sin querer reaccionar dando un brinco de alegría—, tenemos que pensarlo.

—Eres dura, Chris —dijo Jack, contento, notándola relajada en su cuerpo—, pero te convenceré.

—No lo dudo, cariño. Consigues siempre lo que te propones.

—No tanto —susurró, penetrándola con un dedo—. Obtengo recompensas.

—Sí —dijo con un largo suspiro—. Mereces un esfuerzo.

Jack sonrió vanidoso, la tenía en la palma de la mano. Dejó el masaje para sentirla con el impulsivo miembro que no veía su turno. El mismo que llegó rápido para extasiarlos en el placer de una lujuria fogosa que botaba tan cachonda como las llamas de un fuego vivo. Explotaron como cohetes. La mirada turquesa de Jack iluminó la sonrisa más bonita de Christina mientras

balanceaba su alta y majestuosa silueta sobre ella. Se movía con cuidado entrando y saliendo sin apartar los ojos de una expresión feliz que lo tenía cautivo, alegremente atrapado.

En aquel dormitorio, el más gélido de la casa todavía medio vacío, sus respiraciones caldearon el ambiente hasta rendirlos al sosiego de las tibias caricias que se prodigaron abrazados, sutiles como la calma que sentían totalmente saciados.

—Cariño —susurró Christina—, ¿de verdad quieres que Ari y yo vivamos aquí?

—Sí. Hoy se me han abierto los ojos a algunas cosas que no veía. Creo que estamos muy bien los cuatro juntos. —Jack sonrió, recorriéndole la espalda con la mano—. Ari tiene su dormitorio —comentó para argumentar. Evadió sacar el tema de la fotografía de Cora, que aguardaba en el sótano todavía con el embalaje, ya encontraría el momento oportuno—. Si quieres, podemos comprarle otros muebles o decorarle la habitación a tu gusto.

Christina se emocionó al oírlo pensando en su hija.

—No creo que sea necesario, es muy bonita.

—¿Aceptas? —preguntó confundido por un tono de voz apagado.

—Dame unos días —respondió, abrazándose fuerte a él, buscando calor para su corazón maltratado durante demasiado tiempo por la indiferencia—. No tenía previsto esto.

—Ni yo, Chris, pero siento que no deberíamos esperar mucho más. Sé que serás una madre maravillosa para Cordey. —Jack percibió unas lágrimas que le mojaron el pecho y le acarició la espesa melena oscura—. Por mi parte no voy a decirte que sustituiré a Graham porque no me parece justo, pero intentaré ser un buen referente para Ari y, por supuesto, un buen compañero para ti. —explicó cariñoso. Al notar la congoja de Christina, que fue a peor, preocupado la apartó de su cuerpo y encendió la luz de la lamparita. No esperaba verla perdida en un mar de lágrimas—. Vamos, cariño... ¿qué te pasa? No quiero verte así.

Esperó paciente que se recompusiera durante unos minutos. Christina se levantó y se encerró en el baño. Jack no oyó ningún ruido por mucho que lo intentó.

Sentada en la taza del inodoro, se obligó a relajarse. La desalmaba esa ternura, sus ganas de compartirlo todo y los detalles románticos que tenía olvidados. Nada estaba siendo cómo imaginaba con Jack. Ese polvo casual había roto todos sus esquemas, todos y cada uno. Empezando por el miedo a enamorarse de un hombre más joven, ya superado, hasta estar planteándose

formar otra familia, sin papeles, contando solo con una intención encomiable. Tenía pistas de sobra para presuponer que nada conocido sería igual con él, y aun así estaba acobardada por una felicidad que creyó imposible a esas alturas de la vida.

Con el sonido de dos golpes suaves en la puerta, le llegó la voz baja de Jack:

—Chris, ¿estás bien?

Tras una buena bocanada de aire en los pulmones, se levantó y abrió.

—Perdóname.

Jack la abrazó cuidadoso, pensando en que los fantasmas de ella tenían más peligro que los suyos. Se podía lidiar con un recuerdo, magnificarlo, en cambio, el sufrimiento que arrastraba Christina estaba vivo y parecía sin ánimo de alejarse. No sabía con seguridad hasta qué punto tenía clavado ese dolor, ya que apenas hablaba de su matrimonio ni del doctor McCoy, pero no hacía falta mucha inteligencia para concluir que había minado su espíritu con desconfianza.

La llevó sujeta por la cintura a la cama y volvió a refugiarla con su cuerpo. Si necesitaba consuelo se lo daría, pero esa mujer ya formaba parte

de su vida, con sus problemas y dudas. Su padre y Sean habían sido para él un azote como él sería el de Christina hasta convencerla de que podían tener la familia que los dos anhelaban y ninguno había logrado con sus anteriores parejas. Un fracaso no era motivo para no intentarlo. Al contrario, ambos podían recurrir a su experiencia para no caer en viejos errores.

En la tibia tranquilidad de una noche otoñal muy fría, se amoldaron para encajar como las gotas de lluvia se deslizaban por la ventana convertidas en hilos de agua. Así estaban siendo sus vidas; un fluir líquido cuando se acunaban. Y cerraron los ojos sosegados, perdidos entre ilusiones, miedos y la inmensa dicha de juntarse antes de que llegase el crudo invierno.

QUINCE

San Juan de Terranova, 15-10-13

Terranova y Labrador, Canadá

Inmerso en los gráficos aportados por ExxonMobil, Gabriel no vio la batería agotada de su móvil. Estaba reunido con Robert en el despacho del Scotia, frente a los dos portátiles que tenían encima de la mesa, con una pila de papeles y varios rotuladores fluorescentes para ir marcando los diferentes valores que comprobaban del proyecto *Deep Ocean*. Por descontado, no pensó en que Claire pudiera estar poniéndose de parto.

De pronto, irrumpió Luc con la cara desencajada y un teléfono en sus manos temblorosas.

—Gabriel, es Elo, tienes que irte. Van de camino al hospital.

Tardó pocos segundos en comprender.

—¿Ya? —preguntó asustado, arrepintiéndose por haberle hecho caso a la indulgente Claire, una maestra apaciguándolo con el único propósito de

que la dejase tranquila. Luc afirmó rápido con la cabeza y Gabriel dio un bote de la silla giratoria, con tanto ímpetu que la dejó dando vueltas—. Hazte cargo, Bob.

—Descuida —afirmó sonriendo. Robert apreciaba mucho la amistad de Gabriel, lo aprendido a su lado en aquellos casi dos años trabajando juntos y valoraba la confianza que le había depositado cuando ni él mismo la vislumbraba. Sonriendo, dijo—. Tómalo con calma.

Gabriel no lo escuchó. Olvidó coger el abrigo y el maletín. Corrió escaleras abajo y pasó como un rayo por la zona de atención al público. Jim frunció el ceño, miró a William, que movió la mano describiendo una curva sobre el estómago, y los dos sonrieron al comprender que su amiga iba a hacerlo padre en breve.

Medio alocado, buscó Gabriel el mando a distancia del Bronco; sin encontrarlo en los bolsillos del pantalón ni la chaqueta. Volvió sobre sus pasos, creyéndose el hijo del viento para distracción y cachondeo de sus empleados, y a punto estuvo de llevarse el perchero por delante cuando le pegó un tirón al abrigo. Nadie osó abrir la boca; era preferible aguantar la risa para explotar en sonoras carcajadas en cuanto salió batiendo su propia marca.

Esa mañana donde el sol lucía sin la asidua compañía de las nubes

cargadas de lluvia, Gabriel no pensó en que su tendencia natural por los accidentes absurdos trataría de obstaculizarle la llegada al hospital en los escasos diez minutos que previsor comprobó unos días atrás.

Sin tráfico, pudo conducir por la cuesta de Barbers Hill al doble de la velocidad permitida. Atravesó la intersección que había antes de enfilarse la avenida del hospital con el semáforo en ámbar por no frenar con brusquedad. De pronto, un ruido estridente e inconfundible lo llevó a mirar por el espejo retrovisor. Descubrió a un agente de la autoridad en moto haciéndole señales con el brazo para que detuviera el vehículo a un lado de la carretera. Gabriel tuvo el impulso de pisar el acelerador, de declararse en rebeldía, sin embargo, optó por detenerse. El frenazo fue brusco. Tanto que el policía casi se estampó contra el maletero del todoterreno.

En cuanto descendió el hombre de la moto para acercarse, lo reconoció Gabriel. Era cliente del Scotia, un pelmazo tan pesado como los kilos excesivos de un cuerpo grandullón que se desplazaba igualando a los caracoles, y un obtuso para comprender los movimientos de su cuenta. Esa inteligencia mediocre auguraba una pérdida de tiempo considerable que no estaba dispuesto a admitir.

—Señor Drake —dijo sin ocultar la sorpresa en sus ojos pardos cuando llegó junto a la ventanilla del vehículo—. ¿No ha visto el semáforo?

—Sí, pero tengo prisa y no estaba en rojo.

—El ámbar significa precaución, no que acelere para saltárselo.

—Lo sé —dijo rápido—, pero es una emergencia, tengo que llegar ya al hospital, Claire está de parto.

—Enhorabuena —comentó amable—. Aunque eso no quita para respetar las señales de tráfico, es preferible pararse unos minutos que provocar un accidente ¿No cree?

—Por supuesto. Si me disculpa...

—Tengo que multarle, no puedo hacer excepciones. ¿Me permite la documentación del vehículo y su permiso de circulación?

—¿Ahora? —preguntó, apretando la frente—. No puedo entretenerme.

—Yo sí.

La sonrisa del policía molestó a Gabriel hasta un límite insospechado, en cambio, sacó de la guantera una pequeña carpeta verde de plástico y buscó los papeles, que le entregó con un gesto brusco, pensando en guardarle el detalle para el día que diera la murga en el banco.

Tardó media hora en redactar la multa mientras Gabriel se

desesperaba mirando constantemente el reloj del salpicadero. Cuando le devolvió los papeles con la multa incluida, obvió que todavía estaba detrás del Bronco y le faltó tiempo para salir derrapando.

Llegó al hospital con la cacofonía de la sirena como banda sonora, desoyéndola; en aquel momento dejó de importarle llevarlo pegado; podía estar multándolo hasta el infinito.

Aparcó en el recinto privado de un gimnasio frente al hospital y se bajó antes de que el policía empezara a perseguirlo. Ignoró un “alto” repetitivo, entró corriendo y se detuvo en el mostrador de admisiones. Estaba atendiendo a la eficiente enfermera que le daba información sobre Claire cuando el obtuso policía gritó:

—¡Señor Drake! ¡No me obligue a detenerlo!

De inmediato, captó la atención de todas las personas en la sala. Hasta las narices de él, Gabriel se giró para enfrentarlo.

—Escúcheme bien —habló sin elevar la voz, pero destilaba una mala leche que dejó boquiabierto al grandullón—, no he cometido ningún delito, he tenido la desgracia de que usted hoy está aburrido. Olvídese de mí o le

juro que esto voy a cobrármelo con creces. ¿No tiene nada más interesante que hacer? Déjeme en paz.

—¿Acaba de amenazar a un agente de la autoridad?

—¡Sí! ¡Al más incompetente de toda la ciudad! ¡Váyase a la mierda!

Dicho esto, murmurando una retahíla de tacos, lo dejó clavado en admisiones y corrió hacia el paritorio. Nunca sería consciente de que los espectadores del rifirrafe se divirtieron de lo lindo al ver la cara roja por el bochorno del policía, tampoco oyó un aplauso solidario cuando desistió y salió ofendido del hospital.

Para sorpresa de Gabriel, no encontró a las Friars ni a Alexei ni a Léonore, allí no había nadie de su entorno. Volvió a preguntar, esa vez, a una enfermera. Alucinado, escuchó que su hija había nacido unos minutos antes. En aquel preciso instante, quiso morir. Después de esperar ilusionado tantos meses le había fallado a Claire en el momento más importante de sus vidas.

No tardó en recorrer el largo pasillo de la planta hasta la habitación.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Ethel al verlo llegar corriendo. Estaba en la puerta con Mike, que sonrió contento y le dio la enhorabuena

con un golpe en la espalda que lo tambaleó, fiel a sus maneras rudas—. Ha sido rapidísimo. No nos ha dado tiempo de sentarnos cuando ya había nacido.

—¿Cómo están?

—Compruébalo tú mismo —dijo riendo, le dio un abrazo—. Felicidades.

Con los ojos vidriosos, Gabriel abrió la puerta de la habitación. Alexei y Léonore se giraron, sonrieron y al apartarse de la cama le permitieron ver a Claire con la niña en brazos.

—Vaya... —dijo Claire—. El padre ha tenido el detalle de venir.

Los ancianos también le besaron cariñosos, se despidieron de Claire y salieron para darles intimidad. Gabriel se acercó a la cama sin apartar los ojos de sus esmeraldas preciosas, que no brillaban enfadadas, sino por la dicha de que todo hubiese salido bien.

—Si te cuento lo que me ha pasado no me creerías. —Gabriel la besó en los labios, parecía saludable, con un color que no se correspondía con el de una mujer que acababa de dar a luz. Se sentó en el borde de la cama y contempló a la niña. No pudo reprimir unas lágrimas. Tenía mucho cabello oscuro en una cabecita diminuta, la piel arrugada y sonrosada, y dormía

tranquila arropada con una toquilla beige de suave algodón—. Es preciosa, cariño.

—Sí —afirmó igual de emocionada—. Ha pesado cuatro kilos, está muy bien. Dentro de un rato vendrá otra vez el pediatra para verla, pero ya le han hecho varios test y todo es normal.

—Siento mucho no haber llegado antes. No tendría que haber ido hoy al trabajo. No me lo perdonaré nunca.

—No empieces con tus agobios. Ninguno esperábamos que todo fuese tan rápido. Ni siquiera Julia ha llegado a tiempo. Me ha atendido un ginecólogo del hospital. Si Mike no hubiese estado cerca de casa cuando Ethel lo llamó habría nacido allí. No me han puesto ni la epidural —dijo sonriendo—. No sé por qué la gente cuenta tantos dramones.

—¿Ha sido todo natural?

Claire rió asintiendo; ni ella misma creía en esa buena suerte pero así fue. Todos esos ángeles invocados con fe aunaron fuerzas aquel 15 de octubre para que Isabella Drake llegara al mundo sin dolor ni sufrimiento, con prisas por formar parte de una familia que no necesitaba más tragedias y con la paz que su madre merecía para resarcir todo el dolor que con ella quedó eliminado de golpe. La quietud de la calma tras la tempestuosa odisea

consiguió recompensar las horas de angustia que los dos pasaron durante la dulce espera; ahí había concluido con una felicidad absoluta.

Cuando unos días después les dieron el alta del hospital, al doblar la esquina de la oscura catedral, el caserón rojizo captó la atención de Gabriel, nada extraño porque solía hacerlo, pero ese día lluvioso, gris y desapacible, que todo lo emborronaba de un cristalino peligroso, solo tuvo ojos para la rosa de los vientos del tejado. Imponía respeto la fuerza del molinillo que habían formado los puntos cardinales metálicos.

—Cariño, será mejor que deje el coche un momento en la puerta — dijo prudente. No era recomendable exponer a Isabella a esa agresividad en su primera salida—. ¿Estáis bien?

—Sí —respondió risueña. Llevaba tres días con un subidón hormonal, tan pronto reía como lloraba, pero nadie ponía en duda que era feliz. Su hija comía y dormía con el mismo afán, y los tenía totalmente rendidos. La contempló dormida en sus brazos, tranquila e indefensa—. Creo que vamos a tener suerte con ella.

—Esperemos que el comité de bienvenida no la eche a perder.

—Tendremos que dejarlos hasta que se acostumbren.

Gabriel detuvo el coche, se bajó rápido y abrió el maletero para sacar un paraguas. En cuanto una ráfaga de viento se lo dobló del revés, lo cerró. Sujetó a la niña en brazos bien tapada por una suave manta e intentó protegerla con su cuerpo. Antes de subir los escalones de la entrada, salió Ethel de la casa para ayudar a Claire, que todavía andaba algo resentida, aunque en cuestión de días volvería a la normalidad.

Una vez en el salón, valorar quien se mostró más efusivo, quien se emocionó menos o quien tuvo a la niña en brazos durante más tiempo no fue una tarea fácil para sus padres. Ambos dejaron que la mimaran observándolos embargados por una felicidad contagiosa.

Esa pequeña Barinov para Alexei era un sueño; la nieta de su hijo; el acicate que necesitaba para volver al taller. A ella le había amueblado el dormitorio con una cuna, una mecedora, la lámpara del techo, que era una gaviota con las alas articuladas, y un aparador con cajones convertible en escritorio.

Todo en aquella casa inspiraba ternura. Exactamente la misma que las Friars y Léonore sintieron buscándole parecidos o halagando sus cualidades. Y sería incluso más difícil saber a quien había salido. De momento tenía el

cabello oscuro, los ojos poco nítidos por la leche materna, y unas carnes suaves y sonrosadas con facilidad para irritarse. Una de las primeras cosas que Isabella aprendió al nacer fue a distinguir a su madre. Si apremiaba el hambre sin que estuviera con ella, sonaba un llanto intermitente que subía de volumen conforme no se atendiera su petición.

La desbordante alegría y las voces altas dieron paso al sosiego cuando todos se despidieron de Gabriel en la puerta. Junto a *Shu*, estuvo pendiente de Léonore por si necesitaba ayuda; aunque Liosha el Galán la sujetó con firmeza de la mano para evitarle cualquier percance hasta el coche donde esperaba la señora que pasaba las noches con ellos en la casa de las afueras. Las Friars se subieron a la furgoneta de Mike, que iba a recogerlas cuando el tiempo era inclemente, y Gabriel cerró la puerta para regresar al interior precediendo a la perra.

Observó al pasar por delante de la escalera los motivos vegetales de la barandilla, se retorcían en nudos para fundirse o multiplicarse, y la majestuosidad colgada en el centro del hueco circular: la mariposa hecha con cristales de colores, recordando el impacto que le causó cuando entró cojeando una lejana tarde de febrero para alojarse ahí como alternativa al Sheraton. Aquella primera sensación fue magnífica, la recordaría toda su vida. Boreal Róis trasmitía misterio, se oía por las noches el crujir de la

madera, y también concedía paz si se apreciaba la belleza que surgía de las paredes en formas de sinuosas librerías o en el mobiliario antiguo donde el arte se recreaba. En definitiva, en casi dos años, Gabriel mezclaba admiración, cariño y orgullo para sentirse muy a gusto disfrutando de su casa.

Cuando entró en el dormitorio contempló más belleza mientras Claire estaba tumbada en la cama dando el pecho a Isabella. Sonrió, sacó el móvil y las fotografió.

—Cariño, por favor —dijo Claire—, no empieces...

—Son para mí. —Gabriel amaba por encima de todo a sus chicas y su intimidad. Se tendió junto a Claire y acarició con suavidad la pequeña cabeza de la niña, parecía diminuta bajo su mano—. Tengo un regalo para ti.

Del bolsillo del pantalón sacó una cajita plateada, la abrió y sostuvo entre los dedos una sortija de oro blanco con una esmeralda rodeada de diminutos brillantes.

—Es precioso... —comentó Claire sonriendo, extendió la mano para que se lo colocara—. Con este cierro el ciclo esmeralda —dijo divertida, pensando en los pendientes y el collar que el Inquisidor generoso le regaló cuando se casaron. Se distrajo con *Shu*, que entró sigilosa en la habitación, y compartió una mirada cómplice con él. Sonriente, le preguntó a la perra—.

¿Quieres ver a Isabella?

La niña había terminado y su padre se encargó de sostenerla derecha contra el pecho, seguida por la atención fija de *Shu*. Pasó lo que esperaban de ella: la aceptación a base de lametazos del nuevo miembro de su familia. Entre la tranquilidad del bebé y la mansedumbre del animal, durante un buen rato descansaron juntos.

Luego, Gabriel aprovechó para programar el disparador automático del móvil, que colocó en el aparador con la puerta de acordeón, y se tendió en la cama. Aquella foto mal enfocada, hecha sin ninguna preparación ni criterio, contaba con una ventaja que ninguna otra podría igualar; tanto para Gabriel como para Claire fue la primera foto en su hogar con Isabella y *Shu*, la primera donde estaban los cuatro y la que ocuparía otro lugar destacado en el salón, junto a bellas obras, otra fotografía de su boda, y más, con Alexei, en la boda de John y Elizabeth o en las reuniones veraniegas de Quebec.

En la casa se respiraba el amor que Charles Merritt buscó desesperadamente en una tierra inhóspita, en ese “fin del mundo” para Claire y Gabriel. Aunque no tuvo suerte con la mujer que eligió, viviera una existencia marcada por la oscuridad de un secreto y sintiera la frustración del fracaso, a pesar de todo, otra vez, Boreal Róis era el hogar que fue un refugio maldito y un oasis en el edén. Otra vez, la visión de un hombre soñador se

hacía realidad aunque él solo obtuviera soledad y tragedia como recompensa a su arduo esfuerzo.

El ajetreo del trabajo tenía a Jack en permanente alerta, incluso así, cuando el martes por la mañana recibió el aviso en el despacho de la visita de Victor Hosborn, miró el reloj viendo que eran las once sin dejar de cavilar en el motivo de esa inoportuna sorpresa.

—Hola, Victor, buenos días.

Jack se levantó y le tendió la mano.

—Hola —saludó seco, se quitó el abrigo y se sentó en una silla frente a la mesa—. Hace tiempo que no coincidimos, y quería saber cómo estabas.

—Gracias, es un detalle por tu parte —comentó entre serio y cínico. No podía confiar en una cordialidad nula hasta ese momento—. ¿Y Angie?

—Ahí va... —respondió desganado. Durante unos segundos Victor pensó cómo iniciar el sondeo que había ido a hacerle tras confirmar que salía con una mujer, que podría ser la sustituta de su hija—. ¿Y tú? Tengo entendido que te has echado una novia.

Percibiendo desprecio en su forma de hablar, Jack volvió a sentarse en su silla giratoria y sonrió.

—Sí, y tiene una hija de seis años —comentó tranquilo—, y quiero que vivamos juntos.

—¿Y mi nieto? —preguntó enfadado—. ¿Cada vez que conozcas a una vas a meterla en tu casa con el niño? ¿Piensas que será bueno para él?

—¿De qué coño hablas? —preguntó indignado—. Si buscas una explicación estás muy equivocado conmigo. Ni te las di cuando estaba con Cora ni pienso dártelas ahora. Ya sabes cómo funciona —habló soberbio—, si te gustan mis reglas, mejor para ti, y si no te gustan, te jodes, Victor.

—¿Cómo te atreves? —preguntó dando un golpe con la mano en la mesa—. ¡Es mi nieto!

Jack rayó el límite, se levantó y, tendiéndole el abrigo, dijo:

—No vuelvas a venir aquí, acabas de cerrarte esta puerta y la de mi casa. Te queda abierta la de mis padres. —Jack entornó los ojos—. Pero como se te ocurra hacer cualquier comentario sobre mi vida, te juro por mi honor que un juez tendrá que obligarme para que veas a tu nieto.

—No me amenes, Jack —espetó con la furia de un carácter agresivo

—. Puedo hacerte mucho daño.

—Inténtalo. Aunque yo que tú antes pensarías las cosas.

—Muy bien —rezongó Victor—, voy a estar vigilándote.

—En vez de perder el tiempo conmigo, préstale más atención a Angie, sería mejor para todos —comentó Jack con sensatez, ignorando la profunda animadversión que sentía por él—. Es justo reconocer la verdad, Victor, y al igual que sabes cómo está Cordey, deberías ver que tu mujer te necesita, mucho más que estos enfrentamientos. Ahora, si me disculpas, tengo que seguir trabajando.

Victor salió del despacho tras reflexionar unos segundos en esas palabras. Eran ciertas porque Angie no conseguía aliviar su pena más que el breve tiempo que compartía con el niño, luego, simplemente vagaba, con docilidad. Si no cambiaba de actitud con Jack solo incrementaría el dolor y la distancia que los separaba desde hacía muchísimos años. Pero admitir la verdad delante del hombre que menos respeto le había mostrado no ayudó a suavizar el portazo que dio cerrando la puerta ni a una nula despedida.

Jack murmuró un taco y se sentó otra vez con intención de olvidarlo, algo que fue sencillo en cuanto se sumergió en la lectura de los informes que repasaba antes de la interrupción. Se abstraía por completo en un trabajo muy

gratificante para él con el optimismo de estar alcanzando los objetivos que se comprometió a obtener al cerrar el año; sin duda, la aventura de regresar a Quebec podía considerarse un éxito rotundo y se completaría cuando Christina aceptase convivir con él.

En San Juan, Claire besó a Gabriel en la puerta de su casa después de regresar del notario donde le firmó un poder para vender MaiSa sin su intervención. Salía hacia Nueva York con Léonore, ya que los clientes eran conocidos de ella y también porque habían quedado con Daniel Larson para empezar la remodelación de Essex.

—Son solo dos días, cariño —dijo Claire.

—Lo sé, pero no esperaba que fuesen ahora. Tu abuelo llegará dentro de un rato. Hazme el favor y pórtate bien.

Claire sonrió, no podía remediar ser autoritario.

—Lo mismo te digo con Zanelli, contrólate.

Gabriel esbozó una sonrisa torcida, la volvió a besar cariñoso en los labios y se apartó sin ganas de irse.

Con el ánimo decaído, Claire subió al dormitorio de Isabella, que dormía en la cuna hasta la siguiente toma. Solo durante la noche estaba con ellos en la planta baja, y como la perra se había autoproclamado su escolta tenía la seguridad de que les advertiría cualquier rareza.

Balanceándose con suavidad en la mecedora, Claire se dispersó en la tranquilidad que sentía en ese espacio tan claro como la nieve. Destacaban la decoración infantil de las patas y el tinte blanquecino que tendía al amarillo de los muebles hechos a medida, también la calidez de una temperatura confortable que forzó sus párpados al descanso de los pensamientos negativos desde que se precipitó la venta de MaiSa.

Cuando llegó Alexei, abrió con su llave y dejó en la cocina la bolsa de deporte que cargó sin esfuerzo. Entre la fortaleza de su salud y el espíritu combativo de su carácter, pocos clavarían el año en que nació: 1926. Si bien la piel arrugada de su rostro mostraba el paso del tiempo, todavía dejaba entrever el atractivo que tuvo, y lo más expresivo de él: sus ojos, embrujaban con un azul celeste frío hipnótico capaz de hervir bajo el influjo del arte; su vida.

Shu bajó rauda la escalera, contenta de verlo, y le indicó donde encontrar a Claire.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Claire abriendo los ojos—. No te he oído.

—Esta no ha ladrado —dijo Alexei, sonriendo al jugar con la perra. Contempló unos segundos a Isabella—. Es preciosa —comentó inclinado sobre la cuna, dejó la contemplación sumido en una nostalgia grisácea para asomarse a la ventana. Los robles rojos del jardín tenían a sus pies tantas hojas secas como tupidos charcos crujientes. Las mismas hojas que el viento movía al compás de sus recuerdos—. Fue una tragedia que Irina muriera al año de llegar. Le habría dado más hijos a Charlie...

—¿Por qué nunca me hablas de ella?

—No lo sé —respondió girándose, con agilidad, se sentó en el suelo, bien mullido con una alfombra de colorida lana. *Shu* se tumbó a su lado—. Siempre he creído que mi sueño arruinó el de ella —comentó triste—. Para mí era esencial salir de Rusia, la guerra estaba acabando y sabía que si llegábamos a París, cruzar el Canal sería pan comido, y de Inglaterra al Nuevo Mundo...

—¿Por qué dices que arruinaste su sueño? ¿Qué quería Iris?

—Irina, Claire —habló emocionado—, solo fue Iris para Charlie —comentó, recordando a su viejo amigo, con la intención de no quitarle lo

único que solo él tuvo—. Mi hermana había perdido la esperanza de casarse. Cuando le propuse criar a Chris casándose con tu abuelo al principio no quiso aceptar porque era una romántica, decía que nunca se casaría sin amor; pero aceptó por mí, para no abandonar al único descendiente que teníamos. Recuerdo cuando se conocieron. —Alexei sonrió—. Era muy guapa... Charlie quedó impresionado y ella se enamoró en cuanto vio la ternura que tuvo con Chris. Cuando llegamos en el barco, los dos estaban convencidos de que serían felices.

—Дед —pronunció en ruso “*died*”, o abuelo; sabía que le gustaba oírla llamarlo así—, si se enamoraron, aunque estuvieran juntos solo un año, eso vivieron.

—Sí, pero un poco más de tiempo no les habría venido mal.

Claire intuyó miedo a la muerte en esas palabras sosegadas. Cambió de tema, a otro menos melancólico cuando Isabella se despertó. El amor inmenso que los unía alejó las nubes cargadas de arrepentimiento para abrazar con dicha el futuro; corto o largo, y siempre incierto para todos sin distinción de edades ni sexos.

—¿Te ha explicado Leo cómo vamos a enfocar el museo?

—Sí —respondió Alexei, risueño—, pero me ha dicho que será una

fundación.

—Sí, parecida a la de Pierre en París.

—Eso me gusta más —admitió. De hecho, transigió porque le ilusionó ayudar a jóvenes artistas y no podía remediar el pudor de sentirse examinado, si bien, Claire entrevió una humildad dignificante. Distraído acariciando el lomo de *Shu*, comentó—. Estamos haciendo una especie de catalogación de todos los muebles y esculturas que he hecho. Vamos a elegir los más representativos. Será un recorrido por el siglo XX, aunque todavía no sabemos si conseguiremos los que queremos. Léonore piensa negociar con los actuales propietarios, ya veremos si los convence. Tampoco nos preocupa mucho porque entre lo que tengo en mi casa, dos de aquí y los que hay en Essex, más o menos no dependeríamos de ellos. También quiere dejar los cuadros para intercalarlos con algunas de tus fotografías.

—Es un honor —dijo emocionada—. Y me alegra de que por fin lo veas; aunque me hayas fastidiado el plan de traerme el Monet y el Matisse — comentó bromeando, cogió a la niña en brazos y volvió a sentarse en la mecedora—. ¿Tienes hambre?

Con el mismo sigilo que trajo al llegar, abandonó Alexei la habitación. Se sentó en el último escalón para contemplar la panorámica de la escalera

desde allí, como hacía cuando descansaba mientras la tallaba. Sin duda fue un trabajo duro, probablemente el más difícil de todos los que había hecho y también, con pocas posibilidades de equivocarse, ya que era consciente de su propio rendimiento al trabajar, la obra más bella que había creado. En esa madera oscura asomaban rasgos de genialidad por la precisión en el uso de las herramientas y por el diseño arriesgado que nadie podía incluir en un movimiento artístico u otro.

A su edad, cuando el brillo había abandonado una pálida piel ligera pero sólida como el atajo de huesos de un cuerpo desintonizado con una mente en aprendizaje continuo, Alexei Barinov admitía que lo etiquetasen, admirasen o detestaran. Tendría el privilegio de servirse bien fría una ración de venganza esperada más de sesenta años. Liosha, el ruso, el muerto de hambre que llegó a Inglaterra con ilusión por vivir del esfuerzo y el trabajo digno, a quien los Clainston intentaron hundir sin conmiseración, ese anciano, expondría en su amada casa algunas de las obras más representativas de una vida dedicada al arte, acompañado de algunos colosos que atestiguaban el esplendor cegado por los prejuicios.

Para él se cerraba el círculo.

El destino quiso cruzar a Marion en su camino y, con ella, a la familia que tantos disgustos le ocasionó. Los Sabo financiarían la fundación Barinov

y los Clainston darían techo al arte del chico confiado que sucumbió a una pasión efímera aunque indeleble al paso del tiempo. Esa que marcó a Margaret con remordimientos, a Irina y a Charles al darles una oportunidad para arrebatársela con prisas y a él por privarlo del amor verdadero cuando fue joven y el ímpetu guiaba sus pasos.

Allí sentado lloró por el desperdicio de tanta ausencia cuando hubiese sido fácil intentar buscar a Léonore años atrás.

Echó de menos a Chris, sus bromas para alegrarlo si lo veía negativo y el sonido grave de su voz al contarle anécdotas de Claire, siempre ajeno a la guerra entre él y Grace. Sintió su vacío, deseoso por el estrépito de una carcajada o por verlo sostener en brazos a su nieta. Daría la vida por cumplir esos deseos.

Cerró los ojos, pensando en el volumen de la silueta de Chris, creando una imagen nítida de su próxima obra; el colofón perfecto para dar la bienvenida en su fundación; la última que tallaría.

Después de despedir amable a la chica que cuidaba a Ari al llegar a casa, Christina entró agotada en su dormitorio por las horas en el hospital y la caminata más cansina conforme avanzaba el otoño con nieve y un viento

helado que le atenazó todos los músculos.

Cavilando en que debería ir en coche al hospital si no quería solidificarse intentando hacer algo de ejercicio, se sentó en la cama para quitarse las botas mientras escuchaba a la niña hablar con Graham por teléfono. Aprovechó y llamó a Jack.

—Hola —saludó Christina tras esperar unos segundos—, ¿cómo te ha ido el día?

—Hola, muy bien —contestó, sorprendido—. Acabo de cenar. ¿Y tú? ¿Ahora llegas?

—Sí, para coger los días de noviembre no me queda otra.

—Falta nada, cariño —comentó animoso ante la desilusión que notó en su voz—. Este *finde* voy a mimarte para que llegues a Terranova como nueva.

—No me dan muchas garantías tus cuidados —dijo irónica, menos cansada al pensar en qué consistirían—, pero acepto. Recuerda que el viernes salgo más tarde.

—No lo he olvidado —dijo tranquilo. Tenía presente la visita de un grupo de especialistas internacionales al hospital—. Te echo de menos.

—Entre semana de todas maneras no nos veríamos mucho.

—Pero dormiríamos juntos —dijo Jack, oyó el sonido de un mensaje entrante y acertó la despedida—. Nos vemos el viernes, pero si te apetece antes... sabes dónde vivo.

—Lo tendré en cuenta —comentó bromeando. Risueña, Ari irrumpió en el dormitorio. Vestía un pijama de franela con un dibujo de *La Sirenita*, unas pantuflas enormes con la cara de un oso panda, y traía el pelo recogido en una trenza—, buenas noches, Jack. —Christina dejó el móvil en la cama y dio unas palmaditas en el colchón para que Ari se sentara a su lado. Tras unos cariñosos besos, le preguntó—. ¿Estás contenta?

—Sí, papi viene otra vez el viernes.

—¡¿Qué?! —exclamó—. No me ha dicho nada.

—Es un secreto, no le digas que te lo he dicho. Quería darte una sorpresa.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Algo del hospital. ¿Me quedaré con él aquí sola?

—No lo sé, Ari. —Durante unos minutos, Christina no se quitó a

Graham de la cabeza. No tenía intención de inmiscuirse en la visita prevista para valorar las instalaciones del hospital, pero sabiendo que él formaba parte del grupo sería invisible; haría cualquier cosa por no ver de nuevo enfrentados a dos machos instintivos, ni un fantasma se camuflaría con su habilidad—. A lo mejor no puede quedarse.

—¿Nos iremos a casa de Jack? Me gusta más que esta.

—No lo sé —repitió algo brusca, impaciente por no abordar con ella un tema que todavía no tenía decidido pese a comprender que sus inquietudes y las de Ari iban por senderos opuestos. Añadió poco convincente—: Supongo que sí, ya lo veremos el viernes.

—Me gusta Jack, mami —dijo Ari sonriendo—. Papi quiere presentarme a su novia.

—Es normal, cielo, van a casarse. Igual que conoces a Jack, tienes que conocerla a ella.

—Ya. —Bajó la vista un instante hasta que se reactivó su curiosidad—. Mami, si papi y su novia van a tener un bebé, ¿Jack y tú también vais a tener uno?

—No, cariño —contestó y le acarició el cabello—, no todas las parejas

tienen hijos. Jack está bien con Cordey y yo estoy encantada contigo, no es el momento de tener más hijos, pero quizá algún día...

Christina dejó la frase en el aire porque tenía síntomas claros de una menopausia precoz, heredada de su madre y abuela. Seguía tomando anticonceptivos para engañar al tiempo, sin embargo, como médico, sabía que tenía una ínfima probabilidad de quedarse embarazada. ¿Para qué alimentar un sueño con falsas esperanzas? Era más sensato fomentar el compañerismo entre su hija y el muñequito Drake; un juguete para la niña y la oportunidad ideal para sentir la maternidad junto al hombre que se retraía en aceptar.

Los lúgubres senderos de su amada costa estaban llenos de obstáculos dudosos, tenía innumerables recovecos donde pararse para tomar aliento con optimismo o compadecerse con ideas amargas. Esos recónditos filamentos que urdían en su cabeza apenas le permitieron acabar el día cenando en la cocina con Ari sin prestar atención a un sinfín de palabras. La doctora solo tenía una que aliviaba aquel desasosiego: sí. Podía esperar varios meses, buscar centenares de excusas, pero era innegable que los fines de semana con Jack eran mejores, divertidos con la familiaridad de las tardes en el salón viendo una película o cocinando a medias con él. Disfrutaba amándolo, con discreción y también libremente. Sería de estúpidos pensar que no estaban

destinados a vivir juntos.

Para darle una sorpresa a Christina, el viernes por la tarde fue Jack al hospital. Tras aparcar, entrando por la puerta principal, pensaba en hablar con Gabriel para comprarle el coche ya que había vendido el DB9 a través de un concesionario neoyorquino y ese le resultaba cómodo por su amplitud y, como lo tenía a su entera disposición, era preferible a entretenerse buscando otro.

Al doblar la esquina del pasillo donde se encontraba la consulta, Jack ralentizó el paso. Su novia estaba de espaldas y hablaba con un hombre, que no distinguió medio oculto detrás de ella. El extraño sujetó la cara de Christina y la besó en los labios. Jack frenó en seco para ver la mirada prepotente de Graham fija en él y para tragarse su regocijo cuando levantó el dedo índice y le guiñó un ojo.

Sin esperar a que Christina se percatara, Jack dio la vuelta y no corrió por no llamar la atención, porque las ganas le sobraban. Circuló con el BMW hacia la casa de sus padres de rally, como en los tiempos gloriosos de Nueva York. Ni siquiera pensó qué hacía el médico allí otra vez, por qué Christina no se lo había dicho ni en el fin de semana que ese beso mandaba a pique; la

parte racional de su cerebro dejó de funcionar.

En un rato breve, Jack se distrajo bañándose con Cordey, refugiado en el cariño incondicional del bebé y en la ternura inspiradora que le concedió una tregua a la rabia que agujoneaba sus pensamientos con el final abrupto de una relación más que importante para él. Amaba a Christina y quería a Ari, y ni en sueños había previsto esa traición con patada en los testículos incluida.

Trataba a toda costa de olvidar la mirada del escocés.

Con intención de evadirse viendo una película y de disfrutar bebiendo un buen whisky, acostó temprano a Cordey y se preparó un sándwich para cenar, ignorando las repetidas llamadas al móvil de Christina.

A punto de quedarse dormido en el sofá, sonó el timbre y dio un respingo, sorprendido miró el reloj; las ocho y media. Jack disimuló al abrir la puerta.

—Hola —saludó Christina sonriendo—. ¿No ibas a venir a recogerme?

—Me he dormido.

Christina frunció el ceño, dejó la trolley que traía y no quiso quedarse con la duda. Jack estaba raro. Ni beso, gentileza ni cariño. Le sujetó el brazo en el vestíbulo y preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Puedes llamarlo así —respondió fresco—. No me gusta la hipocresía. ¿Con quién está Ari?

—En mi casa, con su padre —dijo enfadada—. Ha venido con el grupo de médicos.

—Ya.

Percibiendo la discusión, Christina prefirió refugiarse en el piso de Jane.

—Me voy.

—No he dicho que te vayas. Está claro que debemos hablar.

—¿De qué?

—Chris, te he visto con él en el hospital —murmuró.

A la doctora el gesto se le desfiguró y exhaló una bocanada brusca de

aire.

—Entiendo que no es agradable, pero me gustaría explicártelo — habló calmada, consciente de qué se jugaba en esa conversación. Agarró la mano de Jack, que parecía más abatido que belicoso, y lo guió al salón. Tras incitarlo para que se sentara en el sofá, permaneció frente a él de pie—. No sabía que Graham iba a venir con el grupo de médicos, me enteré hace tres días. He hecho lo imposible por no verlo, llevo todo el día dando vueltas por el hospital, pero a última hora me ha encontrado —explicó atenta a la seriedad de Jack—. Me ha besado y no debería, pero no he podido hacer nada porque era eso o una escena, y a ninguno nos interesa. Te prometo que nunca lo había hecho.

—Chris, me ha mirado, me ha guiñado el ojo y me ha levantado el dedo índice; un uno, el primero —comentó cínico—, sabía que os estaba viendo.

—Por eso te digo, cariño —dijo Christina, se sentó en sus piernas y le acarició la cara—, quiere darte celos. Es un cabrón retorcido, no se lo permitas —rogó emocionada, atenta a los ojos inmóviles de Jack—. Confía en mí, y más, ahora que tengo decidido vivir contigo.

Al oírla, Jack se bloqueó un instante asimilando la noticia. De

inmediato, una sonrisa ancha, donde resplandecía el interior de un hombre alegre, iluminó a Christina, que no se resistió cuando esos labios dulces cubrieron los suyos con delicadeza.

—Gracias, cariño —dijo Jack, admitiendo enamorado uno de sus deseos—. Has conseguido que olvide la humillación que he sentido.

—Te juro que nunca permitiré que nadie más me bese —susurró—, solo quiero tus besos y solo quiero que tengas los míos.

De nuevo Jack sonrió escuchándola. Era una copiona, una demasiado bella, lista, y altamente seductora.

—Tengo muchas ganas de empezar a repartir besos —dijo Jack, acariciándole el cuello.

Cuando se ponía así, Christina necesitaba mucha voluntad para separarse.

—Y yo, cariño, pero me gustaría quitarme el olor a hospital.

Minutos después, se dio una ducha mientras Jack preparaba otra cena, esa vez algo más consistente. Cuando se ponía un cómodo pijama de dos piezas, vio su móvil olvidado sobre la cama y, en un acto de curiosidad solapado con un gesto casual, levantó el aparato para leer una sucesión de

mensajes que sugerían la impaciencia de quien fuese por hablar con él. Siempre el mismo remitente, un único nombre: Sofía.

Cavilando en la azafata, entró en la cocina y se sentó en la barra, donde aparte de dos platos con filetes a la plancha había también una ensalada. Hablaron de los sitios que visitarían en Terranova sin plantearse más que esa charla trivial por no dar rienda suelta a sus celos.

En cambio, cuando terminaron y se sentaron en el sofá, tras dedicarse un momento a olfatear el whisky que por inercia Jack sirvió en unos vasos, Christina bebió y trató de sonar indiferente al preguntarle:

—¿Ha habido muchas “Sofías” en tu vida?

—¿A qué viene ahora esto? —Jack la observó confundido—. Tengo un pasado, nunca te lo he negado, pero solo ha habido una mujer antes que tú, creía que lo tenías claro.

—Lo sé, no quiero discutir —comentó seria—, entiendo que son anteriores a Cora, pero me molesta que cuenten contigo como si volvieses a estar disponible.

—Ninguna se ha puesto en contacto conmigo, excepto Sofía; somos amigos —explicó incómodo—. Tampoco veo normal tener que cortar por lo

sano cuando nunca hemos tenido problemas. ¿Quieres que lo haga? — preguntó sin ánimo de traicionar un principio básico para él: terminar como un caballero—. No me parece muy maduro por tu parte, menos mal que el joven soy yo.

—Oye... —dijo sonriendo, se tumbó con medio cuerpo encima del suyo—, no he querido hacerlo, pero he husmeado en tu móvil, te ha mandado varios mensajes.

—¿Seguro que no querías hacerlo? —preguntó apretándole las nalgas, cómodo y feliz por el carácter posesivo que compartían—. Soy un santo, doctora. No me fijo en nadie más, no sé por qué te planteas sentir celos — comentó, sonriendo, le besó los labios—, pero me gusta que estés celosa, me pones muy cachondo.

—Sé que eres bastante correcto —dijo por no aumentar más su ego—, pero eres demasiado guapo. Llevas escrito en la frente la palabra sexo.

Jack soltó una carcajada.

—Cariño, no tienes ni idea de lo que es la belleza —dijo suficiente. Desabrochó los botones de la chaqueta de su pijama y se la quitó. Amasó con delirio sus pechos, altos, generosos y tiernos. Incluyó la cabeza hacia delante y lamió uno de sus pezones hasta que se contrajo petrificado, en ese

momento, Jack sonrió vanidoso, levantó la vista y dijo—. Para mí esto es la perfección absoluta, Chris.

La doctora bajó los párpados. Se imaginó en un prado donde soplaba una suave brisa cálida, como si las manos de Jack no se movieran frenéticas trazando círculos al amoldarlas a sus pechos, y desplegó las alas para emprender el vuelo.

Christina abrió los ojos y peinó con los dedos el cabello rebelde de Jack, aunque no demoró quitarle la camiseta ni bajarle el pantalón. Necesitaba tenerlo llenándola. Toda la rígida virilidad de su joven y aplicado amante para ella, para colmarla elevándola del suelo en otro de aquellos viajes donde atravesaba un cielo despejado tan bello como las turquesas que posaba anhelantes en ella, empujando sin darle un segundo de aliento o acallando con feroces besos los sonidos inconexos precipitados a su boca al ver la distancia del mar desde las rachas ardientes que la hacían ganar altura.

—¡Jack!

El grito volvió más impetuoso a Jack hasta que tensionó todos los músculos y Christina sintió un chorro de esperma y su propio orgasmo atrapándolo.

Remolonearon en el sofá bajo la luz anaranjada de las llamas,

satisfechos, pletóricos y agradecidos por tenerse, y mantuvieron una conversación susurrada, de esas en que prevalecen los sueños para compartir proyectos e ilusiones.

Pasado otro rato, Christina se levantó tambaleándose un poco. Se estabilizó y tiró de la mano de Jack. Recogieron sus ropas, cruzaron la habitación y subieron por la escalera, desnudos pero cómodos por la calefacción y el ejercicio.

Entraron en el dormitorio del niño sin hacer ruido para no despertarlo, parecía dormir plácidamente.

Antes de meterse en la cama, Jack dijo:

—Te amo, Chris. No tardes en hacer la mudanza.

Christina sonrió, mirándolo cambió a una postura más invasiva, con sus piernas entre las de él, y acarició su pecho.

—¿Te parece bien a mediados de noviembre? —preguntó, le besó el cuello y dejó un rastro demasiado seductor cerca de sus labios—. Tengo que hablar con mi casera.

—Me parece perfecto, cariño.

Jack trató de sonar normal aunque se le escapó un leve gemido, como una especie de ronroneo placentero al sentir la mano elegante de Christina buscando su miembro en un lento descenso, lánguido y excitante. Tanto, que se imaginó durante los próximos minutos y no contuvo la impaciencia por sumergirse otra vez en la belleza. Esa que lo provocaba sin ser consciente de que para él ya no existían más mujeres en el mundo. Podía haber sido un donjuán, pudo haberlas usado a su antojo, pero ni se planteó ser infiel a Cora y ni se lo planteaba con ella. Del mismo modo, exigía. Y, del mismo modo que Christina confió en él, confiaría en ella pese a las malas intenciones que intuyó en Graham. A quien deseaba un matrimonio feliz y, sobre todo, rápido, contando con que distraído se olvidaría de su bella escocesa. Mientras el ansiado día llegaba, volvió a amarla. Derrochó ternura y palabras cariñosas que cambió por otras malsonantes solo porque sabía que la modosita oculta bajo ese cuerpo de infarto se perdía. Al contrario que él, hallado de nuevo a su lado.

DIECISÉIS

San Juan de Terranova, 3-11-13

Terranova y Labrador, Canadá

El gótico de la catedral no pasaba del siglo XIX, pero era bonito y etéreo como debía. El coro iluminado por las estrechas y elevadas cristaleras de colores, la planta formando una cruz latina rodeada por esbeltos arcos, y la música del órgano con una melodía alegre para contrarrestar el llanto sorpresivo de Isabella cuando sintió el chorro de agua templada en la cabeza justo un año después de celebrar a unos metros de allí la boda de sus padres. Todo fueron pequeños retazos para conformar los recuerdos que tanto Gabriel como Claire atesorarían para siempre de aquel primer domingo de noviembre.

En el amplio y alto salón de Boreal Róis, repartidas estratégicamente encima de mesitas y aparadores de madera maciza encerada, había decenas de bandejas con las delicias de Ethel para la celebración del bautizo y aniversario. Quisieron una reunión familiar donde incluyeron a un selecto

grupo de buenos amigos. No faltaron compañeros del banco, como William, Jim y Robert, con su mujer e hijos; tampoco dos alumnos de la escuela de arte muy queridos por Claire, Gina y Bastien, en el dulce albor de una relación sentimental, y Virginia Rodhein; la doctora Mills, que conversaba animada con Christina; ni, por supuesto, Ethel con Mike y sus hijos y Eloise con su marido.

Alexei, que no estaba acostumbrado a compartir la atención de su bisnieta ni a ver la casa abarrotada de personas, salió al jardín donde el sol tibio del mediodía suavizaba el aire fresco; aunque para un ruso como él eso no podía considerarse frío, y encontró a John, de espaldas observando la ciudad gracias a la vista que ofrecía la elevación del terreno.

—¿Cómo estás? —preguntó Alexei. Se habían conocido un par de días atrás y, de momento, podía decirse que congeniaban—. ¿Te agobia la gente?

—No, qué va —respondió John, le dio un sorbo al vino que tenía en una copa de cristal tallado y añadió—: Descanso un poco del ruido. Me gusta la tranquilidad que se respira aquí.

—Tengo entendido que viviste un tiempo en Nueva York, yo no lo soportaría.

—No, he viajado mucho allí, pero siempre en Quebec. Supongo que te refieres a Elizabeth. Cuando nos divorciamos se fue allí a vivir. Ha estado muchos años, hasta que tuve el accidente.

—Es posible. —Alexei asintió despacio, sin tener claro qué les había sucedido. Para él, un acérrimo defensor de la intimidad, era fundamental respetar la de los demás y ni era curioso ni había escuchado a nadie mencionar nada que pudiera ayudarlo a completar el puzle de otras personas que se cruzaban en su vida, con las que compartía el honor de una herencia, ese día, más presente que nunca—. Son muchos datos nuevos para un viejo como yo —dijo bromeando—, entonces... el padrino es el pequeño ¿no?

—Sí, Jack, el padre de mi nieto.

—A ese rubiales sí lo tengo bien ubicado —comentó Alexei sonriendo, recordando tanto el padre como al niño, también, en plan rayo, llegó a su mente otra persona, de esas que en una época lejana sirvieron a su inspiración para crear algunas de las esculturas que se verían en Essex—. Y a la morena soy incapaz de quitarle los ojos de encima. Madre mía, ¡qué pena no tener cuarenta años menos!

John soltó una carcajada.

—Sí, es muy guapa —comentó feliz, orgulloso de Jack y de que un

artista acostumbrado a trajinar con la belleza admirase a Christina, por quien sentía un cariño enorme—, y es buena persona. Me gusta cómo trata a mi nieto, y Jack no podía haber tenido más suerte. Pero te diré algo... —John bebió y habló confiado—, no la cambiaría por Elizabeth.

—No creo que tu hijo te deje —dijo con ironía—. También es una mujer hermosa. Realmente estamos rodeados de bellas mujeres, es un placer para un adicto a la contemplación como yo.

—Y para cualquier hombre, Liosha —dijo John. Otro impulsivo con ojos rapaces para detectar féminas, aunque se guardaba de hacerlo cuando Elizabeth estaba con él. Con una sonrisa cómplice, comentó—. Hoy estarás contento. Menuda sorpresa con el nombre completo de la niña.

—Mucho, no lo esperaba —dijo ante la mención de Irina Isabella Drake Merritt-Barinov. Así se apellidarían sus bisnietos tras la unión legal que Claire realizó antes de que la niña naciera—. Es un detalle muy bonito.

Mientras hablaban, una de las puertas del salón se abrió y salió *Shu*, al instante, Christina, para seguir con la llamada de Graham. Por el tono prometía discusión y quiso evitar la suspicacia de Jack. Les saludó levantando la mano y se dirigió al otro extremo del jardín.

—Deja de decir estupideces —siseó Christina—, nos han invitado a

un bautizo, estamos en Canadá. ¡No me he llevado a la niña sin tu consentimiento a ningún sitio!

—¿Cómo que no?! ¡No puedes sacarla de Quebec! ¿Estás en Quebec? —preguntó con ironía—. ¡No! ¡¿Quién miente, *gràdh*?!

—¡Haz lo que te dé la gana! —Escucharlo, consciente de que era un egoísta por naturaleza, y sabiendo que esa enorme “preocupación por Ari” tenía que ver con Jack, cuando iba a casarse con otra, a la que le había faltado tiempo por embarazar, para Christina fue indecente. Por más que intentó no seguirle el juego, terminó cayendo para reventar sin tener en cuenta dónde y con quiénes estaba—. Es curioso que ahora estés tan preocupado por su felicidad ¡¿No crees, Graham?!

—Aunque no me creas, siempre me he preocupado por las dos, Chris —dijo sonriendo, imaginando su boca inflamada con furia y disfrutando de esos minutos de insignificante atención, aun siendo negativa. Se alimentaba con esas llamadas, adrede calentaba los ánimos para fastidiarle el idilio con un novio que estaba resultando más molesto de lo esperado. Jamás reconocería que iba a ser padre de nuevo contra su voluntad ni que ninguna mujer, por muchas que buscara, ocuparía su sitio. Era mezquino y por días sus ideas se retorcían, en cambio, saber que todavía podía causarle alguna emoción lo animaba para declararle un amor eterno—. *Tha gaol agam ort,*

mo gràdh.

—No vuelvas a llamarme así, nunca más. Olvídame, vive tu vida y borra que alguna vez tuvimos algo en común —dijo alto y claro—. No te atrevas a insinuar con palabras que me quieras. ¡Tú no quieres a nadie! ¡A nadie, Graham! —Christina ya no podía soportar más estupideces, no debía consentirlo. Aunque, por aquello de estar en casa ajena, debió mirar hacia la puerta antes de continuar, algo que no hizo; detalle que, de haber tenido en cuenta, le habría permitido ver a Elizabeth con Ari de la mano—. ¡¿Le has dicho a tu hija por qué no puedes verla?! —Christina sacudió la cabeza—. ¿Sabes acaso qué es querer a alguien?

—¡*Tha!* —gritó ofendido. Por supuesto que sabía amar, a ella—. ¡*Tha mi gur ionndrainn!*

—Yo no —dijo más calmada. No echaba de menos estar casada con él. En cuanto vio a la niña con Elizabeth, bajó la voz para tratar de hacerse entender sin nervios—. Amo a Jack, es diferente a la relación que tú y yo mantuvimos, y es lo quiero porque soy feliz, Graham. Déjame tranquila, intenta ser feliz y no busques enfrentamientos que nos fortalecen y te hacen quedar como un cabrón cuando antes no eras así. —Christina suspiró—. Lo siento, Graham, pero es hora de que reconozcas que lo nuestro terminó hace algunos años.

—No puedo, Chris —habló serio—, nadie podrá sustituirte.

—No me sustituyas, no me busques en otras —dijo con tristeza, hizo una pausa—, creo que es mejor que lo dejemos aquí. Intenta no fallarle más a Ari, por favor.

—Nunca le he fallado a mi hija —comentó con soberbia—. *Tioraidh*, Chris.

—Lo que tú digas —admitió resignada—, *tioraidh*, Graham.

Mientras, Jack había subido al dormitorio para cambiar a Cordey, desoyendo el ofrecimiento de Eloise. Antes de salir se asomó con el niño en brazos al ventanal y vio a Christina, sola, jugueteando con la perra. El imprevisto sonido del móvil rompió un silencio agradable y evaporó la espesa incertidumbre que no se iría hasta que llegara el ansiado quince de noviembre.

—Hola, Sofía, tenía pendiente llamarte. Estoy muy liado.

—Me lo había imaginado —dijo despreocupada—. ¿Vamos a vernos o no? Estaré en Quebec hasta mañana.

—No —comentó, mirando el jardín. En ese momento, Christina ya no estaba con sus padres y Alexei. Dado que no tenía intención de verla y que

iban a estar en Terranova varios días más, no creyó necesario darle explicaciones—. Estoy de vacaciones con mi familia.

—Vaya... qué putada —dijo decepcionada por la noche que se perdía—. A ver si la próxima vez tengo más suerte. También podrías venir algún viernes a Montreal, suelo hacer escalas de doce horas.

—Tenemos que vernos —dijo Jack con el propósito de charlar un rato con ella y de paso contarle cara a cara su nuevo proyecto personal, sin la remota intención de alentar la desconfianza de Christina, que entró en el dormitorio y se quedó inmóvil al escucharlo—. Si puedo te llamo el jueves y quedamos.

—Estaré esperándote —replicó alegre—. *Ciao*, Jack.

Jack sacudió la cabeza sonriendo y se giró para salir, no para ver carbón ardiendo al rojo vivo. Frunció el ceño, andando hacia ella, comentó:

—No sé qué habrás oído —habló cauteloso—, pero no saques conclusiones, Chris.

—¿Para qué quieres verla? —preguntó con los brazos cruzados.

—Para aclararle que estoy contigo. No lo sabe, por eso me manda mensajes y me llama.

—¿Y a qué esperas para decírselo? —preguntó enfadada—. ¿A qué vivamos juntos?

—¿Qué coño te pasa? —preguntó harto de un tono beligerante—. No quiero decírselo por teléfono.

—Por supuesto, siempre es mejor verla y si surge algo, pues mira, eso os lleváis los dos.

—No sé qué pretendes con esta discusión, pero estás tocándome mucho las narices cuando no eres tú quien tiene que aguantar al capullo de tu exmarido. Si prefiero hablar con ella en persona tomándonos unas cervezas y te jode porque vosotros sois incapaces de estar juntos, lo siento, Chris, pero es lo que hay.

—¿Me estás dando un ultimátum? ¿Estás diciéndome que piensas mantener una relación amistosa con todas las *Sofías* que has conocido? ¡¿Me estás diciendo eso, Jack?! —Christina, que todavía acusaba el cabreo con Graham, explotó otra vez—. ¡No voy a consentirlo! —Muy alterada, se plantó delante de él—. Que sepas una cosa, niño, me hacía ilusión vivir contigo, pero acabas de fastidiarlo con tu chulería. Olvida la mudanza y, a partir del miércoles, olvídame también a mí. Con un cabrón en mi vida he tenido bastante.

—Escúchame bien —dijo Jack controlándose porque tenía al niño en brazos—. Te vas a venir a vivir conmigo y no pienso olvidarte ni a partir del miércoles ni nunca. Te quiero y me quieres. —Jack hiló las frases que quería decirle para terminar de una vez con esas intromisiones que a los dos herían—. Ni Sofía ni Graham van a conseguir separarnos. De ella estoy seguro porque no sabe nada de ti, y de tu exmarido porque no voy a permitirselo. — Jack negó con una sonrisa amarga, dolido por la alusión a su edad cuando no le daba motivos de inmadurez o irresponsabilidad—. Ah, y llámame como quieras, no me ofendes.

—Déjame un rato tranquila —dijo cansada, molesta por haber perdido los nervios con él. Abrió la puerta del baño y, antes de entrar, se dio la vuelta. Jack seguía parado en el centro de la habitación—. No quería insultarte.

Jack sonrió entornando los ojos, suspiró hondo y salió de vuelta al salón. Se integró con Claire cerca de la chimenea, tomando un ponche casero. Elizabeth desapareció con Cordey nada más verlo; Alexei y Léonore se distraían sentados en otro sofá con Isabella; las niñas jugaban con la perra; y los pocos invitados que quedaban charlaban con Gabriel, Sean y John entre el distribuidor de la escalera y el largo vestíbulo.

—¿Estás contento? —preguntó Claire, hablando de la fotografía de Cora—. Has tenido mucha suerte. Das con otro y habría intentado sacar una

buena tajada.

—A lo mejor es que tu obra no está tan revalorizada como creías.

—Qué simpático —dijo Claire, dándole un guantazo cariñoso en el brazo—. ¿Dónde piensas colgarla?

—En la habitación de Cordey —respondió Jack, pese a que ya no tenía tan clara esa ubicación, no sabía qué opinaría Christina al ver a diario la imagen de Cora—, pero todavía no lo he decidido. Por cierto, menudo escándalo con MaiSa ¿no?

—Sí, de los gordos —comentó Claire, pensando en la denuncia que la aseguradora de Janssen había interpuesto unos días después de la firma con los nuevos propietarios—. Pero sabían al adquirirla que asumían cualquier imprevisto. Les interesaba hacer la compra con la exposición de Janssen en marcha, para lo bueno y para lo malo. Tu hermano no incluyó al personal y ellos aceptaron seguir con Zanelli. Mírale el aspecto positivo, en menos de un mes se han dado cuenta de qué pie cojea.

—¿No ibas a exponer en diciembre?

—De entrada, sí; pero, como ahora mismo la relación está un poco tensa, esperaré al informe pericial, si Zanelli es el responsable del daño a los

lienzos para rebajar los precios, dudo que me quieran para clausurar la temporada; aunque, si te digo la verdad, me da igual, Jack —comentó moviendo los hombros, bebió un buen sorbo y, haciendo un gesto de fastidio, añadió—: Es una lástima porque desprestigia a la galería, pero no voy a preocuparme. Seguramente Gabriel lo dejará en manos de Sean y ahora que hemos iniciado el proyecto de Essex es mejor no llevar demasiadas cosas para adelante.

—No paras, cuñada —dijo Jack, fijándose en Christina. Acababa de llegar al salón, se entretuvo hablando con Elizabeth y cogió risueña a Cordey en brazos—. Me alegro de que estés haciendo lo que quieres, es lo suyo.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes en el horizonte próximo?

—Vivir con Christina y los niños, no pido más.

—¿No te gustaría casarte con ella?

—No —dijo indiferente—, no es algo imprescindible para mí y no creo que Christina esté por la labor. Se lleva con su ex como el perro y el gato.

Christina tenía el radar puesto en esa conversación y se molestó al escucharlo hablar de ella, no solo por airear su relación inestable con

Graham, sino también por la rapidez en negar un posible matrimonio cuando sería la situación a la que aspiraba para la nueva familia que se acercaba a su mente con la misma rapidez que se alejaba.

Por la noche, Christina acostó a Ari en el dormitorio que compartía con Ophie y se encargó de Cordey, que dormía con ellos en una cuna de viaje. Luego, no regresó al salón. No tenía ganas de diversión ni de bromas tras una tarde extraña donde creyó haber cerrado un capítulo para comenzar otro y donde vio a Jack sin prestarle ninguna atención, sin pensar en que se sentía un poco desplazada al tener solo confianza con Sean, Elaine y sus padres. No era tímida, sin embargo, habría deseado más apoyo de su novio, en vez de confirmarle que no pensaba casarse y que pretendía ver a sus amigas cuando se le antojara. Se preguntó si no sería un error mudarse con él, ¿estaba precipitándose? No tenía veinte años, no podía permitirse enamorarse para darse de cabeza contra otro muro.

Cuando se sirvió un vaso de whisky, se sentó en el sillón que había frente al precioso ventanal, de un color marfil elegante con una intrincada palillería, ajena al frío que allí dentro no se sentía pero podía intuirse en los cristales llenos de vaho y por la nieve copiosa que empezó a caer.

La frialdad, siempre presente en su vida, había sido un constante acompañamiento que buscó desde bien joven quizá para compensar el efecto que su físico causaba en los demás, para protegerse en su profesión o porque era lo único que había conocido en su casa y hasta estar con los Drake no tuvo la oportunidad de comparar. Por la razón que fuera, pese a la declaración de Jack, pese a todo, Christina no controlaba una depresión que empeoró con el alcohol.

No dudó en rellenarse el vaso dos veces más. Bebió sin respirar, de un trago, como buena escocesa. Luego, compadeciéndose, se rió de sí misma hasta sentirse patética. Cuando se levantó y perdió el equilibrio, tropezó con el escritorio y se clavó la esquina en el muslo.

Inclinada hacia delante se lo masajéó dolorida.

En ese instante, abrió Jack despacio la puerta, creyendo que estaría dormida, pero al verla con las mejillas de un sonrosado sospechoso, sonrió y se acercó sin rastro de tensión.

—¿Qué haces? —preguntó murmurando.

—Nada, me he dado un golpe —respondió molesta. No lo miró, entró en el baño y buscó en su neceser una crema anticoagulante para evitar tener un hematoma en un rato. Se desnudó, extendió suavemente la crema por el

muslo y se puso el pijama. Salió y se tumbó en la cama ignorando a Jack, que todavía no había empezado a desnudarse—. Quiero apagar la luz —habló en un tono plano—. ¿Vas a tardar mucho?

—¿Por qué has estado bebiendo sola? —preguntó sorprendido en cuanto controló el nivel de la botella de whisky, recordando la intranquilidad que vivió con Cora por el alcohol, aunque la escocesa parecía tener más resistencia. Levantó la botella y negó con la cabeza—. Joder, cariño, eres una esponja.

—¿Y qué? —Christina sonrió cínica—. ¿Tú has estado bebiendo té?

—No, pero no bebo a solas —comentó, sacándose por la cabeza el jersey negro de cuello alto. Se desabrochó los vaqueros, se quitó los calcetines y se metió en la cama solo con unos bóxers. Cuando apagó la luz, giró el cuerpo para quedar enfrente a Christina—. Sé que estás enfadada y que pasas de mí, pero no me gusta que bebas sola. —Jack sonrió, le acarició la cara y dijo sosegado—, cuando uno bebe solo es porque tiene problemas, cariño, sé bien de qué hablo. Cuéntame por qué estás así. No creo que sea solo por la conversación de esta tarde.

—Se me han juntado muchas cosas —comentó esforzándose por no llorar, agachó la cabeza en su pecho y susurró—. Tengo sueño. *Oidhche*

mhath, Jack.

A Jack no le convenció esa docilidad de su fiera, encendió la lamparita de su lado y le sujetó la barbilla, observando con seriedad las lágrimas tristes que recorrían salvajes su cara.

—Por favor, Christina —rogó preocupado—, me superas y ni siquiera sé el porqué. Te prometo que no quiero verte así. —Jack la apretó contra su cuerpo, tocando suavemente su espalda—, ¿de qué tienes miedo, mi amor?

—Cállate —dijo compungida, solo le faltaba escucharlo con palabras cariñosas. No quería oírlas para no desengañarse más. Si no creía en ellas, sufriría un poco menos, solo un poco, pero algo es menos que nada—. Abrazame, consuélame, pero no hables.

Durante unos minutos, respetó Jack ese deseo. Intuyendo quién podría ser su pareja disgustándola, preguntó:

—¿Has hablado con Graham?

—Sí —murmuró, respiró hondo y siguió—, había discutido con él antes de hablar contigo. Lo siento.

—¿Qué le pasa ahora?

Más relajada, Christina le contó una selección de la conversación, volviendo a la complicidad amigable que solían tener cuando lograba olvidar sus temores para disfrutar un presente inesperado; tan incierto algunas veces como esperanzador otras, sobre todo, si estaban solos y nadie interrumpía un amor claro con facilidad para enturbiarse.

—Perdóname por haberte llamado niño, no puedo evitar los celos — dijo arrepentida—. Estaba enfadada, y si encima me das a entender que tendré que aguantar que hagas con tus amigas lo que quieras, no he podido evitarlo.

—No te he dicho eso, cariño —comentó paseando la mano por su costado—, te he dicho que quiero quedar con ella para hablar, porque no me gusta contar ciertas cosas por teléfono. No va a pasar nada, y no vas a tener que aguantarme nada, al menos, nada relacionado con otras mujeres. —Jack le besó un hombro—. Estoy enamorado de ti, Chris, no se me ocurre buscar a nadie porque eres todo lo que necesito. Podré ser un cabrón muchas veces, no te lo discuto, pero no me ataques por ahí porque sé lo que quiero y es a ti.

Christina no pudo mirarlo a los ojos, si lo hacía volvería a llorar y prefería dejarse mimar a seguir triste. Aquel sosiego que Jack le transmitió no podía venir de un *niño*. Con él se sintió segura, bien arropada con una sólida protección. La misma que solo un hombre maduro sería capaz de

ofrecerle para propiciar un sueño sereno donde el sol del Caribe bañó su piel, unas olas suaves mecieron su cabello mientras estaba tumbada en la arena y una brisa cálida enredó las ramas de las palmeras.

En otra noche agitada por una fría tormenta, Christina se recreó en el verano, en la sonrisa blanca de Jack cuando se acercó a ella andando por la orilla, y en lo feliz que fue al darle la mano para volver juntos sintiendo el agua en los pies, sin nada más en la cabeza que la gratificante paz de estar con la compañía deseada. Ese sueño solo sugería que debían encontrar la forma de compaginar sus vidas como fuera, pero se merecían la oportunidad de intentarlo.

En el dormitorio de la planta baja, Claire acostó a Isabella en la cuna bajo la atención incesante de Gabriel, que tumbado en la cama no se cansaba de mirarla, de sonreír atontado ni de prestarle toda la ayuda que estaba en su mano, parecía ansioso por tener a la niña en brazos para arrullarla con dulzura.

Para corresponder con un anhelo similar aunque iría por otro camino, Claire pasó por delante de él y sacó de la cómoda un conjunto negro de lencería, cuidando de que no lo viera.

—Cariño, ahora vuelvo.

—¿Adónde vas? —preguntó, apretando el ceño—. Creía que estabas cansada.

Sin poder disimular bien la sonrisa pícaro que asomaba en su rostro, no respondió y se encerró en el baño. Cuando logró meter sus pechos más voluminosos en la copa del sujetador, salió contoneando el cuerpo no privándose al provocarlo.

—¿Estoy bien? —preguntó seductora gateando por la cama, de forma que sus pezones asomaron sin que se diera cuenta—. Me aprieta un poco. — Claire inclinó la cabeza siguiendo la rápida elevación que disparó hacia arriba el edredón en el centro de Gabriel, abstraído en sus pechos, y se llevó las manos a la espalda para liberarse de una tortura innecesaria, como haría en breve el Inquisidor enmudecido. Para incitarlo, se subió a horcajadas encima y le puso la miel en los labios; pero no dudó en retirarse cuando vio una mirada dilatada y su lengua a punto de rozarla—. ¿No vas a decirme nada?

—¿No te aprietan las braguitas? —Gabriel trató de sonar convincente, pero siempre moría con la risa contagiosa de su mujer. «¡Cuánto había cambiado desde que se conocieron!» pensó, agradeciendo aquel día desapacible en la cubierta de *Hibernia*. Gracias a un accidente tenía en sus

brazos a una aurora boreal que iluminaba su camino a base de confianza y de un amor profundo como la fuerza del viento—. Te quiero, Claire Drake, tienes la habilidad de hacerme feliz.

—Tú a mí también. Hemos pasado un día maravilloso —comentó en un susurro, le besó los párpados y la nariz—. Me hace muchísima ilusión que venga tu familia a pasar la Navidad con nosotros, este año es muy especial para todos. Me gusta que estén aquí, la casa tiene vida, parece otra.

—Sí —dijo compartiendo inquietudes que solo querían salir en esos momentos íntimos—, a veces tengo la sensación de que cada mueble o cada objeto tiene su propia historia, oigo cómo cruje la madera, como si estuviera viva, es algo raro, pero solo me ocurre aquí.

—Los sonidos de Boreal Róis son famosos, cariño —dijo simpática, recorrió despacio su estómago y le besó el mentón—, como tus polvos...

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y la observó apretando la frente, sonriendo:

—¿Ah, sí? —preguntó con burla, tiró del cuerpo de Claire y se tumbó encima de ella—. ¿Quieres uno ahora? —ronroneó con la cabeza entre sus pechos—. Para seguir incrementando mi fama...

Claire, que ya lo tenía sujeto por el cuello, le obligó a estirarse para pegar sus bocas con una prisa violenta que los llevó a rodar por la cama, inmersos en un deseo arrollador que los acabó tirando al suelo, otra vez muertos de risa, otra vez en esa habitación femenina que les descubrió el sexo.

Volvieron a tumbarse delante de la chimenea e hicieron el amor frente al fuego que Gabriel siempre atizaba. Y, otra vez, mientras la nieve movía el frío en el jardín, ellos se amaron bajo una manta, sin más luz que sombras blanquecinas ni otros sonidos que no fuesen suspiros o jadeos; no necesitaron más.

Al entrar en el taller, Gabriel se sacudió la nieve del abrigo y se quitó la bufanda buscando a Alexei con la mirada. Todo estaba ordenado. Si bien, se notaba la actividad por las herramientas sobre dos tableros en una mesa muy grande, un andamio con ruedas y un olor dulzón, aromático como la vainilla, incluso almendrado, con los matices leñosos de la madera recién cortada. Desafiando a su desarrollado sentido olfativo, no distinguió el tipo exacto; aunque solo dudaba entre roble, abedul o haya. De repente, Gabriel oyó un sonido fuerte y seco.

—Hola —saludó Alexei, abriendo el portón desde fuera—, échame una mano.

Ayudándole a cargar cuatro troncos de un diámetro estrecho, con una longitud no mayor de dos metros, y algunas raíces oscuras con un llamativo veteado, no pudo reprimir la curiosidad:

—¿De dónde has sacado esto?

—De Panamá, es caoba —respondió contento, feliz al tener otra vez una madera perfecta para tallar o para sacarle planchas, emparejarlas y crear *catedrales* con los picos elevados de las llamas doradas, cambiantes de dirección para dar movimiento a la parte oscura—. Esta es *Baywood*, solo se da en América Central. En Cuba tienen la mejor, pero no negocio con dictadores —comentó suficiente—. Es muy bonita, un poco dura para trabajarla, aunque compensa con calidad. Todavía tiene que llegar el alma. Cuando lo veas... —Alexei sonrió, imaginando la pieza clave de su proyecto—. Casi dos metros de diámetro y cinco de altura, es una creación sublime de la naturaleza; una lástima que no quede mucha —dijo con un gesto de disgusto—, pero como a los ricachones británicos del XVIII les gustó, la comercializaron sin pensar en que nada dura para siempre.

—Bueno, tú has conseguido la tuya —dijo Gabriel, dándole una

palmada en el hombro, pensando en que la mole que aún debía recibir necesitaría de una grúa para transportarla—, no creo que hayas contribuido demasiado a la extinción de la especie.

—No creo, estos deben llevar talados por lo menos veinte años —dijo tranquilo, sonrió y comentó irónico—, tampoco soy Chippendale ni voy a hacer las estanterías de la Bodleian.

Gabriel cerró un ojo, procesando esa información.

—¿Para qué tienes ese andamio? ¿Qué estás maquinando?

—Una cosilla —contestó evasivo, sin intención de decirle que Craig le ayudaría a desbastar las partes más grandes e inservibles de la nueva escultura y que luego él también usaría el andamio para sacar la obra que había diseñado. Preocupado por colocar la madera justo en el lugar que quería, exclamó—, ¡cómo pesan!

—¿Por eso me has llamado?

—Sí, necesito que poses durante un rato.

—¿No tengo bastante con tu nieta? —preguntó irónico—. Liosha, ¿por qué no te buscas a otro? Estoy hasta arriba de trabajo.

—Porque tienes una complexión parecida a la de mi hijo. Solo serán unas fotos y unas medidas.

—¿Es algo nuevo?

—Sí —respondió, empujando con fuerza un tronco, y añadió—: y será lo último, un homenaje a mi familia.

—Me has convencido —dijo sonriendo, pensando en que a Claire con seguridad le gustaría—. Qué todo sea por el arte.

—*Cnacúbo*. —Con ese “spasíba” agradeció la admisión. Cogió un cuaderno, un metro de sastre bastante usado y se acercó a Gabriel—. ¿Te importaría desnudarte?

—Joder —exclamó resoplando—. ¿Tampoco voy a librarme contigo?

—Lo siento, pero no veo mi obra vestida con un traje italiano —comentó burlón. Pasados unos minutos, tomaba medidas de los contornos de Gabriel cuando volvió a hablar—. ¿Vas a denunciar a Zanelli?

—¿Te gustaría?

Alexei levantó la cabeza con un ojo entornado.

—Si es lo justo, sí. Es vergonzoso que se estropee una obra para

cobrar del seguro y luego venderla rápido más barata. No creo que Marion hiciera ese tipo de chanchullos.

—Tampoco lo creo. Pero es frustrante que lo máximo que harán sea castigarlo a que reponga el valor del daño causado. Si Janssen fuese Picasso o Da Vinci la cosa sería diferente —comentó lleno de sarcasmo—. Tendremos que conformarnos con lo que dictamine un juez para Zanelli y con la conclusión temprana de su incursión en el arte, una pérdida irreparable.

—Un buitre menos —dijo con un gesto despectivo, anotó en la libreta y volvió a centrarse en Gabriel—. Pero el chaval... —soltó una risa—, tiene algo, es único.

—¿Janssen?

—Sí —asintió y cerró unos segundos los párpados, recordando al detalle sus cuadros—. Te roba la mirada, la seduce y la cautiva en confusión llena de colores rabiosos. Es la magia del arte, y para mí, él la tiene. Es una buena inversión para quienes buscan hacer negocio.

—Se lo diré a Jack —comentó, pensando en el *Untitled*, la única obra que salió de MaiSa con ellos para volver con su propietario—. Tiene uno arrumbado en su sótano.

—Por eso detesto que se vendan mis obras —dijo contrariado. Con el genio que le brotaba de manera impulsiva, espetó—. ¿Por qué priva a alguien de verlo?! ¡Cuando lo pille se va a enterar! —Alexei rezongó sobre Jack y Gabriel sonreía vistiéndose—. Me dio la impresión de que era un buen admirador del arte, ¡no suelo equivocarme! ¡*дерьмо!* —exclamó realmente enfadado. Contó con la nula comprensión de Gabriel, que no captó un “*der'mo*” o “mierda” grosero—. ¡Estoy envejeciendo!

Gabriel terminó de ponerse la bufanda de lana inglesa con cuadros escoceses y se despidió del ruso inconsciente de su edad. En cambio, no creyó dejar a un anciano como Claire veía, sino al intransigente, al radical que descubría y Léonore sabía manejar con sutileza. Esa que después se distinguía con claridad en sus trabajos.

Pensando en la última, la que homenajearía a los Barinov, llegó al Boreal y se perdió entre sus muros, calidez y aromas; todos y cada uno relajaban su espíritu, nunca alejado del fin del mundo; al contrario, el fin del mundo era su casa.

DIECISIETE

Nueva York, 28-11-13

Estados Unidos

La tienda donde compraba Jack unas láminas para las paredes del dormitorio estaba a poca distancia de su antiguo apartamento en TriBeCa y le gustaba por las rarezas que a veces había encontrado rebuscando. También, como disponía de tiempo tras acudir a una reunión en la sede del Scotia hasta que Christina terminase la jornada en el XIX Congreso de Pediatría que se celebraba allí, entró en una óptica para comprarse unas gafas de sol, gasto que podría haberse ahorrado si Ari no hubiese roto las que tenía mientras jugaba con Cordey.

Eligiendo entre varios modelos parecidos, todos con la montura de pasta oscura, cambiaba ligeramente la forma, recordó Jack las dos últimas semanas con la nueva compañía femenina que invadía su casa sin contemplaciones, las charlas absurdas y las carcajadas de unos momentos que a ninguno les había supuesto más adaptación que habituarse a sus presencias.

Incluso pensó en el ofrecimiento de Sean y Elaine que al enterarse de ese viaje acogieron a Ari los tres días que duraba. Cordey se quedó con los abuelos. Todo bien sincronizado, tanto, que Ari se despidió de ellos emocionada. Hecho que alivió algo la ansiedad de Christina, ya que era una de las ponentes y le intimidaba hablar en público.

A buena hora para llegar a cenar, Jack se bajó de un taxi en la Avenida Ámsterdam sujetando bajo el brazo un paquete de gran volumen pero sin grosor, con intención de esperar a Christina en el ático, que se había convertido en hotel puntual de todos cuando visitaban Nueva York.

—¿Jack Drake? —preguntó una rubia que rondaría los cuarenta, elegante vistiendo un traje sastre oscuro, sonrió al acercarse—. ¿Eres tú?

—Soy yo —contestó Jack amable—, pero no sé quién eres tú.

—Nos conocimos una noche en un club, soy amiga de Lilian, Abby.

—Disculpa, no te he reconocido. Recuerdo aquella noche.

—¿Cómo te va? No hemos vuelto a coincidir.

—Bien, gracias —dijo sonriendo. Le parecía agradable. Cuando Lilian se la presentó le causó buena impresión y en ese momento también—. Ahora vivo en Quebec. ¿Cómo estás?

Iniciaron una conversación ligera, donde Abby solo mencionó a Lilian para comentar de pasada su lamentable deterioro físico gracias a una obsesión enfermiza por ser joven eternamente. Amigables, en unos minutos se despidieron sin percatarse de la mirada negra que no se apartaba de ellos.

Al darse la vuelta, Jack se topó de frente con la soberbia escocesa y detectó veloz sus celos. Acortó la distancia que los separaba consciente de los ojos avizores del portero del edificio, más interesado en perseguirlos desde la recepción que en el periódico que tenía entre las manos.

—Hola, cariño —saludó Jack sin hacer el amago de más afecto que ese tono suave—. Te esperaba más tarde.

—Ya veo —dijo marcando una sonrisa breve e irónica.

Christina inclinó la cabeza al pasar por delante del portero, que disimulaba leyendo en el immaculado vestíbulo, e ignoró a Jack esperando el ascensor. Una vez dentro de la cabina, Jack dejó el paquete en el suelo y se pegó a ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó meloso, sujeto a sus caderas.

—Estoy enfadada —respondió y alzó despacio la vista—, te lo advierto.

—Me da igual —dijo murmurando, le besó los labios y sonrió—. Si es por la rubia, no deberías, y si es porque te ha ido mal en el congreso, estoy seguro de que no habrá sido para tanto.

—Tienes mucha fe en mí —replicó seca, entornando los ojos.

—Parece que más que tú en mí —dijo despreocupado, volvió a agarrar el paquete y le cedió el paso cuando llegaron a la última planta. Por tener las cosas claras para la clausura del evento al que asistirían esa noche, preguntó—. ¿A qué hora es la cena?

—A las ocho —respondió sin ganas de seguir enfadada.

Era absurdo ir sintiendo celos de cualquier mujer que estuviera cerca de él, como persona racional, Christina lo admitía; en cambio, no podía evitarlos. No tenía claro qué podía influir en esos arrebatos. Tal vez el deseo mal camuflado que percibía en las mujeres, o la inseguridad que le causaba dar un paso en falso de ese calibre a su edad. O, tal vez, incluso no haber tenido nunca amigos del sexo opuesto, ya que, exceptuando a Angus y tampoco apostaba el cuello por él, en sus relaciones con los varones siempre primaron fútiles intentonas por seducirla y su experiencia era tan limitada que nadie la creería. Reflexionando en que Jack tenía razón al pensar que de los dos era el más maduro, se metió en el cuarto de baño necesitando la soledad

para despejarse.

La meditación y la ducha repararon su ánimo. Tanto, que se atrevió a ponerse uno de los tres vestidos largos que había traído; precisamente el que menos posibilidades tenía cuando lo eligió. Se puso unos rulos en la melena mientras se maquillaba despacio, por aquello de la falta de costumbre, y fue ganando confianza conforme veía su imagen sofisticada.

Más tarde, Jack olvidó la facultad del habla. Entendió de inmediato que debía tomarse la noche con filosofía o el vestido beige pálido de su novia, que insinuaba con brillo y dejadez todo su cuerpo, se convertiría en una maldición.

Entraron en el lujoso hotel captando todo tipo de miradas atrapadas sin disimulo. Jack sonrió a la hermosa criatura que se aferraba temblando a su brazo sin comprender su pudor. En cambio, el pensamiento de ella andaba por otro derrotero más trascendental al ver a Graham con la jefa de enfermería, una morena de treinta años, con un embarazo alrededor de los seis meses, más adelantado de lo que imaginaba. En ese instante esclarecedor, Christina se dio cuenta de que el sufrimiento por lo mal que lo había pasado con él ya no estaba. Andando junto a Jack, imponente vistiendo un traje

oscuro con una camisa blanca y la corbata rayada en tonos grises, con el rostro bien afeitado y las gafas de pasta negra que le añadían carisma, creyó resurgir volando unas cumbres altas y arrogantes. Se armó de seguridad y no le importó ser el centro de atención; se sintió a gusto consigo misma.

Admitió de buen grado que Jack retirase su silla con galantería para acomodarla en la mesa y disfrutaron intensamente el tiempo que estuvieron hablando con los comensales que les acompañaban al cenar. La conversación fue amena y estuvo plagada de ideas reveladoras que azuzaron imaginaciones a veces utópicas y otras de una brillantez temeraria o un realismo increíble.

Luego, deambularon con unas copas de champán en la mano. En un corrillo con varios excompañeros del Monte Sinaí rememoraban algunas anécdotas cuando Jack se disculpó para ir al servicio. La doctora siguió distraída hasta que la novia de Graham se incluyó entre ellos. Intentó no hacerle caso, convenciéndose de que tenía suerte de no verla a menudo. No se tragaron desde que empezó en el hospital con él, claramente, por los motivos que la enfermera no tardó en perseguir. Estaba mal que lo pensara, pero disfrutó al saber que gracias a ese empeño por atrapar al que había sido su marido tenía a Jack cuando ella debería conformarse con la sombra de un gran médico, un hombre mediocre y un padre pésimo. Ese que la sujetó disimuladamente del codo y la apartó ignorando por completo a su novia.

—¿Con quién has dejado a Ari?

—¿Cómo? —preguntó con rabia—. ¿Ahora vas a pedirme explicaciones cada vez que me mueva? Estoy en un acto laboral, por si no lo has notado. Déjate de estupideces, Graham, te lo dije cuando estuvimos en Terranova y no me apetece tener que repetírtelo cada vez que hablemos o nos veamos. Los dos tenemos nuestras profesiones, obligaciones laborales y a Ari. No voy a recordarte las horas que pasas con ella todos los meses. Será preferible obviar ese tema, ¿no crees?

—Sabes que no puedo verla porque estáis muy lejos —dijo con docilidad—. Si estuvieseis aquí las cosas serían diferentes.

—Graham, basta —espetó harta—, esto es de locos. Me fui porque era la única manera de olvidarte. No te has acordado de nosotras nada más que cuando has dejado tirada a tu hija. ¿Qué pretendes? —preguntó, viendo a Jack entrar de nuevo en el salón—. Estás con tu prometida, yo estoy con mi pareja, ¿crees que esto tiene lógica?

—El amor no la tiene, *gràdh*.

—Te dije bien claro que no me llamaras así —dijo calmando sus nervios—. Céntrate en Ari, tiene la función de Navidad el veinte, cae en viernes, sé tan buen padre como dices ser y no te la pierdas. En cuanto a mí,

ya no tienes nada que hacer.

Esbozó una sonrisa cuando las turquesas descaradas de su chico la miraron, molestando a Graham, que no se dignó en saludarlo. Ignorándolo, Jack se dirigió decidido hasta ellos, entrelazó los dedos con los suyos y la apartó del escocés.

Para Christina, Jack era un estupendo acompañante, no solo por su físico, que, esa noche, al llevar el rostro despejado daba cuenta de los años que los separaban, sino porque se percibía curtido en actos sociales; parecía cómodo y sabía mantener conversaciones intrascendentes solo siendo educado.

El corrillo donde se pararon atrajo otra vez a la enfermera. Y con ella llegó el ostracismo para Christina hasta que se animó con sus compañeros y Jack.

La doctora se divirtió sin mirarla ni una sola vez. Con ayuda de la sensualidad que podía destilar con un esfuerzo leve, brilló para deleite de los hombres que le reían las gracias. Graham, que conversaba a unos metros de ellos con la mente trabajando a destajo entre tecnicismos y palabras obscenas, se excusó y también se acercó a ese grupo. Sigiloso se colocó detrás de la enfermera y atendió mientras Christina hablaba risueña, no perdió detalle de

su mano sujeta a la de Jack.

—Es una lástima que te hayas ido —comentó uno de los médicos que sufrió con ella la etapa del hospital que acababa de mencionar, tan agobiante como enriquecedora para jóvenes como él—, hemos pasado unos ratos muy buenos.

—Sí. —Graham sonó grave, miró a Christina y añadió—: excelentes, los mejores, sin duda.

—Todo tiene su momento —dijo la doctora—, a veces no te das cuenta de valorar las cosas hasta que las pierdes, otras, las valoras antes de tenerlas, pero opino que lo mejor está por llegar.

—Eso siempre, Christina —dijo la enfermera esbozando una sonrisa falsa, miró de reojo a Jack—. ¿También eres médico?

—No —respondió ignorando adrede la pose chulesca del escocés—. Trabajo en la banca, en el Scotia.

—Ya decía yo —comentó socarrona—, los médicos suelen estar bien... —Rió ajena a la rigidez de las manos que Graham tenía apoyadas en sus caderas—, pero no tanto. ¿De dónde eres? Pareces italiano o español.

—De Canadá, y no eres la primera en decírmelo —comentó amable,

bebió sonriendo—, será por ser moreno.

—Sí, debe ser por el contraste de tus ojos con el cabello.

Graham, cansado de esa atención, dijo:

—La belleza es efímera, aunque es comprensible que a las mujeres os gusten los chicos jóvenes. Es una forma de distracción como otra.

—Me sorprendes, doctor McCoy —dijo Jack rápido, sonrió—, he conocido a mujeres muy guapas y el tiempo ha mejorado en todas su belleza. Tengo el placer de ver a diario a Christina, que, sin menospreciar a nadie...

—Jack miró un segundo a la enfermera, luego a Graham, el resto se limitaba a guardar un silencio incómodo—, es la mujer más hermosa que he visto nunca y tú, más que nadie, deberías reconocer que con los años ha mejorado, no sé... —comentó con un brillo burlón en los ojos—, la conociste el primero...

—Por supuesto —dijo frío—, ha sido y es una mujer preciosa.

Jack inclinó levemente la cabeza. Pasaron varios minutos hasta dispersarse, y dos horas más hasta despedirse. Cuando Jack llevaba de la mano a Christina hacia la salida, pilló a Graham mirándolos. Tocó posesivo el culo de su novia, le guiñó un ojo al espía malhumorado y levantó los dedos

índice y corazón de la mano derecha. ¿Victoria? ¿Paz? ¿O la plata de un segundo puesto? Las tres opciones que pudo interpretar le valían. Era él quien la tenía, quien no quería enfrentamientos y quien valoraba el brillo estiloso de un metal menos clásico que el oro. Iba a disfrutar de su novia por mucho veneno que nadie escupiera, y para el que usaba el escocés ya tenía antídoto: recordarle hasta el desaliento el error que había cometido al dejarla. La enfermera era una mujer atractiva pese a estar algo hinchada por el embarazo, pero no podía compararse una obra maestra con una imitación salida de fábrica. Así definía a Christina y, al parecer, así debía verla todavía su exmarido; aunque se equivocaba si creía que él sería un espectador en su show.

En San Juan de Terranova, mientras Gabriel estaba en el banco y Alexei seguía perdido en el taller, Léonore acudió puntual a la reunión en Boreal Róis con Claire y Daniel Larson. No podía decirse que el ruso no se interesara por la fundación, más bien fue una cuestión de prioridades para él. Engullido en el proceso creativo de la nueva escultura, claramente, relegó la remodelación de Essex a un segundo plano sin tener en cuenta el detalle del arquitecto al desplazarse hasta allí solo por ese motivo.

Extendidos los planos en la gran mesa de roble del despacho-

biblioteca, el arquitecto les presentó la adaptación, pensada para satisfacer los servicios requeridos en cuanto a espacios, iluminación o la seguridad que tanto Claire como Léonore exigían. También observaron los cambios en las fachadas del edificio, que abogaban por recuperar el esplendor antiguo de la mansión y en dotar el acceso de la grandiosidad que Alexei pidió para albergar su última obra. Larson escuchó atento las dimensiones excesivas que Léonore enumeró.

—Señora Bouchaud —dijo Larson incrédulo—, ¿está segura?

Claire alternó la mirada entre ellos.

—*Oui*, Daniel, totalmente —afirmó. Era la única persona a quien Alexei permitía la entrada en el taller; la única que había contemplado la envergadura de la escultura; estaba convencida, y las medidas del vestíbulo que examinaban serían insuficientes—. No sé cómo, pero tienes que hacerlo.

El arquitecto se mordió el interior del labio inferior.

—No tenemos más altura —dijo meneando la cabeza—, ¿no puede hacerla más pequeña?

Claire abrió los ojos de par en par y negó vehemente con la cabeza, en silencio, igual que Léonore.

—Daniel —dijo Léonore con una sonrisa piadosa—, es más fácil demoler la casa que Alexei modifique nada de su obra, y menos de esa. ¿Por qué no intentas cambiar el techo solo ahí?

—Vamos a reforzar la estructura, no a quitarla —explicó asombrado—. No sé si recuerda, señora Bouchaud, que hay otra planta por encima, luego está la cubierta...

Viendo el agobio del arquitecto, Claire intervino.

—¿No se podría formar un hueco en esa zona y cubrirlo por ejemplo con algo traslúcido? —preguntó—. La luz sería espectacular, y si además pudiera abrirse...

—Me gusta —afirmó Léonore ajena a la cara espantada de Larson—. También facilitaría el trabajo de la grúa.

—¿Grúa? —preguntó Larson arrugando la frente, creyendo no haberla entendido por su marcado acento francés.

—¿Cómo si no podrían moverse nueve toneladas de peso?

Claire bajó la vista para evitar que Daniel observara la compasión en sus ojos.

—Está bien. —El arquitecto habló tras unos segundos donde asumió el reto. Si Alexei Barinov no estaba dispuesto a ceder ni un milímetro, él tampoco cejaría hasta darle su preciado espacio diáfano. Competirían entre ellos. Arquitectura contra Escultura—. Ya se me ocurrirá algo.

—Estupendo —dijo Léonore—. Es cuanto quería oír. ¿Continuamos?

Pasaron otro rato con el resto de las estancias, que mantendrían la sencillez respetando los muros y suelos. Vieron el ala de la parte privada de la mansión, donde Larson tenía carta blanca. En esa zona íntima podía explayarse con el diseño, sin límites, tal y como Claire y Gabriel le pidieron. Ambos admiraban el trabajo hecho allí mismo y confiaban plenamente en su criterio.

Eloise interrumpió la reunión con Isabella en brazos y Claire se despidió del arquitecto para satisfacer su apetito, parecido al del Inquisidor a escala lactante.

Dándole el pecho sentada en la mecedora de la habitación infantil, le acarició la sonrosada piel de la cara. La niña no dejó de succionar su pezón, pero abrió los ojos y la miró. Claire sonrió pendiente al magnetismo de la plata líquida rodeada por unas espesas pestañas oscuras. Era su madre y no podía ser objetiva, aunque reconocía la belleza y, hasta ese momento, Isabella

rozaba la perfección; no solo por una cara bonita, en todos los aspectos. Crecía sana, una bendición; tenía un carácter sosegado, una suerte; y los tenía rendidos, un placer inmenso.

—Me voy también —dijo Léonore entrando poco después. Se acercó y le faltó tiempo para sostenerla en brazos al comprobar que había terminado—. *¿Comment est ma petite poupée?*

—Tu pequeña muñeca está estupenda —dijo Gabriel desde la puerta. Entró sonriente y besó a Claire en los labios—. Acabo de ver a Daniel, ¿cómo ha ido?

—Bueno... —Claire rió mirando a Léonore, que tampoco ocultó una expresión divertida—. Ha tenido un momento de pánico con el vestíbulo.

—Eso es bueno —comentó Gabriel—, será un desafío para él.

—Para todos —agregó Léonore, entregó su dulce carga a Gabriel—. Hasta que se termine la obra y esté todo en su sitio no nos quedaremos tranquilos —comentó yendo hacia la puerta. De pronto recordó la noticia que leyó esa mañana en Internet, una herramienta sin secretos para ella, básica para gestionar la fundación de Pierre en Francia, y preguntó enfocada en Gabriel—. ¿Qué te parece la sentencia de Zanelli?

—Bien —respondió. Un juez neoyorquino había condenado al italiano a pagar una multa que ascendía a más de un millón de dólares. El tribunal recogió la petición del fiscal y lo encontró culpable del delito de estafa ya que hubo intencionalidad al dañar los cuadros para engañar y lucrarse—. Aunque no sé de dónde va a sacar el dinero para indemnizar a Janssen y a la aseguradora. Nosotros compensamos el robo a Marion con su sueldo, pero esta gente no sé qué podría hacer para cobrar.

—Me dan pena los cuadros —comentó Claire—. Janssen debe estar cabreadísimo.

—Como tu abuelo —dijo Gabriel, palmeó con ternura la espalda de la niña hasta que eructó—. A Jack se la tiene jurada.

Léonore sonrió, pensando en que la lista negra de Alexei aumentaba con ritmo. No podía evitarlo, nació con genio y moriría con él. Y a esas alturas era reconfortante comprobar que lo tenía intacto. Eso indicaba que todavía su salud y su espíritu le acompañaban. Y, por supuesto, mientras tuviera aliento también ella seguiría a su lado.

El mes de diciembre avanzó hasta convertir las calles en blancas alfombras por donde se veía un rastro nulo de transeúntes en la perfección de

una superficie lisa que los vecinos de los barrios residenciales, como el de Jack, apilaban en montones a los lados de los caminos desde la carretera a sus casas. Era una tarea diaria. Igual que recoger la cocina quien no cocinaba, esa noche, Christina volvía a tener el honor.

Jack bajó de los dormitorios después de acostar a los niños y se sentó en el sofá con el mando de la televisión en la mano. Se ensimismó en un partido de hockey sin notar que Christina le tendía un chupito de whisky.

—Vaya... —dijo sentándose con él, subió las piernas y las estiró—. Voy a tener que esforzarme más con las comidas, tienes más tiempo libre que yo.

—No, lo tengo después —comentó, echándole el brazo por el hombro—, pero puedes cocinar cuando quieras, no se te da mal.

—Tú lo haces mejor —dijo condescendiente. Bebió mirando la televisión aunque pensaba en un tema más estimulante para ella—. He estado buscando billetes y he visto unos para el veintidós que nos vendrían estupendos.

—¿Cuándo volveríamos? —preguntó interesado.

—El dos de enero —respondió seria, atenta al gesto de fastidio que

hizo Jack—. Para ir menos de quince días no merece la pena. Además, siempre pasamos la Navidad con mis padres. ¿A qué viene esa cara?

—A que son muchos días. Creía que sería una semana como mucho. Joder, Chris, son todas las fiestas fuera. También me gustaría estar con mi familia.

—Es lo que tiene tener pareja —dijo con mala leche—, un año se va a casa de uno y el otro a la del otro, ¿no lo sabías?

—No me trates como si fuese gilipollas —dijo Jack incorporándose—, y si tanto te apetece ir a Escocia por mí no hay ningún problema. Eres tú la que se va.

—¡Claro! —exclamó, se levantó y habló delante de él, que la miraba con la cabeza inclinada hacia arriba, los ojos entornados y los labios fruncidos—. ¿Cómo me voy? —preguntó despegando las palabras lo justo—. Soy de allí, tengo allí a mi familia, es normal que vaya a verlos.

—Si somos pareja, también somos familia ¿no?

—Exacto...

Christina habló con una sonrisa irónica. Jack intuyó qué la provocaba.

—¿Vas a llamarme niñato, doctora?

—No —respondió rápido—. Ahora mismo creo que estúpido te define mejor.

—Me gusta —admitió con un brillo libidinoso en la mirada, desabrochó el pantalón de Christina y lo bajó con seguridad—, ya sabes cómo me pongo cuando te enfadas.

—¿Intentarás venir? —preguntó, acariciándole el cabello; ansiaba que conociera su pueblo, en invierno, cuando más le gustaba, y en unas fechas en las que no se veía sin él—. ¿Por mí...?

—Haría muchas cosas por ti, cariño —dijo Jack, se levantó y se quitó la parte de abajo del pijama—, voy a enseñarte una.

—La veo —susurró tendiéndose, abrió las piernas y lo dejó colarse en medio, sin oponer resistencia alguna, ni le servía ni desaprovechaba el deseo de su amante insaciable; aunque estuviera decepcionada por las próximas vacaciones. El presente, eso es lo que tenía y se fustigaría por apreciar. Tampoco era un sacrificio ceder a una pasión desmedida. De todos modos, no abandonó en su empeño. Cuando se relajaron, mientras recorría la tersura varonil de unos músculos en los brazos más definidos que semanas atrás, comentó—, prométeme al menos que lo intentarás, son nuestras primeras

Navidades.

—No quiero discutir, Chris —dijo serio—, pero no contaba con estar tantos días fuera, ya no es solo por la familia, sino también por el trabajo, no suelo coger quince días en Navidad.

—Pues tendremos que estar separados —dijo volviendo a obstinarse—, supongo que nos lo pasaremos bien estando a nuestro aire.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cínico—. Porque estarás hablando por ti. No quiero empezar a darle vueltas a lo de siempre, cariño.

—Me parece que tú simplemente no quieres empezar nada —dijo con una sonrisa tristona, se levantó—, me voy a la cama.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir? —preguntó explotando—. ¿Estás segura de lo que estás diciendo? —Jack no podía entender cómo pensaba así habiendo sido él quien más insistió en que vivieran juntos. Por supuesto, desconocía que la aspiración de Christina fuese formalizar su relación con un matrimonio que él no sopesaba creyendo que lo rechazaría. Esa falta de comunicación iba a generar más bruma durante aquel gélido último mes del año—. A veces no sé qué pensar.

Jack pasó por delante y, negando con la cabeza, subió la escalera a

paso rápido. Cuando salió del dormitorio de Cordey, iba a echarle un vistazo a Ari, pero Christina estaba cerrando su puerta, adelantándose en una rutina que habitualmente si hacía uno no repetía el otro.

En unos minutos que transcurrieron lentos y oscuros, Christina trató de dormirse. No consiguió más que leves aturdimientos, poco reconfortantes cuando su cabeza estaba a punto de reventar. Encendió la lámpara de su mesita de noche y al momento volvió del cuarto de baño con un vaso de agua y una pastilla.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jack.

—Nada —respondió, se tomó la pastilla y un sorbo de agua—. Tengo jaqueca.

—No me gusta que estemos enfadados, Chris, pero te juro que no sé qué esperas de mí. Tengo un trabajo, no puedo doblar turnos con nadie para acumular horas de descanso, y con los próximos tres días de San Juan completo todas mis vacaciones. No sé por qué te enfadas cuando ni siquiera me lo habías dicho. Siento haberte decepcionado, pero es lo que hay.

—No digas más “es lo que hay” ¿vale? —dijo cínica—. Ya sé qué hay. No me lo recuerdes, por favor.

—Lo siento —dijo desganado—, estoy contándote unos motivos razonables. No creo estar siendo egoísta; sin embargo, para mí, tú sí estás siéndolo.

—Ya —admitió, suspiró y apagó la luz—, será mejor que lo dejemos, pero me duele que puedas ir a Terranova para comer en Navidad con tu familia y no hayas hecho ni el intento por venir a Escocia.

—Quiero pasar la Navidad contigo, no te montes alguna de tus películas raras. A un sitio tardo en llegar dos horas y al otro es una odisea conseguirlo. Espero que lo comprendas, Chris, pero ahora mismo no puedo estar fuera esos días.

—No te preocupes —dijo tratando de sonar casual—, asumo que no puedo tenerlo todo.

—Si hablas solo de las vacaciones, sí —comentó Jack con la cabeza muy cerca de la suya—, será complicado que podamos coincidir, y si hablas de mí estás equivocada porque me tienes. No sé qué más quieres que haga. Te juro que no tenía intención de enamorarme, pero ha ocurrido, y tengo la suerte de que a ti te ha pasado lo mismo, vivimos juntos...

—Tienes razón —murmuró sensata pero abatida—, el próximo año nos organizaremos mejor.

—Claro —afirmó, le dio un beso en los labios—, duérmete, cariño.

Las treguas entre la lluvia y la nieve ocasionaban algunos embotellamientos en el tráfico que todo el mundo conocía, odiaba y no evitaba con tal de no andar congelados. Eso pensó Jack cuando dejó aquel sábado por la tarde a Cordey con Christina y salió de la casa con Ari para comprarle una corona en el Centro Comercial Laurier, indispensable para el disfraz que le había tocado vestir en un sorteo del colegio, en la fiesta navideña que se celebraría el viernes siguiente. No solo la traía de cabeza a ella, sino que también había conseguido involucrarlo con una invitación formal escrita en una tarjeta que ella misma hizo. Tampoco se privaba en darle la paliza con unas charlas interminables, donde repasaba a todos sus compañeros, profesores y a cualquiera que se cruzara en su vida; no tenía fin. Aunque Christina intentaba frenar ese carácter sociable y parlanchín, Jack se divertía con ella y, en cuanto la ocasión era propicia, no escatimaba atenciones ni una tierna complicidad. La misma que la doctora sentía con “su gordito”, más arraigada conforme más lo rozaba.

Sentada en el sofá del salón con él, veía una película mientras esperaba que Jack y Ari regresaran, creyendo que el retraso se debía a la parada que solían hacer en una pastelería francesa del casco viejo. De repente

sonó el timbre. Christina se levantó con el niño en brazos, vio a una pareja mayor en la puerta y la abrió consciente de que estaba a punto de conocer a sus abuelos maternos.

—Hola, Cordey —saludó Angie Hosborn nada más ver al niño, que le echó los brazos alegre—, somos sus abuelos, los padres de Cora —explicó ante el mutismo de Victor, parecía petrificado—, supongo que eres la novia de Jack ¿no?

—Sí —afirmó con una sonrisa breve, le tendió la mano a Victor y añadió—, encantada de conocerlos, soy Christina.

—Igualmente —dijo Victor entre molesto y bloqueado—. ¿Podemos pasar un rato?

Christina asintió y, apelando a la cortesía, les indicó dónde sentarse en el salón sin dar muestras del nerviosismo violento que trataba de disimular sonriendo a Angie e ignorando la mirada concentrada de Victor en ella o en la casa, en ese momento no tan ordenada como los días laborables. Se notaba la presencia de los niños en los juguetes abandonados en el suelo, los lápices de colores o un cuaderno en la mesita pequeña.

—Voy a preparar café —dijo Christina—. ¿Les apetece uno?

—Sí, por favor —contestó Angie—. Los dos.

Christina advirtió la voluntad de la mujer por aliviar una situación que tampoco debía ser agradable para ellos. Apenas sabía más que la relación con Jack nunca había sido buena, pero comprendía que si estaban allí, cuando lo normal era que viesan a Cordey en la casa de los otros abuelos, sería porque realmente querían al niño y por él todos debían esforzarse. Poco después, llevó un servicio de café bien presentado en una bandeja, que dejó en la mesita de madera, sonriendo amable.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Angie, dejó a Cordey en el regazo de Victor, que sonrió contento por primera vez desde que llegaron, y se levantó para servir su café y el de él.

—Soy la pediatra de Cordey, trabajo en el Laval.

—Qué suerte —dijo gratamente sorprendida, colocó una taza delante de su marido y se sentó de nuevo—. ¿De dónde eres? Por tu acento diría que irlandesa.

—Casi —admitió sonriendo, atenta a apariencia refinada de Angie que sugería fragilidad. Las arrugas empequeñecían sus ojos azules, donde asomaban el profundo dolor y la sombra de los recuerdos, aunque la dulzura de sus facciones delataba la herencia del niño y calmó a base de amabilidad

los nervios involuntarios que Christina sentía—. Soy de Escocia, de un pueblecito.

A partir de ahí, tomando el café, Christina y Angie empezaron a hablar. Victor las seguía, pero no dejó de pensar en la advertencia que su mujer le espetó de malas maneras antes de llegar y, siendo honesto consigo mismo, la doctora no era cómo la había imaginado, ni físicamente ni por el comportamiento que estaba presenciando con su nieto, podría decirse que su actitud reservada tenía sólidas bases para mantenerse.

Luego, cuando el ambiente se perfumó de Cordey y él se lo recriminó bromeando, diligente, Christina se levantó y lo cogió para cambiarle en pañal en su dormitorio.

—¿Puedo acompañarte? —pidió Angie.

—Claro, no tiene que preguntarlo.

—Háblame de tú, por favor.

—Muy bien —dijo amable—, no tienes que pedirme permiso, Angie.

Una vez en el dormitorio, la doctora tumbó al niño en el cambiador y con habilidad no tardó nada en asearlo. Cuando le echó un poco de colonia infantil, la abuela lo alzó sonriendo, olía a fresco, y lo llevó hasta la ventana.

—Tienes una habitación muy bonita.

—¿Te gusta? —preguntó Christina, creyendo que era demasiado elegante para un bebé, aunque como la decoraron Jack y Elizabeth nunca había hecho en público esa reflexión—. Dentro de poco lo pasaremos a una cama —comentó dándole un beso en la mejilla al niño—, pero no creo que tengamos problemas, es muy bueno.

—¿Tu hija se lleva bien con él?

—Sí —respondiendo riendo—, lo adora. Cumple siete años en unos días, es muy simpática. Si os quedáis un poco más seguro que la conocéis.

—Van a criarse como hermanos —comentó pensativa—, para mi niño vas a ser su madre...

Christina suspiró y bajó la cabeza, comprendiendo más allá de unas palabras que se camuflaron con un temor tan sutil como la brisa de un día despejado.

—Entiendo perfectamente tu inquietud. Es el hijo de Cora, tu hija —dijo con los ojos húmedos—. Siento muchísimo su muerte, como madre no puedo hacer otra cosa que compadecerme de ti. Pero si te preocupa que no lo trate bien, quiero que sepas que para mí es también mi hijo, el pequeño. —Al

hablar a Christina se le agolparon en la cabeza varios pensamientos tan tristes como las lágrimas que recorrieron sus mejillas, incitando a las de Angie, con facilidad para escurrirse cuando Cora estaba presente en cualquier conversación—. Lo siento, no quería ponerme así.

—No te disculpes —dijo, sacó de la chaqueta de punto negra un paquetito de pañuelos de papel y le ofreció uno—. Trato de sobrellevarlo, pero sé que no va a volver. Es un consuelo saber que ha dado con una persona como tú. Te estoy viendo con él y sé que no me equivoco. Me ha gustado conocerte, Christina. Solo espero que Jack y tú seáis felices, os deseo todo lo mejor, de corazón.

Christina sonrió apenada, pensando en su caballo de batalla diario; conformarse con ser feliz sin aspirar a formalizar legalmente su situación. También, descartar tener hijos en común yendo sobrada con Ari y el pequeño rubiales que su abuela llevó de vuelta al salón.

Acusando más frialdad con Victor delante, siguieron charlando hasta que la niña entró corriendo precediendo a Jack. Si una se quedó inmóvil sacudida por la timidez ante extraños, el otro saludó formal disimulando su sorpresa. Ni diez minutos después, la visita finalizó abruptamente. Angie aludió al cansancio para ahorrarle a Jack una tensión innecesaria y se despidieron con cortesía.

Pese a que Jack sintió distante a Christina desde que llegó con la corona y los pasteles, esperó a que los niños se acostaran para saciar su curiosidad durante el rato a solas que siempre tenían por las noches en el salón.

—¿Victor te ha dicho alguna de sus borderías?

—No —respondió con una sonrisa al sentarse a su lado—, es un poco seco, pero ha estado más pendiente de Cordey que de la conversación que teníamos Angie y yo.

Jack le besó los labios y se reclinó abrazándola.

—Angie parece más contenta —comentó distraído—, supongo que ya está asimilándolo.

—Qué remedio —habló lento—. Me ha parecido una buena mujer. —Christina sonrió—, y ya sé por qué Cordey es tan guapo.

—¿Estás insinuando que no se parece a mí? —preguntó bromista.

—Sí —afirmó segura, se medio tumbó encima de él y añadió—: no puede negar que eres su padre, pero tiene mucho de los Hosborn, de Angie.

Me imagino que Cora se parecería a ella ¿no?

—Sí, era más alta, pero mucho más parecida a Angie que a Victor, por suerte.

Christina rió, inclinó la cabeza y le besó los labios con ternura, preparando su ánimo para una explicación que hubiese preferido no tener que dar, y menos, cuando habría sido muy feliz soñando con ser madre de nuevo.

—Una vez me dijiste que con Cordey estabas bien ¿no te gustaría tener más hijos? Dime la verdad, cariño.

—La verdad es que nunca me planteé ser padre, Chris. Fue Cora quien quiso tenerlo —comentó sosegado—. Pero si tenemos alguno más no me importaría, me he acostumbrado a estar rodeado de niños.

—No vamos a tener ninguno.

—Si te apetece, deja los anticonceptivos —dijo despreocupado—, aunque puedo ser infalible incluso con ellos.

Christina frunció el ceño, sonriendo.

—Es bueno saber que uno de los dos todavía tiene posibilidades.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó confuso—, intenta ir al

grano, doctora, he estado toda la tarde con Ari y no tengo la cabeza para descifrar mensajes entre líneas.

—No te lo he dicho antes porque nunca lo habíamos hablado en serio, pero sería un milagro que me dejases embarazada. No puedo tener hijos, cariño. Llevo un tiempo con síntomas premenopáusicos, se lo comenté a mi madre y me dijo que a ella y a mi abuela les pasó lo mismo, es hereditario.

—¿Y por qué tomas pastillas? —preguntó con interés.

—Para mantener las hormonas en un nivel normal. La menopausia acarrea problemas severos de descalcificación ósea, y no es lo mismo empezar a los cincuenta que a los treinta y nueve; puedo llegar a vieja llena de artrosis.

—¿Qué te preocupa realmente, Christina? —preguntó serio—. ¿No tener hijos o envejecer?

—Ambas —admitió triste. Se tomó unos segundos para expresarse con sinceridad—. Me preocupa sufrir. Siempre me han gustado los niños, soy pediatra. —Christina soltó una risita tonta—. Cuando me quedé embarazada de Ari sentí que por fin me realizaba como mujer —contó nostálgica, recordando la ilusión y la felicidad que vivió con Graham, que deseaba ser padre con un afán similar al suyo—, luego, cuando las cosas empezaron a ir

mal en nuestro matrimonio, me alegré por tenerla solo a ella; sin embargo, ahora, me encantaría que tuviéramos un hijo de los dos.

—Tenemos dos hijos de los dos —dijo Jack, acarició con suavidad el perfil sinuoso de su boca—, es suficiente —habló susurrante, fue consciente de su aliento erizando la piel del cuello femenino—, pero nunca se sabe... — Jack metió la mano por la cintura del pantalón elástico de Christina y la movió lentamente por sus nalgas—. ¿Te he dicho que eres la mujer más guapa que conozco?

—Sí —afirmó suspirando—, ¿y yo que eres el hombre más guapo que he conocido?

—Alguna vez, doctora —dijo dándole besos cariñosos en la cara—, pero se te ha olvidado añadir que también soy el único que vas a conocer.

Con esa afirmación, Christina entreabrió la puerta de la esperanza para amarlo un poco más, para rozar con la punta de los dedos un futuro soñado. Quería la familia que en solo un mes de convivencia habían creado, de manera permanente; lo ideal: el matrimonio; aunque, si Jack no estaba por la labor, no sería más que un documento entre ellos y el compromiso que veía continuamente en él merecía relegar una imposición social atávica de la que podía prescindir.

Cuando llegó el último día de colegio antes de las vacaciones navideñas, los nervios de Ari habían dividido a Christina y a Jack en dos bandos: el ultraconservador escocés contra el neoliberal canadiense. Y todo porque tenía que ir disfrazada de Virgen María y se había empeñado en calzarse unas prácticas zapatillas rosas de lona. A pesar de que las tapaba la túnica, Christina quería que —más acorde al estilo del papel— se pusiera unas bailarinas blancas, pero la alianza de la niña con Jack no presagiaba una salida pacífica hacia la función. Y para colmo, la ausencia de Graham, sin el coraje de hablarlo personalmente con su hija, aumentó una irascibilidad que Jack tildó de extrema entre otros adjetivos murmurados.

—Chris, es una niña. A nadie va a sorprenderle —comentó cogiendo a Cordey en brazos. Ari seguía en su habitación decidiendo qué consejo seguir —, relájate ¿vale? Vamos a pasar un rato divertido con sus compañeros, olvida lo demás.

—Es fácil decirlo, cariño. —Christina besó la mejilla de Cordey, viendo cómo balbuceaba para llamar su atención. Estaba tan enamorada de él como de su padre. El gordito simpático era cariñoso y alegre, y no solo tenía enrocado a Jack, toda su familia estaba volcada con él. Compartía gustosa con Jack sus cuidados, resarcendo la espinita de la maternidad sintiéndolo

como su hijo, igual que él manejaba a Ari y actuaba como un buen padre aun sin pretenderlo; los dos tenían bien marcado ese instinto. Terminó de abrigar a Cordey con un gorro de lana, volvió a besarlo y se puso un anorak parecido al que llevaba Jack. Ambos vestían vaqueros y jerséis gruesos. Compadeciendo a su pequeña inocente, con un deje agobiado, comentó—. No sé cómo va a tomárselo. Me sobrepasa tener que inventar excusas, no puedo más.

—No las inventes, llámalo y que se las apañe él.

—No contesta a las llamadas —dijo con una mueca cínica—, sabe cuándo desaparecer.

—Que haga lo que él crea —habló indiferente—. Por ahora, Ari no ha preguntado. Vamos a ver cómo lo lleva. A lo mejor hasta nos sorprende, cariño. —Jack sonrió dándole ánimos, abrió la puerta y gritó—. ¡Ari, nos vamos! —Cuando salieron, una ráfaga fría azotó de golpe las inquietudes de Christina instándola a una carrera hasta el coche con Cordey, mientras Jack esperaba en el porche a que la niña bajase. En cuanto vio que le había hecho caso, dijo—. Para ir y venir están bien, Ari, pero para la actuación te quedarán mejor los zapatos que te ha comprado mami. ¿Por qué no los coges?

Tras pasar varias horas sentados en unas cómodas butacas como las de cualquier sala de cine, donde Cordey no resistió descabezar un sueño en los brazos de su padre, aplaudieron a todos los niños participantes, que saludaron agarrados de las manos en una cadena larguísima, y se levantaron para recoger a Ari.

Christina entró en los camerinos improvisados y Jack esperó con otros padres en la puerta, alabando la buena organización del colegio y la actuación inclasificable de los niños. En función de la edad unos se lucieron más que otros y, en concreto, la Virgen María sería recordada durante algunos años por la representación más punk jamás hecha en aquel escenario.

Luego, cuando Jack sugirió cenar en el McDonald's, la solista les dedicó varios gritos de guerra que ni sus antepasados de las Tierras Altas habrían sido capaces de emitir. Sin lugar a dudas, Ari McCoy era escocesa, de pura cepa; aunque esa noche no se acordara de su padre. No lo mencionó ni una sola vez. En cambio, quiso expresamente que Jack la arrojara, algo inusual, ya que nunca daban opción de elección.

Christina pegó la cabeza en la puerta de su habitación, tratando de descubrir a qué venía aquel secretismo que logró intrigarla.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Ari.

—Y yo. —Jack sonrió sentado en el borde de la cama—. Has sido la mejor actuando. A Cord y a mí nos dolían las manos de aplaudirte.

—¿De verdad? —preguntó sonriendo, vio a Jack asentir, y comentó bajando la voz—, he echado de menos a papá.

—Lo siento, Ari —dijo Jack, pensando en que le tocaba a él quitar hierro a un comportamiento injustificable—, tu padre tiene un trabajo muy complicado, seguro que alguien lo necesitaba más que tú, piensa en que le habrá salvado la vida, eso no puede hacerlo cualquier persona.

—¿Tú no puedes?

—No, ni la mayoría. Por eso tienes que ser un poco más comprensiva con él. Ya verás cómo pronto vendrá a verte.

—Vale —dijo con un bostezo—, *oidhche mhath*, Jack.

Jack le besó la frente y se levantó.

—Dulces sueños, Ari —dijo antes de salir para darse de bruces con Christina, sonrió y preguntó—. ¿Nos espiabas?

—Más o menos —respondió mirándolo a los ojos, rodeó su cuello con

los brazos y dijo casi en su boca—. No sabes cuánto llego a desear que fueses el padre de Ari. —Besó sus labios y acarició una barba rasposa, descuidada como su aspecto relajado—. Me da mucha pena mi hija... —A Christina le brillaron los ojos con amargura y Jack la acunó en silencio—. Es muy triste para mí verte con ella sabiendo lo que su padre se está perdiendo. No soy capaz de entenderlo, cariño.

—Yo tampoco, pero es lo que hay.

Christina sonrió ante ese “es lo que hay”, la sentencia favorita de Jack cuando algo no tenía solución. Abrazada a él, aparte de darle la razón, vislumbró al hombre responsable y al compañero leal en el viaje que había emprendido, sin punto de comparación con su exmarido. A pesar de no estar casados como desearía o de un carácter que prometía vaivenes constantes, con las cualidades y defectos de cualquiera, creía que era el hombre de su vida; el que había llegado en el momento preciso. Jack conseguía esclarecer sus días con optimismo y una pasión incontrolada para convertirla en una mujer feliz y romántica, entregada a un proyecto que rompía esquemas. Podían ser por separado unas piezas rotas, en cambio, unidas formaban un mecano perfecto, auspiciados por la experiencia de la sabiduría adquirida gracias a los fracasos y las trágicas consecuencias del destino.

Alzó la cabeza y volvió a quedar prendada por los azules preciosos de

una mirada cariñosa llena de comprensión y ternura, convencida de que su relación sería estable, muy sólida e infinitamente duradera.

—Gracias por existir.

Jack la observó serio y le acarició la boca con sus labios.

—No quiero verte triste —susurró con voz grave—, por nada ni por nadie.

Recorrieron de la mano el pasillo hasta su dormitorio. Y cuando se metieron en la cama olvidaron desagradable sombras, incluida la separación por Navidad. Al tenerla latente, tal vez, se amaron de manera frenética. Ardieron pegados en un infierno tan caliente como apasionado. En aquel espacio donde apenas había muebles y la frialdad acaparaba el ambiente, el invierno fue verano y, como siempre, Christina voló aupada por las rachas que como un torbellino Jack sopló para ella. La entrega de los dos por igual hacia el abismo, hacia el Paraíso donde solo encontraban paz.

DIECIOCHO

Quebec, 22-12-13

Canadá

Unos minutos antes de embarcar en el Pierre Elliott Trudeau de Montreal con destino Londres, desde donde saldrían hacia Aberdeen para coger el ferri hasta Lerwick, Christina no podía creer que, además de despedirse de Jack, con un trayecto por delante de veinticuatro horas, tenía que irse con la intranquilidad de otro encuentro casual con Sofía. En esa ocasión, acompañada por otra azafata de la misma compañía aérea.

Cuando saludó a Jack con uno de sus inapropiados besos en los labios, la doctora giró la cabeza, enojada al comprender que seguía ajena a la relación que mantenían; algo que le molestó muchísimo porque la incitaba a pensar en la importancia real para Jack de su compromiso.

Durante los pocos minutos que compartieron solo apreció a una chica joven con ganas de diversión, sin reparos por ser explícita o demasiado zalamera. Incluso Ari se interesó en cuanto volvieron a quedarse solos. Por

no enfadarse más al escuchar a Jack responderle que era una amiga especial, claramente la niña preguntó por los besos en los labios, Christina apremió un abrazo rápido antes de que advirtiera cómo los había interpretado ella.

—Llámame cuando lleguéis —dijo Jack—, pero no la semana que viene, por favor.

—No te preocupes —dijo disimulando—, cuídate.

—Chris, ¿qué pasa? —preguntó resignado, intuyendo celos por el cambio brusco en la forma de mirarlo, se pegó a su oído para que Ari no pudiera escuchar—. No he podido hablar con ella, tampoco exageres por dos besitos tontos.

—Solo piensa una cosa, Jack, imagina que fuese al contrario, ¿cómo te sentirías?

—Lo he sentido —dijo con reproche—, perdóname por no habérselo dicho, no he tenido tiempo de quedar con ella y ahora no me ha parecido oportuno con la niña delante.

—¿Crees que ha sido mejor el saludo y la despedida que ha visto? —Christina torció una sonrisa breve—. Tenemos que irnos. Felicita las fiestas a tu familia de mi parte.

Jack la abrazó por la cintura.

—No nos despedamos enfadados, cariño. Sabes que me gustaría que hubiésemos estado juntos, ahora vosotras sois también nuestra familia.

—Se te da muy bien hablar, Jack —comentó cínica, le besó ligeramente la boca y se apartó—. Nos vemos cuando volvamos, hasta luego.

Casi inmóvil, Jack esperó hasta perderlas de vista. Salió del aeropuerto con la sensación de que Christina le ocultaba algo. No era nada nuevo, aunque ya no pensaba que fuese porque albergara sentimientos por Graham. Sabía que esos cambios bruscos de humor eran por los celos, por una inseguridad que no lograba entender; todo un enigma para él.

Esa misma mañana, una furgoneta de reparto estacionaba en la puerta del Boreal. Cuando Ethel abrió, se sorprendió al ver un cajón de madera enorme y a dos chavales mirándola con caras de pocos amigos. Empeoraron al escucharla pedir que lo dejaran en el vestíbulo. Luego, fue Claire quien no pudo mantener la boca cerrada por el asombro. Sin darles muchas pistas a las Friars, llamó a su abuelo para que fuese a verla lo antes posible. Sería de inestimable ayuda para ubicarlo en el lugar correcto.

Fue al dormitorio de Isabella, donde la amamantó sentada en la mecedora, sonriendo aturdida ante uno de los regalos más inesperados que había recibido, y llevaba una cuenta amplia. Ese cuadro llamado *Untitled* era de una belleza nítida, sobresaliente, y había sido un detalle que Jack pensara en ella en vez de venderlo.

Cuando terminó Claire con la niña, la dejó adormilada en la cuna y bajó a la cocina. De haber intuido la reacción de Alexei, no se habría entretenido con Ethel, habría preparado la cámara de fotos para inmortalizarlo. Todo quedó relegado a un segundo plano en cuanto entró el ruso y vio el Janssen apoyado contra la pared del vestíbulo. Se concentró en él, andando de un lado a otro como un halcón repasando una pradera; todo fue admirado en aquel lienzo.

—¿Cuándo lo has comprado? —preguntó curioso, atento al caos abstracto de un mar de fuego azul vaporoso o un oleaje infernal con paletazos de expresivos verdes lamiendo intrincadas texturas—. Gabriel me comentó que Jack también tenía uno.

—Es este, me lo ha regalado —dijo sin añadir que era la segunda propietaria y que su cuñado no podía verlo—. ¿Qué te parece?

—Es magnífico —respondió sonriendo—. Este chaval es un virtuoso,

Claire. Fíjate cómo, con la distancia adecuada —dijo separándose un par de metros del cuadro—, es posible ver paisajes hasta en los efectos de las diferentes técnicas que usa en las perspectivas. Imita la seducción del parpadeo del fuego y enreda el lienzo de color con una sensación de velocidad y discordia ejecutada con una sensibilidad poética.

—Sí, transmite tanto intimidad como agitación. Visualmente el impacto es espectacular.

—Es muy bueno, Claire. Tiene unos detalles de genialidad que hacía muchos años no veía. Soy ebanista, nunca me he considerado escultor —dijo admirando una capacidad que tenía desentrenada. Desde que había empezado el proyecto Barinov daba fe de que hacer parecer simple lo complicado era la diferencia que marcaba a los grandes artistas, también conllevaba una enorme responsabilidad—. Sabe dar forma física a sentimientos intangibles, crea volúmenes con profundidad igual que ilumina con blancos refulgentes para alternar el diálogo visual. Se le nota intuitivo y, dentro de la abstracción que interpreta, te conduce a racionalizar los significados de sus percepciones. —Alexei volvió a acercarse, examinándolo todo al milímetro—. Me gustan las pinceladas alargadas, el rastro que deja con el cepillo creando marcas y el vértigo que producen los cambios en los grosores de los trazos —comentó satisfecho y alegre. Rejuvenecía cuando su mente captaba ese tipo de

sorpresas; eran su motor. En ellas no existía el tiempo, solo el espíritu de otros inconformistas con la realidad; lo que él había sido durante toda su vida y sería hasta el final—. Me identifico con él, leo verdad en sus obras.

—Y yo, abuelo —dijo Claire sonriendo—. ¿Dónde crees que debería colgarlo?

—Para admirarlo bien necesita claridad, aunque donde lo coloques eclipsará lo que tenga alrededor, es la grandeza de una buena obra —habló pensativo, aunque recordó una mala noticia y preguntó—. ¿Vas a intentarlo en otra galería?

—“*Net, died*”. —Con ese «no, abuelo» (*Hem, δεδ*) zanjó Claire la polémica con los nuevos propietarios de MaiSa. Desde que se hizo pública la sentencia de Zanelli no pararon de molestarla para que se hiciera cargo de manera solidaria con ellos de parte de la indemnización a Janssen, ya que el pintor también los había denunciado. Pretendían llegar a un acuerdo antes que a los tribunales. Pero, dado que no tenía ninguna responsabilidad a efectos legales, por descontado ni Sean ni Gabriel aceptaron y como represalia le cancelaron la exposición—. De momento, mis prioridades son mi familia y la reforma de Essex, cuando esté más tranquila ya veré si sigo adelante con la fotografía o la dejo como un hobby.

—Si esa es tu decisión, la respeto —dijo cariñoso—, pero ten clara una cosa, nunca estarás tranquila y nunca te abandonará la inquietud por expresarte; eres Barinov, y somos puro nervio; aunque quieras dejarlo, te perseguiré. Tienes una fuerza parecida a la de Janssen, él usa colores y tú sombras, pero transmites con intención. No serás capaz de ignorarlo.

—Es posible, pero he perdido la ilusión que tenía cuando estaba en la escuela.

—No voy a volver a darte mi opinión, Claire, y si ahora mismo no disfrutas creando es mejor que hagas un parón —dijo severo—. Estoy seguro de que artísticamente no te ha beneficiado estar con Marion o sus secuaces.

—No lo sé, solo tengo claro que no quiero vivir desquiciada. Me apetece criar a la niña tranquila, aquí. No quiero ese estrés. —Entró en la cocina, donde estaba Ethel, que saludó con una amplia sonrisa a Alexei, y agregó rotunda—. No lo necesito.

—¿Qué no necesitas? —preguntó Ethel intrigada.

—Cosas nuestras —contestó evasiva, oyó el llanto de Isabella, aunque no llegó a salir cuando cesó con la voz cantarina de Eloise—. ¿Dónde está Leo?

—Ocupada con el papeleo de los ingleses —respondió Alexei, sentándose en la mesa—. No sé qué haría sin ella. Es increíble la logística que se debe controlar para cumplir con todos.

—La verdad es que tiene muchísima experiencia —comentó Claire afirmando con la cabeza—, lleva tantos años con la fundación de su hermano que sabe manejarse muy bien, es una garantía tenerla con nosotros, “*died*”, hemos tenido mucha suerte.

—Sí —afirmó Ethel casual, puso un plato de jamón en el centro de la mesa y tres copas de cristal—. Liosha, ¿comes con ellos?

—No, Léonore está esperándome, pero es imposible negarse al placer de tus aromas —comentó, aspirando bromista. Cogió un trozo de jamón y, tras saborearlo, añadió—. Qué bueno. Voy a tener que hablar con Gabriel para que nos incluya algo en estos pedidos.

—Sí, seguid así —dijo Claire sonriendo irónica—, no os extrañe que dentro de nada quiera abrir aquí una sucursal de “su paraíso español”. Dejad de darle ideítas...

Alexei no anduvo descaminado. Al menos, con Gabriel no se equivocó cuando llegó por la tarde del banco. Fue incapaz de entrar en la cocina sin pararse unos minutos delante del cuadro. «De buena se ha librado

Jack» pensó.

Comió solo con Claire envueltos en complicidad y en una charla agradable hasta que Isabella reclamó su leche y, una vez más, fue el espectador de lujo. En aquel instinto primitivo de la pequeña podía vislumbrarse un apetito tan voraz como el de él, si Ethel tenía la consideración de preparar alguno de sus platos favoritos; otro rasgo inconfundible de su herencia para atontarlo contemplándola.

El ferri atracó en el puerto de Lerwick a las siete y media de la mañana, concluyendo el trayecto de Christina y Ari después del día y la noche completos que invirtieron en llegar. La gelidez de la nieve se notaba menos que la humedad o el fuerte viento que azotaba la costa y no se iría hasta la primavera. Abrigadas con anoraks, gorros y bufandas, salieron a la cubierta.

Christina sujetó con firmeza la mano de la niña y, cómo pudo, tiró de ella y de la maleta cruzando una pasarela apenas transitada por los pasajeros escasos que regresaban a casa. No conocía a nadie, si bien todos supieron quienes eran en cuanto dijo su apellido. La sencillez de ser todavía la hija de Stewart y Sharon, la curiosidad de los vecinos y la unión que tenían cuando

alguno necesitaba ayuda eran las cosas que más le gustaban de su pueblo. Nada de eso existía en las ciudades donde había vivido o vivía.

Pensando en avisar a su padre para que las recogiera en el muelle, creyó ver una visión que la dejó petrificada, hasta que Ari se soltó de su mano y gritó:

—¡Papi! ¡Papi! ¡Has venido!

Graham sonrió al llegar corriendo, la sostuvo en volandas y giró con ella mientras se saludaban cariñosos. En ese instante, Christina se sintió feliz por Ari, sin embargo, estaba bloqueada ante el hombre que no quería dejarla vivir sin él. Lo observó serio. Se le veía más delgado que en noviembre, vestía con la informalidad que solía tener cuando no trabajaba y parecía relajado.

—*Madainn mhath, Chris* —dijo Graham con una sonrisa tibia, le besó la mejilla y agarró la maleta—. ¿Todo bien? —preguntó amable, caminando hacia la casa de los McQueen—. Había olvidado el frío que hace por aquí.

—Otra cosa más —replicó cínica.

—No empieces.

—Tú tampoco —murmuró para no alertar a Ari—. Vas a tener que

explicarme muchas cosas.

—He venido para hablar contigo, es importante.

Christina torció el gesto y no volvió a abrir la boca. Más tarde, tras uno de los desayunos copiosos de su madre, aparte de deleitar el paladar, comprendió que seguía obsesionada con Graham como yerno perfecto. El mismo que llevaba esperándola un día alojado con ellos; algo comprensible porque la oferta hotelera era escasa, pero nada halagüeño para el descanso que pretendía en esas vacaciones.

Con el ánimo rozando el suelo, Christina le mandó un escueto mensaje a Jack y dejó a Ari con los abuelos para ir con Graham al pub. Como iba justa de ganas y la nieve no favorecía la charla, metió la cabeza entre los hombros sin molestarse por camuflar su enfado.

En cuanto llegaron, Graham sujetó la puerta cediéndole el paso y la siguió a la barra. En pocos minutos, tras una rápida puesta al día con la dueña, se sentaron en un reservado con dos cafés por delante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó directa.

—Hablar contigo —respondió, echando un sobre de azúcar en la taza —. Siento no haber ido a la actuación, Chris, pero estaba en Edimburgo y me

fue imposible llamarte.

—¿No viste mis llamadas perdidas? Si sabías que no ibas a ir ¿por qué no se lo dijiste? No me cuentes más excusas, por favor.

—No es ninguna excusa, Chris, es la verdad. Me han ofrecido ser el Jefe de Cardiología en el Royal Infirmary, llevo un par de semanas negociando mi contrato.

—¿Vas a aceptar? —preguntó asustada.

—He aceptado —admitió con una sonrisa breve—. Empiezo a principios de año. No creo que vuelva a Nueva York hasta dentro de unos meses.

—¿Y tu novia? —preguntó procesando a marchas forzadas—. ¿Se viene contigo?

—No —respondió meneando despacio la cabeza—. Hemos terminado.

—¡¿Qué?! —exclamó nerviosa—. Está embarazada, ¿cómo que habéis roto? No será definitivo.

—Chris, no la quiero —comentó impasible—, no voy a complicarme la vida por un error, es mejor cortar ahora. —Graham no quiso decirle en ese

momento que tenía serias dudas sobre esa paternidad y, por no sonar indolente, añadió—: Cuando dé a luz, me haré cargo cómo acordemos; pero sin ella.

Christina terminó de hundirse en la miseria.

—No te entiendo, Graham, dejamos Edimburgo por ti —comentó abatida—, todo... Ahora que empezaba a sacar la cabeza... —Christina no pudo más y lloró enrabiada. Ese hombre estaba destrozando su vida, una y otra vez, y ahora ponía tanta distancia entre ellos que sería imposible para Ari tener una relación constante con él—. No hay derecho a esto, Graham. ¿Por qué le haces esto a tu hija? —Christina se limpió las lágrimas, recomponiéndose, atenta a la tristeza de un celeste tan apagado en aquel instante que llegó a preocuparla. Pese a los malos recuerdos que prevalecían en su conciencia para alentar rencor y desidia, lo había amado con locura, fueron felices muchos años y era el padre de su hija, ¿cómo no interesarse por él?—. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó, le sujetó una mano y se la llevó a los labios—, ¿podrás perdonarme algún día? —preguntó bajito—. Nunca he querido a nadie más que a ti y sé que no volveré a hacerlo. Ya no soy el hombre que conociste, Chris. No sé qué me ha pasado, pero ni yo me reconozco —comentó con un gesto despectivo—. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida, pero

el más grave fue no respetarte. Me arrepentiré hasta que me muera por haber destrozado nuestro matrimonio. Pero si hay una posibilidad de que volvamos a ser una familia, en Edimburgo, en casa, donde empezamos —dijo perdiendo la voz, al tiempo que Christina volvía a llorar con los ojos cerrados—, quiero intentarlo porque te juro que no volveré a cometer los mismos errores. Nunca he dejado de amarte, nunca, Chris.

—Pero yo sí, Graham. Estoy enamorada de otra persona. Es tarde para volver contigo, esta declaración hace unos meses me habría supuesto planteármelo de verdad, pero ahora no.

—No digas tonterías. ¿Cuánto tiempo lleváis? —preguntó borde, perdiendo la paciencia, trató de serenarse, pero reprochó—. ¿Vas a compararlo con los quince años que hemos estado casados?, ¿o los veinte que nos conocemos? ¡Joder, Chris! Tenías dieciocho...

—No lo he comparado, he dicho que es tarde. ¿Qué más da el tiempo que lleven dos personas para saber que deben permanecer unidas? Durante años creí que nosotros estaríamos juntos siempre y me equivoqué. Ahora tampoco sé cómo nos irá, llevamos muy poco conviviendo, pero soy feliz —dijo sin muestras de alegría— y necesito su compañía. No sé si has aceptado el trabajo para intentar convencerme o lo has hecho porque realmente es un paso importante en tu carrera, como sea, no cuentes conmigo otra vez.

—Dame al menos la oportunidad de que lo pienses. Siempre te gustó Edimburgo, estarías más cerca de tus padres, no me niegues ese beneficio.

—Puedo hacer lo que quiera, llevamos un año divorciados, y no quiero volver a estar casada contigo —dijo con dureza, eludiendo que solo volvería al matrimonio con una persona y no era él, aunque pensó con ironía que estaba gafada. Quien menos esperaba le hacía una declaración contundente y quien deseaba la hiciera no tenía la más remota intención—. Lo siento, Graham, dudo que cambie de opinión.

—Tómame unos días —dijo con una sonrisa ligera—. Si sigues con lo mismo, tendré que conformarme.

—Como quieras. —Christina resopló, levantó la taza de café y bebió un sorbo—. Tendremos que hablar de Ari, si ya te ve poco, ahora te verá menos.

—No tiene por qué —comentó, pensando en que sus padres estaban felices por su vuelta y emocionados por tener a la niña algunas semanas durante las vacaciones—. Será cuestión de que nos pongamos de acuerdo, y todavía no ha pasado ni un minuto.

Christina alzó la vista, observándolo atentamente.

—No vas a darte por vencido ¿verdad?

—No —contestó, esbozó una línea fina con los labios—. Puedo ser muy persuasivo cuando quiero.

—No entraré en discusiones, Graham, creo que he hablado claro. Apelo a tu inteligencia para que no insistas y espero no tener esta conversación a menudo. Pero también te digo que todos tenemos un límite que es mejor no tocar. Vivo con otra persona y no me gustaría que se repitiera lo que ocurrió en su casa. Si te arrepientes porque no me respetaste cuando estábamos casados, intenta respetarme ahora.

—Lo haré —dijo rápido, ocultando el desprecio que sentía por Jack Drake, aunque ese mismo desprecio propiciara su siguiente comentario—, pero mantén alejado a tu *noviete* de mí, tiene mucha fuerza.

—Es joven —dijo Christina. Le ahorró la palabra, tarde o temprano acababa diciéndosela—, pero sabe defender lo suyo.

—¿Yo no?

—¿Tengo que responder?

Graham empezó a comprender que no tenían salvación, sin duda había reaccionado demasiado tarde para reconquistarla; esperó a verla con otro

hombre cuando el daño era profundo y mortal. Quizá nunca creyó que otro calaría hondo en su corazón ni que la vería cómo solo él había hecho, sin embargo, se agarró con fuerza a la esperanza cuando ya estaba fuera de su alcance porque contaba con dos grandes ventajas sobre Jack Drake: su hija y Sharon.

Reunidos alrededor de la mesa en la comida de Navidad, fluían las conversaciones interesantes y las bromas, todos parecían contentos por estar en Terranova juntos, excepto Jack, que no conseguía quitarse del pensamiento el único mensaje que Christina le había enviado en tres días: «*Hemos llegado. Diviértete*». Intentó hablar con ella creyendo que seguía disgustada por el encuentro con Sofía, aunque si no era por la cobertura del móvil, fue porque estaba apagado; el caso es que llevaban incomunicados desde que se marcharon y tenía un mal presentimiento que no solo lo estresaba, sino también barrió un espíritu divertido que alentó la suspicacia de sus hermanos.

Tranquilos en uno de los sofás frente a la chimenea, que ardía con un fuego vivo, Sean y Gabriel intercambiaban impresiones paternas mientras todos ignoraban la voz de Alexei. Se escuchaba de fondo un airado alegato defendiendo la libre exposición del arte. No necesitaron más que observarse

para ponerse de pie y dejar a las niñas con sus respectivas madres.

Gabriel sirvió tres vasos de whisky, le entregó uno a Sean y salieron hacia el distribuidor de la escalera. Si de por sí era el sitio más especial de la casa, en aquel espacio, desde que el Janssen había llegado, sobresalía la noble lucha entre un abrupto caos y una serena armonía, o la sobriedad de la elegancia alrededor de rebeldes ramalazos. Alexei eligió el lugar. No le pesó la rivalidad visual, al contrario, ahí se quedaría para siempre junto a la obra que más le representaba y enorgullecía.

Con pinta abatida, Jack, sentado en un escalón, no captaba ninguna palabra, solo perseguía con la mirada las vueltas de Alexei frente a él. Suspiró aliviado cuando vio a sus hermanos. Gabriel le tendió un vaso y echó el brazo por encima del hombro a *le Radical*.

—No le des más la paliza —dijo Gabriel sonriente—. Ni defiendas más a tu protegido.

—¿Desde cuándo expresarse libremente es dar la paliza?

—Desde que no cambias de tema —comentó burlón—. Liosha, admítelo, estás emocionado con el cuadro.

—Me alegro mucho de que esté donde se aprecie —dijo Jack serio.

—Teniendo en cuenta cuál iba a ser su destino —comentó Sean de pasada—, has hecho muy bien, Drako.

—¿Qué pensabas hacer con él? —preguntó Alexei intrigado después de saber la historia que había detrás del *Untitled*. En cuanto vio el cruce de miradas entre Sean y Jack, una idea extrema brilló en su mente—. ¿Quemararlo? —preguntó belicoso. Jack rehuyó su mirada y el Radical se prendió fuego—. ¡¿Habrías sido capaz?! ¡Nadie puede hacer eso! ¡Solo quien crea tiene derecho a repudiar su obra! ¡Maldito idiota!

Como conocían el carácter del ruso, ninguno se molestó; aunque el tono elevado alertó a Léonore que salió del salón y diligente le sujetó el brazo.

—*Quel est le problème?*

—*Rien* —bramó Alexei. Al ver su mirada de advertencia, de inmediato se comidió. Esos pequeños ojos celestes eran los únicos con autoridad para amansarlo. Torciendo el gesto, siguió en francés—. *Mon amour* —habló suave, con el ligero acento ruso que no perdía—, *la jeunesse et de l'argent, une mauvaise combinaison*.

Los Drake, francófonos desde niños, entendieron a la perfección esas palabras recubiertas de verdad: “Juventud y dinero, una mala combinación”.

Pendiente a los ancianos, apretaron los labios cuando Léonore le dio a Alexei una palmadita compasiva en la mano y lo arrastró de vuelta con ella.

Al quedarse solos, los tres soltaron unas carcajadas.

—Leo es una santa —dijo Sean, se sentó junto a Jack y le preguntó—.
¿Cómo os va la vida en pareja?

—Bien —afirmó moviendo los hombros con indiferencia.

—Es una lástima que no hayan podido venir —comentó Gabriel, se sentó un escalón por debajo de ellos, girado de lado. Después de un buen trago de whisky, que paladeó satisfecho, tardó unos segundos en decir—.
Habríamos estado al completo.

—Sí —dijo Sean, sonó resignado—, al menos Ophie estaría más distraída con Ari.

—Otra vez será —comentó Jack, apuró la exigua cantidad líquida de su vaso, tras beber sin miramientos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sean, intuyendo borrasca entre Jack y la escocesa—. Estás muy raro.

—Nada —dijo Jack, bufó y, tras observarlos un instante, añadió—:

Nos encontramos en el aeropuerto a una amiga, nos saludamos y no le sentó muy bien. Se fue enfadada.

—¿Se enfada porque saludes a una amiga? —preguntó Gabriel, hizo una mueca con la boca que arrancó una sonrisa en Sean—. Pues no vas a ganar para cabreos, Drako. Y tienes suerte de no estar en Nueva York, si no, ya habría salido huyendo.

—Gracias por la apreciación —comentó irónico, pensando en desahogarse con ellos; los dos eran sus mejores amigos y con quienes tenía la confianza suficiente para no medir sus palabras—. Me ha mandado un mensaje en tres días, es bastante celosa.

Sean entrecerró un ojo y preguntó:

—¿Cómo te saludó tu amiga?

En cuanto explicó Jack el encuentro con pelos y señales, añadiendo el otro saludo que Christina vio y los mensajes, sus hermanos se aliaron para no bajarlo de estúpido.

—No es ninguna niña, Jack —dijo Gabriel inflexible—, es normal que quiera estabilidad. Corta de raíz con esas amigas si de verdad estás pensando en tener un futuro con ella.

—Claro que quiero tener un futuro con ella y, por supuesto, que he cortado de raíz con todas, corté cuando Cora volvió a Nueva York. ¡Joder que llevo un año y medio sin ver a ninguna! ¡¿Quién coño creéis que soy?!

—Relájate —dijo Sean severo—, baja el tono si no quieres que papá en dos minutos esté aquí.

—Intenta hablar con ella —dijo animoso Gabriel—, vivís juntos, estáis enamorados, no te habrá llamado por cualquier razón, no te obsesiones.

—No puedo quitármela de la cabeza, Gabe —dijo Jack agobiado—, y me da mala espina el mensaje, es como si pensara que voy a aprovechar su ausencia para estar con otra.

—Será porque no siente que lo vuestro sea estable —comentó Sean.

—Por favor, Sean, vivimos juntos, ¿qué más quiere?

—No lo sé, pero acláralo. Es una mujer, Jack, una tía espectacular, con una niña pequeña y un matrimonio fallido, precisamente por las infidelidades, puede que si ve a esas amigas tuyas sin que ellas sepan que es tu pareja sienta que no vas en serio.

—Pero no le doy motivos para que desconfíe —dijo Jack, sonrió con amargura—, y encima tengo que aguantar al capullo del exmarido y la poca

consideración que tiene con la niña —comentó resignado—. No sé qué más puedo hacer.

—Cásate con ella —dijo Gabriel, pensando en que quizá Christina necesitaba una muestra de madurez que Jack no había contemplado—. Hay personas que se sienten más seguras con un lazo legal que las ate a otras. Aunque conviváis igual, no será lo mismo para ella. ¿Habéis hablado de matrimonio?

—No —respondió, cavilando en sus palabras—. Y no sé si me aceptaría, está bastante resabiada.

—¿Pero te casarías con ella? —preguntó Sean, conocedor de la urticaria que ese estado siempre produjo en él—. No es algo para decidirlo a la ligera.

Nervioso, Jack se revolvió el cabello, recordando las indirectas de Christina «¿esperaba una declaración de amor eterno?», pensó asombrado.

—Gabe, ¿conoces alguna joyería por aquí?

DIECINUEVE

Lerwick, Islas Shetland 30-12-13

Reino Unido

Para regresar a la casa de sus padres después de un rato ameno en el pub con Angus, Christina cogió el camino más largo sin importarle la nieve que caía a mansalva. Rodeó el pueblo por la costa, pensando en la despedida de aquella mañana en el muelle para martirizarse. Creía estar haciendo lo correcto, pero el dolor que percibió en la voz temblorosa de Graham, aceptando a regañadientes una decisión que cambiaba sus planes, aumentó su inseguridad al cerrarle definitivamente esa puerta.

Respiró exhalando vaho cálido y contempló los antiguos muros de piedras ajadas por la brava intemperie que recorrían la carretera. Uno, el que delimitaba el campo de una fila de casas viejas, no superaría el metro de altura y estaba coronado por hiladas puntiagudas para impedir que la nieve se acumulara. El otro, el que separaba la vítrea carretera de la rocosa playa, no tenía más de dos palmos; en cambio, aguantaba estoico las sacudidas de unas

enfurecidas olas que ayudaban a despejar el hielo. A Christina le había llamado la atención un destello rojo en el alto, en un pequeño hueco poco alejado del suelo. Le pareció ver una amapola, y no podía ser cierto.

Se acercó e inclinó el cuerpo para cerciorarse. Sin duda era una amapola, con el tallo algo doblegado y la flor a punto de sucumbir a la humedad. Esa flor silvestre plagaba aquellos verdes y extensos prados en primavera y verano. ¿Pero en invierno? ¿A bajo cero? Trató de resguardarla en su oscuro cobijo, pero no lo consiguió; parecía con ganas de empaparse.

—Si es lo que quieres... —Hizo un último intento porque la flor se mantuviera en el interior del muro, al no conseguirlo, claudicó—. Lo siento, preciosa, pero esta noche morirás.

Christina llegó a la casa familiar intrigada por esa rareza. Cuando entró, olió un penetrante aroma a guiso de cordero y se quitó la ropa de abrigo, recordando el sabor de la comida. Su madre salió de la cocina y sonrió al verla.

—¿Dónde estabas?

—Paseando —respondió sin ganas de hablar—. ¿Y Ari?

—Jugando con los hijos de los Grant. Tu padre la recogerá cuando

salga del trabajo.

Christina asintió y esbozó una línea que no mostró la sonrisa pretendida.

—¿Os habéis arreglado?

—No, mamá. No se puede arreglar lo que no existe.

Sharon frunció la boca.

—Estás cometiendo un error —soltó seca—. Ese hombre te quiere, está cambiando su vida por ti y no lo ves. —Durante la última semana rezó para que aceptara la propuesta de Graham, ignorando adrede a Jack, de quien Ari contaba maravillas. No podía alejar de su mente la intranquilidad que le suponía el regreso de su exyerno a Escocia y que ellas continuaran en Canadá con un desconocido—. Entiendo que lo hayas pasado mal, pero habéis estado casados muchos años, tenéis una hija. ¿No puedes olvidar el daño que te ha hecho? Estaríais más cerca, no tendrías ni que trabajar.

—Nunca estaremos de acuerdo, mamá. —Frustrada, Christina entornó los ojos, moviendo despacio la cabeza—. No esperaba encontrarlo aquí por muchas razones, una de ellas es que va a ser padre con otra en poco tiempo. ¿Y sabes por qué?, ¿sabes por qué va a tener otro hijo? —repitió enfadada—,

porque es un cabrón infiel, porque me puso cuernos con medio hospital. Es fácil aconsejar desde fuera, pero es distinto vivir en una mentira y tener claro que tarde o temprano volverá a las andadas porque la gente no cambia. No quiero eso para mí ni para Ari, siento discrepar contigo.

—Me ha jurado que nunca más volverá a hacerlo. Podrías haberle dado una oportunidad en vez de estar pensando en el otro. ¿Qué te ha ofrecido? —preguntó irónica—. ¿Vivir en su casa? ¿Qué cargues con un hijo que no es tuyo? No te entiendo, de verdad. Has dejado marchar a un hombre para quedarte con un muchacho. ¿En qué piensas?

—Para empezar, Jack no es ningún muchacho, tiene treinta y uno, y lo que me haya ofrecido no es de tu incumbencia —dijo tratando de no alterarse—, y desde luego no pienso cargar con su hijo, pero no porque no quiera, porque estoy segura de que si lo conocieras no serías capaz de hablar así, sino porque él no me lo permitiría —comentó con una sonrisa cínica—. ¿Y sabes por qué? Porque es un padre modélico y un hombre responsable. Cuidar y querer a su hijo no sería nada especial porque ya lo quiero y lo considero también mío.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que se harte y te sustituya por otra más joven? Cumple cuarenta en abril, y el tiempo no es igual de indulgente para nosotras como para ellos.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó con amargura—. ¿De verdad piensas que no tengo muy presente que es más joven? —Christina, que ya estaba caliente, estalló emocionada—. ¿Que nunca podré tener un hijo suyo? ¿Sabes cuánto deseo ser madre con él? ¡No tienes ni idea!

Dio la vuelta furiosa, volvió a armarse hasta los dientes con la ropa de abrigo y salió de la casa dando un portazo. Echó un vistazo a la hora y, apresurando el paso, enfiló la calle para ir al centro del pueblo. Esa vez ni se planteó otro paseo bucólico.

El ruido ensordecedor de un helicóptero distrajo algo su cabreo. Al llegar a la plaza del pub, entró en el viejo edificio de dos plantas, donde su padre tenía una pequeña asesoría fiscal, con medio pueblo de clientela, y subió corriendo la estrecha escalera. No necesitó explicarse para que le prestara el coche. No había nadie mejor para comprenderla que él. Y tan rápido como llegó, salió. Su playa de invierno la esperaba.

Tras aterrizar en el pequeño aeropuerto de Tingwall sin morir en el intento, después de perder el día anterior el ferri en Aberdeen por las interminables horas en aviones y las pacientes esperas aeroportuarias, Jack le agradeció la pericia al piloto del helicóptero que se vio obligado a contratar.

También que tuviera el detalle de avisar a un taxi para que lo llevara a The Lerwick Hotel.

En menos de media hora el conductor lo dejó en la puerta y le ofreció su tarjeta por si volvía a requerir algún servicio. Esa amabilidad atrajo a su cabeza una de las tantas conversaciones mantenidas con Christina. De aquella en concreto se quedó con algo esencial para ella: el espíritu solidario que seguían manteniendo los vecinos de Lerwick.

Al hacerse una composición del lugar, creyó estar en una dimensión paralela por las balizas de iluminación como estacas de acero marcando el camino hacia el acceso del hotel y el blanco cegador en contraste con la austeridad del edificio negro, de una sola planta, con una forma espacial de octaedro que le recordó a los barracones de los campos de concentración; era muy feo; aunque no tanto como la horrenda sensación de estar aislado en el planeta.

Se registró en un tiempo breve para las expectativas que tenía. Incluso bromeó con la recepcionista que lo atendió de manera eficiente pese a no comprender gran parte de la conversación. Aparte del acento cerrado, un cabello parecido a una gran masa de algodón de azúcar con sabor a zanahoria, una constitución corpulenta poco femenina y la gesticulación con las manos ayudaron a distraerlo; aunque siendo justos, fue muy agradable y pasó unos

minutos divertidos.

Tirando de la maleta camino del dormitorio, se arrepintió de los pensamientos negativos sobre el hotel porque la vista del puerto a través de los ventanales que corrían paralelos al pasillo compensó el resto de carencias, hasta que entró en la habitación más cutre donde se había alojado jamás. Entre los muebles anticuados y el espacio mínimo para moverse se desanimó de inmediato, solo salvaba la bañera y sin Cordey no la usaría. Pero no podía exigir; o lo tomaba o lo dejaba; la oferta no era para tirar cohetes ni en víspera de Nochevieja sobraban las plazas libres.

Gracias a la encantadora recepcionista, no le costó dar con los McQueen. De hecho, no se privó en garabatearle un plano por si se perdía. Jack se lo guardó en el anorak con una sonrisa amable y serias dudas en la capacidad de orientación de la buena y dulce criatura en Nueva York, Londres o en cualquier otra ciudad con más de diez mil habitantes.

Muerto de frío, anduvo apresurado por las viejas, adoquinadas y solitarias calles hasta encontrar la plaza. Se paró echando un ojo alrededor para ubicarse sin recurrir al plano y observó *Commercial Street*, claramente donde estaban “todas” las tiendas en la planta baja de unos edificios ensombrecidos por las inclemencias de un tiempo desapacible, toscos pero conservados con primor; podría decirse, con orgullo. Creyó que habían sido

antiguas viviendas de pescadores por los colores chillones que destacaban en algunos dinteles de las ventanas y puertas, no muchos, con predominio de los tonos azules, y por la cercanía del mar, bien visible desde cualquiera de las numerosas callejuelas perpendiculares. El pueblo todavía conservaba el estilo añejo de las pequeñas poblaciones costeras, sin olvidar las cabinas rojas salpicadas cada cientos de metros, recordando de manera constante su país de pertenencia.

Pocos minutos y metros después, ya no había negocios, solo viviendas de una o dos plantas, y hasta esas las pasó de largo. Llegó a un cruce y volvió a detenerse. Al final iba a resultar que la recepcionista aparte de encantadora estaba siéndole de una ayuda inestimable. Sonriendo, Jack localizó la casa y llamó al timbre.

Mientras esperaba, repasó la fachada de piedra parda, los cuatro ventanales alargados con la carpintería roja de la planta baja y los otros dos de la alta, más cortos y anchos. De pronto, la puerta se abrió y Jack tuvo enfrente al señor McQueen. Se ajustaba perfectamente a la descripción de Christina: alto y robusto como un ciprés; canas en el cabello y en la espesa barba; unos ojos celestes expresivos, rodeados por las arrugas de los setenta años que había cumplido, sin aparentarlos; y la vestimenta sencilla de unos cómodos vaqueros, unas zapatillas gruesas y una chaqueta oscura de lana.

—Hola —saludó Stewart McQueen con una sonrisa tibia—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, estoy buscando a Christina, ¿está aquí?

De repente, al escuchar esa voz inconfundible, Ari apareció corriendo.

—¡Jack! —gritó, se lanzó a sus brazos, feliz, riendo muy contenta—. ¿Y Cord?

—Está con los abuelos —dijo Jack cuando la dejó en el suelo—, parece que quieras verlo a él más que a mí.

—No —dijo Ari con cara de pilla—, bueno, sí —afirmó cariñosa, abrazándolo por la cintura—. ¿Por qué has venido? Mami me ha dicho que no podías.

—Os echaba de menos —respondió risueño, se centró en Stewart, que hasta ese momento observaba en silencio, y le tendió la mano—. Soy Jack Drake, señor McQueen, es un placer conocerlo. Christina me ha hablado mucho de usted.

—Pasa, hijo —dijo tras aceptar el saludo con vigor—. Christina no está.

Stewart esperó que Jack se quitara el gorro, los guantes, la bufanda y el anorak, se los cogió y los colocó en el perchero con ganchos de hierro situado junto a la puerta, sobre un paragüero también de hierro.

Guió a Jack hasta la cocina, donde, además de unos muebles de madera clara antiguos e impolutos, vio la mesa puesta para tres personas.

—No quiero interrumpirles —comentó Jack apurado—. ¿Puede decirme dónde está? Iré a buscarla.

—Con exactitud no lo sé porque se llevó mi coche esta mañana y no me dijo dónde iba, pero puedo imaginármelo.

Se escucharon pasos crujendo sobre la madera de la escalera. Al momento, Sharon, que siendo consciente de no ser una mujer elegante ni estilosa había subido corriendo al dormitorio a recomponer algo su apariencia doméstica para dar una impresión aceptable, entró decidida. En cambio, se retrajo al sentirse examinada de arriba abajo por unos ojos sorprendentes. Se conservaba bien para sus sesenta y cinco años cumplidos, aunque el pelo corto lleno de hebras plateadas envejecía un rostro en otra época tan bello como el de su hija, con quien compartía el color oscuro en los ojos, estatura e incluso el tono áspero y seductor de voz. Se vistió con una falda recta negra, una camisa blanca y unos zapatos de tacón bajo, que compró meses antes y

estrenó para esa ocasión. Esperaba con curiosidad saber qué clase de hombre había conquistado a Christina para que echara por la borda un futuro cómodo.

No le dejó entrever a Jack la misma amabilidad que Stewart, y menos cuando Ari la puso en evidencia al preguntarle el porqué de su cambio de ropa.

—No eres cómo pensaba —dijo Sharon, fijándose en el aspecto varonil de un cuerpo grande, en la informalidad de una barba descuidada, y en sus ojos, dos gemas azules brillantes y turbadoras que buscaban escudriñar en ella a pesar de notar cómo se retraían de manera educada—. ¿Has venido solo?

—Sí. Ha sido un viaje que he decidido a última hora y era mejor hacerlo solo. Mi hijo es muy pequeño para un trayecto tan largo.

—Claro, es comprensible —dijo Stewart, algo violento por estar de pie, viendo a Ari sin soltar la mano de Jack—. ¿No traes equipaje?

—Sí, lo tengo en el hotel.

—No es necesario que te quedes en un hotel —dijo Sharon con la boca pequeña. No quería verse alojando a un desconocido que olía a dinero y exigencias, sin embargo le pareció adecuado hacer la invitación—. Tenemos

habitaciones de sobra.

—Eres muy amable, Sharon, pero prefiero el hotel.

—¿Por qué? —preguntó Ari con un mohín de disgusto—. Puedes dormir con mami como en casa, dile a la abuela que fregarás los platos.

En ese preciso momento, Jack optó por hacerse el loco, ignorando el intercambio de miradas que los McQueen no evitaron.

—Los invitados no friegan, Ari —dijo Stewart sonriendo prudente.

—Sí lo hacen —replicó la niña—. ¿A que sí, Jack?

—Depende, Ari —comentó, dándole palmaditas en el hombro—, si tienes confianza o no, pero lo habitual es que no.

—¿Y por qué mami tiene que hacerlo para dormir contigo?

—Ari, por favor —rogó abochornado, sin moral para soportar la clase de pensamientos que esas personas estarían teniendo de él. Para justificarse, explicó—. No tiene nada que ver; yo preparo la cena y ella recoge.

—Es bueno que las parejas compartan las responsabilidades, Ari —comentó Stewart—, siempre debería ser así.

—Aplicáte el parche —dijo Sharon irónica, de pronto sonrió breve y miró a Jack—. Está muy bien que os compenetréis, se nota que eres joven.

—No sé si será por la juventud, en mi caso ha sido por necesidad.

—Entiendo —dijo Sharon sonriendo breve. Conocía la trágica muerte de Cora y, pese al recelo que sentía por él, le pareció admirable. Ahí ganó Jack un poco de respeto, ya que como hombre había aprobado desde el minuto uno. Para sus adentros, Sharon no dejó de halagar el buen gusto de Christina—. Siento mucho todo lo que has pasado.

—Gracias, eres muy amable —habló serio e inclinó ligeramente la cabeza.

Pasaron unos minutos charlando sobre la familia Drake sin que Jack se incomodara por la curiosidad de Sharon. Aunque no pretendió interrumpirlos más y se excusó para volver al centro del pueblo, pensando en cómo llegar a Quendale Bay antes de que Stewart se lo sugiriera.

Jack se despidió con un abrazo escandaloso de Ari, lleno de carantoñas, y dos formales apretones de manos tanto de Stewart como de Sharon. Quedaron en verse al día siguiente, cuando esperaba tener nuevas noticias para ellos.

Sentada en la nieve que cubría la arena de la playa, Christina contempló el horizonte, respirando sosegada, igual de tranquila que ese paisaje minimalista donde brillaban las colinas bajo un tenue sol dando una breve tregua al intenso frío. El rumor constante de las olas como único sonido casi logró aliviar el remolino de pensamientos que aturdían su cerebro con más agresividad que el fuerte viento. No sabía si su madre tenía razón y estaba cometiendo el error más grave de su vida, solo tenía claro que no amaba a Graham y que tampoco podía odiarlo. Durante los días pasados otra vez vio al padre divertido, al amigo generoso o al hombre culto que arrasó con todas sus emociones cuando se conocieron. Graham fue atento sin presionarla ni una sola vez, como buscando que ella diera el primer paso, y, con el temple imprescindible en su profesión, logró hacer de esos días una reunión familiar con antiguas remembranzas. Salieron juntos de compras con su hija por el pueblo adornado con la iluminación navideña, jugaron partidas con los abuelos al *Monopoly* mientras tomaban chocolate caliente y bizcocho casero, e incluso Graham retomó su afición a la cocina ayudando a Sharon como había hecho siempre. Así y todo, Christina no cedió, consciente de que no debía anclarse a la seguridad que Graham podía ofrecerle ni a unos destellos cariñosos que apreció pero llegaban demasiado tarde. Sin embargo, ¿porque estaba afectada por él? ¿A qué venía esa tristeza? Creyó posible

achacarla a la despedida, al último abrazo que se habían dado en el muelle y al último beso que le dio en los labios, en él se iban las alegrías y afrentas, el amor y el dolor o las ilusiones y desengaños. En aquel roce suave, Graham se emocionó como nunca lo había visto, jamás lloró delante de ella, ni siquiera cuando perdió algún paciente en el quirófano fue tan expresivo. Se preguntó si serían ciertas sus promesas y con las mismas se obligó a no seguir por ese camino. Debía ser fuerte y asumir las consecuencias de sus decisiones para bien o para mal. Nadie podía garantizarle un cielo libre de bruma con Jack, pero necesitaba ser positiva e intentarlo. Por mucho que le molestase su pasado díscolo también era honesto reconocerle que no se cansaba de provocarle felicidad, sin compromisos, pero al fin y al cabo ¿qué más daba? ¿No era bastante haberlo encontrado cuando menos lo esperaba? Este último pensamiento atrajo otros y con ellos llegaron las sonrisas espontáneas que brillaron en su memoria como el sol intentando atravesar una espesa borrasca. Allí resonó en su cabeza *How to disappear completely*, la melodía que la acompañó mientras conducía el coche de su padre, que tan bien describía la sensación que su playa nevada tenía para ella y de manera sorprendente volvió a escuchar tras muchísimo tiempo. Ese lugar era propio para desaparecer; el mejor sitio imaginable para olvidar el mundo permitiendo que los sueños se hicieran realidad.

Al salir de la casa, Jack agradeció el solecito cuando recurrió a la tarjeta del taxista para contratar un nuevo servicio. Esperando en el cruce expuesto al viento, se frotó las manos enguatadas con los hombros encogidos, solo tenía parte del rostro visible, el resto, medio resguardado por una insignificante barba de pocos días que por suerte no se afeitó ni tenía pensado hacer hasta volver a su casa.

Durante el trayecto hacia el sur de la isla se distrajo hablando con el taxista. Se rió por una filosofía que no dejó de transmitirle una simplicidad tan apabullante como verdadera. Era un tipo de unos cincuenta años entrado en carnes, moreno, simpático, que trabajaba bajo demanda, teniéndolo a él como cliente vip.

Conforme avanzaban por la carretera de un solo carril a través de caprichosas ondulaciones cegadoras de blanca pureza, con algunas granjas y pocas casas de piedra a lo largo de los kilómetros recorridos, la ansiedad que sentía Jack se multiplicó viendo aquella magnitud desértica rodeada de mar. Los promontorios arropaban una bahía salvaje, no muy escarpada pero hostil por el embate de las olas.

Cuando se acabó la calzada de forma brusca a poca distancia de la playa, Jack pagó la carrera y rehusó el viaje de vuelta al ver un Land Rover Defender de color verde oliva aparcado en mitad de la nada; confirmando que

Christina todavía seguía en esa playa de invierno que le describió como un refugio para su alma.

Cauteloso ante un desnivel mitigado por grandes burbujas camuflando los hirientes bordes de las rocas, Jack bajó esos metros y no necesitó más que echar un vistazo para distinguir la silueta que buscaba.

Christina se levantó despacio, atenta al hombre abrigado hasta los dientes que andaba hacia ella. De pronto, el corazón empezó a latirle descontrolado, incapaz de respirar. Conocía ese cuerpo, esos andares y las preciosas turquesas que hablaban en silencio.

Sonrió a punto de llorar corriendo a su encuentro para quedar aturdida ante otra inesperada visita; aunque esta había logrado inundarla de felicidad y esperanza.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó abrazándolo.

—Te echaba de menos, cariño —respondió Jack contento pero preocupado por unas lágrimas demasiado caudalosas. Le sujetó la cara entre las manos y le besó los labios con una delicadeza que pretendía relajarla. Se apartó sin soltarla y comentó sonriendo—. Creía que te alegrarías de verme no que ibas a montar un drama.

—Estoy muy contenta —habló entrecortada, sin separarse del sostén de sus brazos ni su pecho, donde latía un corazón más sosegado que el de ella —. Me has sorprendido para bien, ya sabes que soy un poco llorica.

—¿Un poco? —preguntó bromista.

Christina levantó la cabeza y asintió riendo.

—¿Cuándo has llegado? ¿Y Cordey? —preguntó interesada. En unos minutos, Jack despejó la curiosidad de Christina, que comprobó la discreción de sus padres y Ari respecto a Graham; aunque se vio en la obligación de no posponer contárselo antes de que alguno se fuese de la lengua. Cogió su mano y preguntó—. ¿Quieres que nos vayamos o prefieres quedarte un rato?

—Me gustaría estar un rato en tu playa —dijo Jack, le dio otro beso en la boca y colocó un brazo en su hombro, iniciando el paso por la orilla nevada—. No me extraña que esto te guste tanto, Chris, es desolador y majestuoso a la vez, impresiona.

—Lo sé, cariño —admitió, pensando cómo empezar la conversación. Tardó unos segundos en elegir las palabras adecuadas—. Te he echado mucho de menos también, no te haces una idea...

—Estaba preocupado, te he llamado un montón de veces. ¿Qué le pasa

a tu móvil?

—Nada —respondió, se detuvo y lo miró a los ojos—. Cuando llegamos Graham estaba esperándonos —comentó tan seria como el rostro de Jack en ese preciso instante—. Hemos estado con él hasta esta misma mañana.

—¿Cómo? —preguntó, retirando el brazo de manera brusca, a punto de explotar en mil pedazos—. ¿Estás diciéndome que mientras he estado como un gilipollas preocupado por ti estabas con tu exmarido de vacaciones familiares?

—No, ni mucho menos —contestó con la paciencia despidiéndose a marchas forzadas—. Ha venido para ver a Ari —explicó sin saber el alcance que la cruda verdad tendría en su relación, pero se lanzó en picado, no podía engañarlo ni quería una dinámica que había experimentado y como poco debía servirle para no cometer los mismos errores—. Necesito que me escuches sin enfadarte, con mucha atención, cariño, muchísima.

—Espero que no me digas lo que estoy imaginando —habló de forma mecánica y tragó lento, golpeado con violencia por una situación que trastocaba un definitivo y romántico propósito, varias vidas y sería una debacle emocional para la que no estaba preparado—. Te escucho.

El mar, el viento y aquella tierra indómita fueron testigos excepcionales de una declaración hecha de frente. Christina mantuvo el tipo cuando Jack empezó a desesperarse con gestos cínicos, no le ahorró nada, ni el beso de esa mañana en el muelle; nada y todo hasta terminar; hasta aliviar al hombre que cerró un instante los párpados al comprender que lo anteponía al médico.

—He tardado muchos años en darme cuenta de que las cosas no mejoran si uno no hace nada por cambiarlas, tantos que había olvidado que se siente no estando sola. No sé si he aprendido y no sé si nos irá bien — comentó Christina, expulsó con brusquedad el aire de los pulmones y bajó la vista, harta de sus propias lágrimas, más intensas cuando Jack las arrastró con sus manos—, pero sé que te quiero. Soy muy feliz contigo y, mientras dure, quiero vivirlo sin pensar en otra cosa que no sea estar junto a ti y nuestros hijos.

Jack sonrió y ya no contuvo el anhelo de enredar sus lenguas con ímpetu, luchando furioso para que confiara en él, solo necesitaba un poco más de tiempo, el justo para regresar al hotel, donde con las prisas olvidó el anillo.

—Te amo, Chris —dijo al apartarse.

Cuando regresaron a Lerwick habían decidido cenar en el restaurante del hotel y pasar por casa de los McQueen para que Christina recogiera algo de ropa con intención de no separarse ni una sola noche más. Si a Sharon le molestó, tuvo el detalle de no expresarlo abiertamente; algo que su hija aceptó con un abrazo cariñoso como hacía años no le daba, tantos que se emocionó.

Sin parar de hablar, anduvieron hacia el centro de la mano. La noche acaparaba el día y, otra vez, de manera suave empezó a nevar. Las farolas iluminaron las calles de un tenue fulgor dorado por donde los copos blancos alcanzaban el haz irreal que se proyectaba en el suelo. Apremiaron el paso por no mojarse y por el hambre que Jack manejaba tras el desayuno que había tomado en Aberdeen y la comida que se saltó impaciente por encontrarla.

—En Quebec hace frío, Chris, pero esto parece el Polo Norte.

—No sé, nunca he estado —dijo sonriendo—, y, para ser sincera, no me importa lo más mínimo porque esta noche fría estás tú. —Christina se detuvo sonriendo con picardía y le dio un piquito en los labios—, y te aseguro que pienso mantenerte bien calentito.

—¿Mucho? —preguntó, acelerándose al imaginar cómo.

—Sí. Voy a tener en cuenta el esfuerzo que has hecho viniendo.

—Vale, doctora. —Jack agarró su mano y tiró de ella, siguiendo con la caminata—. Cuanto antes lleguemos, antes empiezas. ¿Tendrán servicio de habitaciones?

Christina rió al escucharlo, encantada con las expectativas.

Por desgracia para Jack, el hotel carecía de ese servicio, en cambio, disponía de un restaurante con una carta innovadora nada desdeñable para aliviar su estómago vacío. Sin dilatar la cena más de lo necesario, salieron del comedor para encerrarse en la minihabitación. Christina tardó unos segundos en reaccionar.

—No tengo claro si podremos dormir ahí los dos —comentó, observando la cama individual con una horrible colcha de flores.

Buscó dónde dejar el anorak, y solo encontró un perchero detrás de la puerta del baño. Colgó el suyo y el de Jack, algo conmocionada pero cavilando en un ligero cambio de escenario; les vendría bien.

—¿Dormir? —preguntó, sujetándola por la cintura, inclinó la cabeza y la besó en los labios. Acarició sus pechos y metió las manos bajo el jersey de

lana, pero encontró otro obstáculo—. Vas forrada, cariño.

—Si me hubieses avisado, me habría esmerado algo más.

—Pero no te habría sorprendido —comentó, quitándole el jersey—, y el factor sorpresa es definitivo.

—Por supuesto —admitió, terminando de desnudarse sola—. ¿Te apetece un baño caliente?

—¿Ahora? —Jack tenía sus propios planes, aunque vio la sonrisa de Christina y no quiso quitarle el deseo—. Está bien, llena tú la bañera mientras voy a buscar unas bebidas.

En el restaurante, Jack consiguió una botella de champán francés y dos copas altas. Cuando regresó a la habitación reconvertida en sauna nórdica, Christina había colocado encima del lavabo la única lamparilla que tenían y ya estaba en el agua a remojo.

Jack aprovechó el despiste y sacó la cajita del anillo antes de desnudarse. Cogió las copas y la botella, ingeniándose para ocultarla en la mano. Con disimulo, gracias a la escasa iluminación del cuarto de baño, la soltó en la repisa que había a espaldas de la bañera. Christina no se enteró de nada, absorta en la contemplación de su cuerpo.

—Guau, cariño, Dom Perignon —exclamó riendo. Se incorporó para hacerle hueco—. ¿Qué celebramos?

—Muchas cosas —respondió impreciso, le guiñó un ojo y descorchó la botella. Sirvió las copas y se las dio a Christina, que las sostuvo mientras se acopló detrás de ella—. ¿Te parece bien la Navidad?

—Perfecto —dijo girándose, le besó los labios y le dio su copa—. Por nosotros, Jack, por estar conmigo.

Brindaron y bebieron mirándose a los ojos. El champán estaba delicioso, pero no tanto como la sensación de felicidad que los dos tenían. Christina porque estaba bien apoyada en su torso, rodeada por unas piernas fuertes y unas manos juguetonas que la calentaron más que el agua. Y Jack porque intentaba hilar sus pensamientos con romanticismo para la última proposición de matrimonio que pensaba realizar en su vida.

Durante unos minutos bebieron y se relajaron entre suaves caricias y los ligeros besos que Jack prodigaba en el cuello y hombros de la doctora, que ronroneaba satisfecha con los ojos cerrados.

—Cásate conmigo —susurró Jack en su oído.

Si Christina hubiese advertido algún indicio, probablemente, la voz de

su garganta no habría tardado en salir; sin embargo no reaccionó más que abriendo los ojos, inmóvil.

—¿Puedes repetirlo? —preguntó murmurando.

—Sí —contestó moviéndose, alargó el brazo hasta coger a tientas la cajita de terciopelo rojo—. Date la vuelta —dijo Jack. Christina se levantó, muy seria, y se sentó frente a él con las piernas por encima de las suyas. Al verle una sonrisa, frunció el ceño esbozando otra, aunque todavía no había reparado en que ocultaba algo en la mano, parecía recelosa o intrigada—. No soy bueno haciendo declaraciones, pero voy a intentarlo. —Al decir esto, las tornas cambiaron, fue ella quien apretó la boca aguantando la felicidad que solo quería gritar y reír para liberarse mientras los nervios carcomían a Jack, que sin apartar los ojos de ella, volvió a hablar—. Te quiero, te necesito y no pienso dejarte escapar. Eres mía porque tenías que serlo, porque llegaste a mí en el momento adecuado y por tantas cosas que me son complicadas de explicar que tardaría esta vida en contártelas. —Jack sacó un solitario de oro blanco con un diamante redondo con talla brillante y lo sujetó con dos dedos delante de ella—. Con esta sortija me comprometo a ser un buen marido para ti y un buen padre para nuestros hijos. No voy a prometerte que las cosas serán fáciles ni que no tendremos problemas, pero si me aceptas, si quieres ser mi mujer, aquí y ahora, solos tú y yo, dejamos atrás todo el pasado, todo,

Chris, absolutamente todo. Te juro que no te arrepentirás ni tendrás motivos para desconfiar de mí. ¿Quieres casarte conmigo?

La voz traicionó a Christina, solo movió la cabeza afirmando, con el corazón encogido por la emoción. Jack se quitó un peso de encima cuando le tendió la mano para que se lo colocara en el dedo y pegó sus frentes, rodeándole el cuerpo con los brazos.

Más tarde, en esa noche helada donde reinaba la oscuridad sin estrellas ni luna, navegaron entre un armonioso sexo lleno de pausada delicadeza y susurrantes palabras de amor. Sus cuerpos se ensamblaron en una sincronizada combinación y dos destinos se mecieron para florecer como una sola figura recompuesta.

El tiempo, el maldito tiempo que necesitaron para curar heridas ya había hecho efecto, cicatrizó el dolor y les dio alas para volver a sobrevolar altas cumbres, acantilados inaccesibles y blancas praderas. Si desde que se conocieron ni Jack pensó jamás en Cora mientras la amaba ni Christina en Graham, en esa cama incómoda se convencieron de que podían soñar con un futuro donde nadie se inmiscuyera entre ellos; vinculados a ese proyecto rozado con besos, caricias y una pasión inmensa que detonó en un éxtasis fulminante y perfecto. Así pasaron esa noche fría, haciendo el amor y hablando somnolientos hasta que se durmieron enroscados cumpliendo otro

de sus objetivos; ardieron.

La mañana siguiente pasaron por alto el desayuno en el restaurante del hotel, ocupados en desearse los buenos días otra vez, con menos preliminares y más perversión. Jack era insaciable y Christina, en una nueva pubertad no se limitaba a recibir. Con él siempre fue libre, pero desde hacía muchas horas el compromiso parecía haberla desatado.

Salieron del pub después de tomar un consistente plato de huevos revueltos, salchichas y varias rodajas de un embutido artesano que admiró a Jack, apretó a Christina a su cuerpo en un abrazo cariñoso y anduvieron bajo una lluvia tan tímida como gélida.

—Debo reconocer que tu pueblo es muy bonito —comentó Jack, mirando el puerto donde un ferri ponía rumbo al Sur.

—Lo sé, cariño. Me gustaría que viniéramos al menos una vez al año.

—Claro que vendremos, y hasta podemos casarnos aquí si quieres.

—Depende de cuándo lo hagamos. ¿Has pensado alguna fecha?

—Chris, por favor, con pensar en que no me rechazaras he tenido más

que de sobra. No te haces una idea de la semanita que llevo.

—¿De verdad pensabas que iba a decirte que no? —preguntó sorprendida—. Jack, si es lo que más deseaba...

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—¿Por qué? —preguntó, encogió los hombros—. Porque soy muy tradicional para ciertas cosas y las mujeres no piden en matrimonio a los hombres. Respeto a quien quiera hacerlo, pero yo prefiero una declaración como la de anoche, me parece más romántico.

—Para ti, porque me hiciste pasar un mal rato.

—Pero luego te lo compense ¿no?

—Con creces, cariño.

Camino de la casa familiar rodearon el centro por la carretera de la costa. El agua disolvía el hielo y convertía la calzada en una peligrosa pista de patinaje artístico. A Jack se le ocurrió una idea y preguntó:

—Cariño, ¿si dejaras de tomar las pastillas durante unos meses, sería muy perjudicial para ti?

—¿Para qué?

—Por no quedarme con la intriga de si realmente soy infalible o no.

—No es por quitarte la ilusión, pero la biología es como es, y esto es lo que hay.

Escuchándola con sus palabras, Jack giró la cabeza entrecerrando un ojo, sonriendo engreído.

—¿Pero estarías dispuesta a intentarlo?

De repente, Christina se paró en seco. Con la boca medio abierta se acercó al muro alto, se agachó sin dar crédito a la preciosidad roja que contemplaba, pensando en que si ella había conseguido sobrevivir con todo en contra, ¿por qué no darle el gusto al hombre que había puesto patas arriba su vida?

—Sería capaz de hacer muchas cosas por ti. —Christina lo observó pintando su rostro con la felicidad de creer en los milagros, rodeó su cuello con los brazos y lo besó apasionadamente—. Sí, Jack Drake, contigo estoy dispuesta a todo.

VEINTE

Quebec, cuatro meses después

Canadá

—¡Por Dios, Jane! No me asustes.

La doctora Dixon parpadeó varias veces con la vista clavada en el monitor del ecógrafo.

—Veo lo que es, Chris —dijo en un tono seco, sonrió al mirarla. Christina estaba tumbada en la camilla de su consulta en el Centro Hospitalario Laval, pálida, con gotitas de sudor en la frente y el cuerpo tan rígido como una tabla de acero—, pero por ser tú, voy a repetir el examen.

Jane no se ofendió por la desconfianza de su amiga, aunque empezaba a cansarse. Siempre sucedía lo mismo cuando alguna de sus compañeras recurría a ella. Parecía que cuánto más entendiesen de medicina fuesen más reacias a admitir un diagnóstico; y con ese concretamente no tenía ninguna

duda: Christina estaba embarazada de unas seis semanas.

Cuando logró convencerla con las imágenes y la enumeración de cambios físicos en su anatomía, se sentó tras su mesa, aguardando paciente a que Christina se vistiera.

—Estoy en shock —dijo Christina.

Tras abrocharse la camisa y ponerse otra vez los vaqueros, la doctora McQueen se dejó caer en una silla, inclinó la cabeza hacia delante y se la tapó con las manos.

—Sinceramente, Chris, no te entiendo —comentó Jane sin salir de su asombro. Christina la miró con la cara hecha un cuadro surrealista. Las lágrimas recorrían sus mejillas como ríos. Viendo esa desesperación, llegó a preocuparse—. ¿Si no querías quedarte embarazada por qué dejaste las pastillas?

—Es imposible... —dijo susurrando.

—No —replicó Jane sonriendo con cinismo—, de eso nada. Tengo varias pacientes en tu misma situación. Llegáis a la menopausia y viva la libertad. Sabes que el riesgo de embarazo no desaparece hasta transcurridos doce meses sin la regla. Es difícil pero posible. ¿Quieres tenerlo?

Christina mezcló una risa histérica con el llanto desconsolado, incapaz de articular palabras para expresar su felicidad. ¿Si quería tener ese hijo? Por supuesto. No había nada que hubiese deseado más, como tampoco nada la había sorprendido más en su vida.

Regresó a su consulta después de escuchar las recomendaciones de Jane, que incluyó el embarazo en el seguimiento de “alto riesgo” por su edad y antecedentes, y, sentada en la mesa, pasó muchos minutos pensando en cómo anunciárselo a Jack.

Llevaban casados algo más de dos meses, pero dejó los anticonceptivos un poco antes para darle el gusto de intentar preñarla. Y no creyó que lo conseguiría a pesar del empeño diario. En cierta ocasión, bastante sobrado, le habló de su capacidad procreadora, infalible, si bien ella no lo tomó en serio. Hasta esa precisa mañana de domingo, donde acudió a Jane porque andaba preocupada por el retraso en su periodo, sin saber que su vida volvería a dar otro giro imponente gracias a la constancia lujuriosa de su flamante marido, que solo necesitó tres meses para cumplir con su desafío.

Recogió los papeles de la mesa y abandonó el hospital finalizando la guardia de doce horas que hizo para tener todo el día libre. Habían preparado una comida familiar para celebrar el primer cumpleaños de Cordey y por nada quiso perdersela.

Caminó por el aparcamiento hacia el coche, oliendo a primavera y sintiendo en la cara el tibio calor del sol. Las fragancias a flores esparcidas por el viento serenaron el ritmo vertiginoso de sus pensamientos, hasta lograron que riera contenta; inmensamente feliz. Jack estaba obrando milagros con ella.

Mientras conducía por las desiertas carreteras de la ciudad, recordaba aquel reciente cinco de febrero con una distancia de años. No tenía la sensación de llevar casada con Jack tan poco tiempo; le parecía sencillo y natural, lógico y necesario como respirar. Revivió en la memoria la imagen bonachona del juez Kennet J. O'Doyle cuando declaró el matrimonio en una sala del juzgado dónde él trabajaba. No les quedó otro remedio que aguardar los veinte días de espera legal entre la concesión de la licencia y el enlace; aunque a Jack le supusieron un martirio que por fortuna no acabó con él. Durante aquellos días Christina admitió todas las apreciaciones de Sean sobre la animadversión al matrimonio que Jack camuflaba. Convivió con un desquiciado. En cambio, en ese momento, otra vez las tornas cambiaban. O no. Contaba con la posibilidad de que ambos rozaran el histerismo durante los próximos meses.

La cabeza empezó a bombardearla con información. Debía enfocarlo con él sin dar demasiada importancia a los riesgos del embarazo, entendiendo

la sarta de malos recuerdos que instigarían su mente con pesimismo.

A su madre también tendría que mantenerla a raya, ya que tras la inesperada visita en su boda, donde la sintonía entre ella y Jack fue un éxito, además se alojaron por expreso e insistente deseo de él en el sótano, no descartaba cualquier otra aparición sorpresa antes del nacimiento, previsto a primeros de noviembre. Si la impresión de Sharon cambió al tratar a Jack, el flechazo al conocer a Cordey fue inmediato. Christina no sabía qué tenía el niño para despertar ternura, pero indiscutiblemente algo especial debía tener. Por supuesto, el razonamiento de Elizabeth no entraba a valorarlo; pese a escucharle decir infinidad de veces que el niño era un ángel. Incluso parecía esperar verle alas. Aunque entre los Drake la exclusiva celestial no era solo de Elizabeth, algunos en Terranova también aludían al ejército divino con cierta frecuencia, justo cuando ella se mordía la lengua para no cachondearse. Qué buenos momentos pasaba con su familia política, impagables.

Con Ari el anuncio sería pan comido. La niña continuaba adorando a Cordey, un verdadero hermano de sangre para ella, sin comparación con el hijo que había tenido dos meses antes la exnovia de Graham. De momento no había visto a la criatura, que vivía en Nueva York, y si Graham tenía razón y la prueba de paternidad que había solicitado se la reconocía, la niña nunca lo conocería.

Christina ni preguntó ni estaba interesada en saber; sin embargo comprendió las dudas de Graham porque sufrió a la enfermera en sus carnes, porque conocía cómo se movía en el hospital y, sobre todo, porque la tenía calada hasta la médula. Graham debió desengañarse. Al menos es la impresión que sacó cuando en una de las llamadas semanales a Ari, en un arrebató de sinceridad, le comentó que unas semanas después de dejar a la enfermera, embarazada de siete meses en aquel momento, algunos compañeros le advirtieron de su dudosa reputación y de la inestable relación que la mujer mantenía desde hacía años con otro médico del hospital. Ese médico estaba casado y, según Graham, no tenía intención de reconocer al niño, por lo que él se convertía en el candidato perfecto para mantenerlo. Christina no se alegró por la situación delicada que Graham atravesaba; solo un pelín; más bien, sintió alivio. Creyó justo que hubiese experimentado la sensación irritante de la infidelidad; aunque, en su caso, no coincidiera con el otro médico y la enfermera al vivir de nuevo en Edimburgo ni tampoco le afectara si, como le confesó en Navidad, seguía enamorado de ella. Siempre estaba bien fracasar. Sería un acicate perfecto para él. Al menos, a Ari le había beneficiado. En los últimos cuatro meses, Graham la visitó tres veces, no olvidaba llamarla ninguna semana y parecía tan deseoso como la niña porque llegasen las vacaciones para compartirlas juntos en Escocia con los abuelos. Por todo eso Christina creía que fracasar a Graham le abrió los ojos

para mejorar con Ari y para centrarse en su carrera profesional. Por lo que tenía entendido, estaba ilusionado con su equipo escocés y la valoración de su regreso era muy positiva. Graham era un hombre atractivo, inteligente, con un empleo absorbente pero remunerado a conciencia, sería una cuestión de tiempo que rehiciera su vida. Christina dudaba seriamente de sus declaraciones amorosas, que no se repitieron desde la despedida en el muelle de Lerwick, prefería pensar que fueron intentonas desesperadas para no verse solo. Y si esa percepción era errónea, él mismo debía poner remedio.

Después de la boda, Graham tuvo el detalle de felicitar a Jack. No mantendrían una relación amistosa porque ninguno lo deseaba, pero por la niña hablaban con cortesía. El cambio ayudó a suavizar asperezas y, sobre todo, convenció a Ari de que su padre siempre estaría a su lado; y solo por verla feliz para Christina todo merecía la pena.

Dejó el bolso en el perchero del vestíbulo, escuchando la televisión, y se asomó al salón. Ari estaba sentada en un sillón y Cordey en el suelo, gateando detrás de una pelota.

—*Ma-mi.*

—Buenos días —saludó risueña. El niño cogió velocidad y se acercó a

ella antes de que Ari reaccionara. En cuclillas, Christina le dedicó mimitos al cumpleaños y un abrazo sentido a la niña cuando la prefirió a los dibujos animados—. ¿Habéis desayunado?

—Sí, hace un rato.

—¿Dónde está Jack?

—En el sótano —respondió Ari de regreso al sillón—. Está inflando globos.

Christina alzó a Cordey, con un peso considerable, y se dirigió al sótano para ver el montaje que Jack preparaba. Desde la escalera lo observó, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra, repasando su escenario: la mesa dispuesta para diez comensales, los racimos de coloridos globos colgando del techo, otros con formas de animales sujetos en palitos articulados, el cochecito eléctrico que iban a regalarle en un extremo de la habitación junto a una minipiscina de bolas, arcoíris de papel en las paredes, y una piñata que supuso sería para Ari y Ophie, porque ni Isabella ni Cordey comían chucherías. Definitivamente, aparte de voluntarioso, Jack era un exagerado.

—Hola —dijo Christina—. Te ha quedado muy bien.

—Gracias, cariño. —Jack sonrió, le besó los labios y le quitó a Cordey para dejarlo a sus anchas gateando—. Llegas pronto —comentó, pasándole los brazos alrededor de la cintura—. ¿Qué tal la guardia?

—Tranquila —respondió. Le acarició la nuca antes de volver a relamerse en el sabor de su boca, sopesando el riesgo de anunciarle ya el embarazo o esperar hasta la noche; más que nada para evitar eclipsar el cumpleaños—. ¿A qué hora llegará el catering? —preguntó interesada.

—A las once. —Jack se apartó, cogió una tiza blanca y en la pizarra donde Ari jugaba a las clases con los muñecos escribió: «*Esto es la fiesta de Cord/ Feliz cumpleaños/ 1*»—. ¿Está bien?

Riendo, Christina sacudió la cabeza.

—Perfecto, cariño. Para mi cumple fuiste mucho más sencillo.

—Cada edad requiere un despliegue —comentó burlón—. No irás a decirme ahora que no acerté de pleno con tu regalo.

—De pleno —admitió, pensando en la velada que le organizó cuando los niños se acostaron. No le faltó ni un detalle romántico en el dormitorio, igual que cumplió sus expectativas con un brazalete de plata vieja, de estilo vintage, con una inscripción abrumadora en el interior, que en ese preciso

instante le arrancó una sonrisa: «*Ámame como te amo/ de Jack para Chris, mi milagro/ 15-4-14*». Las constantes muestras cariñosas con él no dejaban de sorprenderla, siempre prevalecían los hechos. Por no acrecentarle más el ego, le dio un piquito rápido y optó por reservarse—. ¿Te importa si me echo un rato?

—¿Sola o con compañía?

—Sola, cariño —respondió con un puchero mimoso—. No he dormido nada.

—Vale, pero esta noche es nuestra.

«Sobre todo tuya», pensó Christina asintiendo en silencio.

En pleno auge de la comida, con Isabella en el regazo, que acababa de cumplir seis meses y tenía un parecido físico con Elizabeth extraordinario, Christina no halló nada de su madre en ella, quizá el cabello oscuro y no estaba segura al cien por cien, mantenía una conversación sobre arte con Elaine y Claire, recién llegada con Gabriel y la niña exclusivamente para esa celebración, sin dejar de controlar cada pocos minutos a Victor Hosborn.

Jack no mostraba su incomodidad por la presencia de Victor, aunque

fue evidente para Christina. Esquivaba mirarlo a los ojos, no le dirigía la palabra y lo vigilaba como un depredador cuando le hablaba a ella. En cambio, su actitud con Angie no podía resultar más opuesta, siempre pendiente con amabilidad. Ni uno ni otro comentó nada al escuchar a Cordey llamarla “mami”. Algo que a Christina no sorprendió. Conocía la aceptación de Angie, e incluso los había visitado sola alguna que otra vez aprovechando las ausencias laborales de Victor, y del hombre sería injusto opinar mal pese al marcaje de Jack. No destacaba por afectuoso, solo su nieto y Ari conseguían rasgarle la coraza arisca a base de inocencia, tal y como habían hecho con Sharon, que llegó a disculparse con Christina por la discusión en Lerwick.

Aunque Sharon y Victor estuvieran en diferentes circunstancias, si una comprendió que para la doctora no suponía un esfuerzo ejercer como madre de un niño que no era suyo, el tiempo lograría que Victor la admitiera. Hasta ese momento, los pequeños ya le reblandecían el carácter y, siendo así, tarde o temprano olvidaría su rencor hacia Jack.

Cuando Gabriel se levantó para ayudar a Ophie en su incursión dentro del automovilismo, Christina subió a la cocina para traer la tarta antes de que el sótano se convirtiera en una cruenta guerra de globos o en una pista de velocidad.

Coincidió con Elizabeth, que ponía algo de orden en la encimera abarrotada de platos.

—Déjalo, Elizabeth, después lo recogeremos.

Christina abrió la nevera y, resignada, contempló las bandejas de cristal a rebosar de comida. Jack fue tan excesivo con el encargo al catering como decorando el sótano. Medio sonriendo fue a sacar la tarta. No pudo. Antes de cogerla, el intenso aroma a salmón de unos canapés que no sirvieron penetró en su olfato para provocarle unas súbitas náuseas. Se tambaleó sujeta al tirador de acero inoxidable.

—¿Estás bien, Chris? —preguntó al sostenerle el codo—. ¿Has tenido guardia?

—Sí —afirmó esbozando una sonrisa rápida—. He dormido un rato, pero no habrá sido suficiente.

Trató de enfocar la vista en la tarta, pero sintió un amargor en la garganta y le sobrevino una arcada. Soltó de golpe la puerta y entró deprisa en el aseo de esa planta. No vomitó.

—Chris —dijo Elizabeth, en el umbral con los brazos cruzados, observando cómo se refrescaba la cara. En un tono susurrado, preguntó—,

¿estás embarazada?

Christina la miró a través del espejo, apretando una sonrisa y afirmando con la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Qué alegría más grande!

Elizabeth no solo gritó, también la abrazó con fuerza. Tras la euforia, ambas se giraron para toparse de frente con Jack, que preocupado por la tardanza había subido por si Christina tenía algún problema imprevisto.

Con el ceño arrugado, se centró en su mujer.

—¿Qué me estoy perdiendo?

En ese instante, Elizabeth comprendió que tenía la primicia. Sin ahorrarse una sonrisa pletórica o un ligero apretón en el brazo de Jack, desapareció sigilosa.

—Quería esperar a esta noche —comentó Christina, atenta a sus ojos—. Has ganado.

—Chris, nos están esperando. ¿Qué coño he ganado?

—Un premio.

Jack resopló y se repeinó el cabello. Ignoraba que la facción cotilla de su familia hacía cola en la escalera. A la cabeza, Elaine, seguida de cerca por sus hermanos y padres. Claire y los Hosborn no se enteraron de nada ocupados con los niños.

—¿Juegas a la lotería? —preguntó Jack burlón—. Porque, si es así, podías habérmelo dicho.

—No exactamente. —Christina sonrió acercándose a él—, Pero casi. Le has ganado la partida a la biología.

—¿Estás embarazada?! —preguntó gritando al fin.

—Sí —respondió risueña, igual de feliz como asombrado estaba Jack.

—¿Vamos a tener un hijo?!

En cuanto el cerebro de Jack se desenmarañó, pudo relacionar que la palabra “embarazo” conllevaba ser padres y el impacto lo noqueó. Besó cariñoso los labios de Christina y a partir de ahí se convirtió en un zombi recibiendo las entusiastas felicitaciones de los suyos. A Christina llegaron a inquietarla su mirada perdida y las parcas frases que soltaba de manera ausente.

Jack admitió el apretón de manos que Victor le dio con un gesto

rígido, a diferencia del tierno beso de Angie, y se mantuvo correcto pero abstraído hasta concluir la celebración.

Entre todas las reacciones posibles, la doctora no pensó en la que vio durante horas. Esa sugería terror. Cuando los niños cenaron y finalizó la llamada a sus padres, buscó a Jack en el salón, sin dar con él. Salió al porche y lo encontró sentado en un escalón contemplando el jardín bajo la pobre luz del anochecer.

—¿Qué ocurre, Jack? —preguntó al sentarse a su lado—. No pareces muy feliz.

—Lo estoy, cariño.

La miró un segundo, dejándole apreciar la humedad de sus ojos, suspiró pesaroso y le colocó un brazo alrededor del hombro.

—Todo va a ir bien.

—Eso no es nuevo, Chris, lo he escuchado antes.

Christina no supo si se refería a aquella misma tarde o a otra época, con otra mujer.

—Puedo comprender tu miedo, pero no compartirlo. No voy a

permitir que nada enturbie este embarazo. Es un milagro y haré todo lo posible por tener este hijo.

Jack tocó fondo escuchándola. También Cora antepuso al niño sobre su vida, no podría resistir pasar por lo mismo de nuevo.

Durante unos minutos, Christina respetó en silencio su llanto.

—¿Cuándo darías a luz?

—La primera semana de noviembre —respondió—. Por mi edad, Jane ha clasificado el embarazo de alto riesgo. —Christina volvió a ver angustia en las turquesas—. Es algo protocolario, no quiere decir nada. —Prefirió no pensar en esa mentira piadosa. Era muy consciente del riesgo. Sabía que las anomalías cromosómicas crecían a medida que avanzaba la edad materna, que podía tener agotada la reserva de ovocitos capaces de dar lugar a un niño sano, que una gran cantidad de embriones con un número incorrecto de cromosomas finalizaban en abortos espontáneos dentro del primer trimestre o que sus posibilidades de un embarazo evolutivo correcto no superarían el treinta por ciento, como médico estaba al corriente de todos los riesgos, sin embargo, como mujer ninguno superaba sus ganas de volver a ser madre—. Nos preocuparemos cuando haya motivos —comentó severa—. Si estamos de acuerdo, me haré todas las pruebas habidas y por haber, pero como me

llamo Christina McQueen te juro por Dios que voy a tener tu hijo.

Jack sonrió al escuchar la ferocidad escocesa y le besó la sien.

—Gracias, cariño —dijo con sosiego. Su única garantía eran los conocimientos médicos de ella, y si estaba tan segura, no sería él quien la contradijera—. Me has convencido.

Christina se levantó, le tendió la mano y juntos entraron en el silencioso salón donde los niños dormían en el sofá acusando el ajeteo del día. Jack levantó a Cordey y se lo dio a Christina, cogió a Ari y subió la escalera detrás de ella hacia los dormitorios.

Después de arropar a Cordey en la cama, Christina fue incapaz de salir sin contemplar la fotografía de Cora. No dudó en aprobar su colocación cuando Jack se lo propuso, igual que nunca pasaba de largo sin aquel breve tiempo parada frente a la bella imagen en blanco y negro. El amor que mostraba el gesto de Cora acariciándose con una mano el abultado vientre, la ligera sonrisa de sus labios, los ojos cerrados y la serenidad de su cuerpo apoyado contra una pared de ladrillo conseguían abstraerla.

No escuchó las pisadas de Jack, solía ir descalzo y la madera amortiguaba los sonidos, pero olió su aroma antes de sentir la seguridad de unas manos grandes abrazándole la cintura por la espalda. Durante unos

segundos también observó la fotografía.

Christina cubrió con suavidad las manos de Jack con las suyas y entrelazó sus dedos.

—Te amo. —Se giró y le besó el mentón—. Confía en nosotros.

—Lo intento —murmuró—. Igual que tú me diste la oportunidad de contradecir a la naturaleza, es justo que ahora yo haga lo mismo.

Jack no tenía reparos al ver a Cora, diariamente lo hacía y podía decirse que estaba acostumbrado, aunque en sus planes inmediatos no entraba calentarse en la habitación de su hijo. Sujetó el hombro de Christina, incitándola a moverse, y los guió hasta su dormitorio.

El amplio espacio desangelado que la doctora conoció ya no existía. Seguía escasamente amueblado con las mesitas de noche, la cama y un viejo baúl heredado de su abuela, que había recorrido con ella todo su periplo desde Edimburgo a Quebec pasando por Nueva York; sin embargo, en las paredes claras había láminas colocadas en orden, dos esculturas abstractas en un rincón y una alfombra de fibra con colores suaves. En aquel dormitorio el frío se rindió ante la calidez femenina, como Jack sucumbió al placer cuando se metieron en la cama.

Salvo los sonidos que escaparon de sus gargantas, no se escuchó nada más. Repartieron caricias intensas mitigadas con dulces besos. Los profundos embates de Jack eran acogidos con la suavidad de unas elegantes manos posadas presionándole las nalgas. Sin tiempo ni espacio; así sentían su unión.

Luego, abandonados en la inmensa paz que los rodeaba, la noche propició el retorno de una inquietud complicada para Jack. No conseguía alejarla ni descansar. Christina tampoco dormía y encendió su lamparita para contemplar la luz, la que refulgía en unos expresivos ojos azules.

—¿Sigues preocupado?

Jack soltó una risita y le acarició la cara.

—Voy a estar preocupado hasta que nazca.

—Como cualquier padre, cariño. ¿Estás dispuesto a dejar tus miedos por mí?

Escuchándola, Jack recordó una declaración de intenciones, hecha en un lugar remoto donde una intrépida amapola encontró cobijo durante el invierno. Su bella esposa le contó la historia y por ella estaba dispuesto a enfrentarse a todo, incluida la naturaleza.

—Sería capaz de hacer muchas cosas por ti —susurró en un tono

grave. Christina dibujó en su rostro una sonrisa feliz—. Sí, Christina McQueen, contigo estoy dispuesto a todo, hasta creer en los milagros.

EPÍLOGO

Noviembre 2014

El acceso rodado de Urgencias en el Centro Hospitalario de la Universidad Laval impedía por su estrechez que los vehículos se detuviesen sin obstaculizarlo. Jack miró con ansiedad por el espejo retrovisor y se bajó acelerado. Christina no puso los pies en el suelo cuando un celador se acercó torciendo el gesto.

—Eh, amigo —dijo el celador—. No puede dejar el coche aquí.

—Lo sé, solo será un minuto. —Jack pasó el brazo por la cintura de Christina y la ayudó a bajar—. Mi mujer está de parto.

—Ya veo —dijo el hombre, impasible.

Christina se dobló por otra contracción, apretó tan fuerte la mano de Jack que le clavó las uñas.

—¿Puede ayudarme?! —Jack había pasado la tarde aguantando

estoico, preparado para salir pitando sin perder los nervios, hasta llevó a los niños a casa de sus padres siguiendo la orden severa de Christina, pero no soportó estar en la puerta del hospital con un mirón que no hacía su trabajo —. ¡Avisé a la doctora Jane Dixon!

—¿Yo?

El celador se tocó el pecho con el pulgar.

—¡Sí, usted! ¡Mi mujer trabaja aquí!

—Me alegro —replicó ignorándolo—. Pero soy celador, no un mensajero.

—Cariño, relájate.

—¿Que me relaje? —repitió—. ¡No me pidas nada ahora, Chris! — Jack volvió a enfocar su mala leche en el celador—. ¡¿A qué espera para traer una silla de ruedas?!

La sirena de una ambulancia surtió más efecto en el espíritu colaborador del celador que las voces de Jack. Cuando sentó a Christina en la silla, el pánico ya le azuzaba los movimientos. Debía retirar el coche y no confiaba en dejarla en manos de ese hombre. La ambulancia se detuvo detrás del BMW.

—Jack, aparca bien, por favor —dijo Christina sosegada. Por unos pocos minutos no se perdería el parto. Estaba empezando a dilatar, Jane no dejaría que le pusieran la epidural hasta llevar mínimo cuatro centímetros. Tenía tiempo suficiente—. Te espero dentro.

El derrape en cuanto Jack apretó el acelerador atrajo la atención de los sanitarios de la ambulancia después de que bajaran a un anciano en camilla. Observaron las luces rojas traseras del coche antes de desaparecer rodeando la fachada del alargado edificio.

—Menos mal que ha frenado —dijo uno de los sanitarios.

—Menudo loco —agregó su compañero—, ¿parto o infarto?

—Parto, fijo —respondió—. ¿Cinco dólares?

Mientras los hombres accedían al interior apostando, Jack aparcó con pericia. Salió corriendo del coche y una vez dentro buscó con la mirada a Christina. Al verla atendiendo a Jane, soltó un suspiro de alivio. Era una suerte ver una cara conocida.

Pasaron tres larguísimas horas en la Sala de Dilatación, hasta que Jane dispuso que había llegado el momento, confirmó el quirófano y todo se aceleró.

Jack trataba de darse ánimos, aunque al vestirse con el traje aséptico no controló el temblor de las manos.

Obedeciendo las instrucciones del anestesista, Christina adoptó una postura fetal para que le administrara la epidural. Sonrió a Jack, apartado a unos metros. Tenía los brazos cruzados y se daba repetidos golpecitos con las manos, como aleteando los nervios. En veinte minutos empezó el alumbramiento.

Con firmeza, Jack sujetaba los hombros de Christina. Parecía atenazado siguiendo las breves indicaciones de Jane. Ni la alegre charla del equipo médico ni el sonido artificial del montón de máquinas que controlaban las constantes vitales de Christina y el bebé conseguían inmutarlo. Solo tenía ojos para el esfuerzo de su mujer en cada empujón.

—Chris, ya está aquí —dijo Jane, levantó la vista y sonrió—. Le veo la cabeza. —Al acabar de decirlo, advirtió un problema. Y tenía acordado con su amiga que ante cualquier imprevisto Jack saliese del quirófano—. Circular, dos.

—Jack, vete. —Christina habló nerviosa. Entendió rápido que el bebé tenía dos vueltas del cordón umbilical alrededor del cuello. Con unas

maniobras, Jane solventaría la situación, pero nunca se sabía a ciencia cierta qué podía ocurrir. Los ojos de Jack se abrieron como platos, meneó la cabeza —. ¡Jane! ¡Échalo de aquí!

—¡No! —Jack no estaba por la labor—. Por favor, Jane —rogó a punto de llorar—, por favor...

—Espera fuera —dijo Jane, pendiente a la cabeza del bebé.

—Jack, por favor. —Christina no quería tenerlo cerca en ese momento. Si Jane no conseguía desliar el cordón sería imprescindible hacerle una cesárea—. Solo serán unos minutos. Confía en mí.

—Chris... —Jack sollozó abatido y le besó la cabeza.

Nada más cerró Jack la puerta, la doctora Dixon metió con seguridad el dedo índice entre el cordón y la cabeza del bebé para deslizarlo por encima. La destreza se alió con la suerte y, seguidamente, continuaron con el alumbramiento.

En cambio, para Jack el tiempo se detuvo. Entró en una insulsa sala vacía y tiró de malas maneras el traje verde completo en una papelera. Durante horas y horas en los últimos meses rezó como un beato pidiendo no verse como estaba haciéndolo. Creyó a pies juntillas los razonamientos

médicos de Christina y, sin embargo, otra vez sentía el mismo nudo en el estómago, la ansiedad que le robaba el aire y el corazón desbocado.

—Cariño —dijo Elizabeth—, estábamos buscándote.

La voz amable de su madre aumentó el reguero de lágrimas que descendía por sus mejillas. Ni siquiera advirtió a John y a su hermano. Los tres, viendo ese abatimiento, compartieron unas desconcertadas miradas.

—¿Qué pasa, Drako? —preguntó Sean agachado delante de él.

—Algo va mal.

John salió disparado hacia el mostrador.

—¿Por qué? —Elizabeth se sentó y le sujetó la mano—. No pienses así.

—Estaba en el quirófano... Todo iba bien... Y de repente, ha ocurrido algo... —Jack no terminó, desbordado. No vio los ojos de Elizabeth ni Sean, fijos entre ellos, comunicándose a pesar del silencio—. No lo soportaré...

—Escúchame —dijo Sean en un tono rotundo, le apretó el hombro con firmeza—. Durante el embarazo todo ha ido bien. Si ha surgido cualquier contratiempo, está en buenas manos. No te pongas en lo peor.

Jack oyó sin captar.

Un rato después reapareció John, negó con la cabeza. Aceptaron como una buena señal esa falta de noticias. Jack logró reconfortarse con el apoyo de su familia, se interesó por los niños, que se quedaron a cargo de Elaine, y se esforzó por mantener la entereza hasta que la silueta de Jane acercándose por el pasillo recortó la luz.

Fue el último en ponerse de pie, totalmente acobardado. No se desmayó, aunque anduvo a un paso. Escudriñó en sus ojos tratando de averiguar. Al instante, una sonrisa le devolvió la esperanza.

—Jack, enhorabuena. Tienes un hijo sano y fuerte —dijo Jane—. Siento que no hayas podido quedarte hasta el final, pero se lo prometí a Christina.

—¿Está bien?

—¿Por quién me tomas? —preguntó alegre—. Está estupenda —dijo sonriente. Le dio unas palmadas afectuosas en el brazo. Pero Jack no se conformó y la apretó con fuerza a su cuerpo. Acostumbrada a las muestras efusivas de los familiares, encantada, Jane admitió el abrazo—. Tardarán un poco en subirlos a la habitación, pero todo ha salido a pedir de boca. Luego iré a verlos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada del otro mundo —respondió casual—. El niño tenía un par de vueltas del cordón en el cuello. Es una incidencia bastante habitual, pero podía haber terminado en una cesárea. Por eso Christina no quería que estuvieras en el quirófano.

Sació su curiosidad esforzándose de nuevo por calmar los nervios, por parecer un padre equilibrado y no un hombre trastornado por la felicidad. Jane tuvo que dejarles en unos minutos para continuar con su guardia y entonces recibió por fin las felicitaciones de Sean y sus padres. Todos cambiaron las expresiones contenidas por risas, abrazos, lágrimas y fervorosas exclamaciones.

Jack abrió despacio la puerta de la habitación que le indicaron. Sus padres y Sean prefirieron esperar para darles uno de los pocos momentos íntimos que tendrían antes de la llegada de los McQueen, prevista en los próximos días.

Nada en aquel espacio impersonal llamó su atención, tenía los ojos fijos en Christina. Llevaba el pelo suelto, cayendo en ondas sobre sus hombros, y sostenía al bebé envuelto en una toquilla blanca. Estaba tan

absorta acariciándole tiernamente la cara que no notó la presencia de Jack hasta tenerlo al lado. Giró la cabeza y sonrió emocionada.

—Hola —susurró Jack, se sentó en el borde de la cama y la besó en los labios—. ¿Cómo estás?

—En éxtasis —respondió. Una lágrima bajó por su mejilla. Jack se la enjugó con la mano. Christina descubrió la toquilla, dejándole apreciar al bebé—. Te presento a tu hijo.

Jack tampoco contuvo la sensiblería, tan feliz que creyó venirse abajo. Sujetó con firmeza el pequeño cuerpo cuando Christina se lo entregó. El niño tenía una ligera capa de pelusa oscura en la cabeza, la piel de los diminutos dedos arrugada como una pasa y sonrosada, como la carita redonda. La mano de su padre podía cubrirla, pero la acarició amoroso.

—Hola, Scott. —Jack le besó la frente para volver a emocionarse con unos ojos negros, los de su madre. Aquellos que lo cautivaron antes de conocerla—. Es un placer tenerte con nosotros.

Gabriel llamó a Jack desde Essex a pesar de que para él estaba amaneciendo un nuevo día. Igual que ellos, se mantuvo alerta desde que Sean

le avisó al llegar al hospital. No pretendió entretenerlo más de la cuenta, con saber que Scott y Christina estaban bien fue suficiente.

Al colgar, muerto de cansancio, con un millón de tareas pendientes antes de inaugurar La Fundación Barinov, quiso aprovechar unas míseras horas de sueño.

De regreso al dormitorio atravesó un corredor blanco, alargado y alto. En esa zona de la mansión, la privada de ellos, destacaba el diseño; aunque recuperaron los suelos de cerámica en la cocina y los baños. En una sola planta había cuatro habitaciones grandes y confortables con muebles modernos, una era un despacho. Y gracias al acceso directo desde el exterior no se verían obligados a entrar en la zona pública cuando estuvieran de vacaciones como era su intención. También, para Isabella el entorno no podía ser más adecuado. La vasta extensión de la parcela invitaba a largos paseos. No solo reformaron el edificio, sino la propiedad completa, incluido el pequeño cementerio donde estaban enterrados algunos Clainston y vio el día anterior a Alexei con Claire, quizá en una visita poco emotiva pero necesaria para ambos. Al fin y al cabo, habían sido los dueños de aquello y quienes propiciaron el nuevo uso que iban a darle en menos de cuarenta y ocho horas.

Al entrar en el dormitorio y ver a Claire sentada en la cama, Gabriel comprendió que su intención de dormir sería un rotundo fracaso.

—Están los dos bien —dijo Gabriel, tumbándose de lado. Recibió una caricia en la mejilla y un besito en los labios—. Jack casi no podía hablar, está eufórico.

—Qué pena que no podamos conocerlo hasta dentro de unas semanas —comentó Claire resignada, atenta al enrojecimiento de sus ojos. Ese nuevo Drake era vital para todos por demasiadas razones—. ¿Sabes quiénes serán sus padrinos?

—Ni idea, cariño —respondió y bostezó—. Con saber que tiene nombre me he dado por satisfecho.

Claire sonrió.

—Christina no ha debido dejarle alternativa.

—Pues me alegro, eso que nos hemos ahorrado. —Gabriel soltó otro bostezo largo—. Estoy medio muerto... —dijo con una mueca dolorida—, y no voy a poder morir en paz...

—Si cambias la palabra morir por dormir —dijo, acariciando suavemente su pecho desnudo—, tienes el día libre. Con que llames a Elo a lo largo de la mañana me conformo.

—La niña está bien... —dijo con los ojos entrecerrados. El tacto de

unos dedos sedosos en el cabello estaba a punto de lograr embelesarlo—. Si le pasara algo, nos avisaría... No te preocupes por ella.

—Vale... —Claire paseó la mano con parsimonia, recordando los días que habían pasado en Roma. Los dos quisieron celebrar allí su aniversario de boda. Aunque echaran de menos a Isabella, tenían la garantía de Eloise. Y de paso, con esa escapada, tal y como se prometieron, hicieron turismo por Europa como les gustaba; impensable con una niña que había cumplido un año ni un mes antes. Sosegada por la tranquilidad que se respiraba en plena naturaleza, contempló el elegante rostro de Gabriel perdido en algún lugar lejano. Admiraba la capacidad del Inquisidor para convertirse en marmota. No dejó de acariciarle el cabello, no podía. Sentir la sedosidad de esas hebras lograba relajarla al tiempo que la claridad se abría paso levantando sinuosa la niebla de los campos. Inclino la cabeza y dejó un beso en unos labios que parecían sonreír—. Dulces sueños, cariño.

«*Alexei Barinov, del miedo a la libertad*» Así rezaban las banderolas blancas que se extendían a ambos lados de la escalera principal en la fachada de su fundación en Essex. Esa noche otoñal donde brillaban millones de estrellas en el firmamento, a los ochenta y ocho años, sin edad ni noción del tiempo, el ruso por fin cedía para deslumbrar al mundo con la creatividad y la

sensibilidad que solo la madera consiguió arrancarle durante toda su vida.

Cuando Claire pudo al fin contemplar la única pieza de la colección que no había visto, ya que durante su traslado y colocación siempre estuvo tapada a conciencia, la que daba la bienvenida en el inmenso hall rodeado de níveas paredes donde también se exhibían una mínima selección de sus fotografías, se quedó inmóvil ante el coloso de caoba centenaria que logró enmudecerla. La cubierta transparente que se elevaba por encima, en aquel momento, con la oscuridad del cielo, dejaba visible un manto de estrellas tan brillantes como el arte de Alexei. Ahí, delante de sus ojos, Claire se vio reflejada con su padre, sus dos abuelos, Irina e Isabella. Los tres varones se retorcían saliendo de una base tallada como una hoguera, incluso tenía pequeñas piezas de ámbar incrustadas que jugaban con la luz para recrear un efecto de realismo absoluto entre abstracción y velocidad. Ellos eran ramas que se retorcían formando espirales, soplaban furiosas como el viento para terminar en sus inconfundibles rostros mientras las mujeres estaban representadas como livianas hojas doradas. Ellas se elevaban desde el interior arrastradas con fuerza. La escultura tenía tanto movimiento que parecía oscilar. Era oscura pero brillante por los destellos de las vetas policromadas. Las llamas del inmenso tronco de dos metros de diámetro estaban talladas con el mismo detalle que podía verse en las ornamentaciones de todos sus muebles y su impronta había quedado orgullosamente visible en una leyenda

donde por primera vez Alexei firmaba dando la cara.

Gabriel, que vestía un impecable esmoquin negro, al igual que el resto de invitados y Alexei, se encargó de dar un breve discurso para inaugurar la exposición permanente y para dar paso a Léonore, la encargada de explicar el cometido de la fundación, que ofrecería apoyo y espacio a jóvenes talentos en cualquier campo de las artes plásticas, y de hacer la retrospectiva por la obra de su *Intransigent*, como lo llamó emocionada. Jamás pensó que llegaría ese día ni que estaría con él como su esposa. Sí, era Léonore Barinov desde hacía más de cinco meses, desde que se casaron en la catedral de San Juan con Claire y Gabriel como testigos del amor que se llevarían juntos al otro mundo.

Tras un éxito merecido, ninguno escatimó cortesía con la prensa y los numerosos invitados. Recorrieron todos los rincones de las salas donde Léonore consiguió que hubiese una representación desde sus inicios hasta aquel momento. No faltaron esculturas femeninas que conmovieron a Alexei después de años sin verlas, aparadores, mesas y sillas que recompraron a sus propietarios e incluso varias donaciones en pos de la cultura como la de Claire con el secretaire que había formado parte de su dormitorio y allí encontró otro lugar perfecto para lucirse.

Antes de dejar la casa para dar por concluida la estancia en Inglaterra,

Gabriel reunió a los Barinov alrededor de una de las mesas que se exponían y sirvió un champán muy especial para él, un Krug Clos du Mesnil de 1998, el mismo que tomaron en su boda o en el bautizo de Isabella.

—Por ti, Liosha —dijo Gabriel con la copa en alto—. Por tu obra. Este es el comienzo de una andadura nueva para todos y también muy grata porque tanto tu nieta como yo te admiramos profundamente. Gracias por habernos permitido contribuir a enseñarla al mundo.

Bebieron sonrientes.

Alexei, que pasó horas derrochando amabilidad, rodeado de su círculo íntimo no quiso obviar a quien un día lo repudió; jamás olvidaría.

—Hace mucho tiempo le prometí al padre de Margaret que algún día todas sus posesiones serían Barinov —dijo en un tono grave. Agarró la mano de Léonore y le besó el dorso—. He tardado, pero tengo la satisfacción de haber cumplido. Nadie recordará sus nombres, en cambio, quien lo deseé podrá disfrutar de mi pequeña aportación al arte gracias a ti. —Miró a Claire, desvió sus inquisitivos ojos celestes hacia Gabriel y sonrió—. Y a Isabella Drake Merritt-Barinov. —Levantó su copa y alzó la voz—. Esta es mi venganza.

Ninguno osó contradecirlo y volvieron a beber sin remordimientos.

Antes de salir, Claire volvió a maravillarse contemplando *El Viento de los Barinov*. Gabriel dejó la mano en la parte baja de su espalda desnuda. Sintió la calidez de su piel, deseando quitarle el sofisticado vestido negro que lucía y deshacerle el moño para verla solo con las esmeraldas del collar y los pendientes. Las piedras serían el sutil acompañamiento al brillo de sus ojos y a la magia de una noche especial.

—Tenemos que irnos, cariño. —Gabriel le besó el hombro.

—Es increíble que a su edad haya podido hacerlo.

—Sí. —Soltó una risa irónica. No entró a detallarle las veces que lo había pillado en el andamio cuando Craig no estaba en el taller, algo que les prometió no haría—. Me gusta mucho, ¿y a ti?

—¿No me ves? —preguntó, apoyando la cabeza en su hombro—. Es un orgullo ser su nieta —comentó sonriendo—, ha logrado sorprenderme.

—A todos, cariño. —Gabriel la besó en la sien—. ¿Nos vamos?

—Contigo iría al fin del mundo.

Durante un breve instante, la observó. Se inclinó sobre ella y susurró:

—Entonces, volvamos a casa.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Dar por finalizada una historia siempre se lleva una parte de mi corazón, y no sería posible sin el apoyo y la comprensión de mis seres más queridos, mis hijas, María y Elena. A ellas les robo demasiado tiempo para dedicarlo a sueños y vidas inventadas. Gracias a las dos por no tenérmelo en cuenta.

Mi más profundo agradecimiento a Antonio Vasco, una inspiración para crear a Liosha, porque él es un gran ebanista, el mejor para mí; un adicto a la perfección y, sobre todo, una gran persona. Sin su ayuda me habría sido complicado perfilar el proceso creativo de un artista como *le Intransigent*. Además, me aportó detalles sobre la madera, sus usos y unas ideas tan creativas como valiosas para completar el personaje de manera veraz.

Gracias a las cinco mujeres que leyeron la novela cuando todavía era un proyecto: Cristina, Lore, María, Marisa y Rosalba, porque junto a mi hermana son las primeras en criticarme buscando solo que mejore. Gracias por vuestro tiempo impagable.

También, mi más sincero agradecimiento a la correctora de excepción que ha tenido Boreal Róis, Eva Plazas. Por brindarse de manera

desinteresada, por ser concienzuda con ilusión y por su voluntad encomiable.

Gracias a mis amigas de OeM, en especial a: Afy, Beatriz, Carmen Q., Carmen G., Chelo, Danon, Daphne, Indara, Irene y Paquita, porque entre dioses, guerreros, reyes y filósofos pasamos unos ratos tan divertidos como necesarios para evadirnos sin pensar en problemas.

Y, por supuesto, gracias a ti y a todos los lectores que me permiten colarme en sus vidas.

R.A.M.

Rincón de la Victoria, junio de 2016